

MANHATTAN BEACH



EMILY WILLIAMS

Annotation

¿Qué tienen en común una estudiante y un actor famoso de pasado turbio?

¡No lo entiendo! Solo era un viaje de unos meses para hacer un máster de arquitectura en Los Ángeles y me encuentro involucrada en el extraño mundo de Hollywood y sus estrellas.

Mi vida tranquila y lineal sufre demasiados giros inesperados mientras se expande por California, Nueva York y Venecia mezclando humor, amor y un poquito de drama.

RAQUEL VILLAAMIL

Manhattan Beach

Serie Manhattan Beach N°1

Autor-Editor

Sinopsis

¿Qué tienen en común una estudiante y un actor famoso de pasado turbio?

¡No lo entiendo! Solo era un viaje de unos meses para hacer un máster de arquitectura en Los Ángeles y me encuentro involucrada en el extraño mundo de Hollywood y sus estrellas.

Mi vida tranquila y lineal sufre demasiados giros inesperados mientras se expande por California, Nueva York y Venecia mezclando humor, amor y un poquito de drama.

Autor: Villaamil, Raquel

©2014, Autor-Editor

ISBN: 9788415482291

MANHATTAN BEACH

Raquel Villaamil

ISBN: 978—84—15482—29—1

DL: M—46870—2011

Dejemos la mente abierta, el corazón a la escucha y la razón encerrada con un candado y mi historia será solo eso, una historia.

E.D.

Primer objetivo: Llegar a Los Ángeles sin incidentes

PISÉ el suelo de la soleada California un día gris. Las nubes oscuras amenazaban con estropear las vacaciones de cualquier turista desde el primer al último día pero esperaba que al menos conmigo hicieran una excepción. Al fin y al cabo yo llegaba para quedarme.

Las nueve terminales del aeropuerto de Los Ángeles o LAX como rezaba un cartel, me rodeaban. Quería pensar que era un abrazo de bienvenida ya que nada hacía suponer lo contrario. Por ahora todo iba viento en popa: Había llegado al aeropuerto de Barajas con tiempo, no había sufrido a ningún compañero de vuelo con exceso de peso ni menor de quince años ni había perdido alguna de las dos maletas. Sorprendente.

Sin embargo, aún quedaba bastante para cumplir mi primer objetivo: Llegar a Los Ángeles sin incidentes.

En eso estábamos.

Taxis por todas partes pero ni rastro del autobús que te llevaba al centro de la ciudad. Hojeé la supuesta guía actualizada que llevaba conmigo como si fuera oro en paño. Todas mis anotaciones, direcciones, teléfonos se encontraban entre sus páginas. Según decía, el autobús debería salir desde... señalé con el dedo al otro lado de la calle. Y allí estaba, flamante y con las puertas abiertas de par en par.

No volveré a dudar de ti, susurré a la guía.

Seis dólares y me senté en el primer sitio que encontré al lado de la ventana dispuesta a no perderme nada de lo que cruzara por ella. La radio del conductor hacía sonar a los Village People que me instaban a ir al Oeste, “a empezar una nueva vida donde el cielo es azul”. Sonreí. ¿Se cumpliría en algún momento?

A medida que avanzaba el autobús me di cuenta del cansancio que oculto tras el nerviosismo, amenazaba con salir a flote. La verdad era que ya no sabía ni que hora ni en que día estábamos. Me daba la sensación de llevar tanto tiempo viajando

como Phileas Fogg en su vuelta al mundo. Tantas horas, tantos minutos... que me quedé dormida.

La voz del conductor me hizo abrir los ojos súbitamente. Union Station, gritaba mirándome y parecía que no era la primera vez que lo hacía.

Oteé mi alrededor incorporándome aturdida. El autobús estaba desierto y una cola perfectamente alineada de pacientes viajeros esperaban a subir delante de sus puertas.

Pedí perdón unas cuantas veces sin mirar a los pasajeros y menos aún al conductor. Y arrastrando las maletas, que parecían haber adquirido peso durante el trayecto, salté del autobús.

Pisaba la plaza Patsaouras Transit. Alcé la vista desde el suelo adoquinado y me encontré entre los troncos delgados de las palmeras que crecían por todas partes, con el edificio blanco de la estación de estilo colonial español. El olor a flores me transportó momentáneamente a una lejana Andalucía.

La alucinación duró un instante. Ya estaba en Los Ángeles.

Primer objetivo: conseguido.

Segundo Objetivo:
encontrar el hotel, que mi nombre aparezca en las reservas y que la habitación esté limpia.

EL hotel Kawada debía encontrarse a poca distancia de la Estación, por eso lo había escogido y también porque no era excesivamente caro. En principio planeaba estar un par de noches pero la estancia podría alargarse.

Con el cielo aún encapotado eché a andar perseguida por el ruido monótono de las ruedas de las maletas, hacia el hotel.

Lo encontré en el cruce de las calles South Hill y la Segunda. La fachada de ladrillo estaba distribuida en cuatro plantas, con sus escaleras de incendios de hierro asomando. El vestíbulo de entrada era bastante amplio, enmoquetado en naranja y con una recepcionista de aspecto latino

que me sonreía desde que entré en él.

—Buenas tardes—dijo en español enseñando unos dientes pequeños y blancos en contraste con su piel morena.

—Buenas tardes, tenía reservada una habitación individual a nombre de Miriam Sanabria.

—Déjeme su pasaporte—dijo mientras consultaba en el ordenador—Ahora no disponemos de habitaciones individuales, le pondré en una doble. Habitación 110. El desayuno es de las 6 a las 9,30 de la mañana en la primera planta.— me tendió una llave—Que tenga una feliz estancia.

La habitación era sencilla. Dos camas grandes, una cocina, el baño aparentemente limpio con secador de pelo y una ventana amplia que daba a la calle South Hill.

Dejé caer las maletas en la moqueta y a mí encima de una de las camas. Cerré los ojos y respiré con tranquilidad. Parecía que era la primera vez que lo hacía en mucho tiempo. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo que el viaje me había supuesto y las energías que había

gastado preparándolo pero ya estaba en Los Ángeles, a punto de embarcarme en un sueño o... no.

La verdad es que desde la primera vez que oí hablar del máster de Arquitectura de la Universidad de Los Ángeles, supe que tenía que conseguir que me aceptaran en él. Puede que fuera porque lo consideraba una premonición o por simple cabezonería, me inclino más por lo segundo, moví cielo y tierra para lograr una de esas pocas plazas que otorgaban para extranjeros. Y realmente no sé como, hacía seis meses me llegó una carta invitándome al máster de Arquitectura y Diseño Urbano de la Universidad de California Los Ángeles (UCLA). El nombre casi era más largo que la propia carta en sí.

Resultaba una gran oportunidad para cualquier arquitecto y aún más para los que llevábamos poco tiempo dando pasos en ese mundo. Las clases las iban a impartir arquitectos de prestigio y muchos, se llevaban a algún alumno a trabajar con ellos al finalizarlas. Ya me veía a mí en Madrid diciéndole a mi jefe que sintiéndolo mucho (hay que ser

educada pese a lo que pese) me iba a trabajar con Norman Foster.

El máster duraba 39 intensas semanas en las que había mucho que trabajar y no demasiado tiempo. Decían que la rivalidad se olía en el ambiente, los compañeros no lo eran, los profesores hablaban un inglés que haría removerse a Shakespeare en su tumba y a casi todos los alumnos en sus asientos y que a pesar de todo, a las 39 semanas la gente salía encantada.

Para todo ese tiempo, con calculadora en mano supe que eran unos 9 meses y medio, tendría que compartir piso con alguien porque los alquileres estaban por las nubes. Un amigo del amigo de algún amigo de los que siempre saben de todo, me había facilitado unas cuantas posibles direcciones. Ya había quedado con tres para el día siguiente, esperaba que fuera suficiente.

Me había puesto en el peor de los casos. Imaginaba pisos llenos de estudiantes medio borrachos y animadoras ninfómanas, antros oscuros de dos metros cuadrados o compañeros psicópatas. Cualquier otra cosa, me valdría.

Estaba realmente agotada, mandé un mensaje con el móvil a mis padres para decirles que había llegado sana y salva con los ojos medio cerrados. De mi libreta de notas en la que había escrito todos los pasos que tenía que ir dando en California, taché el siguiente.

Segundo objetivo: conseguido.

Tercer objetivo: Encontrar alojamiento más o menos decente.

MIRÉ al cielo nada mas poner los pies en la calle, a la salida del hotel. Los nubarrones grises persistían sobre mi cabeza, únicamente la agradable temperatura me hacía pensar que no me había equivocado de estación o de hemisferio y que estaba a punto de empezar el verano.

Había desayunado como si no fuera a hacerlo nunca más, huevos revueltos, bacon, judías con tomate y tostadas con un poco de café aguado. Con fuerzas renovadas, me encaminé al metro con la guía en una mano y el plano de la ciudad en la otra.

El primero de los pisos no se encontraba demasiado lejos, en una zona denominada Koreatown. Ninguno de los propietarios me había querido decir el precio del alquiler y eso daba que pensar.

Tenía que coger la línea morada hasta su última

estación. El metro constaba de cinco líneas con nombre de colores. La morada en cuestión era muy breve porque planeaban que llegara hasta Santa Mónica pero al final, no se llevó a cabo.

Me apeé en la estación Wilshire/Western y salí a la superficie. Caminé un rato hasta el 914 S de Wilton Place. El edificio era bonito, la fachada pintada de verde y grandes ventanas. Parecía de construcción reciente.

Llamé al telefonillo. Segunda planta, puerta sexta. Me asaltó una duda mientras pulsaba el botón. Desde que me aceptaron en el máster había estado yendo a un curso de inglés técnico durante seis meses para mejorar mi nivel de idioma que estaba bastante oxidado pero, ¿sabría ahora mantener una conversación corriente? ¿Podría hacerme entender bien? La situación resultaba bastante crítica, me jugaba dormir tranquila durante muchos meses. Y con eso no se juega.

El portal y el ascensor estaban acabados en mármol y la limpieza era absoluta. Subí hasta la segunda planta y busqué la puerta sexta que se encontraba entreabierta. Asomé la cabeza.

—Buenos días—me tembló la voz.

—Hola, querida—una mujer de mediana edad me esperaba dentro. Me tendió una mano huesuda y fría. Cuando entré en el apartamento me miró de arriba abajo sin demasiado reparo.— Pensaba que eras arquitecto.

—Lo soy. Voy a hacer un máster en la Universidad—dije echando un ojo a mi alrededor.

—Me había hecho otra idea de un arquitecto.

—Bueno, no solemos ir con un casco y unos planos al hombro todos los días—sonreí con inocencia— ¿Me enseña el apartamento?

Ella pareció despertar y pasándose las manos por el pelo, recogido en un moño alto, me indicó que la siguiera. Había dos habitaciones minúsculas, una la ocupaba según dijo una médico que se encontraba trabajando, un baño y la cocina estaba integrada en un salón discreto, no apto para reuniones familiares navideñas como las mías.

—Tiene lavandería en el propio edificio, aire acondicionado, línea de Internet. Como ves, los suelos son de madera y la casa está prácticamente nueva.

Tenía razón, el apartamento era muy... cuco pero el tamaño brillaba por su ausencia.

—Y, ¿cuánto es el alquiler?— para qué andarme con rodeos.

—Mil cuatrocientos dólares al mes.

Mi cara debió de ser un poema.

—Incluye el agua y la luz—dijo apresuradamente.

—Mil cuatrocientos las dos inquilinas, supongo.

Sonrió de medio lado como si hubiera hecho una broma.

—Estamos en Los Ángeles y el apartamento es precioso. No se encuentra nada por menos precio, te lo aseguro.

—Me lo pensaré— mentí— Muchas gracias.

De nuevo la mano cadavérica y salí de la casa espantada. Mil cuatrocientos dólares eran muchos dólares y más para una actual desempleada y futura estudiante a tiempo completo. Restaban dos apartamentos para visitar pero comencé a pensar que igual tendría que prolongar mi estancia en el hotel. La tarea de encontrar alojamiento no parecía demasiado fácil por el momento.

Respirando hondo y alejando los pensamientos negativos de mi cabeza, me dirigí de nuevo al metro. Tenía que tomar de nuevo la línea morada, hacer trasbordo en Wilshire/Vermont y cambiar a la roja hasta Vermont/Beverly. Me fijé en que la última parada de la línea era North Hollywood. En cuanto tuviera tiempo, tendría que hacer de turista y visitar Los Ángeles tal cual con cámara en mano. Desde el metro caminé por Vermont Avenue, la zona me resultó un poco más dejada, había comercios de pocas alturas y escasas palmeras por metro cuadrado, algo insólito hasta el momento. Al coger la avenida de South Virgil, las tiendas dejaron paso a viviendas unifamiliares y edificios bajos de apariencia más agradable. Encontré el número 164 y llamé. Abrieron la puerta del portal sin preguntar.

El vestíbulo de acceso era más oscuro y no había ascensor. Subí tres plantas por una escalera estrecha iluminada únicamente por las luces verdes de emergencia. Como no encontré el timbre de la puerta D, golpeé con los nudillos.

Me abrió un hombre bajito de gran bigote que

escondía sus ojos tras él.

—Vienes a ver el apartamento, ¿no? Sígueme—era un pasillo largo y algo tétrico, puertas cerradas aparecían a los lados—Ahora mismo hay cuatro estudiantes viviendo aquí. Esta sería tu habitación.

Eché un ojo dentro del dormitorio. Si cabe, era aún más pequeño que el del anterior apartamento. La ventana daba a un patio y las paredes clamaban por una mano o dos de pintura. No había lugar para un escritorio aunque fuera desmontable y por armario, unas baldas sujetas a la pared.

Al salir, creí ver unos ojos brillantes mirándome desde la puerta de enfrente. ¡En aquella casa se daban dos de los supuestos peores casos que me había imaginado! Por un lado, antro oscuro de dos metros cuadrados (si llegaba) y por otro, compañero psicópata.

—El alquiler son doscientos cincuenta dólares al mes—me dijo.

Lo único bueno que escuchaba.

—Vale, gracias. Lo pensaré— por decir algo.

Agradecí salir a la calle y notar la brisa en la cara. Doscientos cincuenta dólares, una mano de

pintura y ojos endemoniados persiguiéndome por el apartamento. Podía ser factible.

Busqué la siguiente dirección. 692 Ocean drive, Manhattan Beach. Sonaba igual de bien que de remoto. Se encontraba al otro lado de Los Ángeles, cerca del Aeropuerto y muy muy lejos de la Universidad. Según el plano del metro, tenía que tomar la línea roja hasta 7th Street/Metro Center, hacer trasbordo a la azul y otro a la verde en Imperial/Wilmington hasta Redondo Beach pasando por la ciudad de El Segundo, una paradoja de nombre. Sabiendo que el trayecto iba a resultar eterno, compré un sandwich de atún y una coca—cola y con filosofía entré en la boca del metro.

Cuando llegué a Redondo Beach, la idea de mudarme allí comenzó a parecerme descabellada pero más aún lo fue cuando me di cuenta de lo que quedaba por andar. La humedad en el ambiente resultaba más patente ahora, la blusa de manga corta se me pegaba al cuerpo al igual que los vaqueros. Distinguí el autobús 109 que recorría las playas y me lancé al abordaje del mismo.

Sentada en el 109 vi pasar el Bulevar de Manhattan Beach, era una sucesión de casas bajas con pequeños jardines arbolados. El tráfico escaseaba y el autobús avanzaba deprisa. Como la calle estaba en suave pendiente, al final de la misma se veía el mar. Me apeé cuando parecía que acabábamos en la playa y me quedé observando los restaurantes, tiendas de muebles y antigüedades que me rodeaban, con sus toldos coloridos.

Tomé Ocean Drive que era paralela a la playa, hacia el sur. A ambos lados de la calle abundaban las casas blancas que le conferían cierto aire mediterráneo. Me topé con el número 692 de la calle, a mi derecha. No era de las casas más bonitas de la zona, sobre todo comparada con su vecina, una obra arquitectónica impresionante, pero a mí me pareció espectacular. Tenía dos alturas con amplios ventanales protegidos por contraventanas pintadas en azul celeste. La fachada era blanca pero necesitaba un repaso. Uno de los laterales había sido invadido por enredaderas y en el tejado inclinado de teja cerámica sobresalía una

chimenea.

Como no encontré ningún timbre, franqueé la verja de acceso a la parcela. Subí un par de escalones hasta la entrada de la casa y golpeé con los nudillos suavemente pero no hubo respuesta. Llamé con más fuerza y entonces oí unos pasos apresurados que se acercaban.

La puerta se abrió y me encontré de frente con una chica que me sonrió nada más verme.

—Pasa Miriam, que hace calor. Soy Sandra. Pensé que llegarías más tarde, ¿quieres algo de beber?— hablaba aceleradamente mientras se recogía el pelo rubio en una coleta alta.

—Agua, por favor.

—Estupendo, sales barata—fue a la nevera y sacó dos botellas pequeñas de agua. Me lanzó una que de milagro, generalmente soy bastante patosa y falta de reflejos, cacé al vuelo.

—Gracias.

El salón era muy amplio. Un par de sofás rodeaban una mesa de hierro decorada con alguna vela y cestos con conchas de mar. A mi izquierda, una mesa de comedor del mismo material con seis

sillas, una chaise—longe delante de un mirador al fondo y la cocina a mi derecha, separada del salón por una barra de bar.

—Siéntate—me dijo señalando uno de los sofás. Ella se hundió en el otro. Me contemplaba mientras le daba pequeños sorbos a su botella de agua.— Te seré sincera para no andarme con rodeos, busco una persona que sea afin a mí por lo cual te haré una serie de preguntas y me tienes que contestar honradamente.

La verdad es que aquella situación no me la esperaba. Mi idea era escoger alojamiento no que el alojamiento me escogiera a mí pero bueno, tenía sentido. Quizás era la única cosa con sentido que me pasaba en todo el día.

Asentí con la cabeza.

—¿De dónde eres? ¿Mejicana?

—No, soy española—me miraba como si no me entendiera—de España... de Europa... debajo de Francia.

—¡Ah, París! Siempre he deseado ir a París. O sea, que vives cerca.

—Podría decirse así, la verdad—el

interrogatorio iba bien.

—Me comentaste que vas a la Universidad a hacer un curso, ¿no?— asentí— Vale, pero ¿podrás pagar el alquiler?

Depende de cuanto sea pero viendo la casa, sabía que salía de lo imaginable.

—He estado trabajando durante dos años y tengo mis ahorros. Habrá que tirar de ellos. Después del máster volveré a trabajar.

—¿Solo dos años? Yo llevo trabajando desde los dieciséis, nueve largos años y no he ahorrado ni un simple dólar, por eso necesito compartir los gastos de la casa con alguien. Sigamos, ¿tienes novio?

La pregunta me pilló desprevenida.

—Pues no.

—¿Y piensas cazarlo aquí?

—No está entre mis objetivos en Los Ángeles. He venido a estudiar, a trabajar y a ganar muchísimo dinero.

—Parece que nos vamos entendiendo—sonrió— No quiero que duerman aquí tus ligues, no quiero ver hombres en calzoncillos tomando cosas de mi

nevera. Eso tenlo bien claro. Aquí los únicos hombres que entran son los míos que para algo es mi casa.— apoyó la botella encima del cristal de la mesa— ¿Tienes algún hobby? ¿Qué te gusta hacer?

—Me encanta leer, nadar, pasear.

Se rió.

—Suenas bien. Te estás vendiendo a la perfección.

—Pues no trataba de hacerlo. Entiendo que quieras saber con quien vas a vivir pero a mí me gustaría ver mi posible habitación, conocer el precio del alquiler...

—Está bien, me doy momentáneamente por satisfecha. Sígueme—se levantó indicándome la escalera que se encontraba a continuación de la cocina—Tu dormitorio está arriba, el mío justo debajo. Entiende lo de los hombres—me guiñó un ojo empezando a subir los escalones. Abrió la puerta en la que acababa la escalera.— *Voi—la* como dirían en París.

Pasé a su lado para entrar en la habitación. Las contraventanas estaban echadas y la estancia

sumida en la oscuridad. Le di al interruptor de la luz pero nada sucedió.

—Vas a necesitar una bombilla. La antigua inquilina se llevó hasta los clavos de los cuadros —dijo Sandra.

Caminé a tientas por el dormitorio hacia las pocas rendijas de luz que se colaban por la ventana y abrí las pesadas contraventanas que todo sea dicho, necesitaban un buen engrase. Lo que vi, me gustó. La habitación era extremadamente grande. En el medio había una cama tamaño *King Size* de las que te pierdes dentro de las sábanas y cuesta encontrar por donde bajarte. A la derecha, un escritorio con un ordenador poco evolucionado y un sofá de dos plazas. Enfrente, una puerta que daba al baño de azulejos antiguos pero en buen estado. La sorpresa fue al volverme de nuevo hacia la ventana ya que era tal mi nerviosismo por ver la habitación que no me había dado cuenta de las vistas que me esperaban. Allí delante de mis narices tenía el Océano Pacífico, las olas, la arena de la playa.

—Aunque la casa tiene entrada por Ocean Drive,

también dispone de salida directa a la playa por el jardín trasero. Te lo enseñaré.

Era demasiado bonito para ser real.

—Espera, Sandra. Antes de que termines de ponerme los dientes aun más largos, dime cuanto pides por el alquiler.

—¡Qué ganas de hablar de dinero! Vamos al jardín, te va a gustar.

—Si no lo dudo pero prefiero que me lo digas ya.

Deslizó la mirada por el suelo de barro cocido.

—No te lo puedo decir porque aún no lo he pensado. Mi antigua inquilina me pagaba mil doscientos dólares al mes.

Mi gozo en un pozo.

—Sandra—dije mientras bajábamos las escaleras—Me vendría muy mal mudarme aquí. La Universidad me queda en la otra punta, no puedo ir en transporte público porque llegaría allí de noche, así que tendría que sumar el gasto del alquiler de un coche. En resumidas cuentas, no puedo vivir en esta casa.

—Entiendo—me acompañó a la entrada—Es una

pena, creo que podríamos haber congeniado—me dio la mano y dedicándome una sonrisa cerró la puerta.

Volví andando a la estación del metro por el bulevar de Manhattan Beach, no quise ni echar una última ojeada al Pacífico porque para lo poco que lo iba a ver en esos meses, era mejor que siguiera siendo un desconocido. Cuando me senté en el vagón me noté triste, principalmente porque me había hecho esperanzas en vano y ahora tendría que volver a llamar a más posibles candidatos, con la mente puesta en el 692 de Ocean Drive. Y ninguno lo superaría.

Cuando llegué al hotel pregunté por algún sitio para cenar y me encaminé a él. No había demasiados clientes aquel sábado por la tarde y una camarera poco sonriente me atendió deprisa. Para mezclarme con el ambiente pedí una hamburguesa doble con queso y una limonada. Me trajo unos aros de cebolla para picar que chorreaban aceite desde la cesta en la que venían apiñados hasta mi boca, así que los abandoné al segundo intento. No era una buena idea suicidarse

tan pronto. El suelo de baldosas a cuadros no estaba demasiado limpio y dejé de mirar a mi alrededor por si veía más cosas desagradables. Pero llegó la hamburguesa.

El teléfono sonó en ese mismo instante y pensé que mis padres no habían aguantado las ganas por llamarme. Pero no eran ellos y me llevé una pequeña desilusión. Ni una pizca de preocupación por su hija, ¡vaya padres!

La voz al otro lado de la línea me resultó familiar.

—Miriam—dijo Sandra— ¿te gusta la casa?

—¡Cómo no me va gustar! ¡Es perfecta!— exclamé— ¿Llamas para recordármelo de nuevo?

—Nooo, lo he estado pensando y te puedo dejar mi coche. Siempre me llevan al trabajo.

—Te lo agradezco pero mirado fríamente y con una hamburguesa delante que prefiere comerme a mí antes que yo a ella, no me conviene irme tan lejos.

Silencio momentáneo que ella rompió.

—Supuse que dirías eso. Mira, mi casa tiene unos gastos como son la luz, el agua, la televisión

por cable... ¿los repartimos?

—¿Y de alquiler?— pregunté apartando la hamburguesa de una vez.

—Solo los gastos.

No creí entender bien.

—¿Me estás diciendo que no tengo que pagar nada más que la luz, el agua y demás?

—Sí pero ahora me pensaré lo del coche—se rió.

Aquella chica estaba loca.

—Mañana arrastra tu cuerpo para acá y ordena el cuarto que está fatal. Te tengo que colgar.

—Espera Sandra, dime donde está el gato encerrado.

—Hay un fantasma. Hasta mañana entonces—dijo y colgó.

Lo último era una broma con total seguridad y un fantasma, por más horripilante que fuera no me haría perder la posibilidad de no pagar un alquiler.

Tercer objetivo: Conseguido.

Cuarto objetivo: empezar con buen pie el máster.

ME desperté con la ilusión de los que les sale todo a pedir de boca. Por la noche había mandado un mensaje a mis padres diciéndoles lo del alojamiento y que les llamaría hoy cuando todo fuera absolutamente real. Desayuné aún más que la mañana anterior si eso era posible, pagué el hotel tan feliz como si me sobrara el dinero y caminé al metro arrastrando las maletas como si éstas no pesaran nada. El cielo seguía enfadado con California pero no me importó como tampoco lo hizo el largo camino subterráneo que tenía por delante hasta Manhattan Beach. Lo repetí en mi mente una vez más de lo bien que sonaba.

Cuando llamé a la puerta del 692 de Ocean Drive, me temblaban las piernas de nerviosismo. Estaba esperando que en cualquier momento sucediera algo que estropeará todo, que Sandra hubiera cambiado de opinión, que tuviera que

pagar mil doscientos dólares, que el fantasma fuera sangriento...

Llamé dos veces más pero no hubo respuesta. Así que dejando las maletas en el porche, di la vuelta a la casa por un camino de grava rodeado de pequeñas palmeras, buganvillas y las enredaderas que trepaban por la pared. Me encontré con el océano de frente. Me apoyé en la verja diminuta que cercaba la parcela. Los tablones de madera mal pintados de blanco crujieron peligrosamente y me separé al instante despertando de la ensoñación. La brisa traía el olor a mar y humedecía mi cara.

Me volví hacia la casa. En la planta baja, a la derecha, estaba el mirador que había visto en el salón con tres grandes hojas acristaladas que reflejaban el mar, seguido de una puerta a la que se accedía por unas escaleras que terminaban en otro porche descubierto amplio con dos tumbonas de plástico algo ajadas. A la derecha, otra ventana que suponía pertenecía al dormitorio de Sandra y justo encima, la de mi habitación.

Subí los escalones que se hundieron algo con mi

peso mosca y llamé con fuerza a la puerta.

Por fin se oyeron unos quejidos al otro lado y Sandra, o lo que parecía ser ella detrás de un antifaz para dormir mal colocado me miró con los ojos semicerrados.

—¡Dios mío! ¡Es domingo! ¿Qué horas son éstas para...?— se arrancó el antifaz de la cabeza y lo tiró al sofá— Anda, pasa rápido que me arrepiento.

—Es la una y media. Una buena hora para levantarse de la cama.

—Supongo que no has leído la Biblia, ¿verdad? Ahí dice claramente que Dios descansó el séptimo día. Si él lo hace, yo también—cerró la puerta— Ya sabes donde está tu dormitorio así que hasta la noche.

Se marchó arrastrando los pies descalzos por el suelo. Me quedé mirándola, más bien me quedé mirando el mini camisón transparente hasta que desapareció en su habitación, entonces corrí a rescatar mis maletas del porche delantero, las cogí casi en volandas, subimos la escalera y entramos en mi cuarto. De pura emoción deseé lanzarme

encima de la cama pero opté por sentarme sin más parafernalias y grité de alegría para mis adentros.

Había un olor rancio en el ambiente combinación de polvo, desuso y mala ventilación así que abrí de par en par la ventana y el aroma salino del mar se coló por ella. El dormitorio necesitaba un buen repaso sanitario, tendría que coger prestado algunos productos de limpieza de mi compañera y hacer zafarrancho de combate.

Encontré el botín debajo del fregadero de la cocina y silenciosamente lo llevé a mis dominios.

Cuando terminé de darle una buena apariencia, al menos aséptica a aquel cuarto bastante tiempo después, me di cuenta de que estaba famélica. Ignoraba que hora sería pero tenía que comer algo y no sabía dónde. Deseché la idea de sustraer algo a la nevera de Sandra, no íbamos a enemistarnos el primer día así que salí a la calle en busca de sustento fuera cual fuera.

Rondaban las cinco de aquel domingo de junio, la calle Ocean Drive estaba vacía y sin rastro de alguna cafetería. Al llegar al bulevar me alegré de encontrarme con un par de objetivos con buena

pinta, nada comparable al que me recomendaron en el hotel Kawada.

Me decanté por el que tenía más cerca. Era una cafetería pequeña con una decena de mesas redondas con manteles de papel de rayas rojas y blancas, las sillas tenían cojines rojos mullidos y al fondo, una barra alargada de madera con taburetes colorados.

Escogí un asiento pegado a la cristalera que daba al bulevar y por la que se atisbaba el mar.

Se acercó un camarero joven rubio con las puntas del pelo decoloradas, casi blancas. Tenía un pendiente en la ceja y una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué la pongo?

—¿Qué se puede comer?

Esbozó una sonrisa.

—Lo que puedan sus dientes. Bueno, menos la tarta de almendra que se la resisten hasta las mandíbulas más poderosas.

Me reí.

—¿Algún plato combinado?

—Combinadísimo—bromeó— pollo con

patatas.

—Estupendo, uno de esos con una limonada.

—Marchando señorita—se fue rápido hacia la barra.

Me di cuenta de lo nerviosa que me ponía al pensar en el máster, más que en él en la propia Universidad, la más grande de Estados Unidos. Me habían comentado que se necesitaba un plano para no perderse en ella y me imaginaba a mi misma con pinta de pueblerina abrazada a una carpeta entre chicos y chicas rubios con coches descapotables, perdida sin poder encontrar el edificio de Arquitectura.

Sin darme cuenta, tenía delante de mí el pollo y la limonada.

—Le he añadido unas verduras para que parezca más combinado—dijo el camarero.

—Gracias, así está mejor—le sonreí.

—Soy Matt—me tendió la mano que yo estreché sorprendida—Me da la sensación y nunca me equivoco, de que te voy a ver más por aquí.

—He venido a estudiar durante unos cuantos meses. Ahora ya sé que si busco un buen plato

combinado vendré a esta cafetería.

—Ojo, porque si cruzas a la de enfrente, mi tío Charlie que todo lo ve, dejará de añadir verduras a tu plato. Tu sabrás.

—Lo tendré presente, gracias Matt.

Se fue silbando.

Al acabar me acerqué relajadamente a la playa. Justo delante tenía un muelle de madera que se adentraba en el mar varios metros y ondeando al viento encima de mi cabeza una bandera de Estados Unidos. A izquierda y derecha, paralelo al mar transcurría un paseo marítimo llamado The Strand por el que rodaban un par de bicicletas a Macht 3, una mujer empujando un carrito de bebé y varios corredores sudados. Yo no era la única en llevar ropa de verano, al menos.

Las altas palmeras de troncos delicados del Bulevar de Manhattan Beach me acompañaban también en mi paseo por el Strand lentamente hacia mi casa. Las viviendas que pasaba eran incluso más fastuosas y grandes pero nunca superaban las dos plantas de altura, con terrazas bonitas de madera y plantas olorosas surgiendo de

entre sus vallas. A mi derecha, la playa era de arena fina blanca y el mar, bastante picado tenía un tono grisáceo reflejando las nubes.

Conforme caminaba me di cuenta que no tenía llaves de la casa. De nuevo habría de llamar a la puerta y Sandra me echaría a patadas para siempre. Me iba poniendo cada vez más nerviosa hasta que llegué y la encontré sentada en el porche. Respiré aliviada.

—¿Dónde andabas?— preguntó nada mas verme
—Estaba preocupada.

—He ido a comer algo y a dar un paseo. ¿Has podido dormir más?— me senté a su lado.

—Me encuentro mucho mejor. Perdona por haberte tratado tan mal pero no ha sido una buena noche—se reclinó hacia atrás—Hacía mucho tiempo que no bebía tanto y la falta de costumbre es el peor enemigo, parecía una adolescente borracha. ¿Tú bebes?

Parecía la típica pregunta trampa. Si decía que sí, malo. Si contestaba que no, malo también.

—No suelo pero una copa de vez en cuando no sienta mal.

—Buena chica. De todas formas algún día te dejaré acompañarme por la vida nocturna de Los Ángeles, es de lo más variopinta.

—Un detalle por tu parte.

—Lo sé. Además, tengo la impresión de que eres un pequeño ratón de biblioteca, leyendo todo el día detrás de unas gafas.

—No uso gafas—repliqué.

Se rió.

—Pero has traído doce libros, ¿crees que es normal?

Me levanté de un salto.

—¡Has abierto mi maleta! ¿Cómo se te ocurre?

Me miraba divertida y me hizo un gesto para que bajara la voz.

—Solo intentaba ayudarte y de paso hacerme una idea de con quien voy a compartir casa. Imagínate que encuentro un machete.

—Sí, claro. O una pistola.

—Me vas entendiendo. No tienes porqué enfadarte, no hay nada que sea muy íntimo. Bueno... la ropa interior deja mucho que desear.

—¡No me lo puedo creer!

—Era broma Miriam, tranquilízate—se reía viéndome andar por el porche como si fuera un león enjaulado—No lo haré más, te juro que no subo a esa habitación si no tengo una buena razón. Como te dije hay un fantasma pero contigo estará cómodo. Siéntate a mi lado de nuevo y dime porqué traes tantos libros.

Haciendo de tripas corazón, la obedecí a sabiendas de que no era buena idea marcharme de aquella casa aunque tuviera fuertes motivos.

—Me gusta leer. ¿Qué hay de malo en ello?

—A mí me parece estupendo pero eso aísla de la sociedad.

—Lo dudo—dije ásperamente—Me considero bastante integrada.

—A ver... ¿cuándo ha sido la última vez que fuiste a bailar?

¿Qué tipo de interrogatorio era aquel?

—El fin de semana pasado.

—Bien. ¿Y al cine?

—No entiendo a que viene esto, Sandra. Si no te gusto me lo dices y me voy.

—¡Qué dramática! ¿No me vas a contestar?

Suspiré.

—El cine no es lo mío. Destroza buenos libros y no deja nada a la imaginación.

Se rió a carcajadas. Sus ojos azules brillaban.

—¡Dios mío! ¿Y qué haces en la meca del cine?

—Voy a la UCLA, no a Hollywood, recuerda.

Me debía de encontrar muy graciosa.

—No hay ni una sola persona en Los Ángeles e incluso en California que no haya querido, deseado o pensado en ser estrella de cine. Que no te mientan, todos los que nos hemos mudado a Los Ángeles es por si acaso en algún momento de nuestra vida un productor se fija en nosotros y nos hace famosos.

—¿Quieres ser actriz?

Se puso en pie estirándose las tablas de la falda corta que llevaba puesta.

—Lo soy—dijo con sobriedad—Amiga número cinco de la serie “Crazy Teenagers”. No decía ni una frase pero era pura expresión.

—¿”Crazy Teenagers”?

Abrió tanto la boca que pensé iba a tragarme.

—¿No la has visto nunca? Pero si es la serie más

famosa de adolescentes de los años noventa. ¡No me lo puedo creer! ¡He traído a mi casa a un extraterrestre!— me cogió de la mano y tiró de mí hacia el interior de la vivienda. Me situó delante de la televisión encendida—Amiga E.T., este es un televisor. Ahí debajo, junto al reproductor de DVD hay series, películas... Te acepto en mi hogar siempre y cuando en dos meses te las hayas visto todas. Piensa que no puedo traer amigos a casa y que te vean como un bicho raro. Yo buscaba una compañera interesante y les he dicho que la he encontrado. No me puedes decepcionar.

Me di cuenta que las cosas no eran tan perfectas como había imaginado al inicio del día. Tenía una compañera lunática y esto era solo el principio. Argumentando que debía telefonar a mis padres, subí volando las escaleras a mi cuarto y cerré la puerta tras de mí.

Cogí el teléfono pero recaí en que en España sería de madrugada. Deseaba contarle a alguien mi extraña situación. Escribí de nuevo un mensaje para mis padres diciendo que todo iba estupendamente y decidí poner en su sitio el

contenido de la maleta que parecía me la hubiera revuelto un perro policía en busca de droga.

Cuando ya me hube instalado completamente bajé con sigilo los escalones movida por el hambre.

—Ven anda, que he hecho cena para las dos— dijo su voz suave desde la cocina.

Está bien, pensé con el olor a espaguetis incrustado en la nariz pero con cuidado que es peligrosa.

Aquella noche, por si acaso, coloqué una silla apoyada en la puerta de mi habitación.

Sonó la alarma tan lejos que imaginé sería un sueño, una vez, dos..., me incorporé de la cama súbitamente sin saber donde me encontraba con exactitud.

Desperté del aturdimiento con la sensación de asistir al primer día de colegio con los consiguientes nervios apretando la boca del estómago.

Me duché como si estuviera castigada en un balneario entre ráfagas de agua fría alternando con la caliente y mientras me secaba el pelo con la toalla pensaba en la vuelta a la Universidad, a conocer gente nueva, a que me aceptaran, a sacar algo de provecho a este viaje. Traté de peinar el pelo castaño hecho un nudo, los ojos se mostraban cansados en el espejo pero me obligué a sonreír. Había que cumplir el cuarto objetivo y tacharlo de una vez de la libreta.

Empezaba a clarear cuando bajé al salón. Debía estar en la zona de admisión de la facultad de Arquitectura a las nueve de la mañana pero desconocía cuanto duraría el trayecto en coche hasta allí. Sandra me había asegurado que no tardaría más de treinta minutos por lo que calculé una hora. Con su consentimiento explícito desayuné unas galletas y un café con leche, me hizo prometer que llenaría mi parte de la nevera en el mismo día y tomé del aparador de la entrada las llaves de su coche. Antes de salir por la puerta me eché una ojeada en el espejo que tenía a mi derecha. Llevaba unos pantalones de hilo color

crema, una blusa vaporosa azul y unas bailarinas. El pelo suelto y alisado, la guerra que me había dado, cayendo por los hombros.

No se me olvidaba tampoco una carpeta con mi documentación, hojas en blanco y el bolso enorme estilo mochila, término medio entre el de una estudiante de instituto y el carrito de la compra, con bolígrafos y lápices de todos los colores, un cuaderno, una cámara de fotos disimulada y lo más vergonzoso, una escuadra y un cartabón. ¡Nadie me dijo qué demonios había que llevar!

El coche de Sandra estaba aparcado a pocos metros de la entrada. Era un Chevrolet verde modelo edad media con una pegatina enorme en la luna trasera que ponía *California Baby*. Me senté dentro, estaba abierto y tiré el bolso al suelo del copiloto. Era extrañamente cómodo. Por la guantera estaban desperdigados varios utensilios de maquillaje, toallitas húmedas, dos revistas de moda y algunos CD de música pop.

Encendí el motor con el corazón acelerado y metí la primera marcha, ya no había vuelta atrás. Dirección: Universidad de California Los

Ángeles. Distancia del trayecto: unos veinticinco kilómetros. Duración: vamos a ver. Y aceleré.

Aparentemente el camino no entrañaba demasiada complicación. Tenía que coger, o al menos intentarlo, la autopista 405 o de San Diego que cruzaba Los Ángeles casi paralela al mar. Una vez situada en la carretera me sentí engullida por el tráfico. Un tráfico lento, una marea de coches distribuida en cuatro carriles de ida y otros tantos de vuelta. Como un pesado rebaño dejamos a la izquierda el aeropuerto y seguimos avanzando hacia el norte como las aves hacia tierras más frescas. Conforme nos adentrábamos en la ciudad, muchos coches fueron abandonando la autopista y el tráfico se volvió más fluido. El reloj del salpicadero me ponía nerviosa, los minutos pasaban tan rápido que parecía sacado de una pesadilla.

Llegaron las ocho y veinticinco y con ellas la salida hacia mi destino: Wilshire Avenue. Me incorporé al tráfico tranquilo de la Avenida. Según los carteles si seguía de frente llegaría a Beverly Hills y si diera la vuelta me bañaría en la playa de

Santa Mónica. En su lugar tomé Westwood Boulevard a mi izquierda que finalizaba en el Campus. Según me habían indicado en la propia Universidad, no debía entrar por ese acceso ya que la facultad de Arquitectura se encontraba casi al norte, tenía que bordear el Campus hacia el este por la Avenida Hilgard. Mientras notaba el corazón latir con intensidad en mis sienes me fijé en aquella zona. A la izquierda dejaba los Jardines Botánicos Mathias y a mi derecha, entre magnolios, palmeras y flores sobresalían chalets de estilo colonial y casas vanguardistas de algún arquitecto famoso.

Un cartel un poco más adelante indicaba la dirección a la Mansión Playboy y me di cuenta, gracias a ello que me había pasado la entrada al recinto por unos metros. Retrocedí y me adentré en el Campus. Mi primera impresión fue que la Universidad había sido devorada por un bosque. Por aquí y por allá entre las copas de los árboles se podían distinguir unos pocos edificios de ladrillo naranja o de piedra.

Dejé el coche en el aparcamiento y apoyé los

pies en el suelo vacilante. Respiré hondo con determinación y me encaminé a la oficina de información. Me puse en una fila corta y bien estructurada de espera y cuando llegó mi turno, saqué los papeles y se los tendí a la señora que se encontraba detrás del mostrador, con el pulso acelerado. Me lanzó una mirada extraña desde los cristales de sus gafas, pasó una por una todas las hojas y certificados y los observó con un detenimiento escrupuloso. Se detuvo en varias e hizo ademán de decirme algo pero las palabras se congelaron en su boca en un par de ocasiones. Al final selló todo lo que encontró a su paso con un ruido ensordecedor y me indicó con un dedo cadavérico donde se situaba el edificio de arquitectura. Le di las gracias feliz y salí a la calle como si hubiese pasado una prueba muy importante.

Me encaminé ya más relajada mirando los altos árboles que me rodeaban como si fuera la primera vez que veía unos y entonces sonó el teléfono.

—Bueno, parece que estás viva—la voz de mi madre me llegó como si estuviera andando a mi

lado— ¿Tan difícil es hacer una llamada a tus padres? Tendrás el dedo plano de escribir mensajitos con el móvil pero de gastarte el dinero en llamadas nada de nada.

—Mamá, no he parado aún. Esperaba estar completamente instalada y el cambio horario tampoco ayuda.

—Sí, tiene una complicación pasmosa. ¡Lo difícil que me ha resultado llamarte! He cogido el teléfono, he marcado y mira, estamos hablando—tragó saliva—A lo importante, ¿qué tal estás? ¿Comes bien? ¿Cómo es tu casa? ¿Has empezado el máster?

—Muy bien. Regular. Preciosa y estoy en ello. ¿Qué tal vosotros?

—Asados de calor y echándote de menos. La gata está más tranquila desde que te fuiste, ya no le roba a tu padre el cepillo de dientes.

Me reí dándome cuenta de lo que necesitaba una voz amiga en español cerca.

—Cuéntame lo de la casa, ¿es cierto que no pagas alquiler?

—Es algo increíble. Tengo una habitación del

tamaño de una pista de pádel con un ventanal que da al Pacífico. Ni en el mejor de mis sueños me había imaginado algo así. Únicamente tengo que abonar los gastos de la casa.

—Ahí hay gato encerrado, hija y no es la nuestra.

—Ya lo he pensado. Sandra, mi casera—compañera es un tanto peculiar pero por ahora...

—¿No será lesbiana?— preguntó mi madre bajando el tono de voz.

Recapacité.

—Lo dudo. Me parece que ella piensa que en mi habitación hay un fantasma pero yo creo que le hace gracia tener a alguien, digamos exótico, que enseñar a sus amigos. Algo así como una mascota del Amazonas.

Me topé con el edificio de ladrillo de Arquitectura.

—Voy a tener que dejarte. He de entrar a clase.

—Muy bien. Que tengas suerte, cariño. Besos de todos.

—Muchos recuerdos y llamaré pronto.

—Eso está por ver—oí decir a mi madre antes de colgar.

Hubiera esperado un edificio más fastuoso como casi todos los que me rodeaban a los lados de la plaza Portola, sobre todo el Haines Hall con un estilo neorrománico llamativo pero me encontré con algo más pequeño, de escasas tres alturas y grandes ventanales que rompían el diseño aburrido del ladrillo.

Entré sin más dilación y me topé con lo que parecía un bedel. Le pregunté por mi clase, la Perloff 3 y con una sonrisa me acompañó a la puerta, suceso que evitó que saliera corriendo a la fuga y no viera más alternativa ante los ojos complacientes del señor que abriera la puerta.

Supongo que me había imaginado un gran anfiteatro con mesas en escalera y el profesor hundido en el foso pero me hallé en una habitación rectangular normal con ventanas en todo el lateral izquierdo. Una enorme pizarra blanca al frente y sillas desperdigadas a su suerte. No supe decir si el profesor estaba entre aquellas personas que hablaban en reducidos grupos porque las edades fluctuaban entre el típico niño superdotado con mostachito o chico de retardado crecimiento y

algún canoso.

Entró por una puerta al fondo un hombre oriental de cabeza ovalada y pequeñas gafas redondas. La gente tomó asiento y les imité. Tardé media angustiada hora en entender algo de lo que hablaba el profesor. Era como tratar de comprender el diálogo de un bebé alemán con chupete, una catástrofe.

Se llamaba Greg Li, lo supe porque lo escribió en la pizarra e iba a ser algo así como nuestro supervisor del curso. A continuación expuso lo que íbamos a tratar durante más de tres horas en las que, tengo que admitirlo, desconecté en varias ocasiones. Me fijé en mis futuros compañeros, a cuál más raro. Los estudiantes rubios y musculosos debían estar en las otras facultades porque allí ninguno se asemejaba. Contaba unos treinta por lo que me consideré realmente afortunada, un tercio eran mujeres, algunas arregladas a más no poder, unas pocas de estilo alternativo y otras, entre las que me incluyo, normalitas.

Cuando el profesor Li terminó su discurso inaugural nos instó a acompañarle por el edificio.

Nos fue mostrando las salas de ordenadores, la biblioteca y las aulas de dibujo. Finalmente entró en una. Era muy alargada y planos y más planos de edificios singulares se amontonaban por las esquinas, pegados a las paredes y a las ventanas. Las mesas con los tableros de dibujo estaban igualmente atiborradas y en medio de aquel caos no soltó que allí trabajaríamos la mayor parte del tiempo.

Con una sensación de claustrofobia arquitectónica busqué la ventana y me encontré con el plano de lo que parecía ser un centro comercial dentro de lo que parecía ser un árbol gigante. ¿Quién perdería el tiempo con algo tan absurdo?

—Señorita, ¿le gusta?

La voz de Greg Li supe que iba a mí dirigida cuando se hizo el silencio. Me volví hacia él.

—¿Le gusta el diseño?— repitió— Veo que lo mira con atención.

Pregunta trampa. Si estaba allí expuesto era o porque resultaba un ejemplo a imitar o a evitar.

—Es interesante—opté por decir.

—Así es, es el proyecto ganador de hace dos

años. Ahora mismo lo están construyendo en Kuala Lumpur. Nuestro alumno ha llegado lejos... y tan lejos—soltó con una risita de las que dan un poco de miedo—Mañana les asignaré los temas a desarrollar y les presentaré al resto del profesorado. Que tengan un buen día.

Se marchó por la puerta y los alumnos detrás de él. Me quedé sola mirando el “árbol comercial”. Las ventanas tenían forma de hoja y las puertas de flor. Si lo viera mi jefe le mandaba a preescolar.

Salí del edificio deseando llegar a casa para tachar el objetivo pero antes tenía que rellenar la nevera. Había un pequeño supermercado en el Campus que creí, ilusa de mí, que sería económico. Ya no volví a comprar allí pero esa vez tuve que hacerlo y con cuidado. Cuando salí a la luz, con mis dos bolsas de cartón bajo el brazo, más llenas con la factura que con alimentos, me comencé a dar cuenta de que realmente me encontraba en Los Ángeles. Ya había cumplido

casi todos los objetivos que más me atemorizaban y ahora debía disfrutar de lo que me pasara.

Al tomar la autopista de vuelta fue como si la viera por primera vez, tenía cinco carriles en cada sentido, menos coches que por la mañana y buenas vistas del mar a mi derecha. Divisé los edificios altos de la ciudad entre los chaparretes, las zonas ajardinadas de los barrios caros como Beverly Hills y las calles estrechas y colapsadas del centro. Dejé el aeropuerto y entré en Manhattan Beach. Era más bonito y tranquilo de lo que almacenaba en mi mente. Mi calle resultaba más pintoresca y la casa, más mona.

Entré flotando como un pajarillo risueño en el salón, coloqué toda la comida de forma ordenada y algo psicópata en la nevera y subí a mi habitación.

En el rellano de la puerta, Sandra me había dejado dos DVD con una nota que decía: “Estos son tus deberes de hoy”. Miré los títulos: “Casablanca” y “Lo que el viento se llevó”.

Deshice el camino con las películas en la mano y las dejé a la entrada de su habitación con la nota: “Tócala otra vez Sam porque nunca volveré a

pasar hambre”.

Una cosa era que no me gustara el cine y otra vivir en un universo paralelo. Sin más impedimentos, subí al dormitorio, me tumbé en la cama y saqué mi libreta.

Cuarto objetivo: Conseguido.

Quinto objetivo: Hacer amigos.

EL hambre me obligó a bajar a la cocina y prepararme un sándwich vegetal de los de verdad con pollo, atún y bacon. Lo comí sentada en las escaleras del porche que daba a la playa. Veía pasar a algún corredor o patinadora pero no el trasiego que me había imaginado antes de llegar, la realidad distaba bastante de la ficción. Ni siquiera lucía el sol de la válgame la redundancia, soleada California. Por lo menos hacía calor y cada vez más, igual era un buen presagio.

Sudando con el bochorno, me puse unos pantalones cortos vaqueros, una camiseta de tirantes, sandalias bien frescas y a caminar. Mirando el mapa, bajando por el Strand hacia el sur, llegaría a Hermosa Beach que parecía ser más conocida y animada. Cerré la puerta con llave mientras algún vecino sufría un paro cardíaco al verlo y empecé a andar con una cierta brisa de

cara y el barniz de la sal pegado al cuerpo.

Comencé a pensar en cual sería mi proyecto para el curso con el fin de igualar al árbol comercial. Mirando a algún surfista aburrido de esperar la gran ola que no llegaba y las diferentes casas que me encontraba a cada paso, deseché ideas basadas en la horticultura. Algo se podría hacer aún original.

De pronto me di cuenta de que hacía ya tiempo que había pasado por el muelle de Hermosa Beach y que me acercaba a un puerto. Consulté el reloj. Llevaba casi una hora caminando sin enterarme. Un poco más y aparecía en Méjico. Tenía que dar la vuelta obligatoriamente si no quería lucir unas ampollas en los pies del tamaño de ciruelas.

Me fijé en que Hermosa Beach era similar a Manhattan. Una playa de arena fina ancha, casas bajas en primera línea y palmeras desperdigadas. Conforme me acercaba de nuevo al muelle, observé que se adentraba bastantes más metros en el mar que el de Manhattan y era más alto pero con el mismo aspecto frágil y desnutrido.

Entonces fue cuando sonó el primer trueno.

Pegué un salto y aceleré el paso. Vi a la poca gente que paseaba desaparecer rápidamente. Qué agoreros, no tenía que ponerse a llover aún.

Y llovió. Llovió como si no lo hubiera hecho jamás. Las gotas eran gordas y sólidas, bien nutridas y parecían dispuestas a agujerearme la cabeza mientras corría chapoteando entre las bolsas de agua que comenzaban a formarse en las baldosas del paseo. Buscaba algún toldo o marquesina para cobijarme pero lo único que encontraba eran palmeras esqueléticas.

Entre las pestañas empapadas y pesadas, divisé a lo lejos lo que parecía una cafetería y me lancé a los cien metros obstáculos con una habilidad pasmosa. Era tal mi velocidad de navegación que cuando vi lo que se me avecinaba ya había resbalado encima.

Un cuantioso excremento de perro al que le había sentado fatal la comida, se interpuso en mi camino y patiné con mis sandalias mojadas pero en vez de recorrer algún metro hacia delante, me quedé sentada literalmente encima. Me dolió más el orgullo que los huesos del cuerpo y aún más

cuando oí una voz.

—Dame la mano.

Con los pelos pegados a la cara por la catarata que caía del cielo y rodeada del agradable olor de la caca del perro, lo único que no quería era ser vista por nadie.

—Venga, es lo único que sigue limpio—me instó la voz.

En mi caída no había apoyado las manos. Un gran error en el 99,99% de los casos y lo único menos malo de mi situación. Elevé el brazo mientras el aroma me embargaba hasta casi darme arcadas.

Tiraron de mí y deseé desaparecer en ese intervalo entre las baldosas y la verticalidad absoluta pero ya se me habían cumplido demasiados deseos en Los Ángeles y el cupo estaba agotado.

—Estás horrible—me dijo con cierto grado de ironía en la voz.

Yo miraba los dedos de mis pies que se asomaban entre el desecho perruno y mis antiguas sandalias.

—Gracias—atiné a decir débilmente y alcé la cabeza con dignidad.

—Generalmente diría que es un placer pero en este caso me comeré mis palabras. ¿Vives cerca?

Le escruté tras el amparo de mi pelo. Él iba en pantalón corto de correr, sudadera y llevaba encajada una gorra de los Yankees hasta los ojos.

—En el 692 de Ocean drive, Manhattan Beach—solté como una lección bien aprendida, fuera o no él un psicópata me daba igual en ese momento.

—No queda muy cerca. Ahí hay una cafetería pero no sé si te dejaran pasar así. Deberías darte un baño en el mar para eliminar el... revestimiento.

—Vale, gracias. En principio voy a seguir andando, no creo que llueva de esta forma mucho más tiempo.

—No, no creo. Solo serán un día o dos.

Evitando el comentario jocoso di un paso adelante y no sé como, volví a resbalar. Esta vez, como manda la estadística apoyé de lleno ambas manos al caer. El tacto fue el de la arcilla, sin entrar en detalles.

Debiendo hacer de tripas corazón, él me cogió

de nuevo de la mano y me arrastró hacia la playa. Había soñado con el momento de bajar a tomar el sol en la arena y de mi primer baño en el Pacífico, pero no se parecía para nada a lo que me estaba ocurriendo.

El camino hacia el mar se me hizo eterno hasta que noté el agua fresca en mis tobillos. Él se quitó la sudadera, la camiseta y las zapatillas deportivas y las apoyó en la arena. Acto seguido, me siguió arrastrando hasta que quedamos los dos sumergidos hasta el cuello.

—Ha sido lo más asqueroso que me ha pasado en mucho tiempo—rió.

—Y a mí— dije con un alivio corporal indescriptible. Me sentía tan limpia como si acabara de salir de la ducha.

El mar estaba bastante picado y una ola me engulló por un breve espacio de tiempo.

—Salgamos, no sea que encima te ahogues y tenga que ir a por ti.

Peleé contra el arrastre del mar hasta llegar a la orilla. Ya no llovía con tanta intensidad.

—Me llamo Sean—dijo tendiéndome la mano

por tercera vez en poco tiempo.

—Miriam. No sé como agradecértelo. Me has salvado la vida, en cierto modo.

Sean esbozó una sonrisa. Sin la gorra tenía el pelo oscuro un poco largo, barba de unos cuantos días y los ojos oscuros que me miraban fijamente.

—¿No nos conocemos?— preguntó.

—Lo dudo. Llevo pocos días aquí. He venido a hacer un máster en la Universidad—noté que había hablado demasiado cuando salió por mi boca la última palabra.

—Pisar una mierda de perro da buena suerte.

—¿Y rebozarse?

—Mejor aún—señaló al paseo marítimo—Igual ahora te dejan entrar en la cafetería. Vamos a intentarlo.

Tenía razón. La camarera nos miró como si fuéramos dos extraterrestres pero nos permitió sentarnos en una mesa en la terraza, gracias a Dios cubierta por un buen toldo.

—Ponte mi sudadera, olerá a dos kilómetros de carrera pero al menos está seca.

La camarera me acompañó con cara de

circunstancias al aseo y me facilitó un par de toallas secas. Al poco tiempo ya había dejado de parecer un pollo mojado.

—¿Te has caído al agua?— me preguntó ella.

Tenía la cara pecosa y simpática.

—En cierto modo, sí.

—Sé que no debería meterme pero la vida es bonita, dale una oportunidad. No eres la primera que se arroja desde el muelle.

—¡No me he intentado suicidar!

—Lo que tu digas—y se marchó a servirnos dos cafés.

No había nadie más en todo el local. Caminé con el orgullo más elevado del suelo y me senté aliviada.

—¿De dónde eres?— preguntó Sean tomando un sorbo.

—Española. De Europa, cerca de Francia....

—¿Barcelona?— me interrumpió.

—No, Madrid.

—Estuve en España hace tiempo, en Madrid y en Barcelona. ¿Y qué es lo que has venido a estudiar? Demasiadas preguntas.

—Estoy cursando un máster de arquitectura en la UCLA. La verdad es que hoy fue mi primer día.

Asentía mientras yo hablaba como si dijera algo interesante.

—¿Y cuánto dura el máster?

El interrogatorio tocaba a su fin. Yo no le conocía de nada, simplemente era una especie de ángel salvador fan de los Yankees.

—¿Y qué me cuentas de ti? ¿A qué te dedicas a parte de rescatar a mujeres torpes?— dije rápidamente.

—Por donde empezar...— se estiró reclinando la silla—Toco la guitarra en un grupo de rock, juego al hockey, tengo un bar junto a un socio y también soy actor.

—Sandra, mi casera, tiene entonces razón al decir que todos los que viven en Los Ángeles quieren ser actores. ¿Qué tal se te da?

—Lo de la guitarra, el hockey y el bar bastante bien pero en la actuación... digamos que me arrepiento de todo lo que he hecho.

—Dudo que sea peor que amiga número cinco de “Crazy Teenagers” de Sandra.

—Más o menos. Ahora me encuentro incapaz de continuar, ya no me motiva—bebió otro sorbo de café y levantó la mirada oscura encontrándose con la mía. Dirigí la vista hacia el mar.

—Es una opinión basada en mi pequeña experiencia—dije— pero para seguir adelante, hay que romper con el pasado. No solo pasar de capítulo sino cerrar todo el libro y empezar uno de nuevo. Hay que lanzarse al vacío—Noté como un puñal la mirada de la camarera en mi espalda— Ese ha sido el último año de mi vida y por ahora no me arrepiento.

—Tienes razón—apuntó sorprendiéndome— Pero no me llega ningún buen papel.

—Uy que vago. Habrá que ir a buscarlo, ¿no?

Asintió mientras me miraba de nuevo con interés.

—¿Seguro que no nos hemos visto antes?

Le observé sin discreción. Tendría unos treinta años, de apariencia un poco desaliñada pero guapo al fin y al cabo.

Traté de poner cara indiferente y sacudí la cabeza.

—Lo siento pero no. Yo tengo una cara corriente, igual te recuerdo a alguien. El padre de un amigo mío me dijo que me parecía a su tía Encarna. No fue muy halagador.

Rió.

Podía haberse llevado algún punto diciéndome que yo realmente le recordaba a Giselle Bündchen que todo sea dicho compartimos color de pelo, pero no, se mantuvo callado absorto en las olas del mar.

—Me tengo que ir—soltó de repente— ¿Quieres que te acerque a Ocean drive, Manhattan Beach? He aparcado la moto cerca.

No me acordaba del momento en el que le había facilitado mi dirección a un extraño.

Negué con la cabeza.

—Creo que me arriesgaré a caminar.

Me tendió la mano y se la estreché.

—No ha sido la mejor forma de conocerse pero me ha gustado. Ya nos veremos y mantente alejada del mundo animal.

—Gracias, lo intentaré. Ojalá encuentres un buen papel.

Sonrió mientras se internaba entre las callejuelas de Hermosa Beach. Al segundo de volver a la realidad me di cuenta de tres cosas cruciales: primero, tenía aún que volver a casa lloviendo; segundo, me había quedado con su sudadera y tercero, el muy cara dura se había marchado sin pagar el café y yo había perdido los diez dólares de mi bolsillo en el mar.

Prometiéndome que no volvería a tratar de suicidarme, la camarera me invitó a los cafés y me prestó un paraguas que debería devolverle en una semana con el objetivo de darle motivación a mi vida.

Cuando llegué a casa ya era de noche y seguía lloviendo. Sandra me vio entrar por la puerta como si fuera un fantasma asesinado en una bañera. Salía de la cocina con un refresco en la mano, llevaba el pelo rubio en una coleta alta, unos pantalones de lycra sumamente cortos y una camiseta sudada.

—¿Qué demonios te ha pasado?

—No te lo creerías—dije dejando el paraguas y las sandalias en el porche. Me di cuenta que tenía

las palmas de las manos enrojecidas y me dolía el trasero.

—Inténtalo—dijo sentándose en el sofá.

Procedí a contarle mi aventura Hollywoodiense y ella, en vez de echarse a reír, algo bastante esperado, se mantuvo pensativa.

—Y ese actor, ¿cuál era su nombre?— preguntó al fin.

—Sean pero no me dijo el apellido.

—¿Sean Connery?

—No lo creo, ese es demasiado viejo.

—¿Sean Penn?

—Demasiado feo.

—¿Sean Bean?

—¿Quién?

—Ah, te he pillado—dijo apoyando los pies descalzos en el sofá con cara de satisfacción.

—Déjalo Sandra, no era nadie conocido. Un aspirante a actor, nada más—quise decir “como tú” pero me contuve a tiempo—Eso sí, muy guapo.

Mi compañera dio palmas como si fuera una adolescente.

—Tienes una forma muy extraña de conocer

gente pero parece que da resultado. A ver esa sudadera—se la tendí. Era gris, sin peculiaridades —Es de las que venden en los mercadillos, no se habrá gastado más de cinco dólares por ella. No me extraña que te la regalara.

Se levantó y descalza se acercó al mueble del televisor. El rosa fucsia de las uñas de sus pies se peleaba con las baldosas de barro cocido del suelo.

—Ya que has visto más cine del que yo pensaba, te lo pondré difícil... “El señor de los Anillos”—dijo girando hacia mí con el DVD en la mano.

—Vi “La Comunidad del Anillo” pero me decepcionó. El libro era más completo, los personajes diferentes...

—Vale, vale, no te enrolles—me cortó—Entonces pasamos a... “La guerra de las Galaxias” ¿Las has visto?

—¿Cuántas son?

Se rió frenética.

—Cuantas son, dice. Que pena que mis amigos no te hayan oído. Alguno mataría por una pregunta así, ¿quién demonios no conoce a Luke Skywalker

y a Darth Vader? Bueno, pues ya tienes deberes.

Me dejó en las manos seis películas. Sandra sí que era pura ciencia—ficción y no la Guerra de las Galaxias.

Me duché con agua congelada de algún manantial de Alaska por lo menos, Sandra había acabado con el agua caliente de ahí a un mes. Y en mi pijama corto bajé al salón, el hambre me había desaparecido entre las baldosas del paseo marítimo y como no tenía nada que hacer hasta que fuera una hora prudencial de acostarse, puse la primera película de la Guerra de las Galaxias.

Empezaba con unos letreros torcidos que se marchaban pantalla atrás y una música pegadiza que ya había escuchado antes. Se leía Episodio IV. Sandra me las había dado desordenadas. Saqué el DVD y puse en su lugar “La Amenaza Fantasma”. Pese a mi intención de culturizarme en la Meca del Cine, me dormí. Soñé con maestros Jedi, planetas extraños, un guapo Obi—Wan Kenobi y un tal Anakin que no auguraba nada bueno.

La voz de la reina Amidala me despertó bruscamente. Me encontraba tumbada en el sofá, la televisión seguía encendida y Sandra me miraba con todo su pelo revuelto.

—Son las ocho y media, cariño.

Pegué un salto sin pértiga desapareciendo escaleras arriba. No recordaba como me había vestido y lavado pero lo siguiente fue estar metida en el atasco de la autopista con el corazón bombeando sangre en los oídos y con una canción de Kylie Minogue sonando en el coche contiguo a todo trapo.

Seguía lloviendo. Cuando abandoné la carretera y me interné en el Campus, a las nueve y media me di cuenta que muchos estudiantes estaban en mi misma situación y corrían desesperados hacia los diferentes edificios.

Entre en Perloff Hall a zancadas y miré por el cristal de la puerta de mi aula. El profesor Li estaba allí pero con unos pocos alumnos.

—Hasta las diez será mejor que no entremos— me dijo una voz a mis espaldas—Sino se

molestará mucho.

Me hablaba una chica de aproximadamente mi edad con un piercing en la nariz. Era bajita, vestía algo extraña con botas de militar y falda corta rosa. El pelo negro le caía haciendo rastas hasta por debajo de los hombros. Nada más lejos del ideal de alumno del máster.

—Vamos a la cafetería—me dijo.

Mientras bajábamos unas escaleras, se presentó. Se llamaba Laura, era de Nueva York y estaba becada hasta las cejas.

—Mi padre hizo una donación generosa a la Universidad hace unos cuantos años y desde entonces me permiten que estudie aquí. No hay nada que no consiga el dinero—dijo con una mueca de desagrado.

Entramos en la cafetería. Me imaginaba la típica universitaria pero por ningún lado oí gritos, ni vi jugadores de mus ni humo de tabaco. Las mesas y sillas eran modernos sobre un suelo marmóreo y con el acompañamiento de un hilo musical chill out. Los pocos estudiantes que estaban por allí, tomaban café sosegadamente o leían.

Me señaló un grupo en una esquina. Eran cuatro que había visto en mi clase el día anterior.

—Os presento a Miriam, otra tardona.

Los presentes me saludaron con la mano y siguieron con su conversación.

—El de la izquierda es Yuga aunque parezca chino es de Iowa—me susurró al oído—Martha de Florida, es la preferida del profesor a ella no le echará la bronca, el siguiente es Hiroto, japonés y Mario que también es español. ¿No os conocéis?

Le miré como si en España viviéramos cinco. Tenía de compatriota lo que yo de Californiana. Su pelo tiraba a rubio y los ojos eran azules. Me parecía más español el japonés que el tal Mario.

—¿De dónde eres?— dije sentándome a su lado.

Me echó un vistazo como si le hubiese molestado.

—De Salamanca.

—Yo de Madrid. Me hace mucha ilusión hablar castellano al fin.

—Ya—volvió la cabeza hacia sus compañeros y reanudó la conversación. Aparentemente pronunciaba el inglés a la perfección.

Me pasé el resto de la media hora mirando por la ventana y viendo caer la lluvia.

Si al profesor Li le molestó que entráramos tarde en la clase no lo demostró, únicamente escribió algo en su libreta y levantando la cabeza nos indicó que proseguiría con el temario otro arquitecto, Samuel Perry, experto en diseño de interiores.

Las siguientes horas las pasamos en el aula de dibujo, entre bocetos, acuarelas y alguna maqueta escuchando la interesante disertación del profesor Perry.

—Vamos a desarrollar un proyecto de adecuación de una cueva del desierto en un hotel de lujo. Para eso, haremos grupos de unas cinco personas. Señores, escojan con cuidado a sus compañeros porque la nota será grupal y no individual.

Me puse nerviosa en cuanto los grupos comenzaron a formarse, parecía que todo el mundo

conocía a todo el mundo y yo era un elemento extraño de la decoración del aula.

Me acerqué a Laura despacio y con toda la seguridad en mi misma que conseguí de no se sabe donde, le dije:

—Yo creo que podría ayudar bastante.

Los cinco que formaban el grupo me miraron a la vez estudiándome, eran los mismos de la cafetería. Laura sonrió.

—Nos vendría bien una visión europea del asunto—comentó hacia sus compañeros—Mario piensa ya como un americano así que yo voto por añadir a España al grupo.

—Somos cinco—comentó Mario con su tono peculiarmente agradable.

—Ha dicho grupos de unos cinco—dije en inglés mirándole—Si estoy en este máster es porque como a vosotros se me da bien esto, incluso he tenido que pasar un examen más difícil por no estudiar en la UCLA. No creo que vaya a ser una mala compañía.

—Aceptada a la de una, dos—dijo Laura echando un vistazo a los demás. Todos asintieron.

Yuga el chino de Iowa e Hiroto de Japón sonrieron empequeñeciendo aún más sus ojos, Martha de Florida dio su consentimiento con la cabeza y Mario se encogió de hombros—y a la de tres. Bienvenida a nuestro grupo multicultural.

—Estupendo, ahora podremos añadir geranios a nuestros balcones—oí decir a Mario pero no me importó. Estaba en el máster, tenía un grupo y un proyecto. ¿Qué más quería?

Al llegar a mi calle, la música me llevó cual rata siguiendo al Flautista de Hamelin hasta mi casa. Estaba tan alta como para constituir algún tipo de delito y cuando entré se me taponaron los oídos. Por lo menos se trataba del bueno de Jakob Dylan y sus Wallflowers cantando *One headlight* para todo el vecindario, una canción que me encantaba.

En el salón había varias personas que se volvieron a mirarme en cuanto di un paso dentro de la habitación. Sandra accionada por un resorte saltó hacia mí y encadenó su brazo delgado al mío.

—Chicos, esta es Miriam—me presentó como si yo fuera un objeto extraño. Los ojos de todos se colocaron sobre mi persona. Vi algún movimiento de asentimiento con la cabeza como si cumpliera las expectativas que Sandra les habría inculcado—Ven.

Tiró de mí con decisión hacia los sofás y me situó cerca de ellos. Había tres chicos y tres chicas. De ellos diré que eran por lo general la idea que me había hecho del hombre californiano: rubio, fuerte y bronceado y que ya dudaba que existiera. Ellas resultaban simplemente espectaculares. Yo consideraba a Sandra guapa pero dos de las chicas sobretodo, la dejaban atrás. Dos eran rubias aunque de dudosa autenticidad y la tercera, de aspecto hispano, de cabello azabache y piel curtida. Me quedé embobada mirando al grupo como si se tratase de un anuncio de Tommy Hilfiger durante lo que pareció un largo periodo de tiempo.

—Te los presentaré. Ellas son Kelly, Alison y Helena—sonreían mientras Sandra las nombraba enseñando unos dientes blancos y perfectos que

debían crecer así solo por nacer en California. Me señaló a los chicos—Ahí tienes a Billy, Michael y Peter.

—¿Peter?— preguntó el susodicho airado. Se levantó y me tendió una mano falta de fuerza—Soy Pedro, cariño y estoy encantado de conocerte.

—Siempre se me olvida, Peter prefiere que se le llame Pedro—comentó Sandra con los ojos del aludido fustigándola—Parece que los diseñadores de moda tienen que ser diferentes.

—Sandy, cielo—interrumpió él—Peter murió hace tiempo. Olvídalo ya—me guiñó un ojo. Estaba sumamente bronceado y llevaba un pañuelo rosa de flecos alrededor del cuello que le caía por su camisa abierta hasta el pecho. Se debía haber embutido los vaqueros con calzador según observé.

—Me será más fácil decir Pedro. Lo recordaré — le sonreí y él me ganó con su sonrisa, siete veces mejor.

—Siéntate aquí— Alison golpeó el cojín del sofá para que me aposentara a su lado y la obedecí. Tenía unas facciones tan pequeñas y

perfectas que comencé a dudar si todas eran realmente suyas—Acabaremos siendo grandes amigas, ya lo verás.

La idea de que aquello constituía algún tipo de secta pululaba por mi mente, explicando el inexistente alquiler.

—¡Dios mío!— me sobresaltó Kelly—Tienes un pelo precioso—me lo acarició con cuidado—Me recuerda al de....

—¡No lo digas!— saltó Alison tapándole la boca—Es igualito al de Giselle, ¿verdad?

—O mejor aún, chicas—dijo Pedro con su peculiar forma de hablar, arrastrando las vocales—El pelo de Giselle es igualito al de Miriam.

Me dejé sobar un rato la melena mientras hablaban los otros chicos. Michael era el más llamativo de los cuatro con una cara de mandíbula ancha, ojos aguamarina y pelo ondulado castaño claro. Era la encarnación del surfista tipo. Sin embargo, trabajaba en la tienda de electrónica de su padre y detestaba el surf, lo suyo era el submarinismo.

A partir de ahora, lo mío también.

—Si para tu máster necesitas un ordenador o algún otro cacharro, me lo dices—comentó.

—La verdad es que quería buscar un portátil para trabajar también en casa.

—Entonces te conseguiré uno bueno—dijo contento.

—Digamos mejor, calidad media. No puedo gastarme mucho.

Él le restó importancia con la mano.

—Eso por descontado. A todos estos les he vendido unos ordenadores estupendos.

—El mío se traga los CDS—saltó Billy rápidamente—y lo peor de todo es que no tengo ni idea de adonde van.

Michael le apartó de un empujón.

—Ni caso—dijo a duras penas mientras Billy se lanzaba a por él.

—Hemos pedido unas pizzas. Te apuntas, ¿verdad?— señaló Helena con una voz suave y melodiosa.

Asentí con la cabeza y con el estómago.

La extraña pelea ficticia que se mantenía en el salón entre Michael y Billy había alcanzado a

Pedro y tras un rato, continuó en la playa donde acabaron metidos en el agua.

—Son como niños—Helena me susurró en castellano.

—¿Hablas español? ¡Gracias a Dios!

—Mi madre es de Puerto Rico y solo hablo con ella en español. Aquí se escucha en todas partes pero si quieres ser una más de ellos—les señaló—es mejor olvidarlo cuanto antes.

—El sábado vamos a salir a tomar algo por ahí y bailar un rato—comentó Alison con su voz aguda — ¿Te apetece acompañarnos?

—¡Pues claro que la apetece!— contestó Sandra en mi lugar.

Llevaba razón aunque me exasperara. Parecía gente divertida y sana. Estaría ojo avizor por si se mezclaban en la noche aquellos resaca o güijitas y a disfrutar.

Cuando me colé entre las sábanas de mi cama, tome la libreta de objetivos entre mis manos. Estaba haciendo amigos, tenía por un lado a mis no siempre simpáticos, compañeros de clase y por otro a los integrantes de una serie adolescente. Así

que dándome por satisfecha, taché el último propósito.

Quinto objetivo: conseguido.

Sexto objetivo: conocer la noche de Los Ángeles apaciguadamente.

EL resto de la semana transcurrió lento. En la universidad conocimos al profesor de diseño urbano. Teníamos que hacer el proyecto de una nueva capital para Estados Unidos, él había participado en el nacimiento de Brasilia en Brasil y fue muy interesante su exposición.

—¿Dónde vas a colocar la Plaza Mayor?— fue el único comentario que me hizo mi agradable compañero Mario.

Inocente de mí casi pico aunque la idea de una plaza principal no era mala.

Conforme pasaban los días era fácil darse cuenta que el máster no iba a ser moco de pavo y que habría que trabajar lo indecible y más.

Por las noches, terminé con la “Guerra de las Galaxias”. Obi—Wan me traía loca hasta que se hizo viejo y empecé con “Spiderman”.

Cuando llegó el sábado y al fin pude remolonear entre las sábanas, me asaltó una duda de las que ya había guardado en un cajón mucho tiempo atrás. ¿Qué me pongo esta noche?

No tenía idea alguna de la vestimenta nocturna de la fauna local y menos aún de mis amigos Hilfiger y no podía caer en preguntar a mi casera pues se tiraría por los suelos desternillada de la risa y luego lo gritaría a los cuatro vientos. Así que merodeé por la casa esperando encontrar alguna pista.

—Buenos días—dijo Sandra sobresaltándome. Estaba en la terraza con un pie apoyado en la pequeña mesa carcomida de madera, pintándose las uñas con algodones diminutos separando los dedos— ¿Qué tal va Spiderman?

—Volviéndose negro, los superhéroes ya no son lo que eran. ¿Por qué no cambiamos del género fantástico?

—Mmm. Déjame que piense—se volvió hacia mí con el pincel del esmalte a modo de espada— ¿Te vale de amor?

—Siempre y cuando no vayan en mallas ni

lleven espadas láser.

—Prometido—se giró hacia la uña— ¿Qué te vas a poner esta noche?

Horror.

—No lo tenía decidido aún, ¿tú?

Me obvió.

—Depende de que como te vistas hoy, cazarás o no. Está en tu mano.

—No estoy a favor de la caza—apunté con una sonrisa.

Me miró de soslayo.

—¿Prefieres ser la presa en pleno siglo XX?

—En pleno siglo XXI—corregí rápidamente—y en plena California, prefiero evitar cualquier contacto con la fauna.

—Es verdad: “No está entre mis objetivos”—dijo parodiándome y con una inusual memoria a largo plazo—De todas formas, arréglate algo, no me pongas en evidencia.

—Por descontado—elevé la vista al cielo— ¿Cuándo voy a ver por fin el sol?

—Mañana, cariño. Pero luego no hay quien lo quite.

El silencio al otro lado de la línea comenzaba a escamarme. Acababa de hacer partícipe a mi hermana pequeña Sofía de lo acontecido en Hermosa Beach y en vez de reírse, se había quedado muda.

—¡Qué asco!— exclamó al fin—Miriam, es lo peor que te ha pasado jamás y ¡no he estado para verlo! ¡Qué desilusión! Y dime, ¿cómo era él?

—Guapísimo—murmuré recordando—Moreno, fuerte, agradable....

—La pena es que no le volverás a ver—mi realista hermana tuvo que hablar—Y hoy sales de marcha....

—Sin tener ni idea de que ponerme.

—Vaqueros y un top bonito. El verde, preferentemente. ¿Me llamarás para contarme tu experiencia?

—Estoy a la espera de un ordenador portátil y así te podré escribir a menudo. Palabra.

Suspiró.

—Vale. Le diré a mamá que has llamado.

A las diez y media de la noche estábamos Sandra y yo bien cenadas, vestidas, maquilladas y plantadas como dos estatuas en Ocean Drive. Mi compañera no había hecho ni un solo comentario al verme bajar por las escaleras. Si hubiera sido bueno, con seguridad indicaría la embriaguez, drogadicción o miopía de Sandra y uno malo, era esperable pero, ¡ninguno!

Un flamante Dodge Durango hizo sonar el claxon y me despertó de mis ensoñaciones. Desde luego que no les gustaba pasar desapercibidos. Ya entendía como íbamos a ser capaces de entrar todos en un vehículo sin parecer el coche de los payasos, con semejante mole de 4×4 .

—Bonito coche, Michael — comentó Sandra nada más entrar en él y le palmeó el hombro—Tu padre no sabe que más hacer para que te marches de casa, ¿eh?

—Aún me falta una casita como la tuya, Sandy.

Entonces igual me lo pienso.

Me senté en la tercera fila entre Kelly y Alison. Ambas estaban preciosas y me sentí como la nota discordante de una bonita melodía dentro de aquel coche.

—¿Dónde están los demás?— pregunté.

—Pedro con sus amigos gays y Helena con su nuevo y poco duradero novio—contestó Alison molesta.

Michael se volvió hacia mí con su sonrisa de dentífrico blanqueador.

—Tenemos un regalo de bienvenida para ti— proclamó despedazando las palabras para que le entendiera mejor a pesar de que el efecto era el contrario.

Me señalé con las manos.

—¿Para mí? ¿Por qué?

—Porque nos vas a tener que aguantar durante mucho tiempo—respondió Billy desde el asiento del copiloto—Después de los próximos meses, créeme que el regalo te habrá sido insuficiente.

Me tendió una gran caja plana envuelta con un papel de corazones y rematada con un lazo dorado.

Más alucinada que de costumbre, desarrollé el regalo. Mis ojos se encontraron con un ordenador portátil de color naranja chillón y con dibujos de fresas rojas como demonios por todas partes.

—Vaya, no sé que decir.

—Di que es espantoso, que es la verdad— afirmo Michael.

—Oh, no. Me refiero a que es demasiado regalo. No puedo aceptarlo.

—Claro que sí. Mira, ya no sabíamos como encasquetárselo a alguien. Un padre lo encargó para el cumpleaños de su hija y ésta nos lo devolvió al día siguiente. Desde entonces ha servido como pisapapeles en la tienda.

—En ese caso, lo adopto encantada—comenté evitando mirar al ordenador demasiado con el fin de evitar que me sangraran las pupilas.

—Y este es el mío—saltó Sandra dándome un paquete cuadrado mas pequeño.

—Pero...

—Tú ábrelo que en verdad el regalo es para mi.

Se trataba de un despertador con radio color rosa fucsia.

—Estoy harta de despertarme a las siete de la mañana—continuó ella—con un pitido angustioso procedente de tu dormitorio. Ahora espero hacerlo al menos con Britney Spears.

—No sé que es mejor—se burló Billy.

—Muchísimas gracias—dije con sinceridad dirigiendo la vista desde mi compañera a todo el Dodge al completo—No he podido tener más suerte al acabar en Los Ángeles y sobre todo, en Manhattan Beach.

—Por supuesto—clamó Billy subiendo el volumen de la radio—y ahora..., ¡la noche nos espera!

Vitores, aplausos y un acelerón excesivo que me hizo buscar el cinturón de seguridad con apremio, nos dirigieron hacia el centro de la ciudad. Debía de mantenerme en guardia con los sectarios, desconocía su modus operandi así que me limitaría a los refrescos y sin soltarlos ni un segundo de la mano. Toda precaución era poca.

Absorta en la música y las palabras aisladas de la conversación no me di cuenta de que atravesábamos Sunset Boulevard hasta que las

palmeras grandes como jirafas que pegaban mordiscos al cielo, llamaron mi atención.

—¡Estamos en Hollywood!— exclamé como si me encontrara sola en el vehículo.

Me miraron en silencio con cara de lástima como si fuera una pueblerina recién llegada a la ciudad.

—Vamos a una discoteca en Hollywood Boulevard. Se llama The Vanguard—me explicó Michael considerado—Seguro que te gusta.

—Más la vale—la voz inequívoca de Sandra salió del asiento de delante—Es bastante difícil entrar en ella.

—Muchas veces hay famosos—comentó Kelly que hasta el momento no había abierto la boca—Ojalá alguno se fijara en mí.

—Si no se fijan es que están ciegos—soltó Billy por lo que recibió un manotazo en la cabeza por parte de la aludida—Ay, lo digo de verdad.

—Estoy completamente de acuerdo—corroboré para aliviar la pequeña tensión creada. Billy me guiñó un ojo y Kelly me lanzó una sonrisa preciosa.

En el 6021 de Hollywood Boulevard se alzaba un edificio iluminado de dos alturas con una cola de personas a la puerta que se perdía calle abajo. Coches prohibitivos se acumulaban a los dos lados del bulevar y de ellos bajaban grupos de gente guapa.

Aparcamos en una calle perpendicular sin tanta ansia de exhibicionismo y nos sumergimos en la marea de personas. Kelly me tendió su mano que yo así con firmeza preocupada realmente por perderme. Saltándonos la macrocola, fuimos directamente a la puerta. Michael habló con uno de los porteros vestido de negro impoluto desde la nuez hasta los pies que revisó una lista con detenimiento. Al cabo de un rato generoso, hizo un gesto liviano con la mano y nos abrieron la puerta. Lo que vi al otro lado no me dejó indiferente.

—Dicen que es la mayor pista de baile del país —me gritó Kelly que aún no había soltado mi mano, al oído.

La música house tronaba envolvente mientras ráfagas de luz iluminaban a la gente a intervalos. Del techo colgaban columpios con mujeres

vestidas o más bien desvestidas como pájaros dando vaivenes en ellos. Al fondo un gigantesco escenario plateado con un discjockey en el medio tan difícil de encontrar como a Wally, en una marea de luces de colores barriando el escenario.

Kelly volvió a tirar de mí, esta vez hacia una de las barras kilométricas que atendidas por unas camareras curvilíneas y rubísimas, se encontraban a reventar.

—Un refresco—conseguí gritar a Billy contestando a su pregunta.

Si le sorprendió mi respuesta no lo demostró y me tendió al rato una Coca—Cola. Sandra surgida del abismo me agarró del brazo y tiró de mí, arrastrando también a Kelly que permanecía sujeta a mi mano. Nos integramos en la marea colorida de gente que bailaba en la pista. Alison nos seguía a duras penas hasta que Sandra decidió detenerse casi en el punto medio exacto de la discoteca y empezó a bailar como una desenfrenada. Sus dos amigas le imitaron y aquellas tres rubias preciosas en mitad de la pista atrajeron rápidamente las miradas del noventa por ciento de la fauna

masculina.

Intenté escabullirme pero Kelly me pasó un brazo por la cintura y tuve que imitarlas sin remedio pero de forma más sosegada.

—Nos miran todos—me gritó Kelly—todos menos uno—me señaló a la barra donde Billy y Michael bebían.

Billy nos saludó con la mano pero de Michael solo veía su ancha espalda.

—¿Te refieres a Michael?— el rostro sombrío de ella me lo confirmó— Te gusta, ¿no?

—Desde que éramos enanos pero él únicamente me ve como a una amiga.

—Será tonto. Él se lo pierde.

Esbozó una sonrisa sin perder la vista en dirección a la barra.

—Desde que te conoció el otro día solo habla de ti—dijo sin resentimiento aparente.

Vaya.

—Porque soy la novedad. De todas formas te diré que no es mi tipo—mentí con soltura.

Alison la gritó algo y se volvió hacia ella.

Después de una hora en la que quemé las

calorías acumuladas durante el último mes, se nos unieron los chicos con la consiguiente estampida de los machos circundantes.

Durante un rato los ojos de Billy no se apartaban de mí y yo ya no sabía dónde mirar sin levantar sospechas, por fin debió decidir acercarse.

—Te voy a enseñar la terraza. Hace menos calor y merece la pena.

Un poco dudosa le seguí. Me tomó de la mano para atravesar el gentío. Quizás no era tan alto como Michael ni tan fuerte pero mi hermana le hubiera mordido un brazo sin pensárselo.

Salimos a una terraza exterior iluminada por antorchas. Estatuas de budas descansando a la bartola se escondían entre sillones mullidos blancos, camas con dosel y palmeras.

El aire fresco de la noche me recordó lo que era respirar. La música continuaba allí pero a menor volumen. Había un par de parejas achuchándose y titubeé cuando Billy me arrastró a una especie de tumbona tamaño familiar.

—Es muy bonito. Deberíamos volver—dije sin necesidad de gritar por fin.

—Me gustaría hablar contigo—rogó arrugando el ceño.

Mientras solo sea hablar...

Nos sentamos separados por una distancia prudencial.

—Tú eres una mujer.

—Eso creo.

Se rió.

—A lo que iba—continuó— ¿Saldrías con alguien más joven que tú?

—¿Cuánto de joven?

—¿Cuántos años tienes?

Fuera educación.

—Veintisiete.

—Pues con uno de veinticuatro. ¿Podrías?

Buf.

—En general prefiero que sean algo mayores que yo—contesté buscando una respuesta no hiriente.

—Pero, ¿le darías una oportunidad?

Y dale.

—¿Qué es lo que me quieres decir?— atajé.

—No sé como hacerlo. Apenas nos conocemos y pensarás que soy un imbécil... Alison me gusta

pero...

—¡Alison!

—Sí— alzó las cejas— ¿de quién pensabas que hablaba?

—Sigue, sigue—le insté.

—Tiene dos años más que yo y me trata como a un hermano pequeño. Sin embargo, a veces es cariñosa conmigo y parece que le importo. ¿Entiendes algo?

—Deberías hablarlo con ella.

Miraba algún punto entre sus zapatos y el suelo empedrado.

—Igual deja de ser mi amiga.

—Creo que tienes que valorar que es lo que prefieres, Billy.

—Mola, mola. Gracias. Me parece que ya sé lo que hacer.

Se levantó y le imité.

—¿El qué?

—Nada.

Se rió mientras andamos a la entrada de la discoteca. Al abrir la puerta, la música me aplastó.

—Nada. Momentáneamente—me guiñó un ojo y

nos colamos en la marabunta.

Eran las cuatro de la mañana cuando abandonamos el Vanguard. La noche, al contrario de mi pensamiento inicial, voló. Entre bailes, refrescos, confidencias y descanso en las camas, he de admitir que me lo pasé estupendamente.

Así que cuando nos marchamos, si alguien hubiera propuesto continuar en cualquier lado, me hubiera apuntado sin miramientos pero no fue así y Michael aparentemente sobrio sino hubiera mordido con tal de conducir yo, nos fue dejando en cada casa. A Kelly y a Alison en Venice, Billy en Inglewood y por último a las alejadas de la mano de Dios, nosotras.

—Hay que repetirlo—gritó Michael por la ventanilla mientras se marchaba.

—Ya lo creo—murmuré.

—Sabía que me lo agradecerías—oí a Sandra mientras abría la puerta de la casa.

—Aún no lo he hecho.

—¿A qué esperas entonces?

Me colé delante de ella en el salón y la sonreí.

—Gracias.

Con una mueca de satisfacción y arrastrando los pies por las baldosas, se metió en su habitación y esbozó un “buenas noches” con los labios antes de cerrar la puerta.

—Buenas noches—contesté y encaminé mi cuerpo, que ahora parecía estar hecho de plomo, escaleras arriba hasta mi ansiada cama.

Here comes the sun, here comes the sun and I say it's alright...[T]

La música del despertador sonó como si tuviera a los Beatles metidos en mi habitación y me incorporé buscándoles.

La luz entraba tan fuerte por la ventana que fui incapaz de mirar hacia aquel lado. Mi nuevo despertador marcaba las doce de la mañana y me levanté para cerrar la contraventana y tratar de dormir un poco más.

El sol se reflejaba en el Pacífico lanzando destellos plateados... ¿el sol? ¡El sol!

Olvidé el sueño y a los visionarios Beatles y me

lancé a por un bikini como una desesperada. Aparecí en la playa sin recordar haber bajado ninguna escalera y me tumbé en la toalla dejándome acariciar por lo rayos del sol.

En poco tiempo estaba sudando la gota gorda pero con alegría.

—Si sigues así te van a salir ampollas—la voz inconfundible de mi compañera me llegó desde el cielo despejado.

Abrí los ojos y la miré. Llevaba puesto una especie de hermano pequeño del bikini.

—No dejas nada a la imaginación.

—¿Para qué?— extendió la toalla a mi lado, se untó de crema hasta lo indecible y se tumbó a modo de sesión fotográfica para el calendario Larios.

La playa comenzó a llenarse, parecía que los reticentes se hubieran dado cuenta que no había ni un atisbo de nube desde aquí hasta Hawai.

Hablamos de la noche anterior mientras nos remojábamos en la orilla cual sirenas varadas pero no hice mención alguna a las confesiones de Kelly y Billy. Si Sandra estaba al corriente no

tardaría en irse de la lengua.

—Creo que Kelly y Billy se gustan—comentó.

No. No estaba al corriente.

—Serías una buena casamentera.

—Ni lo dudes—me hablaba con la cabeza girada de una forma sobrenatural hacia un grupo de chicos que jugaban al volley.

Hasta que no la miraron todos, no se dio por satisfecha y retornó su atención hacia mi persona.

—¡Qué poco sabes del amor!— me pellizcó el mentón con una risita diabólica—Tengo muchas cosas que enseñarte.

Mientras Sandra parloteaba sobre el género masculino y sus vicisitudes me concentré en el sol, brillante como una joya luciendo en todo su esplendor, en el agua fresca del Pacífico, en la arena suave y en la brisa cálida que me acunaba el pelo. Todo parecía diferente en la por fin soleada California. Todo parecía posible.

Que el ordenador portátil era feo no hacía falta

mencionarlo pero que era rápido era quedarse corto. Resultaba tan veloz que hasta mareaba. Le instalé un par de programas de diseño arquitectónico de los que colapsan cualquier ordenador, menos a mi Naranjito.

Había conseguido empotrar el que venía de serie en mi dormitorio en el armario y había situado mi nueva adquisición en la mesa.

Con la luz entrando a raudales por el ventanal, la habitación resultaba espléndida a pesar de la carencia de cualquier ornamentación, detalle que quedaba pendiente de subsanar.

Con Naranjito tragando información a diestro y siniestro, me tumbé en la cama escuchando a Boney M cantar desde mi despertador “los días oscuros se han ido y los días brillantes están aquí”. Que razón tenían.

Naranjito pitó llamando mi atención. Un mensaje había aparecido en la pantalla: “Programación concluida. Reinicia el ordenador y que le fuerza te acompañe”. Ahora ya era capaz de entender el chascarrillo de Michael gracias a la educación cinematográfica que estaba recibiendo. Seguí las

instrucciones y no hubo ningún incidente.

Al menos no lo hubo hasta después. A eso de las siete de la tarde, tras haberme pasado todo el día vagueando en la playa y con un cargo de conciencia demoledor, decidí empezar a trabajar un poco. Solo un poco.

Estaba haciendo un amorfo boceto de mi nueva capital americana y de pronto, empezaron a surgir hojas y hojas en blanco en la pantalla. Las eliminé todas pero una última se quedó intermitente con el mensaje de “Guardar como...”.

Tras intentarlo cual hacker, de todas las maneras posibles, tuve que ceder al fin al muy cabezota y darle un nombre al documento: “Guardar como... Manhattan Beach” y desapareció.

Recordando el comentario de Billy sobre el ordenador come—CDS que le había vendido Michael, el mío hasta parecía normal. Crucé los dedos para que continuara así mucho tiempo.

Tomé mi libreta de objetivos. Había comenzado a conocer la noche de Los Ángeles y más que lo haría así que cogí el bolígrafo y taché el propósito.

Sexto objetivo: conseguido.

Séptimo objetivo: conocer Los Ángeles.

IT'S just another manic Monday. I wish it was Sunday. 'Cause that's my funday. My I don't have to runday. It's just another manic Monday...[T]

Me tapé la cabeza con la almohada. ¡Ya sé que es lunes!

Las Bangles seguían cantando cuando entré en la ducha a trompicones. El agua caliente lucía por su ausencia y me lavé rápidamente. Había soñado algo muy raro, no por el sueño en sí que era tan extraño como generalmente sino porque lo había hecho en inglés. Y en ese mismo momento, ¡cada una de las palabras que pasaban por mi cabeza eran en inglés! Quise gritar de miedo. ¡Estaba siendo abducida!

Me miré al espejo tratando de mantener la calma y me hablé en español. Buen comienzo, al menos no se me había olvidado. Más tarde tenía que llamar a mi familia sin falta, este era un Código

Rojo en toda regla.

En clase las cosas no mejoraron. En cuanto aparecí por la puerta con mi birria de boceto bajo el brazo y vi a un par de grupos con maquetas a escala me dieron ganas de correr a lo Forrest Gump hasta Alaska y quedarme en hibernación hasta la primavera.

Pero Laura me había visto y no hubo escapatoria. No sé cómo les gustó mi dibujo menos, para variar, al de Salamanca y quedamos en darle forma y crear una maqueta que ensombreciera las demás. Esto último lo añadió Yuga poseído por una competitividad peligrosa.

Resultó que ninguna de las viviendas de mis compañeros era lo suficiente grande para albergarnos a los seis y a una supermaqueta así que tuve que ofrecer mi casa a sabiendas de que Sandra pondría el grito en el cielo.

—Yo no pienso ir hasta Manhattan Beach—la voz del Negativo tuvo que oírse.

—Es la mejor opción—contestó Martha con su tono melodioso—Y no está tan lejos.

—A media hora en un cascajo—añadí yo.

—Pues decidido, a casa de Miriam entonces—
clamó Laura que se había erigido, con toda mi
bendición, como la cabecilla del grupo.

—Muy bien, al pueblo con las vacas y las ovejas
—se burló Mario.

—Perdón Señor Beverly Hills—escupí— Que
yo sepa no ha ofrecido su mansión.

Se quedaron todos tan callados que dudé si había
dicho lo que quería y no había insultado a toda la
especie humana.

Martha se comenzó a reír muy contagiosamente y
la secundaron los demás. No supe leer la mirada
que me lanzó Mario pero no debía ser muy bonito
lo que decía.

El martes por la tarde si Sandra no me degollaba
iríamos para “el pueblo” a trabajar pero ahora se
me presentaba el resto del lunes para mí sola con
un sol precioso brillando. En mi dormitorio me
puse ropa más playera y decidí seguir una rutina
diaria de paseo rápido por el Strand para quemar
calorías y un posterior baño en el mar para
enfriarlas.

Now that it's raining more than ever, know that

we'll still have each other, you can stand under my umbrella, you can stand under my umbrella...

[T]

Cantó Rihanna desde el despertador de repente haciéndome pegar un salto. ¿Cuántas alarmas tenía aquel trasto? Porque yo solo había configurado una a las siete de la mañana. Fui a echarle un ojo pero dejó de sonar. Rihanna llegaba tarde, ya no llovía ni tampoco necesitaba guarecerme bajo ningún paraguas.

¡El paraguas! Había quedado en devolvérselo a la camarera hoy. Reestructuré mi itinerario y en vez de marchar hacia el norte, volvería al sur, a Hermosa Beach y sus excrementos caninos.

Armada con el paraguas llegué al lugar de mis recientes pesadillas. Con el cielo despejado, Hermosa Beach no parecía la misma. Había gente en la playa, en patines, en bicicleta, en las terrazas desplegadas de las cafeterías. Encontré la mía porque reconocí el toldo a rayas rojas.

Cuando entré en la cafetería dudaba que la camarera se acordara de mí. Al fin y al cabo de parecer un pollo sucio mojado a una persona

parcialmente decente había un trecho pero ella no solo me recordaba sino que al verme aparecer con el paraguas en la mano, corrió hacia mí evitando a clientes y mesas como en un eslalon de ski.

—Puedes llevártelo de nuevo y traérmelo la semana que viene—dijo satisfecha.

—Gracias pero ahora ya no me hace falta.

Ella entendió en mis palabras algo más que yo y sonrió ampliamente emitiendo un soplido de alivio.

—La vida es preciosa—aseguró apoyando su mano en mi brazo con dulzura—incluso con jefes como el mío.

Nos despedimos con un excesivo abrazo por su parte y salí de nuevo al paseo.

—Es increíble la reacción que provocas en la gente.

Me volví confundida hacia aquella voz suave conocida. Allí estaba mi ángel salvador con los brazos fuertes en jarras, la gorra de los Yankees calada hasta las gafas de sol y camiseta y pantalón de deporte.

—Hola de nuevo—dije con más alegría de la

que era deseable mostrar.

Para subsanarlo evité llamarle por su nombre, como si se me hubiera olvidado.

—¿Una semana sin tropiezos?— preguntó burlonamente tras un rostro serio.

—Nada comparable al otro día.

Se produjo un silencio incómodo, de los que duran más de dos segundos. Sabía perfectamente que si éste llegaba al punto de no retorno de siete, ya era una conversación acabada. Tenía la mente en blanco y raro en mí, no se me ocurría nada que decir por más estúpido que fuera.

—¿Algún guión interesante?— conseguí soltar al límite de los seis segundos.

—Pues siguiendo tus indicaciones, ya que no llegaban a mí he ido yo a por ellos.

—¿Y has tenido suerte?

—Por ahora no, están escondidos en algún lugar.

—Los muy cobardes...

Esbozó una sonrisa amplia.

—Ya es un paso—comentó— He cerrado el libro complicado de mi vida y he empezado uno nuevo.

—¿Y de qué género va a ser? ¿Policiaco? ¿Ciencia—Ficción?

—Mmm—se rascó la barbilla pensativo. Me di cuenta que llevaba la barba de siete días más— Una comedia. Mejor aún, una comedia romántica.

—Vaya, qué bonito. El mío es una guía de viajes.

—Bueno, es mucho más útil—indicó con la mano el paseo— ¿damos una vuelta?

Asentí más alegre que unas castañuelas en buenas manos.

—¿Vienes a correr siempre a Hermosa Beach? — me lancé.

—Un par de días a la semana. La playa de Santa Mónica me queda más cerca pero también está más concurrida, se corre el peligro de morir aplastado en caso de estampida.

—Santa Mónica suena precioso.

—Suena a “Los Vigilantes de la playa”, a tías en patines y a bikinis de poca tela. No te pierdes nada.

—Aún así me han hablado de sus atardeceres— empecé a sonar cursi así que desvié la conversación antes de que él pudiera replicarme—

Me llevé tu sudadera.

—Es un regalo. Puedes quedártela pero cuídala bien.

—La verdad es que ha encogido un par de tallas al lavarla.

—¡Vaya! Una asesina de sudaderas ajenas. Si lo llego a saber no te rescato.

Me crispé.

—Si lo llego a saber no te invito a los cafés.

—Ahora rencorosa, ¿quién lo iba a decir con esa cara de santa?— hablaba divertido—Ya que lo de la sudadera no podemos subsanarlo, lo haremos con el café. El miércoles juego un partido amistoso de hockey, lo que significa que no habrá demasiada sangre. ¿Serás capaz de enfrentarte a algo así?

—No será para tanto—dije inconsciente de lo que conllevaban sus palabras.

—Mmm, estupendo entonces. El miércoles te veo en el Yamaha Sports Center. Está en El Segundo y en Google, así que sabrás encontrarlo. A las siete de la tarde. Lleva algo de abrigo que no es el volley—playa.

—Por supuesto—apunté algo resentida.

—Te llevo en la moto a casa, no sea que resbales de nuevo y tenga que regalarte otra sudadera.

Le acompañé a la calle trasera al Strand, Beach Drive y eché un ojo a la moto. No tenía ni idea del mundo ese de las dos ruedas así que no podía opinar sobre ella. Era azul y grande, una Suzuki Bandit como se leía en la carrocería. Me senté detrás de él mientras me trataba de empotrar su casco en mi cabeza que parecía haber crecido de forma descomunal del susto.

—Venga, que no tenemos todo el día—me instó — Sujétate a mí que soy rápido.

Vaya por dios.

Le pasé los brazos alrededor de la cintura como si se tratase de un flotador infantil pero al primer acelerón, le así con tal fuerza como si me fuera la vida en ello. Apreté la cabeza contra su espalda cerrando los ojos.

—Primera experiencia en moto, ¿eh?— le oí burlarse. Entonces aceleró aun más.

En un trayecto de unos cinco minutos que a mí

me resultaron horas, llegamos a mi calle. Giró la cabeza hacia mí pero seguía agarrotada como una garrapata anclada en su espalda. Me golpeó el casco con los nudillos.

—¿Estás ahí? — gritó— No recuerdo el número de tu casa.

—692—murmuré desde mi pecera—Pero déjame aquí, prefiero caminar.

—Ni hablar—volvió a acelerar y le maldecí mil veces.

Sin necesidad alguna frenó en seco delante de mi casa, haciendo derrapar las ruedas.

—Los vecinos ahora saben que he llegado—dije arrancándome el casco con gran esfuerzo—podrán dormir tranquilos.

—Bonita casa—Sean se había apeado de la moto y miraba alrededor—Te acompaño a la puerta.

—No hace falta, no creo que me vaya a perder.

—Como quieras. Nos vemos el miércoles entonces, el partido es aburrido así que podemos quedar cuando termine y tomamos unos burritos. Invito yo.

—Te lo advierto, al día siguiente tengo clases y no podré trasnochar mucho. Será como salir con una abuelita.

¿Yo había dicho “salir”?

—Tendré a Cenicienta en su casa antes de que se convierta en calabaza.

—En el cuento que leí cuando era pequeña, lo único que se volvía calabaza era la carroza.

—Esa es la versión para niños—añadió con una sonrisa pícaro en el rostro a la vez que me pellizcaba el mentón con los dedos—duerme bien Cenicienta.

Se montó en la moto de un salto y esperó a que yo me dirigiera a la puerta. Entré en casa acompañada por el chirrido de las ruedas al acelerar y me apoyé en la pared de la entrada observándome en el espejo de enfrente. La sonrisa me llegaba de oreja a oreja, así como la cara de boba. ¡Ni que tuviera quince años! Me acaricié la barbilla recordando el roce de sus dedos contra mi piel y me estremecí.

—¿Quién era el de la moto?— la dulce voz de mi Sandra me despertó como un jarro de agua fría.

—Mi ángel salvador—comenté volviéndome hacia ella. No me había dado cuenta con el embobamiento inicial de que el salón estaba iluminado y Sandra viendo la tele.

—Podía hacer un poco más de ruido para que le oigan en San Diego.

—Lo mismo opino—empecé a andar hacia las escaleras.

—Venga, no lo decía a mal. Siéntate a mi lado y me cuentas.

Remoloneé debatiéndome entre correr a mi habitación o perseguir la moto. Opté por apalancarme junto a Sandra.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha besado?

—¡Pues claro que no!— salí a la defensiva—Si es la segunda vez que le veo...

—¿Cuántas necesitas? ¿O cuántas necesita él? Será gay. La próxima vez le dices que entre y yo te confirmo si es o no homosexual.

—¿Dependiendo de si te mira o no el trasero?— pregunté con malicia.

—Claro, ¡qué mejor forma hay! ¿Cuándo os volveréis a ver?— estaba entusiasmada.

—El miércoles juega un partido de hockey...

—¡Vaya aburrimiento! —me interrumpió— Ese tipo no es gay. Es un rollo, simplemente. ¿Qué tipo de cita es esa?

—Por ahora, ninguna. Sencillamente me debe unos cafés. No es una cita—aseguré remarcando la última palabra.

Ella lanzó una risotada.

—No te lo crees ni tú.

Efectivamente.

Me levanté rauda para evitar más interrogatorios y patiné hasta la cocina.

—¿Quieres un poco de pescado con patatas al horno?— pregunté en alto.

—¿Y ese honor?

Torcí el gesto sacando el pescado de la nevera.

—Me lo puedo comer yo todo. Tu verás.

A los dos segundos la tenía a mi vera armada con un cuchillo.

—¿Corto las patatas?

El martes yo volaba por el cielo tal globo aerostático. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera Sean y a sabiendas de que parecía una niñería, me resultó imposible evitarlo. “No quiero saber nada de hombres de aquí hasta que se extinga la raza humana” me oí decir no hace mucho, ¿dónde quedaba todo eso?

Aunque Sandra se había quejado lo indecible y más sobre traer a mis colegas a casa, el pescado al horno le dulcificó el carácter momentáneamente y cedió a duras penas. Así que allí estábamos los seis enfrascados en elucubraciones sobre arquitectura, diseño y demás dolores de cabeza, con planos cutres estirados por la mesa del comedor y mi Naranjito en una esquina herido en el alma cuando el Negativo tuvo que hacer su apreciación primorosa sobre él.

—¿Qué es eso?!— exclamó con cara de asco— Es el portátil más horrible que he visto en la vida. Supongo que es un regalo cruel porque quien lo compre tiene el gusto en el culo.

Pasé de él y me concentré en los planos hasta que Sandra entró en casa. Se hizo el silencio.

Pensé que a Yuga y a Hiroto se les salían los ojos de sus cuencas alargadas al verla pero ella pasó indiferente ante nosotros y se metió en su dormitorio.

—¿Esa es tu compañera?— exclamaron los dos al unísono.

—O eso o han entrado a robar—contesté absorta aún en mis pensamientos.

—Queda ya por norma venir a trabajar aquí todos los días—anunció Hiroto con su inglés peculiar.

—De eso nada—dijimos a la vez Mario y yo. Nos miramos de reojo y continué— Me mata. Como mucho conseguiré una vez por semana.

Pareció que se daban por satisfechos así que continuamos hasta que de nuevo Sandra volvió a hacer su aparición en mini bikini directa a la playa.

—¿Seguro que no...— empezó Hiroto.

Negué con la cabeza firmemente.

—Un día.

Asintió con pesadumbre. A las siete se marcharon igual que el sol, al menos habíamos

avanzado bastante y teníamos las ideas claras sobre que hacer y como llevarlo a cabo.

—El rubito era mono—dijo Sandra desde la puerta del porche.

—Ya, porque no le has oído hablar.

—Ni falta que hace. ¿Son todos los arquitectos tan espantosos como los de tu grupo? Porque menos mal que no me dio por estudiar.

Recogí a Naranjito y pasando de ella me subí a la habitación.

—Que no te incluyo a ti—la oí decir desde la cocina.

En la puerta del dormitorio me había colocado dos películas más. “Titanic” que ya había visto, ¿quién no? y “Gladiator”. A ver si podía competir con “Ben—Hur”.

Ví una parte el miércoles después de llegar de clase y antes de mi cita con el hockey. No conseguí enfrascarme de lleno en la historia porque mi cabeza volaba una y otra vez a lo que me esperaba. Sandra había quedado y se llevó el coche así que me puse de nuevo al día del transporte público, busqué en el Google el Toyota Sports Center y me

cambié de ropa cinco veces para acabar con la que llevaba al principio.

Al polideportivo llegué en quince minutos en el autobús 232 por el bulevar Sepúlveda hasta la calle North Nash en El Segundo. Era un edificio chaparrete y acristalado. En el interior, encontré sin dificultad la pista de hielo por los gritos que me llegaban de ella. En el centro de la misma vi dos equipos de hockey. Unos vestían de azul y los otros de blanco, me recordaban a clones de la Guerra de las Galaxias armados con sus palos—láser y persiguiendo un disco pequeño que debería estar viendo su vida pasar rápidamente delante de sus ojos. Las porterías parecían de juguete y los porteros estaban vestidos para una guerra nuclear, con una especie de coraza en el pecho y una máscara de la cara además de los guantes y casco de los demás.

Iba a resultar una tarea difícil determinar quien era Sean de entre todos. Vi unas gradas de madera que circundaban la pista y me senté. Me puse la chaqueta y moví los pies para entrar en calor. Hacía mucho frío.

Hubo un encontronazo entre dos jugadores que se disputaban el disco y el árbitro acudió rápidamente. Parecía una cebra a rayas blancas y negras por el ártico.

Los gritos fueron subiendo de tono y los dos equipos discutían acaloradamente, alguno levantaba el palo dispuesto a atizar al contrario y eso que se trataba de un partido amistoso. Hubo un tiempo muerto donde cada equipo patinó hacia su banquillo tranquilizando el ambiente.

Una mano me saludó desde el más cercano y bajé los escalones hasta situarme junto al cristal que separaba la pista de las gradas.

—Has venido pronto—resopló Sean alegre.

Sus otros compañeros me dirigieron una mirada llena de curiosidad.

—No me podía perder un poco de adrenalina masculina.

—Eso está bien. Te prometo algo de sangre para el recuerdo.

Sonó un pitido y Sean guiñándome un ojo, se lanzó de nuevo al centro de la pista. Sus compañeros patinaron cerca de él y uno le dio un

codazo en las costillas mientras reían. Hablaban de mí seguro pero si bien o mal era una incógnita.

Faltaban quince minutos de descanso más veinte de la tercera parte que al final se convirtieron en cuarenta debido a las faltas.

A punto de amputarme un par de dedos de los pies por congelación, salté de mi asiento al oír el pitido final.

—Voy a la ducha. Tardo cinco minutos y te veo en la puerta de entrada.

—Vas a necesitar más de cinco—observé por el sudor que emanaba.

—Mejor diez entonces. Hasta ahora.

Esperé apoyada en el marco de la puerta vigilando la noche cayendo sobre la ciudad. El estómago gimió con hambre y le acallé cruzándome de brazos por encima.

Salieron unos cuantos jugadores ya aseaditos y Sean a los pocos segundos.

—Hola—dijo separado por un espacio prudencial entre ambos.

Anhelé los dos besos españoles que servían en cualquier ocasión. Él al final se acercó y me dio

un beso rápido en la mejilla que causó cierta gracia entre unos compañeros que salían por la puerta en aquel momento.

—Que duermas bien, Sean—le gritó uno despidiéndose con la mano.

Él le respondió con el dedo corazón de la mano izquierda mientras reía.

—Son unos niños—se volvió hacia mí— ¿Qué te ha parecido el hockey?

—Emocionante y peligroso—dije realmente convencida.

—Pues hoy ha sido un día tranquilo—olía muy bien y tenía el pelo mojado despeinado—Te prometí unos burritos por tus cafés y lo prometido es deuda. Vamos.

Anduvimos a paso lento de nuevo hacia el bulevar Sepúlveda.

—Sepúlveda es un pueblo en España precioso—murmuré mirando el cartel de la calle con morriña—está rodeado por unos paisajes espectaculares llenos de buitres enormes— “leonados” era difícil de decir en inglés—y se come un cordero buenísimo.

—Me queda mucho por conocer de tu país— señaló un restaurante pequeño al otro lado de la calle. En letras de neón se leía “Pancho’s bar”.

—Aquí tenéis todo a lo grande como el Cañón del Colorado o las secuoyas. Mis siguientes objetivos serán conocerlos.

—Pues te haré un tour inigualable. Conozco todos los parques naturales a la perfección—me abrió la puerta del bar mientras yo fantaseaba con lo que él acababa de decir.

Enfrente había una barra grande de madera decorada con sombreros mejicanos y piñatas con forma de burro. El suelo era de baldosas de barro de animados colores sobre el que se apoyaban dos únicas mesas vacías.

—¡Pancho!— gritó Sean mirando hacia la puerta que debía dar a la cocina.

Salió un tipo bigotudo, igual a la caricatura de un mariachi mejicano.

—Señor Sean, una alegría verte—dijo canturreando con un acento peor al mío y eso era decir.

—Teníamos mesa reservada—apuntó Sean con

ironía.

—Miraré a ver—Pancho me dirigió un vistazo—
Va a ser difícil, tengo el local lleno de famosos pero como es para ti... la de la ventana.

Me reí entre dientes al igual que ellos.

Nos sentamos mientras en el cristal se reflejaban las luces intermitentes de neón del cartel.

—Dos burritos especiales de la casa, una Bud y...

—Una Coca—Cola— dije.

—Marchando—gritó Pancho mientras desaparecía en la cocina.

—La verdad es que llegué a dudar de si vendrías. Apenas nos conocemos y te cito en un lugar apartado con un stick en la mano. Es para pensárselo.

—No tenía nada mejor que hacer que morir a manos del asesino de “Jeepers Creepers”.

—Me parece que te refieres al de la máscara de “Viernes Trece”.

Me di un golpe suave en la frente.

—Sandra me está intentando instruir en cine americano pero aún me queda mucho por aprender,

por lo visto.

—¿No te gustan las películas de terror? ¿Y que hacías cuando querías abrazarte a un chico en el cine? Nada mejor que un buen susto.

Sonreí sorbiendo de la pajita del refresco que nos acababa de traer Pancho.

—La verdad es que no me gusta demasiado el cine. He visto en los últimos días más películas gracias a mi secuestradora que en toda mi vida. Ahora estoy con “Gladiator”.

Se rió balanceándose en la silla.

—Eres muy rara—apuntó al fin.

Qué bonito.

Pancho trajo los burritos en unos platos de plástico. Oían estupendamente sobre todo para un estómago voraz.

—No me malinterpretes—continuó Sean agarrando el burrito sin sensibilidad alguna hacia él—Aquí todo el mundo sabe los nombres de los actores, su parejas, sus líos e incluso donde viven o lo que cobran por película. Se me hace extraño que tú no.

—Pregúntame lo que quieras de cine antiguo. No

hace falta remontarse a los hermanos Lumière— entrelacé los dedos de mis manos mirándole con determinación.

—Con que esas tenemos..., Vale. A ver, James Stewart, Grace Kelly...

—“La ventana indiscreta”— interrumpí rápidamente.

Cruzó los brazos por detrás de su cabeza y me miró divertido.

—Muy bien. Orson Welles como director y actor.

—¡”Ciudadano Kane”!— grité como si fuera un examen de fin de carrera y me supiera la respuesta.

Él se rió abiertamente y yo con él.

—Me vas pareciendo menos rara.

—Dentro de unos meses, cuando me haya puesto al día del cine actual, seré una oveja más del rebaño.

Pancho se acercó y pasó la vista de uno al otro y viceversa.

—No me acuerdo de la última vez que el caballero trajo a una dama a cenar aquí. ¡Ah, sí! Pero era tu hermana.

Sean le mandó callar.

—¿Tienes una hermana?— inquirí. Era hora de conocer algo más de la vida terrenal de mi salvador.

—Kim—contestó Pancho adelantándose a Sean—una preciosidad. Tiene un hijo muy guapo, ¿verdad Sean?

—Sí, igual de entrometido que tú.

—Yo tengo dos hermanos—dije de modo que la mirada de Sean se despegase un momento de la cara de Pancho y me siguiera a mí—Pablo, es el mayor. Está casado, tiene dos gemelos y vive en Alemania y una hermana pequeña, Sofía.

—Tener un sobrino es mejor que un hijo. Le malcrías lo que quieras y cuando te cansas, le devuelves—apostilló Pancho.

—En mi caso, mis sobrinos son conocidos como el Terror de Düsseldorf. Tienen la maldad alojada en algún gen. Les hemos cambiado los nombres por Adolf y Eva, algo que le repatea a mi cuñada.

—No será para tanto—apuntó Sean.

—Te pondré algún ejemplo. La última vez que vinieron a visitarnos, metieron a mi gata en la

lavadora.

—Pero, ¿no la pondrían en marcha?— dijo Pancho sobresaltado.

—En el programa corto pero sin centrifugado. Gracias a dios, la gata sigue viva.

Sean rompió a reír.

—Increíble.

—A mi hermana, le untaron de pegamento del fuerte el móvil y se le quedó adherido a la oreja. Fue horrible, sobre todo cuando vibraba y se le movía toda la cara—sonreí al recordarlo.

—Me recuerdan a los críos de “El pueblo de los malditos”— dijo Sean.

—Yo creo que si les miras fijamente a los ojos, acabas metiendo la mano en la picadora—reí.

Nos quedamos un segundo con los ojos del uno puestos en los del otro. Pancho se excusó y se levantó rápidamente.

—Hace tiempo que no me lo pasaba tan bien— indicó él bajando la vista al plato vacío.

—Ya será para menos—dije sonriendo.

—No, en serio. Creo que no estaba tan relajado desde hace mucho. Me alegra haber olvidado

pagar los cafés—lanzó un vistazo a la barra—
¿Quieres algo más?

—No, gracias—consulté el reloj—Me debo ir.

—Te acerco—llamó a Pancho y le pagó— Hasta la próxima, amigo.

—Hasta la próxima—se despidió de nosotros en la puerta del local mientras caminábamos de vuelta al Toyota Sports Center. A nuestra espalda se apagó la luz de neón.

Respiré hondo al ver la moto. Él se dio cuenta.

—Iré más despacio—accedió.

—No me lo creo—me tendió el casco de nuevo y otra vez, se resistió a entrar en mi cabeza.

—Te lo prometo si tú me haces un favor—dijo sin miramientos.

El casco entró con fuerza.

—Depende—salió mi voz desde su confinamiento.

—El sábado me tienes que acompañar a una visita nocturna de la ciudad.

Menos mal que no veía mi expresión gracias al casco.

—Con eso, ¿no correrás?

—Nada, me adelantarán los caracoles.

Asentí y me senté detrás en la moto agarrada fuerte, esta vez.

El camino no fue demasiado largo y él cumplió su promesa de ir despacio, así que pude disfrutar del trayecto. Tomó la carretera paralela al mar para que pudiera ver el Pacífico entre casa y casa y por fin, llegamos.

Me apeé con poca gracia y le devolví el casco.

—Una pregunta—dijo él—con tal de que no fuera rápido en la moto, ¿hubieras accedido a cualquier otra cosa?

—Supongo—contesté sin pensar.

—Debería haber meditado mejor mi favor—comentó como si yo no estuviera presente.

Me acerqué a la pequeña verja de la casa sin poder dejar de mirarle. El estómago hecho un nudo con el burrito atrapado dentro, me latía incansable.

Él pareció dudar en algo y finalmente, se colocó el casco.

—El sábado paso a por ti a las siete.

Asentí alelada y entré en casa.

—Vaya horas, me tenías preocupada—rugió

Sandra desde el sofá.

Deambulé hacia ella y me senté enfrente.

—Tengo otra cita—suspiré hundida entre los cojines.

Noté sus ojos clavados en mí.

—¿Con el de la moto? ¡Si no sabemos nada de él! Puede ser un psicópata o peor..., un asesino psicópata violador.

—El hockey es un deporte agresivo.

—Ya te lo he dicho. No sabes donde te metes—abrió una bolsa de galletas saladas que estaban sobre la mesa y empezó a devorarlas.

Por cualquier respuesta suspiré.

—Es guapo, agradable... ¿he dicho guapo? En cualquier momento se convertirá en rana pero mientras tanto...

—Eres imposible—apuntó Sandra levantándose rápidamente. Se acercó al incombustible armario de los DVD y me tendió una película—deberes para antes del sábado. Me lo agradecerás.

Se metió en su habitación y cerró la puerta con ganas.

Aún no me creía lo que me estaba sucediendo y

todo iba tan rápido que no me daba cuenta del camino que tomaban las cosas hasta que ya lo había pasado hacía rato.

Me daba la mezquina sensación que Sean había encontrado en mí a una aspirante a amiga y yo a un aspirante a desengaño amoroso. El tiempo lo diría.

Bostecé al mismo tiempo que miraba la carátula de la película. “American psycho”, leí y esboqué una sonrisa mientras caminaba escaleras arriba.

Si el martes y el miércoles habían transcurrido veloces, los restantes días de la semana fueron a cámara súper lenta.

En la Universidad se alinearon los astros para hacer coincidir todas las conferencias posibles. Y estar sentada en una butaca mullida con luz tenue escuchando a un arquitecto de voz monótona, era un manjar para el sueño sobre todo cuando en casa no podía pegar ojo.

Dejando a un lado el tema Sean, mis desvelos nocturnos tenían alguna otra causa aunque la

principal era el fondo siniestro de las últimas películas que Sandra me obligaba a ver. “American psycho” y una tal “Saw” resultaban ser mis últimos pensamientos antes de ir a la cama. Vivir en una casa sin alarmas ni rejas y donde las dos puertas muchas veces no se cerraban con llave, no ayudaba y empecé a oír de todo. Cualquier ruido lo transformaba mi imaginación en algo diabólico. Sumándole a eso que lo poco que soñaba era que me enterraban viva y que bien despierta, mi ducha comenzó a sangrar, parecía hasta normal que llegara al sábado con ojeras y cara de pocos amigos.

Según Sandra lo de que el agua de mis grifos se hubiera tornado escarlata era según palabras textuales “que las tuberías están hechas una mierda”. Con semejante respuesta no me quedé más tranquila, al fin y al cabo, el agua del resto de la casa seguía siendo transparente.

—Mi padre añadió la otra planta cuando compró la casa—contestó reticente—y lo hizo mal... como todo. Lo raro es que hasta ahora no te haya dado problemas.

—¿Vivías con tu padre?— pregunté intrigada relegando a segundo plano el asunto acuoso.

—Sí, me vine aquí a los dieciséis años. Quería ser actriz, modelo o las dos cosas. En Williamsburg a lo único que aspiraba era a posadera del siglo XVIII en las representaciones para los turistas del centro histórico de la ciudad.

—¿Y tu madre?

—¿Esto es un interrogatorio?

—Claro. Es la primera vez que me cuentas algo de tu vida y tengo que expresar al máximo este momento.

Se sentó en uno de los taburetes de la cocina y tamborileó con los dedos en el mármol de la encimera.

—Muy bien—dijo pesarosa—Mi madre estaba más pendiente de los hombres que de su hija. Cuando mi padre se fue hartó, las cosas empeoraron. Creo que para ella fue un alivio que yo me marchara, ya no tenía que preparar la cena para nadie—suspiró resignada—Me planté en casa de mi padre, en esta casa, sin nada. Encontré trabajo de camarera y después de dependienta en

una boutique. En ella trabajaba Alison. Nos hicimos amigas y me presentó al resto del grupo. Fin de la historia.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—¿No vas a parar?

Negué con la cabeza.

—Murió hace tres años—murmuró al fin—me dejó la casa y algo de dinero. ¡Soy la única chica que conozco con casa propia a los veinticuatro años! En cuanto me vi sola alquilé la habitación de arriba a una chica bien rara que se dio a la fuga rápidamente y luego, a otra más extraña que no sabía ni quién era Brad Pitt.

—¡Sé quién es Brad Pitt!— exclamé indignada.

—Pues dime una película suya—me lanzó una mirada desafiante.

Piensa Miriam, piensa.

—Es el que tiene muchos hijos y está casado una actriz muy guapa...

—Angelina Jolie—atajó Sandra—No sabes ni una sola película.

—¡“El Señor de los Anillos”!

—Lo dejaré por imposible—se bajó de la

banqueta y abrió la nevera.

Dejé de hondonar en mi mente buscando a Brad Pitt y me volví hacia ella.

—¿Qué hacemos con el agua?

—He llamado al fontanero—contestó con la cabeza perdida entre las baldas.

—¿Y mientras tanto?

Silencio.

—No me puedo duchar con un líquido sanguinolento—continué— Es asqueroso. Creo que tendré que usar tu baño.

Se giró hacia mí enfervorecida.

—Mi baño es sagrado.

Dos filetes a la plancha con patatas fritas después y ya tenía el beneplácito.

Y llegó el sábado. Cumplía dos semanas en Villa Tranquilidad y parecía llevar toda mi vida.

—¿Cuánto tiempo estuvo la otra inquilina?— le pregunté a Sandra tumbadas ambas en las toallas en la arena de la playa.

—No sé. Aproximadamente un mes.

—¿Y por qué?

Se levantó las gafas de sol y me miró con sus ojos azules, casi cristalinos a la luz del sol.

—Últimamente no haces más que preguntar, me estás cansando.

—Canso más cuando no me responden.

—¡Está bien! El agua era roja, no había calefacción y sí un fantasma. ¿Qué más quieres?

—¡¿No hay calefacción?!

—¿De todo lo que te he dicho solo te importa eso?— se burló.

—¡Claro! ¿Y qué haremos en el invierno?

Se rió.

—Los inviernos aquí no deben ser igual a los que estás acostumbrada. No nieva.

—Eso espero—miré el reloj. Quedaban seis horas para la hora zulú y me empecé a poner nerviosa.

En la madrugada, había telefoneado a mi familia y le había contado a mi hermana mis últimas citas. No se lo creía. Había apostado con mi hermano que después de los varapalos que había sufrido

últimamente por la raza masculina, acabaría cruzando a la otra acera.

—No me rindo aún—dijo ella—Aún te queda mucho tiempo de estancia allí. Te liarás con la rubia seguro.

—Gracias por el voto de confianza. ¿Podrás venir a verme?

—Es complicado y muy, muy caro. Además te acabamos de soltar, habrá que esperar a que te echemos algo de menos.

—Es una urgencia. Pienso en inglés.

—La verdad que eso exige una visita pero por ahora no.

Actualicé mi español hablando con mi hermana, mi padre, mi madre y la gata, en ese orden y traté de dormir como fuera. Cerré un segundo los ojos y me encontré de nuevo metida en un ataúd sobre el que vertían arena. Me levanté agónica y puse a trabajar a Naranjito. A la hora caí rendida encima de la mesa.

Aunque Sandra estuvo rogando hasta el último segundo que sus amigos llegaran más tarde, a las seis estaban puntuales delante de la casa y no pudo echar un vistazo a mi nuevo amigo.

—La próxima vez—dijo mientras se montaba en el Dodge con voz amenazadora.

—Para que me lo quites—me susurré a mí misma—Ni harta vino que te lo enseño.

Me saludaron varias manos desde el vehículo mientras desaparecía calle abajo. Me metí en casa y puse el DVD de “Saw” para ver si era capaz de llegar al final sin morirme de miedo. No pude.

El rugido de la moto me sacó de la pelea interna que mantenía sobre mi escaso valor y salté hacia la puerta. Y allí estaba él, en camiseta negra de manga corta luciendo brazos, vaqueros y el casco incrustado. Se levantó el visor.

—¿Lista?— preguntó.

Lancé una mirada a la moto y al casco que me tendía.

—Estaría lista si en vez de dos ruedas, eso tuviera cuatro.

—Venga, sube que no es para tanto.

Me senté con precariedad.

—No hace falta que me estrangules siempre, puedes agarrarte a las asas de los lados. Aunque prefiero lo primero.

Decidí optar por lo que seguro era lo más normal y me sujeté a los lados de la moto. No duré ni un segundo, lo que tardó él en acelerar y me encontré de nuevo agarrada a su camiseta.

Escuché su risa flotando y me concentré en abrir los ojos y echar un vistazo a mi alrededor. Acostumbrada ya a moverme entre casas bajas, atravesar el centro de Los Ángeles me hizo sentir como una hormiga entre los rascacielos. Los carteles publicitarios, las farolas y las ventanas se iban iluminando por momentos. La gente abarrotaba las aceras y los coches se agolpaban sobre el asfalto formando atascos. Me alegré por primera y última vez de ir en moto mientras rodábamos por Broadway dejando las colosales columnas corintias del teatro de Los Ángeles y las coloridas entradas del State Theater y del United Artists, a nuestro paso. Sean me iba señalando a izquierda y derecha como un guía improvisado, lo

que podría interesarme. A la derecha pasamos el Ayuntamiento que durante años fue el edificio más alto, las Cortes y el Walt Disney Concert Hall del arquitecto Frank Gehry con su apariencia similar al Museo Guggenheim de Bilbao. De entre los rascacielos del New Downtown tan distintos unos de otros nos dirigimos hacia el Estadio de baseball de los Dodgers. Frenó en seco.

—Ahora vuelvo—me dijo acercándose de un salto a un puesto de perritos calientes. Dudó y se giró hacia mí— ¿No serás vegetariana?

—El burrito entra en comida carnívora, ¿no?

Con una sonrisa regresó al puesto y compró dos perritos inmensos y dos refrescos. Nos los comimos apoyados en un banco mirando las caras de los jugadores del equipo de baseball que adornaban el estadio por fuera.

—¿Son buenos los Dodgers?

—Los mejores de la liga oeste. ¿Quieres ver un partido?

—Bueno...— dudé en decir que el baseball me parecía absurdo ante un americano—prefiero el baloncesto. En los Lakers está mi Pau Gasol.

—Y mi Kobe Bryant. Buscaré unas buenas entradas.

No me dejó tiempo para la contestación, se encaramó a la moto y tuve que seguirle. Cogimos la autopista y volamos literalmente durante demasiado tiempo. Cuando los ojos me dolían de mantenerlos cerrados, tomó una salida y nos introdujimos en un millar de calles serpenteantes y cerradas como un intestino. La luna apenas se filtraba entre los árboles y la única iluminación provenía de los chalets que pasábamos, refugiados en sus jardines o con altas tapias. Allí debían esconderse las casas de los famosos.

Intenté memorizar alguna calle por si acaso era secuestrada pero resultaba imposible a la velocidad que iba y con tanta curva cerrada. Ascendíamos hacia un lugar remoto.

—Mira—me dijo de pronto a la vez que detenía la moto.

Enfrente de nosotros, ancladas a la falda de la montaña y a escasos metros, estaban las enormes letras que formaban HOLLYWOOD.

—Vaya—murmuré— Es impresionante.

—He sorprendido a alguien que detesta el cine.
Un punto para mí.

—No lo odio, solo paso de él.

—Medio punto entonces—aceleró la moto y seguimos subiendo hasta situarnos detrás de las letras. Entre ellas, se extendía abajo Los Ángeles, resplandeciente con la oscuridad del mar al fondo.

Sean se apeó y le imité mejor que de costumbre.

—Casi siempre hay una bruma asquerosa debido a la contaminación pero con lo que ha llovido, tenemos una buena panorámica.

Se sentó en el suelo y me invitó a hacer lo mismo.

—No muerdo.

—No estoy tan segura—con mi mirada al frente pero con la visión periférica de la hembra de la manada en activo, observé que no me quitaba los ojos de encima.

—Me gustaría saber que te pasa por la cabeza en estos momentos—dijo.

—Te vas a reír.

—No. No lo haré.

—Pensaba si una patada sería suficiente para

tumbar una de las letras.

Se rió.

—Alguna mente perversa más lo habrá intentado porque están valladas. Me parece que en esta ciudad es más delito atentar contra las letras que asesinar a una ancianita.

Esboqué una sonrisa. Sean se tumbó cruzando los brazos por debajo de la cabeza. Conteniendo el arrebató de lanzarme encima, me desplomé castamente a su lado. El aire era fresco y traía el olor de los pinos.

—Cuando estoy harto de la ciudad, me vengo aquí y todo parece más lejano—decía con la vista fija en el cielo negro.

Era realmente tal la calma y el silencio que se me empezaron a cerrar los ojos, no pude evitarlo y me quedé dormida.

Abrí los ojos sobresaltada. Todo estaba oscuro. Mis peores temores se habían cumplido. Me había drogado y enterrado viva en algún lugar del desierto.

Con la angustia oprimiéndome el pecho giré hacia la derecha y me encontré con él. Sonreía

divertido.

—Te despiertas de una forma muy curiosa. Parecías aterrorizada.

—¿Me he dormido?— eché un vistazo a mi alrededor.

—Como un tronco. Esto nunca me había pasado en ninguna cita, debo ser muy aburrido.

Resoplé mirando hacia arriba, los murciélagos revoloteaban entre las hojas de los árboles y se oía el monótono cantar de los grillos.

—Llevo dos días sin dormir y estoy exhausta. Lo siento muchísimo—la cabeza aún me daba vueltas— ¿cuánto tiempo he estado desaparecida?

—Quince minutos—me seguía observando con interés. Estaba de costado descansado la cabeza sobre la palma de su mano—No se lo digas a nadie que mi reputación caerá por los suelos.

—He soñado que me asesinabas.

—¡Vaya! Causo un extraño efecto en ti—dejó caer la mano y se aproximó.

—Sí— murmuré conteniendo la respiración. Él estaba tan cerca que el aire que exhalaba me rozaba el labio superior haciéndome cosquillas.

Todo pareció detenerse. Los grillos dejaron de cantar y los murciélagos de aletear. No se escuchaba ni el antiguo deje de algún automóvil, la brisa fresca quedó congelada en el aire y las estrellas palidieron. Aparentaba que solo estuviéramos los dos en aquel lugar mirándonos a los ojos.

Mi mirada pasó de la oscuridad de su iris a su boca y resbaló por sus labios. Entreabrí los míos sintiendo la necesidad de respirar otra vez. Solo oía el latido de mi corazón fuerte en mis oídos y mi respiración descompasada.

Nos mantuvimos lo que parecieron horas a escasos milímetros el uno del otro y cuando pensé que iba a sentir sus labios sobre los míos, apoyó la frente contra la mía y exhaló una bocanada de aire.

Se separó incorporándose y vi su rostro de perfil perdido en algún lugar montaña abajo.

—Deberíamos irnos—dijo en un susurro.

—Si es lo que quieres—murmuré con la sensación de que acaba de despertar de un sueño.

—Sí. Es lo que quiero—apuntó tajante y caminó hacia lo moto.

A mí aún me costó un rato levantarme con el mareo que llevaba encima. Le observé sentado ya en la moto y con el casco puesto de forma que no podía ni entrever que pasaba por su cabeza. Sacudí la mía para espabilarme y me subí a la moto con parsimonia. Deseé no tener que abrazarle pero al primer acelerón me así con las uñas a sus costillas.

Le oí gemir pero ni dijo nada ni yo aflojé mi presión. Si no quería tener un gato encaramado a su espalda que dejara de correr.

La vuelta se me hizo eterna, tuve mucho tiempo para pensar en que podía haber hecho mal para molestarlo de aquel modo o que era lo que simplemente no había hecho. Deseché el mal olor bucal o corporal, los ronquidos y me centré en él, igual Sandra tenía razón y era un desquilibriumado o peor... estaba casado.

Al llegar, me apeé de un salto que en mí quedó hasta grácil y le devolví el casco.

—Siento haber estropeado la noche—le oí decir cabizbajo.

—¿Qué sucede, Sean?

Como no se quitaba el casco no podía ver sus expresiones y me fastidiaba.

—Te llamaré, si quieres.

—Claro—contesté con la sensación de que eso no sucedería—Gracias por el paseo.

—De nada—hizo un gesto de despedida con la cabeza y se marchó.

Sandra estuvo desaparecida el domingo hasta después de comer, momento en el que yo aproveché a dormir la *spanish* siesta de un tirón, por primera vez en varios días. Ya no me preocupaban ni los ruidos ni el agua sucia ni ser enterrada viva.

Por la mañana había engullido ocularmente el final de “Saw” y “Poltergeist” como si fueran Blancanieves, entre baño y baño en el Pacífico.

Y al final, a eso de las siete de la tarde acabé topando con Sandra.

—Pensé que te había tragado la tierra—me dijo con una sonrisa pícara.

—Ojalá— me había delatado yo misma con un solo comentario. Vaya por Dios.

—¿Qué ha ido mal?— preguntó divertida.

—Todo.

—Te gusta hacerte la difícil, bien, empecemos por... ¿dónde te llevó?

No tenía ganas de rememorar pero me encontré hablando.

—Me dio una vuelta por el centro y subimos al cartel de Hollywood.

—¡Vaya! ¡Ni que tuvierais dieciséis años! Allí van los críos a meterse mano.

—Estupendo.

Me di la vuelta hacia el porche pero ella se interpuso entre la puerta y yo a una velocidad que ni Neo en Matrix.

—¿Te ha hecho algo?— la preocupación en su voz me dio razones para pensar que era humana.

—Más bien, qué no ha hecho...— y se lo conté.

La preocupación había desaparecido conforme yo hablaba y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No tiene gracia—atajé antes de que se echara a reír en mis narices.

—En vez de besarte igual quería darte un cabezazo simplemente—soltó— ¿Te habías lavado los dientes?

—Dos veces.

—Pues me lo pones muy fácil. O está casado o es estúpido.

Me hizo sonreír.

—Venga—me tomó del brazo—nos vamos ahora mismo a tomar un mojito que cura la resaca y el mal de amores.

—Tendrá que ser uno muy grande.

La resaca la tuve yo al día siguiente, y de las buenas.

Tell me why I don't like Mondays. Tell me why I don't like Mondays. I want to shoot the whole day down...[T]

No es para tanto, le dije al despertador. El fin de semana había resultado un tanto frustrante pero de ahí a cargarme a todo el que se moviera me parecía una exageración.

Como había previsto, ni el lunes sonó el teléfono ni el martes ni en toda la semana. Y llegó de nuevo al fin el sábado con su sol, su playa y de juerga con los Hilfiger hasta las seis de la mañana.

El domingo no me acordaba de Sean, ni de su respiración tan próxima a la mía ni de su olor.

Mentira cochina.

Pero había que seguir adelante y eso intenté hacer. Naranjito se reveló hacia las cuatro de la tarde. De nuevo volaron páginas en blanco por la pantalla pero desaparecieron rápido dejando solo visible la que yo había renombrado como Manhattan Beach. ¿Y ahora qué? El cursor parpadeaba esperando algo. Apagué el ordenador de mala manera y a la antigua usanza, armada con un lápiz y un papel empecé a dibujar un croquis de mi proyecto, dotada por una reciente inspiración.

Mi hermana me llamó cuando acababa de recibir la visita del fontanero. Quería cambiar toda la bajante y me tocaba a mí acoquinar con ello.

Resoplé al ver el presupuesto.

—Así que un fracaso rotundo—acabó de animarme mi hermana sobre mi noche con Sean.

—Demasiado bueno para ser verdad.

—No dramáticas. ¿Qué hay de tus amigos los tíos buenos?

—Pillados, aunque uno no lo sepa.

—Vaya yo que me moría por ir solo para conocerlos—murmuró.

—Aquí los hay a miles. Levantas una concha y te encuentras un surfista debajo. No tienes excusa.

—Entonces me los enseñas el martes.

Silencio.

—¿No te hace ilusión?— noté un tono triste en su voz.

—¡Claro! ¡Pero me has dado una sorpresa! Gracias.

—Como si fuera por ti. Igual de ilusa que siempre. Voy vía Atlanta por lo que tardaré un porrón de horas...— titubeó— El domingo vuelo a San Francisco a casa de un amigo.

—¿Solo vas a estar cinco días?

—Lo siento, mamá no me ha dado alternativa.

Dice que tienes que trabajar mucho y que soy un incordio. Me ha costado la mitad del billete así que tengo que hacerla caso.

Trabajar. Era más que cierto. En dos semanas teníamos que presentar un anteproyecto y el nuestro estaba verde manzana reineta.

—Supongo que algo es algo—cedí— De todas formas, cuando lleves dos días aquí desearé echarte a patadas.

—¿La Barbie me acogerá gustosa?

—Lo dudo pero le haré de cenar unos canelones y la ablandaré.

—Genial. Te veo el martes en el 692 de Ocean Drive, Manhattan Beach.

Después de jurarme y perjurarme que sabría llegar sola, colgué entusiasmada.

Como cabía esperar, Sofia se perdió. Debí ser una punzada para su orgullo tener que llamarme para que acudiera al rescate pero hubo de hacerlo.

—¡Dios! ¡Qué morena!— exclamó nada más

verme desviando la atención hacia otro tema.

Nos abrazamos como si hubiera pasado una eternidad y parloteamos sin cesar hasta llegar a casa. Quedó estupefacta cuando su vista se topó con los muros encalados de Villa Tranquilidad.

—Qué potra tienes. Esto es increíble—dio una vuelta por el jardín y se detuvo petrificada cuando se encontró con la visión del Pacífico al alcance de la mano.

La semana con Sofía tomó la velocidad del hiperespacio. Por las mañanas íbamos a la UCLA y mientras yo acudía a clase ella aprovechaba para hacer turismo y compras, no precisamente en ese orden. Al terminar yo, continuábamos con las visitas.

Saltamos de estrella en estrella en el Paseo de la Fama, surcamos en coche Sunset Boulevard con la vista fija en la hilera interminable de palmeras, tratamos de patear las letras de HOLLYWOOD y nos perdimos por los Estudios Universal entre Mujeres Desesperadas, King Kon y Norman Bates.

El viernes salimos de marcha con el clan Hilfiger y enseguida conectaron, por un lado

porque era imposible no hacerlo con ellos y por otro, porque tenían la misma edad. Incluso que el inglés de Sofía se acercara al Cherokee no fue más que un motivo de diversión.

Cuando ya volvía a soñar en español, llegó la despedida y resultó más dura de lo esperado.

—¿Y si no hago caso a mamá y me quedo contigo?

—Será alargar lo inevitable y tengo mucho que trabajar.

Me dio un último abrazo y desapareció por el Control de Policía.

Séptimo objetivo: Conseguido.

Octavo objetivo: Salir de Los Ángeles.

NEW moon on Monday and a firedance through de night, I stayed the cold day with a lonely satellite...[T]

¿Cuántas canciones están dedicadas al lunes? Me tapé la cabeza con la almohada. Llevaba una semana de retraso de trabajo y me había quedado dibujando hasta muy tarde, cuando Naranjito había enloquecido con sus hojas en blanco voladoras.

—No hemos avanzado demasiado sin ti—me dijo Laura nada más verme aparecer.

—Querrás decir que no hemos avanzado demasiado gracias a ti—remarcó el Negativo.

—Entiendo entonces—mascullé en un español fluido gracias a Sofía, mirándole fijamente—que soy indispensable.

—Venga chicos, ahora que ha venido la de las ideas frescas,—instó Yuga para aliviar la tensión—vamos a darle un empujón.

A pesar de llevarme deberes para casa, paré en un centro comercial y compré algunos detalles para personalizar mi dormitorio.

Los estores granates a juego con la colcha de la cama, se resistieron a ser colgados por lo que tuve que trepar como una alpinista hasta conseguirlo. Clavé marcos en las paredes que atiborré de fotos y como todo buen español expatriado, una bandera encima del ordenador. Puse una lámpara gris en el techo y otra igual en la mesilla de noche y me tumbé en la cama para admirar mi obra: un estor torcido, dos cuadros descentrados y la luz de la bombilla que se encendía pero no apagaba. Pese a todo me sentí orgullosa.

El teléfono sonó en algún lugar de la casa. Escuchaba la odiosa melodía provenir de todas partes.

—Miriam, ¡es Sean!. ¿Quieres que conteste?—
oí gritar a Sandra desde el piso de abajo.

—Ni se te ocurra atreverte... — exclamé

lanzándome en picado por las escaleras.

Tarde.

—Hola, soy Sandra... Pues no, la verdad es que no me ha hablado de ti... y, ¿qué es lo que quieres?

Me hice con el móvil en un robo de balón digno de la NBA

—Hola, Sean—dije rápidamente. No pensaba que escuchar su voz fuera motivo suficiente para descontrolar mi pulso.

—Miriam, la otra noche no me porté especialmente bien.

—Mira, no me importa que me calientes pero sí que te comportes como un idiota.

Sandra se quedó blanca.

—Tienes razón en lo de idiota pero en lo de calentar... ¿significa lo mismo en tu idioma que en el mío?

Dudé. Debería haber preparado mi aparición en escena con un poco más de cuidado.

—Eso da igual. Me llamas para que te perdone por una tontería y para decirme que te han surgido ciertos asuntos y que no me volverás a ver.

—Te llamaba por si acaso tienes la misma

memoria que un pez y quisieras quedar otra vez conmigo.

Me quedé callada sin saber que contestar. Él continuó.

—Dijiste que te gustaría ver el atardecer en Santa Mónica. Hay luna llena y, según el parte meteorológico el miércoles no habrá además ni una sola nube. El día perfecto.

—¿Has esperado dos semanas por un cielo despejado?

—No. He esperado dos semanas por si te olvidabas de aquella noche.

Tomé aire.

—El miércoles no me va mal.

—Nos vemos a las siete en la entrada de la playa del Hotel Casa del Mar—dijo dicharachero y colgó.

—Te has saltado nueve de las diez reglas para salir con un chico unas cuantas veces—comentó Sandra aún lívida—pero me ha gustado.

—No acabo de expresarme bien en inglés—me desplomé en el sofá— ¡Ha quedado conmigo delante de un hotel!

—Ni te preocupes, tal como fue tu cita anterior, como máximo comeréis palomitas.

—Voy a hacerme la dura.

—Lo dudo—se sentó a mi lado—Tiene una voz sexy.

Ya no me cabía duda, no se lo iba a presentar ni aunque me apuntara con una doce milímetros.

On a Monday I am waiting. Tuesday, I am fading and by Wednesday I can't sleep. Then the phone rings, I hear you and the darkness is a clear view. Cause you've come to rescue me...[T]

¡Miércoles! ¡Ya era miércoles! Y, ¿dónde estaba el martes? Traté de recordar. Había acudido a clase, el anteproyecto tomaba forma en casa con los de mi grupo...

En un nuevo salto espacio—temporal me encontré duchándome a las cinco de la tarde con los nervios a flor de piel y con la sensación de que aquella volvería a ser una cita desastre.

Sandra me prestó el coche una vez más con la

promesa de que le diera un buen lavado el fin de semana y me lancé en dirección a Santa Mónica con la ropa más normal que encontré, a cara lavada y con el pelo sujeto en una cola de caballo. La anti—lujuria personificada.

El Hotel Casa del Mar era simplemente precioso, de estilo renacentista años veinte en plena arena y con un precio que desbordaría el Pacífico con seguridad.

Me planté delante de su puerta a las siete y diez después de hacer tiempo buscando aparcamiento. La playa era enorme. En el embarcadero a mi derecha crecía un parque de atracciones con su montaña rusa como bandera.

No vi a “ Los vigilantes de la playa” pero sí a sus típicas casetas de vigilancia, también bikinis de poca tela, patines, bicicletas y músculos inflados.

—¿Admirando el paisaje?

Me volví avergonzada separando los ojos de un par de patinadores cachas y me encontré con él, sonriente oculto tras las gafas de sol.

—Hago una encuesta socio—cultural— contesté.

—Y, ¿cómo va?

—Cuanto más músculo, menos inteligencia.

—Vaya, no me daré por ofendido—dijo mostrando unos bíceps dignos de mención.

—Antes de que des un paso más,— advertí haciendo que detuviese de golpe su acercamiento —te tengo que hacer una pregunta.

Asintió divertido.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Prometido?

—No.

—¿Gay?

—No.

—¿Asesino en serie?

—No por ahora... ¿alguna cosa más?

—Muchísimas—exclamé.

—Está bien—me tomó de la mano y nos alejamos del hotel hacia la playa.

El sol iniciaba su descenso hacia el horizonte. Me instó a sentarme en la arena. El cielo refulgía en naranja y rosa, las luces del parque de atracciones comenzaban a encenderse y las

palmeras se volvían espectros oscuros.

—Yo también tengo preguntas—murmuró sin separar la mirada de aquel cuadro impresionista que teníamos delante—No creo que estés casada ni prometida ni seas lesbiana pero lo de asesina en serie me preocupa.

—No bromees. No sé nada de ti.

Hubo un silencio mientras el mar se tragaba al sol de un solo bocado y una suave luz rosada continuaba marcando la línea del horizonte.

—A ver, nací en Tacoma, Washington en 1.975...

Comencé a hacer la cuenta de cabeza.

—¡Treinta y cuatro!— exclamé sin querer.

—Muy rápida, ¿continúo?

—Sí, por favor.

—Mi padres se separaron y me vine con mi madre y mi hermana Kim a vivir a Los Ángeles cuando tenía quince años.

—Me da la impresión de que te queda algo por contar—inquirí con mirada a lo Colombo.

—Vale. Mi padre era un escocés mal bicho que desapareció sin dejar rastro y del que realmente espero se haya ahogado entre la basura. ¿Me dejo

algo, Perry Mason?

Encogí los hombros un poco abrumada por la revelación pero él se mostraba igual de tranquilo que si acabara de contarme el cuento de “Los tres cerditos”.

—Ahora tú— apuntó.

—Soy de Madrid, al igual que mis padres y mis abuelos. Tengo veintisiete años...

—Pensaba que eras mayor.

—Es todo un halago—escupí ofendida.

—No. No me he explicado bien. Tu forma de ser no corresponde a una cría de esa edad.

—¿Cría? ¿A los veintisiete? ¿Qué hacías tú a esa edad? ¿Tomar aún el menú infantil?

—Perdón, madurez personificada. Continúa.

—Tengo una familia normal, una vida normal, un trabajo normal y hasta un jefe normal y decidí romper con todo y venirme a Los Ángeles.

—¿Vivías con tus padres?

Asentí con la cabeza.

—Tenía la idea de compartir piso con una amiga pero cuando me surgió esta oportunidad, no me lo pensé.

—Y supongo que habrás tenido muchos novios.

—Unos cuantos—respondí incómoda.

—¿Y cuántos son unos cuantos?

—No creo que eso tenga importancia alguna.

—Venga—dijo golpeándome el hombro como si fuéramos colegas—nos estamos conociendo. Yo contesto a tus preguntas y tú a las mías, así es como funciona. ¿Cuántos son “unos cuantos”?

Respiré hondo.

—Uno y medio—contesté rápidamente.

Su silencio pasó de repente a una sonora carcajada.

—¿Uno y medio! Y ese medio qué era, ¿un enano?

—Realmente gracioso.

Se tumbó boca arriba riéndose aún. Me miró con los ojos llorosos.

—No te enfades y explícamelo.

Cualquiera se lo negaba a aquella voz cálida.

—¿Para que te rías de nuevo?— me abracé las rodillas.

—Está bien, prometo no decir ni hacer nada— me miraba con tal intensidad que me ponía

nerviosa.

—Con uno estuve cinco años...

—¿Cinco años?!— interrumpió— ¿Empezasteis en la guardería?

—y con el otro—continué como si no le hubiera oído—no lo sé porque creo que era yo la que salía con él y no al revés. Lo tanteo como medio. Medio novio.

—Medio gilipollas.

Sonreí.

—Ya tenemos un desencadenante del nuevo libro—dijo.

—Un motivo importante pero está en el pasado. Ahora te toca a ti. ¿Cuántas novias has tenido?

Tembló.

—Buf, en vaya lío me he metido yo solo—se giró hasta ponerse de costado en mi dirección—Novias... es complicado saberlo pero realmente solo he querido a una.

—Déjame imaginar... la conociste en el Instituto.

—Muy bien, continúa con la película de serie B.

—Entonces... ella era la reina del baile y tú el capitán del equipo de... ¡hockey!

Aplaudió.

—Has acertado en todo.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Se fugó con tu mejor amigo?

—No. Se murió.

Se me cayó el alma a los pies.

—Lo siento, lo siento—murmuré avergonzada hasta la médula.

No atisé ningún tipo de emoción en su rostro.

—Recuerda, un nuevo libro—dijo.

—Ya lo sé pero he sido una estúpida. Lo siento muchísimo.

Me tapó la boca con la mano sonriendo.

—Lo siento—volví a decir en cuanto liberó la presión.

—¡Dios! ¡No hay forma de callarte!— exclamó y en un segundo, sin que me diera cuenta, tuve sus labios encima de los míos.

El corazón me dio un vuelco y doble tirabuzón.

—¿Vas a decir algo más?— dijo separándose un escaso centímetro de mí.

Asentí con la cabeza y él volvió a besarme de una forma tan dulce y suave que pensé no vendrían

de la misma persona.

Se alejó de forma que nos pudiéramos ver la cara al completo y no un solo ojo a lo cíclope.

—No te convengo—murmuró.

—Eso lo decidiré yo.

—No tienes ni idea de lo que dices—susurró a la vez que volvía a rozar mis labios.

—¡Disculpen!— una voz estridente tronó a nuestras espaldas— ¿Esa motocicleta es de ustedes?

Dirigimos las cabezas hacia la procedencia de aquella voz de querubín endemoniado. Eran dos policías que desde el suelo, me parecieron moles gigantescas, con los brazos en jarras con un aspecto un tanto amenazador mientras sonaba la radio del coche patrulla, cuyas luces relampagueaban en la noche.

—Sí, es mía—dijo Sean levantándose mientras se sacudía la arena de los pantalones.

Uno de los policías sacó el arma rápidamente y le apuntó.

—Yo no haría eso, amigo.

Sean volvió a sentarse obedientemente.

—Tengo los papeles en la moto. ¿Qué es lo que sucede?

—Es un vehículo robado.

¡Qué!

—¡Qué!— exclamó Sean—Eso es un error. Si me dejan levantarme se lo demuestro.

—Está bien pero despacito y sin hacer ningún movimiento extraño que tengo el gatillo fácil.

—Me alegro por usted—le oí decir a Sean mientras se levantaba guiñándome un ojo.

Se acercaron los tres a la moto y estuvieron bastante rato hablando y enseñando papeles. Era obvio que tarde o temprano me tendría que topar con la cara oculta de mi ángel salvador.

—Señorita—uno de los policías se me acercó—
Puede marcharse.

Desvié la mirada hacia Sean quien asintió con la cabeza esbozando una mueca de fastidio. Hizo una señal de “te llamaré” o eso quise pensar y continuó su discusión con la ley y el orden de Los Ángeles.

Caminé hacia el coche con la incertidumbre pululando al igual que en el resto de las citas

anteriores. Pero con la diminuta certeza de que algo le gustaba a un ladrón de motos. Y eso me aterraba.

Estaba escuchando la radio mientras me peleaba psicológicamente con Naranjito, cuando sonó el teléfono.

Había configurado el tono de llamada de Sean con la música que acompañaba a Darth Vader donde el pobre fuera, por lo que no me cupo duda de quien me llamaba.

—Vaya. Tu única llamada desde Alcatraz y la malgastas conmigo—dije.

—Casi me ahogo en el intento pero me he escapado.

Enmudecí.

—¡Es broma!— soltó él— ¿Aún no sabes cuándo bromeo?

—Es que sonaba coherente—me excusé— ¿Qué sucedió al final?

Resopló.

—Una ex...—dudó— una ex —amiga se llevó mi moto y tuve que denunciar su robo. El problema es que cuando la recuperé de un basurero se me olvidó quitar la denuncia.

—Increíble. Tus ex...novias son de lo más agradable.

—No quedamos como amigos, se puede decir— un pequeño silencio y continuó— El sábado toco en el Pepper Lake a eso de las diez, solo acuden a vernos un grupo reducido de invitados, así que siéntete agradecida.

—Aún no me has invitado.

—Cierto. ¿Vas a venir a verme el sábado o no?

—La verdad es que había quedado—mentí tan mal que me di lástima.

—Está bien, como veas... Hasta el sábado entonces—y colgó.

—¿El Pepper Lake? No tengo ni idea de dónde está— contestó Sandra a mi reciente pregunta— Pero tiene nombre de antro de mala muerte.

¿Quieres que te acompañe?

Ni en broma.

—Muchas gracias pero aún no sé si iré. Se cree que tengo que seguir todo lo que dice.

—Que yo sepa tú no has propuesto nada para que sea al revés—replicó una coherente Sandra en bikini multicolor—No pierdes nada por ir, sobre todo ahora que sabemos que no está casado.

—Puede ser un mentiroso.

—Con esa mentalidad no vas a ir a ninguna parte. Mira, tú tranquila. Si el domingo no has vuelto, llamaré al FBI.

—Y al CSI cuando encuentren mi cadáver.

—Tienes la regla, ¿verdad?

Bufé y subí a la habitación superada en madurez por una Barbie casi adolescente.

Cuando me situé delante del ordenador, la pantalla volvía a estar sepultada por hojas en blanco.

—¡Estoy harta!— exclamé de viva voz mientras golpeaba la mesa sin dulzura. Como consecuencia, la libreta de objetivos voló por el aire y se perdió debajo de la cama. El ordenador pitó y la radio se

puso en marcha.

Message in the deep, from a strange eternal sleep. That is waiting there, that is waiting there for you. Like hidden treasure...[T]

Apagué la música, me arrodillé en las baldosas frías y traté de ver algo en el subsuelo de mi cama. Tanteé con la mano alejando de mi mente a Indiana Jones rodeado de bichos en un templo maldito pero no di con ella. Así que traje la escoba de la cocina y rebusqué. A punto de darme por vencida y consciente de que algún monstruo nocturno se la había engullido, topé con algo. Me di cuenta del alivio que sentía al no tener que recordar de nuevo mis objetivos.

La libreta salió a la luz y con ella una caja de zapatos, un chicle y un trozo de lo que en algún glorioso momento fue un donut. Al tirar el festín a la basura me di cuenta de que había algo dentro de la caja. La abrí con el temor de encontrarme con cucarachas voraces pero en su lugar, hallé un fajo de hojas escritas a mano. Sentada en la cama, las observé con la curiosidad y el nerviosismo que debió sentir Howard Carter al encontrar la tumba

de Tutankamon pero a una menor escala. En vez de toneladas de oro yo tenía más de cien páginas dobladas de cualquier forma. El papel había amarilleado pero la letra en tinta negra permanecía inalterada. La caligrafía dejaba bastante que desear, era descuidada y rápida, en algunas palabras faltaban letras y sobraban tachones.

Parecía un relato abandonado a su suerte debajo de una cama.

Ordené las hojas que en muchas ocasiones ni aparecía numeradas, con cierta dificultad y empecé a leer:

Con la vista fija en el Pacífico, el corazón caliente y la mano gélida, escribo como marcan los cánones, con frialdad en la letra y ardor en el pensamiento. No se puede negar que todo lo sucedido se escapó en algún momento de los límites de la cordura pero, ¿es más creíble la locura del sano o la objetividad del demente? Dejemos la mente abierta, el corazón a la escucha y la razón encerrada con un candado y mi historia será solo eso, una historia.

Me detuve exhausta de traducir mentalmente y

perdida entre frases en mayúsculas y párrafos sin sentido. ¿Era la antigua inquilina escritora? Como me atraía lo que leía, traté de continuar haciéndolo, algo que había olvidado con tanta película.

Y llegó el momento de entregar nuestra ciudad— piloto. La última semana habíamos trabajado duro haciendo un sprint final que ni en las Olimpiadas. Sandra y su casa se vieron invadidos por un grupo de cerebritos que no levantaba la cabeza de la mesa por más poca ropa que ella llevara. Se paseaba por el salón buscando el sentido a nuestra concentración.

Teníamos que reconocer, desde la subjetividad que nos había quedado sublime.

Hiroto el japonés la dotó de un aire entre la tradicional Kyoto y la modernidad de Tokio. Yuga, le proporcionó las zonas comerciales y agrícolas. Martha, las áreas verdes que caían como los Jardines de Babilonia. Laura la impregnó de la

vanguardia de la Gran Manzana. Yo, de una apariencia medieval que se entremezclaba con lo anterior en una especie de ciudad Aldera[1]. Y el Negativo, cuando cogió el lápiz entre sus dedos huesudos y se puso a dibujar, fue increíble. En trazos largos y precisos dio forma a cuatro rascacielos de cristal que colocó en los cuatro puntos cardinales a modo de almenas que guarecían la ciudad en su interior.

Cuando terminó, lanzó el lápiz y se despanzurró en la silla mirándonos con desidia.

—Son preciosos—susurré sin poder evitarlo.

—Lo sé— contestó haciéndome arrepentirme de haber hecho comentario alguno—Veo que al final sí hay una Plaza Mayor.

—Fue idea tuya, no lo olvides—saltó Laura, ahora salvadora de causas perdidas.

—Y una buena idea—corroboró Martha con su voz afrutada—Chicos, creo que nuestra capital ha sido fundada.

—Veremos con que nos encontramos en clase—intercedió el Negativo—Nuestro proyecto no va a ser el mejor.

Tuvo razón. Estuvimos a punto de llevarnos la maqueta corriendo cuando traspasamos la puerta del aula pero Martha nos infundió coraje y entramos en la guarida de la bestia que nos iba a merendar con ropa y todo.

Mientras el profesor Li, ojeaba los proyectos entre pequeños helicópteros a control remoto, ríos de agua en movimiento y ruidos ambientales, elegimos a Martha para que expusiera el nuestro ya que su voz daba ganas de escucharla.

El profesor no se inmutó con ninguna de las presentaciones. Con la nuestra levantó una ceja y debatimos ese movimiento toda la tarde, si sería una buena o mal señal o un simple picor.

Nos quedamos charlando por los jardines de la plaza Wilson del Campus aprovechando la buena temperatura. No sé en que dichoso momento nos quedamos solos el Negativo y yo.

—Dibujas muy bien—dije estúpidamente otra vez.

—Por algo estoy aquí.

Era incapaz de mirarme a los ojos más de una centésima de segundo.

—¿Cómo acabaste en Los Ángeles?— tenté a la suerte preguntando de nuevo.

—No creo que te importe realmente mi respuesta —apuntó fijando su mirada azul un momento que desvió con premura hacia el edificio estilo neomodéjar de la Biblioteca Powell.

—La verdad es que no mucho, únicamente quería parecer cortés.

Me di cuenta tarde de que continuábamos hablando en inglés y ese no era mi idioma clave para las disputas verbales.

—Lo único que pareces es entrometida.

Me levanté.

—Gracias por tu compañía—dije esta vez en español—Ha sido un placer.

—No puedo decir lo mismo.

Si fuera violenta, le hubiera pataleado el estómago hasta que echara la hamburguesa que se había comido pero como no, me di la vuelta y me marché con la cabeza alta. Él se mantuvo sentado

en la hierba contento como si se hubiera quitado un lastre de encima. Tendría que pensar otro mote porque el Negativo se le quedaba muy corto.

—¿Qué tal el proyecto?— me preguntó Sandra nada más llegar.

El humo negro que volaba por mi cabeza hasta el momento se esfumó. Era la primera vez que mi compañera se interesaba por algo del curso.

—Bueno, estamos compitiendo con androides hace—maquetas.

—No será lo único que puntúe, ¿no?

—Pues la verdad es que no o al menos eso espero.

—Podéis continuar viniendo a casa, no me molesta en absoluto—dijo dirigiéndose a la cocina.

Busqué en sus palabras alguna ironía.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente—sacó una botella de agua de la nevera y le dio un sorbo— Únicamente me

preguntaba si me podrías arreglar una cita con el rubito.

Ajá.

—Ni hablar. Es un imbécil.

—Igual lo es contigo. Yo despierto otro tipo de sentimientos.

—Ese tío tiene la gracia de un cangrejo.

—Me gustan los cangrejos.

Alcé las manos.

—Haz lo que quieras pero no pienso colaborar en tu intento de suicidio.

Se sonrió.

—Sabré apañármelas—me señaló la televisión cambiando de tema— ¿Qué película te toca ahora?

—X—men pero estoy un poco ocupada para eso.

—Bueno, te doy una prórroga. Has demostrado ser una buena alumna.

No lo sabes bien. Pensé en la ciudad Aldera de mi proyecto.

—¿A qué se dedicaba la antigua inquilina?— me acordé de preguntar.

—¿Tendría que saberlo?

—A mí me registraste las maletas.

—Ya pero ella me inspiraba miedo.

—¿Escribía?— seguí.

—Lo dudo. Pasaba poco tiempo en la habitación —se levantó del taburete— Sino te importa, continuamos esta conversación apasionante mañana que tengo que descansar para la juerga de la noche. ¿Nos vas a acompañar o te lanzas al Salt Lake ese?

—Pepper Lake—corregí— y creo que me acercaré un rato.

—¡Qué atrevida!— exclamó con cara de pánico fingido y se coló en su dormitorio.

—¡Es un ladrón, Miriam!— gritó Sofía al otro lado de la línea— ¡No puedes quedar de nuevo con él!

Iba a decir algo pero se adelantó.

—No sabes qué más te oculta. Es una locura.

—Voy a un bar lleno de gente, no creo correr más peligro que el aplastamiento.

—Bien pero no te quedes a solas con él, ¿me

escuchas?

—Sí. Bueno, voy a trabajar un rato más, ¿qué tal San Francisco?

—Impresionante. Tienes que conocerlo.

—Es mi siguiente objetivo.

—Tú y tus objetivos—farfulló— Muy bien, cuídate.

Dejé el móvil al lado de las páginas desperdigadas por mi cama de la novela desconocida. A parte del prólogo, traducir el texto me superaba.

Bajé con ella en la mano a reunirme con Sandra que entraba por la puerta trasera con la toalla al hombro.

—Mira lo que he encontrado debajo de mi cama—solté sobresaltándola.

—No era mi obligación entregarte el cuarto limpio—se excusó rápidamente.

—Ya me di cuenta, tranquila—le tendí las hojas—Dentro de una caja de zapatos descubrí esta novela.

Ella las agarró y hojeó con detenimiento. Demasiado detenimiento.

—¿Qué te parece?— la apremié.

—No es una novela. Es un guión de cine.

Abrí los ojos exageradamente. Sus palabras venían acompañadas de una melancolía que me hicieron escrutar su rostro buscando alguna pista.

—¿Cómo lo sabes?

Al contestar, le tembló la voz.

—Desde que yo llegué aquí, se mudó al piso de arriba. Esto es de mi padre. Nadie tiene peor letra.

—¿Era guionista?

Asintió.

—¿Hizo alguna película importante?— pregunté.

—Se especializó en lo que daba más dinero fácil: las series de televisión.

—Como “Crazy Teenagers”.

—Exacto. Pero esta parece un guión cinematográfico. ¿Te importa que me lo quede?

—Por supuesto que no, es tuyo. Pero deberíamos hacer algo con él, es realmente bueno.

—Ya te lo diré.

Y se marchó. No me podía imaginar a Sandra leyendo algo más que la caducidad del yogur pero acabaría sorprendiéndome.

Me detuve ante las puertas del Pepper Lake Bar para tomar aire mientras el portero me buscaba en una corta lista de invitados. Sonrió con aire afable y me abrió la puerta.

Parecía que me hubiera colado de pronto en un refugio de alta montaña. Las paredes estaban revestidas por tablones de madera, había un par de chimeneas falsas en dos de los lados y sofás alrededor de ellas. Enfrente, un pequeño escenario y a mi derecha, la barra del bar. Un hombre de espeso bigote y cara amistosa, me dijo algo detrás de ella. Me acerqué.

—¿Quieres tomar algo, guapa?

—Aún no gracias, buscaba a Sean.

—Tú y todo el mundo, preciosa. Saldrán en poco tiempo al escenario. Venga, tómate algo que aquí el aire acondicionado no funciona muy bien y puedes morir de deshidratación.

—Está bien. Una cerveza muy fría, por favor.

—Eso me gusta más—me sonrió debajo de aquel

bigote— ¿No serás la muñeca de la que me ha hablado el mequetrefe de mi socio?

Me encogí de hombros.

—Por esa descripción no sabría decirle—elevé el tono de voz porque empezaban a probar la megafonía.

—Tú quédate aquí cerca que yo te surto de cerveza y cacahuetes. Voy a presentar al grupo.

Se marchó hacia el escenario con andar resuelto pese a los kilos que le sobraban. Llevaba botas de vaquero debajo de unos pantalones raídos.

—Amigos—gritó— con vosotros el grupo con la tía más buena que ha pisado el Pepper Lake, Trisha's.

Un aplauso generalizado y aparecieron Sean y otro más con las guitarras, uno a la batería y por último la tal Trisha. Se me cayó el alma a los pies. Realmente resultaba preciosa y muy sexy. Era como una modelo curvilínea negra. Una Diosa rockera. Llevaba un pantalón de cuero tan ajustado que podría haber sido perfectamente su propia piel y una camiseta que enseñaba sus hombros sobre los que caía el pelo en bucles oscuros.

El grupo empezó a tocar y algunas voces jalearon los primeros acordes. Sonaba bastante bien.

—¿Está buena o no?— el socio de Sean volvió a la barra.

—Mucho—cogí la cerveza y le pegué un sorbo. Lo de fría era una metáfora.

—Por cierto, soy Bob. Socio y cofundador de este antro—me tendió la mano.

—Miriam—a mis oídos la música me comenzó a parecer conocida. Algo conocida. La verdad es que resultaba un tanto estridente y la voz de Trisha brotaba chillona pero reconocía la melodía y si resultaba cierto, aquello era una autentica aberración de la naturaleza. Mi querido Roy Orbison y su “You got it” estaban siendo masacrados cruelmente, incluso parecía que algunas de las palabras hubieran sido sustituidas por otras malsonantes, empezando por el estribillo que se había convertido en *Anything you want, you fuck it*.

Terminó la canción y hubo un aplauso generalizado. Les imité por cortesía.

Siguiente tema. Había que reconocer que las guitarras sonaban muy bien. De pronto, me quedé helada. Una cosa era destruir a Roy y otra bien distinta hacerlo con U2. ¡Pero si Bono está vivo! “With or without you” desmembrada para la posteridad, al menos pedía un litigio.

Traté de no pensar en lo que decía la letra, poco parecida a la real y observé a Sean que tocaba la guitarra con una sonrisa en los labios y mirando de vez en cuando al otro guitarrista.

La gente del bar tarareaba las canciones y llevaban el ritmo con el pie o tamborileaban en la mesa. No seríamos más de treinta personas y se suponía que solo amigos íntimos del grupo. Un halago para mi persona.

—Son buenos los desgraciados—decía Bob mientras secaba con un trapo unos vasos de tubo—
Lo malo que solo toquen un par de veces al mes.

¡¿Solo?!

—Una pena—conseguí decir. La Diosa se acercó a Sean y bailó pegada a él. Se me puso el estómago tenso— ¿Y entre ella y Sean hay algo?—
comenté con un tono despreocupado.

—Lo hay a ratos—dijo Bob al parecer divertido —Yo si tuviese semejante hembra, la ataba a la pata de la cama y no la dejaba salir a la calle. Pero ellos tienen otro rollo. Son una pareja liberal, dirían hoy en día.

Mi gozo en un pozo negro y profundo.

Tercer tema. Me pregunté a quien tendrían la osadía de asesinar musicalmente, ¿a los Rolling? ¿A Elvis?

No conocía la canción, ni falta que hacía. Ahora la Diosa cantaba abrazada al otro guitarrista. Inevitablemente posé de nuevo los ojos en Sean. Se le veía feliz. Feliz y sudado. Feliz, sudado y terriblemente apetecible. Entonces echó una ojeada al público y paseó la mirada entre ellos, encontrándose con la mía. La sostuvo mientras movía los labios cantando. Hice el esfuerzo de fijarme en la letra de la canción. Con palabras aptas para todos los públicos, diría más o menos: “No sé que demonios has hecho pero no puedo pensar en otra dichosa cosa que no seas tú. Apártate de mi vista, bruja, soy incapaz de sacarte de mi cabeza”.

Sean me guiñó un ojo y me sentí invadida por una extraña sensación. Me sentí especial.

Hubo un par de canciones más, un refresco y varios kilos de cacahuets. La gente aplaudió a rabiar cuando terminaron de tocar y fueron a felicitarles. El grupo se mezcló entre el bullicio y perdí de vista a Sean por un tiempo.

—Son muy buenos—comentó Bob a mi lado—
Lástima que no tengan más ambición porque podrían llegar alto.

Hasta el infinito y más allá, diría mi sobrino con una toalla sobre los hombros a modo de capa.

—¿Qué te ha parecido?— Sean me sobresaltó apareciendo de detrás de mí y susurrándome al oído. Esa era la pregunta del millón.

—Ha estado muy entretenido—dije volviéndome hacia él. Le tenía muy cerca, casi nos rozábamos ya que todo el mundo había acudido a la barra del bar y estábamos apretados.

—¿Entretenido? Entretenido es un parque de atracciones. No te ha gustado nada, ¿verdad?

—Yo no diría eso—me lancé contra él por el empujón de un desesperado por hacerse un hueco.

Sean me tomó de la cintura y me sacó del revuelo.

—Vamos, sé franca. Me encanta tu honestidad. No te ha gustado.

—Nada.

Rompió a reír.

—Igual esperabas a los Beach Boys.

—Ojalá pero seguro que no hubieran venido a hablar conmigo después del concierto. Ese es un tanto a vuestro favor.

—Muy bien pues ven a conocer al resto del grupo—me arrastró aún con la mano en la cintura.

—Por favor—supliqué con pesadumbre—no les digas mi opinión.

—¿No? Va a ser lo primero que haga.

Les vi al fondo del bar, en un cuarto con pinta de almacén. Íbamos a empezar con muy buen pie.

—Chicos—gritó Sean con una sonrisa divertida en los labios. Le clavé la mirada con odio—os presento a Miriam.

El otro guitarrista se acercó secándose las manos en una toalla. Le calculé unos cuarenta años pero veinte atrás me lo imaginaba parecido, con un rostro y aspecto juvenil.

—Por fin te conocemos—dijo dándome un abrazo inesperado—este tío te tenía bien guardada. Yo soy Bryan y estos, mis compañeros y no siempre amigos Trisha y Rocky.

Los dos me dieron la mano con una sonrisa. Me quedé mirando a la Diosa sin poder evitarlo. De cerca era aún más espectacular, incluso intimidaba. Debí de haberme maquillado un poco más para tratar de estar psicológicamente a la altura.

Bryan fue a buscar algo de beber y volvió con una caja de cervezas que nos tomamos sentados en los palés del almacén. Comentaron el concierto entre risas y me involucraban una y otra vez en la conversación, esperando un juicio crítico. Mentí como una bellaca.

—Bob, que parece ser un auténtico entendido en música, está seguro que llegaríais muy lejos de proponéroslo—comenté.

—¿Bob?— Rocky enarcó las espesas cejas en muestra de asombro—Si siempre dice que somos unos patanes. Se le planta una chica guapa al lado y suelta cualquier cosa. Hay que ver.

—Yo creo que lo decía en serio.

—Es como una madre con sus polluelos—por fin oí la voz de la Diosa sin que fuera a grito pelado detrás de un micrófono—Le parecemos buenos por eso.

—El cariño no hace a los hijos guapos—solté.

—Una buen frase—opinó Sean— ¿Un proverbio chino?

—Un proverbio de mi tío que tiene unos hijos la mar de feos.

Se rieron. Ser graciosa a costa de la belleza de mis primos me hizo sentir mal un segundo.

—El otro día me detuvo la poli por robar la Suzuki—dijo Sean con una sonrisa de oreja a oreja.

—Amanda ataca de nuevo, supongo—se rió Bryan— ¿Qué más se llevó de tu casa?

—Al loro, pero era suyo—me dirigió una mirada tímida—Gracias a Dios no pienso volver a verla jamás.

—Te advertí que estaba loca desde el principio—gruñó Rocky—Nadie me hace caso pero de mujeres sé un buen rato.

—No te pases, venga, guardemos los instrumentos que se nos apolillan a este paso— expuso Bryan levantándose de un salto con una gracia inusual para alguien que acababa de beberse seis cervezas seguidas con el estómago vacío.

Mientras los otros le acompañaban al escenario, la Diosa y yo nos quedamos observándonos. Tenía una mirada que parecía escanearme sin ningún pudor. Dio un paso largo hasta situarse a mi lado. Me sacaba una cabeza pero diré a mi favor que era gracias a unos zapatos con tacón de aguja que podría rematar el agujero de cualquier calcetín. La sonreí.

—Espero que seas tan inocente como parece— soltó agarrándome con fuerza del antebrazo— porque como le hagas daño a Sean, como le mientas o le engañes, te dejaré tu bonita cara irreconocible hasta para tu perro.

Decir que tenía un gato y no un perro en aquellos momentos era innecesario y absolutamente improcedente pero se me pasó por la cabeza para aliviar la situación. Se me había quedado la

sonrisa helada en los labios y el estómago apretado como un rollo de carne.

—Entre nosotros no hay nada—me oí decir sin quererlo.

Ella me soltó el brazo y noté la sangre fluir hacia la mano.

—¿Crees que soy idiota? Se os cae la baba a los dos y la verdad, es que no entiendo el motivo—me lanzó un vistazo de arriba abajo sin cortesía alguna—Sean puede tener a quien quiera, te lo puedo asegurar porque lo he vivido. Si señala a alguna chica por la calle, a los dos minutos la tiene en su cama. Es infiel por naturaleza pero le quiero. Así que no hagas que me enfade.

—Agradezco tu interés—dije en un susurro y temblando como un flan de vainilla—pero creo que Sean es ya grandecito y se podrá cuidar solo. Si es tan infiel como dices, la que se tiene que preocupar por su bienestar soy yo. Veo que le quieres pero ahora se ha fijado en mí. Lo siento.

Vinieron los demás y nos encontraron en un ambiente hostil donde la atmósfera se tenía que cortar con un machete amazónico.

—Veo que os estáis haciendo amigas—dijo Sean pasándole a la Odiosa, el término Diosa quedaba descartado, un brazo por encima de los hombros.

—Me gusta tu chica—ella esbozó una sonrisa—
Tiene huevos.

—Espero que no—Sean me guiñó un ojo y se soltó de Trisha.— Chicos, nosotros nos vamos a dar una vuelta y no estáis invitados.

Bryan y Rocky se despidieron de mí protestando y le tendí la mano a Trisha esperando que me la hiciera puré. Ella por respuesta me abrazó.

—Cuídate—me dijo al oído.

Asentí con la cabeza y abandonamos el bar por una puerta secundaria detrás de la barra, saludando a Bob con la mano que estaba al borde del colapso.

Al callejón al que dimos a parar era de esos oscuros y angostos de los que el protagonista de la película escapa a duras penas y el secundario muere desangrado. El eco de la puerta al cerrarse detrás de mí semejó un disparo y la piel del cuello se me erizó. Sobre todo cuando él me tomó de la muñeca y apartándome de la única luz que

proyectaba una farola me guió hacia la pared. Apoyé la espalda en carteles superpuestos de antiguos espectáculos recordando las recomendaciones de mi hermana.

—Tengo que disculparme por lo del otro día— dijo en un susurro cerca de mi oreja.

—Fue mala suerte lo de la policía, no te preocupes.

—No me refiero a eso—estaba muy cerca— Creo que no debí besarte.

—¿Lo hiciste? No me acuerdo.

Rió.

—Aguantas bien el tipo en un callejón tenebroso asediada por un posible ladrón.

—En cuanto te descuides saldré corriendo.

—Eso no voy a permitirlo—murmuró mientras me sujetaba la otra muñeca.

Este es el momento en que me acuchilla, pensé.

Sentí su respiración en mi frente y al segundo, sus labios sobre los míos. Tendí los brazos hacia su cuello y le atraje aún más. Se separó.

—Esto no está bien—intuí una sonrisa.

—¡Por qué no!— exclamé casi molesta.

—Soy un mal bicho con una mala vida. Nos llevamos siete largos años, nunca he estudiado una carrera, me gradué del instituto gracias al hockey y tengo unas ex—novias bastante desagradables. ¿Buscas eso para ti?

—¿Quién quieres que te conteste, mi padre o yo?

—No bromeo—dijo serio.

—Por ahora, lo que sé de ti me gusta. No pareces mal tipo, siete años son pocos sino se pasan entre rejas, mi carrera vale por dos y a tus novias espero no verlas ni en pintura.

Sus manos abrazaron mi cintura.

—Tuve la estúpida idea de decirte esta noche que era mejor que no nos viéramos más—me besó de nuevo apretándome contra él—pero me es imposible. Vámonos.

Tiró de mí hacia la calle principal donde el portero nos saludó con la mano. Nos acercamos a una gran moto negra.

—Una Harley—suspiré afectada.

—Vaya, yo que pensaba que no diferenciarías una Harley Davidson de un triciclo.

—Muy gracioso.

—¿Qué te parece la canción que he escrito para ti?— preguntó tendiéndome el odioso casco.

—¿La de “apártate de mí bruja”?

—No es buena idea sacarlo de contexto—se montó de un salto en la moto y la arrancó— ¿Qué tipo de música te gusta?... Espera, déjame adivinar... No creo que haya ninguna discoteca en Los Ángeles que pongan Beethoven pero se puede intentar.

—Me gusta todo tipo de música. Listo— respondí monocorde.

—¿Y bailar?

—Bailo algo más que el vals.

—Perfecto, sube.

Nos escapamos de Hollywood hacia el sur. Menos mal que fue un trayecto corto porque continuaba sin encontrarle el gusto a las dos ruedas por más Harley Davidson que se llamaran.

Aparcamos en una calle arbolada y no por palmeras, bastante animada. La música que salía de los locales a nuestro paso no resultaba estridente, acostumbrada al house y se reconocía la letra.

Varias mujeres se volvieron cuando pasamos volando cerca de ellas y miraron a Sean sin disimulo. No era de extrañar.

—¿Llegamos tarde a algún incendio?— jadeé incapaz de seguir sus zancadas—Tengo las piernas más cortas que tú.

Se detuvo.

—Disculpa. Es la costumbre pero, ¿tienes piernas? ¡Ah, sí! Te las vi un día pero estaban rebozadas en mierda.

—No lo olvidarás jamás, ¿verdad?

—Bueno, fue un buen método para que me fijara en ti—dijo reanudando el camino.

Le seguí hasta un bar a la derecha donde se leía Century Café. El nombre le iba al dedillo ya que por dentro imitaba a una cafetería de principios del siglo pasado. La música pertenecía al presente y la gente también. Mujeres y hombres guapos en la treintena donde se podía seguir una conversación sin pegar la oreja.

—Ahora vengo—Sean se marchó escopetado hacia la barra y le dio un fuerte apretón de manos al camarero.

Hablaron un rato mientras yo reculaba hacia uno de los laterales. Vi que me señalaba y el camarero esbozó una sonrisa. Dos chicas se acercaron a Sean y entablaron conversación mientras me subía adrenalina por las venas pero en cuanto él tuvo dos copas en la mano preparadas, regresó hacia mí. Las vi dirigirme una mirada indescriptible.

—Dos combinados especiales de la casa—soltó él alegre al llegar a mi lado—Josh tiene la manía de prepararlos de acuerdo a lo que le inspira cada persona.

—El mío es verde.

—¿Lo ves? Eres una alienígena.

Con una canción de Beyonce resonando, me volví hacia la pista de baile en la que el aforo ya había sido superado con creces.

—¿Qué hacemos quietos?— dije tirando de él hasta donde la gente se movía a ritmos diferentes. En vez de separarnos nos encontramos adheridos el uno al otro. Me abrazó la cintura y sus manos recorrieron mi espalda.

Por un momento me sentí en un universo paralelo. Éramos únicamente él, Beyonce y yo en

una cafetería del siglo pasado. Me perdí en sus ojos oscuros, en el contorno de su cara, en sus labios y de pronto, un móvil me hizo regresar al mundo terrenal.

—Perdona—se excusó Sean sacando el teléfono del bolsillo de su pantalón. Se alejó del gentío tratando de escuchar. Le vi apoyarse en el marco de la puerta de entrada un segundo y regresar al interior nervioso. Colgó. Se fue a la barra y habló con el camarero. Regresó con el rostro preocupado.

—Josh te va a pedir un taxi, tengo que irme ya—me dijo aceleradamente.

—¿Va algo mal?

—No. No te preocupes. Me voy corriendo, tú junto a Josh—me miró una vez más a los ojos con intensidad y dándome un beso rápido en la frente se fugó a toda velocidad por la puerta.

Haciéndole caso, caminé hacia la barra. Me rondaba una especie de intuición femenina.

—Su mujer le ha llamado desde casa—me murmuraba una vocecilla que nada tenía que ver con la de Lady Gaga que sonaba en aquellos

momentos—o es la hora de atracar Fort Knox.

Fue una semana extraña de las que varían de la cal a la arena en segundos. Cosas positivas: por el anteproyecto de la ciudad recibimos la mejor nota, los de los helicópteros a control remoto se sintieron tan frustrados que los estrellaron todos contra los rascacielos, algo que no fue muy bien recibido y salió en el periódico de la Universidad a finales de la semana; también, el Negativo dejó de hablarme si es que alguna vez lo había hecho; Sandra se lió con Matt, el chico de la cafetería de los platos combinados y nos invitaba a tortitas todas las tardes; mi cuñada, estaba embarazada de nuevo y teníamos que organizar una asamblea filial para darle un nuevo mote al futuro bebé, o el de un familiar de Hitler o de Shindler dependiendo del momento de su primer llanto y mis padres vendrían a visitarme por mi cumpleaños. Como factores negativos: no sabía nada de Sean, no sabía nada de Sean y no sabía nada de Sean.

—Llámale tú— me instó Sandra desde el sofá la tarde del viernes—Aunque yo no lo haría, tengo mucho orgullo.

Cobijaba en sus manos las hojas sueltas del guión de su padre y no cesaba en hacer anotaciones en ellas.

—¿Qué es lo que escribes?— terminé preguntando movida por una ávida curiosidad.

—Te estoy facilitando tu trabajo.

—¿Mi... qué?

—Claro, para cuando lo pases a limpio en el ordenador.

—¿Yo?— me señalé con las manos.

—Dijiste que teníamos que hacer algo con ello. Pues empezaremos por que se entienda y ahí entras en escena tú— me miró con ojos de perro lazarillo abandonado.

—¿Y después?

—Tendremos que enseñárselo a la gente indicada.

—Y no conocemos a ninguno.

—A ninguno.

—Cariño—Matt entró por la puerta del porche

enfundado en un bañador largo de flores blancas y azules—esto para ti—le tendió un café con crema —Y para Plato Combinado, tus tortitas.

Empezaba a coger manía al apodo y al postre.

—Matt, ¿tú llamarías por teléfono a una chica que se despide de ti con un beso en la frente?— preguntó malvada mi compañera.

—Buf, mal augurio. Solo me humillaría así si fuera la misma Scarlett Johansson. Solo en ese caso.

I love the family, gets me where I want to be. Through thick and thin, it will help. Let me introduce you to the family...[T]

Estaba trabajando con la radio puesta en mi dormitorio cuando la marcha de Darth Vader sonó en mi teléfono. Era Sean.

Me lancé escaleras abajo y vi a Matt contestar.

—¿Qué haces?!— exclamé encontrándome con el rostro divertido de Sandra.

—Soy Matt—decía él— ¿tú quién eres?— me

hizo un gesto de “tranqui” con la mano—Podría decirse que soy un buen amigo de Plato Combinado, perdón Miriam. ¿Por qué no has llamado antes? ¿Te parece bonito tratar a una chica así?

Me tiré literalmente de los pelos.

—Ya veo—continuó él evitando mis embestidas desde su metro ochenta—Tienes que reconocer que das mala espina. ¿Estás metido en drogas?... ¿en pornografía?...

Me senté abatida en el taburete de la cocina con la cabeza escondida entre los brazos mientras le oía parlotear.

—Vale tronco pero que no me entere que la tratas mal... hala, cuídate, recuerdos a la familia y un saludo—y colgó.

Le miré perpleja incapaz de cerrar la boca que se me había quedado abierta de asombro.

—Pero...— fue lo único que emané.

Matt puso el móvil en mi mano y me cerró los dedos alrededor de él.

—Parece buen tíocomentó volviéndose hacia Sandra.

Deseé poder incrustarle el teléfono en la cabeza sin remordimiento alguno. Se giró hacia mí como si me hubiera leído el pensamiento y me encontró con el puño en alto.

—¡Ah!— dijo arrugando el ceño al verme en esa posición—Te pasa a buscar a las seis.

—¿Qué?!

Tuvo la osadía de darme un cachete en la mejilla.

—Ponte guapa que vais a cenar con su hermana. Y eso suena serio.

La situación era difícilmente calificable dentro de los grupos de cal y arena. Como parte positiva, quería que conociera a su familia y como lado negativo, quería que conociera a su familia.

Así que desprovista de ilusión le esperé con los perseguidos mutantes de X—men. Llegó con cuarto de hora de adelanto y con la Suzuki Bandit secuestrada.

Le observé desde la puerta con los brazos

cruzados y cara de póker, hasta que se dignó a quitarse el casco.

—No sé que hago aquí— espeté.

—Esperarme ansiosa—contestó con una sonrisa de las que derriten hasta los congeladores más conflictivos.

—Yo no lo definiría así.

—Lo dudo. No tienes tan buen vocabulario.

Me crispé.

—¿No me vas a dar ninguna explicación?

—Claro. Quiero que conozcas a mi pequeña familia.

Bajé los escalones con brusquedad situándome de forma que la raquílica verja de madera quedara entre ambos.

—No me refiero a eso sino a la otra noche. Después de pensarlo un tiempo, creo que recibiste una llamada del hospital. ¿Te doy mi enhorabuena por el hígado compatible?

Sorteó la verja y se colocó entre la misma y yo. Olía estupendamente.

—Sería una buena razón pero no la acertada. Puedes seguir elucubrando.

—No gracias, he descartado casi todas las posibilidades. Vale que desaparecieras a por el transplante pero no me llamaste después.

Acarició mis manos.

—Hablas como si realmente estuviéramos saliendo—dijo mirándome a los ojos con fuerza— y eso no es cierto, ¿verdad?

Me quedé con la boca tamaño túnel ferroviario. No sabía que contestar. ¿No estábamos saliendo? Si era así, ¿qué derecho tenía a pedirle explicaciones?

—¿Cuál de tus personalidades múltiples está hablando en este momento?— conseguí decir.

—La del imbécil—sonrió— De todas formas, somos adultos y eso de “salir” está obsoleto.

—Será para los de la treintena. Yo salgo, tengo citas y novios. ¿Cómo me has presentado a tu familia? ¿Cómo a una extranjera que me he encontrado por el subsuelo canino?

—No. Como a alguien muy especial.

De nuevo el túnel ferroviario. Como no amenazaba con salir ningún tren, él continuó.

—Si quieres que estemos saliendo, estamos

saliendo.

—¡Yo no he dicho eso!— exclamé.

—Pero te gustaría.

—Eres un prepotente.

—Puede. ¿Vas a dignarte a acompañarme a la casa de mi hermana antes de que se le hiele la cena?

Subí a la moto desmañadamente y él me imitó con un gesto de guasa en la cara.

Aceleró.

Para llegar a la casa de su hermana tuvimos que cruzar, para variar, casi toda la ciudad. En una zona residencial de las faldas de las montañas de Santa Mónica creí ubicar su emplazamiento. Tenía una sola planta de ladrillo oscuro con grandes ventanales al jardín que aparecía infestado por canastas de baloncesto, bates de baseball, una Harley liliputiense y una piscina hinchable de grandes dimensiones.

Nada más apagar el motor de la moto, la puerta

de la entrada se abrió. A contraluz apareció una mujer delgada y alta que se acercó rápidamente.

—¡Increíble!— exclamó ella riendo—Es la primera vez que llegas a la hora.

Tenía el cabello ondulado y oscuro, la tez morena sobre la que bailaban numerosas pecas. Sus ojos castaños se dirigieron a los míos. No hubo vistazo general ni escaneo físico solo una mirada directa.

—Estoy realmente contenta de conocerte—me dijo separando las palabras para que la entendiera.

—No es E.T. Puedes hablarla normal—soltó Sean que caminaba hacia la puerta.

—Gracias—atajé— Yo también lo estoy.

—Pues bienvenida a mi casa—me tomó del brazo para entrar.

Se accedía directamente a un salón amplio dominado por una chimenea. El suelo era de madera y las paredes de colores fuertes estaban invadidas por cuadros. Pinturas de todos los tamaños y estilos conviviendo bajo el mismo techo.

—Es mi Museo del Prado particular—comentó

sorprendiéndome.

Unos pasos rápidos en la tarima me hicieron girarme hacia su procedencia. Apareció un niño pequeño, desgarrado con las mismas pecas de su madre cubriéndole la nariz respingona y un erizo negro por pelo.

—Hola—me dijo en un tembloroso español—
Bienvenida.

Reflejaba en su rostro la tensión de un examen oral.

—Gracias, Justin. Encantada de conocerte.

Por toda respuesta me sonrió y colocándose al lado de su tío le golpeó ligeramente la pantorrilla para captar su atención.

—Está buena—le susurró.

—Lo sé enano—contestó Sean mirándome.

Para acabar de quedar bien me sonrojé cual idiota. Al levantar la vista me encontré con la de Kim que entre divertida e interrogante no cesaba de pasar los ojos de Sean a mí y viceversa.

La cena consistió en un asado muy sabroso con puré de patatas y millones de guisantes, vino rosado y tarta de chocolate de postre.

—¿Cómo os conocisteis?— preguntó en un momento determinado Kim.

Le di un sorbo largo a mi copa de vino. ¿Nunca podría relegar al olvido aquel asqueroso recuerdo?

—La rescaté en Hermosa Beach—se adelantó Sean—había patinado con la lluvia.

—¡Qué patosa!— rió Justin con su cara apenas sobresaliendo por encima de la mesa.

—Muy patosa—apunté yo—pero tu tío no ha contado lo peor—hablaba ya llevada por tres vasos de vino y con un cuarto les narré la historia.

Acabamos riéndonos todos y quisieron seguir indagando sobre mi vida que resultó tenía hasta momentos graciosos sin que aquello pareciera un interrogatorio policíaco.

—Tío Sean nunca nos presenta a sus novias—comento Justin con los dientes manchados de chocolate—Tú eres la primera.

—Es para que no me las quites—contestó el aludido.

Kim comenzó a recoger la mesa y al levantarme a ayudarla sentí el primer mareo. Hice caso omiso

y la acompañé a la cocina mientras Sean conducía a su sobrino a la cama. Nos quedamos una enfrente de la otra. Temblé recordando mi conversación con Trisha en una situación similar.

—Sean lo ha pasado bastante mal últimamente— arrancó— y de pronto, cambió. Sé que te parecerá una locura y que os conocéis desde hace poco pero ese milagro se debe a ti. No te puedes hacer idea de lo que te lo agradezco.

—Es imposible. Yo no he hecho nada más que montar en motocicletas voladoras, comer burritos y resbalar por lo innombrable.

Sean llegó a una carrera controlada pendiente de lo que se podría estar gestando entre fogones.

—No he dicho nada malo de ti—le frenó Kim— Tranquilo.

Sean me interrogó con la mirada.

—Me sigues pareciendo igual de raro— corroboré.

—Lo tomaré como un cumplido.

Cuando íbamos de vuelta al salón, el vino y la cuba entera cayeron sobre mi cabeza y me flaquearon las piernas.

—¿Estás bien?— se alarmó Sean sujetándome del codo.

Asentí. Al mover la cabeza, la lámpara del techo disminuía o aumentaba de tamaño.

—Creo que está ebria—comentó Kim divertida.

—No me pasa nada—dije valiente mientras la tarima bailaba bajo mis pies—Uy, siento alarmanos pero creo que estamos sufriendo un terremoto.

Me acompañaron al sofá y se sentaron cada uno a un lado.

—Si la llevo en la moto, se cae seguro—expuso Sean como si yo no me hallara presente.

—Pues mi coche está en el taller y además tú también has bebido, no deberías conducir.

—Se lo ha tragado todo el asado.

—Ya. Deberíais quedaros a dormir. Al menos Miriam.

Me traté de levantar pero lo evitaron a la vez.

—Sandra llamará al CSI—conseguí decir.

—Realmente está mal—susurró Kim—Venga, ayúdame a preparar el sofá. Coge unas sábanas del armario del pasillo.

—Estoy bien—volví a repetir como si hablara en sueños.

—Lo sé pero es mejor que te quedes aquí— me tranquilizó ella.

—No me secuestrareis, ¿verdad?

Kim se rió mientras me ayudaba a quitarme las sandalias.

El resto está borroso. Me perdí en un sueño tranquilo en el que no había sitio ni para asesinos, helicópteros suicidas ni fantasmas.

Una puerta al cerrarse y me desperté. Mis ojos pasaron del ventilador del techo a las flores de la sábana que me cubría. La vergüenza fue invadiéndome por segundos.

—¿Te has dado cuenta de que te duermes casi en el cincuenta por ciento de nuestras citas?

Me incorporé como Béla Lugosi en sus apariciones vampíricas y le vi cruzado de brazos apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

—Me siento terriblemente abochornada—

farfullé— ¿Qué habrá pensado tu familia de mí?

—Pues que te sienta mal el alcohol y eso es un buen síntoma.

—No lo entiendo, ¿era vino o un malta de 50 años?

—A mí me pareció agua.

Apoyé la frente en las manos y me recliné hacia atrás.

—¡Qué horror!

Riéndose se sentó a mi lado.

—Me halaga que te preocupe la salud mental de mi familia pero hemos pasado por cosas peores, créeme. Ni nuestro padre ni el ex—marido de Kim son buenos ejemplos de trato con el alcohol.

Alargó su brazo acariciándome la mejilla con el dorso de la mano. Me apartó un mechón de pelo que me caía por la cara y lo enredó detrás de mi oreja. Todo con una concentración absoluta mientras yo había dejado de respirar y debía estar adquiriendo una tonalidad azulada.

—Justin no ha cesado de repetirme lo guapa que eres.

—Siento decirte que tu sobrino es un mentiroso.

—Lo dudo, yo también lo creo.

—Entonces lleváis la mentira en los genes—dije con una sonrisa nerviosa.

—¿Nunca te has mirado en un espejo?— se entretenía deslizado su dedo índice por mi nariz a forma de trampolín, recorrió el pómulos hacia la oreja y se perdió por el cuello.

Un reloj sonó a lo lejos y pegué un bote.

—¿Qué hora es?

Con cara de susto miró la hora.

—Las ocho y cuarto.

—¡Llego tarde a clase!— me levanté de un salto y busqué las sandalias.

—¿No puedes saltártelas alguna vez?

—Ni hablarlas encontré y traté de atármelas torpemente.

Sean me detuvo las manos. Al agacharse, su boca quedó a la altura de mi cuello y el aliento me erizó el cabello.

—Quédate—susurró.

Pegué un nuevo brinco, alejándome.

—Ya sé quien eres.

Alzó las cejas.

—¿Quién?

—El demonio.

—Gracias. No te gustó que te llamara bruja en una canción, ¿verdad?

—Quieres que me desvíe del buen camino— conseguí ponerme por fin las sandalias con una postura a lo garza y anduve rápido hacia la puerta.

—Ya y ¿cómo quieres seguir ese camino? Te aconsejo una moto.

Recapacité. No tenía ni idea de donde me encontraba.

—¿Me puedes llevar?

—Igual me desvío—dijo cogiendo unas llaves del aparador.

—Me arriesgaré.

Con un encogimiento de hombros salimos al jardín. Hubiera preferido lanzarme calle abajo con la Harley eléctrica de Justin que montarme en la de verdad pero encabezaría la página de sucesos del periódico universitario rápidamente, así que cerré los ojos de nuevo mientras volábamos por las callejuelas.

Llegamos en unos escasos diez minutos. Me apeé

desgarbadamente y le señalé mi edificio.

—Me dan ganas de ponerme a estudiar—
masculló desde el casco negro—Así no te perdería
de vista.

Sin poder ni querer evitarlo me sonrojé.

—Vaya, tienes un tipo con pinta de acosador a
las cuatro, Alfa—Charlie.

Me volví hacia la derecha y me encontré con la
cara de cretino del Negativo.

—Falsa alarma Bravo—Delta, es uno de mis
compañeros de proyecto.

—Ten cuidado con él, no me gusta un pelo.

Como si a mí sí.

Me agarró de la cintura y levantándose el casco
me besó como si yo fuera el desayuno.

—Esto es para el rubio—dijo al soltarme sin
aliento.

Se embutió de nuevo el casco, arrancó la moto y
salió disparado del Campus.

Entré en clase dando saltos de bailarina mentales
con el Negativo pisándome los talones.

—¿Y ese ángel del infierno?— preguntó cuando
me hubo alcanzado.

—¿Realmente te importa?— contesté tan borde que me arrepentí al instante. Que aquella fuera la respuesta que él me hubiera soltado no significaba que yo tenía que ponerme a su altura.

—Pues sí.

Decidida a obviarle, me quedé callada desconcertada por la respuesta.

—¿Sí?

—Aquí hay mucho tío dispuesto a pasarse por la piedra a extranjeras y luego, si te he visto no me acuerdo.

—Ah.

Se sentó en una de las sillas y dirigió su atención al profesor que entraba por la puerta.

—Luego no digas que no te lo advertí.

Y se hizo el silencio.

Durante la semana y entre planos, cálculos y diapositivas, se me ocurrió proponerle a Sean un plan. Si tenía como objetivo conocer algo de California, él era el mejor candidato para llevarlo

a cabo.

Cogí el teléfono y marqué. Sonó varias veces y cuando ya iba a colgar, su voz me llegó adormilada desde el otro lado de la línea.

—Hola Sean. Soy Miriam.

—Eso me parece.

—¿Estás durmiendo?

—Estaba.

—Pensé que aquí no existía la siesta.

—No con ese nombre—bostezó— Seguiré soñando aún porque no me creo que me hayas llamado tú. ¿Y ese honor?

—Necesito un guía experimentado.

—Déjame pensar. ¿Destino?

—El Parque Nacional Secuoya.

Dime que sí, rogué para mis adentros.

—Difícil. Solo conozco a un guía posible y se despierta de mal humor de las siestas. No me arriesgaría a llamarle. Claro que depende del plan y de la compañía que le ofrezca.

—Solos él y yo, una tienda de campaña y un fin de semana.

—¿Podrás estar tres días sin dibujar una raya?

—Dos días—rogué.

—Dos días y medio—apuntó él tajante—Sino el guía se planta.

—¿Pasas a por mí el viernes a las cuatro?

—Claro pero no me gusta cargar con damas en apuros. Nada de zapatos de tacón, faldas cortas o camisones de encaje.

—Ya te gustaría pero te defraudaré. Sé perfectamente que es ir de excursión. Palabra de Scout.

—Muy bien. El viernes entonces—y colgó sin despedirse.

La sorpresa semanal acaeció el miércoles. Mi móvil volvió a sonar con un número desconocido saltando en la pantalla.

—Hola Miriam—la voz infantil de Justin tronó antes de que yo dijera algo.

—¡Hola!

—Te voy a preguntar una cosa—dijo interrumpiéndome—y no sé si vas a querer.

—Seguro que sí, anda dime.

—¿Has dicho que sí?— exclamó enforverecido.

Ay madre.

—Aún no me has dicho a que te refieres.

—¿Puedo ir con vosotros el fin de semana?— soltó rápidamente—Me portaré bien y aunque mi madre no deje de gritarme ahora mismo que soy un estorbo, palabra que no lo seré. Por favor.

—¿Se lo has preguntado a tu tío?

—Me dijo que te lo preguntara a ti.

A comerse el marrón.

—Estaré encantada de que vengas y dile a tu madre que sé que serás bueno.

Colgué estupefacta. ¿Cómo negarse a aquella voz lastimera?

El viernes me encontré caracterizada de montañero de “Al filo de lo imposible” pero con menor presupuesto.

Al verme Sean, no pudo evitar una sonrisa.

—Doctor Livingstone, supongo.

—¿No voy bien?

Me rodeó con los brazos la cintura.

—Estás perfecta.

Giré la cabeza incómoda por lo que se leía en sus ojos y me encontré la cara pecosa de Justin pegada al cristal de un Jeep Grand Cherokee plateado.

—Sé conducir algo de cuatro ruedas. Es el coche de mi hermana.

—Me había hecho la idea de acabar embutida en un sidecar pero creo que sabré soportar estar cómodamente sentada.

—Vamos entonces—dijo colgándose mi mochila al hombro—Justin puede empezar a comerse la tapicería en cualquier momento. Está muy nervioso.

Después de cinco horas cantando al viejo McDonald y su granja por la que ya pastaban hasta delfines, llegamos a la entrada del Parque.

Daba la sensación de que en cada giro de la

serpenteante carretera y entre los anchos troncos de las secuoyas fuera a aparecer Yogui buscando sus emparedados aunque para eso tuviera que haberse trasladado del Parque de Yellowstone y atravesado varios Estados.

—¿Veremos algún oso, tío?

—Espero que de lejos.

—De muy lejos—corroboré yo.

Había varias zonas de acampada y escogimos la menos ocupada a unos cuantos kilómetros más.

Sean se encargó de montar las dos tiendas con una destreza y rapidez del que vive en una.

—No os veo trabajar—dijo clavando unos tacos al terreno—Traed los sacos y la comida.

Justin y yo obedecimos como autómatas y corrimos al coche.

—¿Dormirás conmigo?— me preguntó el niño dirigiéndome una mirada lastimera—Sino tendré miedo.

—Tu tío es más capaz de aplastar a un oso que yo, te lo aseguro.

—Pues entonces deberíamos dormir juntos los tres—y corrió a pregonar su idea.

—Suenan interesante—comentó Sean cuando llegué a su lado—Espero que no le huelan los pies a nuestra invitada.

—Eso aleja a los bichos—salté.

—En ese caso... aceptada.

Aquella primera noche bajo un cielo extrañamente estrellado de California fue anómala. Me encontré con un niño dormitando sobre mi antebrazo que hacía de barrera entre nosotros dos. Levanté la cabeza de las pecas de Justin y me encontré con Sean.

—Gracias por dejarle venir con nosotros—susurró.

—Era imposible no hacerlo.

—Calca el papel de Oliver Twist a la perfección. Ha resultado ser mejor actor que yo.

Sonreí.

—¿Qué tal va tu búsqueda de un buen guión?—pregunté.

—Me parece que se acabaron en los años

cincuenta.

—El padre de Sandra era guionista y encontré una obra suya escondida debajo de mi cama. Puede que te interese.

—¿Cómo se llamaba su padre?— inquirió.

—Edward Dylan.

—Vaya—Sean alzó una ceja súbitamente interesado—el creador de “Crazy Teenagers”.

—¿Soy la única que no conoce esa serie?

—A pesar de la series para adolescentes, escribió cosas buenas. ¿Me dejarás echarlo una ojeada?

—Por supuesto. Seguro que tú conoces a alguien que pueda hacer algo con él.

—Ya veremos—me guiñó un ojo—empiezo a creerte en que las cosas suceden siempre por un motivo.

—Y ese motivo generalmente es bueno—afirmé con rotundidad.

—¿Entonces resbalaste en Hermosa Beach para proporcionarme un guión interesante?

—Eso es adelantar mucha historia. Diría simplemente que ocurrió para que nos

conociéramos.

—¿Únicamente? No creo que mereciera la pena la caída. Tiene que haber algo más.

—Lo hay—me oí decir en un murmullo que a pesar de mis prontas plegarias, él también escuchó.

—¿Lo hay?— inquirió en un tono más elevado.

—Sssh, vas a despertar a Justin.

—No abriría ni un ojo aunque nos atacara un oso—se inclinó hacia mí por encima del niño—¿Decías...?

Dudé pero al final me vi continuando.

—Te conocí, te volví a encontrar... no puedo evitar pensar que el destino ande metido por medio.

—¿El destino? Desde luego que no—exclamó rápidamente apenándome—Más bien un tipo perseverante.

—No entiendo.

—Desde que nos conocimos, acudí todos los días a correr a Hermosa Beach, algo que solo hacía una par de veces por semana. Me mentí pensando que era el mejor sitio para hacer

deporte.

—¿Y no lo era?

—No. Era el mejor sitio para encontrarte de nuevo. Si hubiera retenido tu dirección, no tendría que haber sudado en exceso.

El corazón me dio un vuelco y pensé que me saldría del tórax a lo Alien.

—Vaya—murmuré como respuesta estrella.

—Te voy a ayudar ya que parece que te escasea el vocabulario. Este es el momento en el que me dices que tú también sientes algo por mí.

—También siento algo por ti.

—Me quedo mucho más tranquilo—dándome un beso rápido en los labios, se tumbó— buenas noches.

Después de una noche con el único pensamiento de encontrar en las palabras de Sean un mensaje encriptado, llegué a la conclusión obvia de que él me gustaba mucho y a la absurda, de que él sentía lo mismo por mí.

Justin resultó ser incansable. De koala en mi espalda mutaba a mono en los árboles y a oso zampando.

En un momento determinado, Sean me tomó de la mano y pese a mi alegría inicial tuve que rectificar y caer en la cuenta de que lo hacía para obligarme a ir más deprisa.

—No llegaremos nunca a Moro Rock—se quejó él—Entre uno haciendo el troll y la otra que ha resultado ser fotógrafa del National Geographic, resulta imposible avanzar.

Disparé el flash a su cara.

—Te encuentro muy alterado. Se nota que no tienes suficiente tensión durante la semana.

Relajó el rostro.

—Está bien pero como vuelvas a hacerme una foto, tiro la cámara montaña abajo.

—Atrévete—y eché a correr fotografiándole entre ramas y helechos como si el episodio de Hermosa Beach no hubiera sido suficiente lección.

Evidentemente, tropecé con una piedra de las que se podrían ver desde la Estación Espacial Internacional después de la Gran Muralla. Sean

intentó evitar mi caída pero resultó imposible y tras rodar, botar y de nuevo rodar por la no siempre mullida superficie del bosque, quedé tumbada mirando las copas de las secuoyas tocar el cielo y a Sean encima de mí aplastándome.

—Das sentido a que el hombre sea el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra—dijo

—A ésta no la conocía—me revolví debajo suyo—Me estás asfixiando.

—A mí me gusta esta postura.

Una de sus manos recorrió mi muslo hacia el hueco de la rodilla flexionada y me sujetó la pierna. Su boca se acercó a la mía pero la deslizó hacia mi cuello, donde desapareció.

—Vas a traumatizar a tu sobrino—dije sofocadamente.

—Es mejor que aprenda pronto las cosas buenas de la vida.

—Por menos, te quitan la custodia.

—Muy bien—se levantó y me tendió la mano para ayudarme a hacer lo mismo—Prométeme que no volverás a correr aunque haya un incendio.

—¿Y perder esta diversión?— tiré de su mano y nuestros cuerpos quedaron pegados. Alzándome de puntillas le besé con determinación. Quizás con demasiada. En un segundo me encontré aprisionada entre él y el enorme tronco de una secuoya.

—No te convengo—dijo entre mordiscos a mis labios.

—Te repites.

—No aprendes.

—Solo lo que me conviene.

—Estás cometiendo un gran error. No me conoces—buscó mis ojos y no encontré en ellos ni una pizca de ironía.

—¿Le pasa algo a Miriam?— la voz de un Justin asustado llegó desde unos metros de distancia camino arriba.

—Está bien—gritó Sean—le faltaba el aire.

Me echó una última ojeada y de la mano subimos a encontrarnos con el muchacho que enseguida, se colgó de mi cintura.

La ascensión a aquella cima de granito de dos mil metros a la que llamaban Moro Rock fue ardua

pero impresionante. El aire se había vuelto frío. Los vértices nevados de las Montañas Rocosas surgían a nuestras espaldas y abajo la vegetación se extendía sin límites alternándose los conjuntos boscosos y las explanadas de un verde casi fosforito que únicamente podían deber su procedencia a pistas de aterrizaje extraterrestres.

Conteniendo el aliento exacerbado por la subida, contemplé aquel paisaje peculiar y al hombre que tenía a mi lado, con su vista fija en algún lugar. Pareció despertar y volvió su cabeza hacia mí. Me resultaba imposible permanecer inalterada cada vez que me miraba.

—Te dije que merecía la pena llegar hasta arriba —susurró.

—Pensé que Justin se moriría en el intento pero mírale, como una rosa y yo con taquicardia.

Sus dedos buscaron el pulso en mi muñeca.

—Desde luego que te va rápido el corazón y por desgracia no me he subido el desfibrilador.

—Trataré de no morirme aún.

—Si aguantas hasta el campamento te prometo mi cena estrella: salchichas con judías.

—¡Bien!— gritó Justin y se lanzó cuesta abajo a toda velocidad.

—¡Dios mío! ¡Jamás se cansa!— exclamé viendo el ritmo marcial que me impondrían a la vuelta.

Con el único objetivo de unas salchichas animándome el subconsciente, llegué al campamento base en bastante buen estado y con un hambre por el que no dudaría en comerme al niño en caso de necesidad.

A pesar de mi agotamiento físico, comprobar que el resto tampoco parecían flores frescas sino más bien cardos mustios, me confortó. Nos peleamos sin fuerzas para hacernos con el mejor hueco, si es que lo había, en la tienda y con el brazo fuerte de Sean, esta vez, rodeándome la cintura y mi antebrazo como almohada de Justin, nos quedamos dormidos.

A eso de las siete de la mañana me despertó un sonido inesperado. Soñaba que me encontraba en

un todoterreno detenido en un barrizal y los charcos que se habían formado por la lluvia vibraban con el retumbar de unas pisadas.

Me incorporé esperando encontrar la cabeza de un Tiranosaurio Rex ensartada en nuestra tienda pero no hizo falta viajar al jurásico. Iba a gritar más de emoción que de miedo pero Sean me tapó la boca con la mano a tiempo.

A pocos metros delante de nuestra tienda, se movía un oso de los de verdad, con pelo, uñas y dientes, buscando entre los restos de la papelera.

—No hagas ni un ruido—me murmuró Sean al oído.

Imposible. Se me había dislocado la mandíbula de tal forma que podría haberme tragado la cabeza del oso sin problemas.

El pobre animal desistió en su intento de encontrar los emparedados y se alejó, con su pelaje oscuro meciéndose con la brisa tempranera y con aspecto de peluche adorable.

El intrépido Sean resopló cuando el oso se hubo alejado lo suficiente, siete u ocho kilómetros.

—Jamás había visto uno tan próximo—dijo él

aún en un murmullo.

Fui incapaz de manifestar algo coherente hasta que ya llevábamos dos horas con destino Los Ángeles.

Al llegar a casa, Sean me acompañó a la puerta siguiendo mis pasos aún vacilantes.

—El viernes salgo con los amigos de Sandra pero el sábado, nos vemos.

—No sé... tendrás unas ojeras espantosas— bromeó.

—Me maquillaré.

—Entonces de acuerdo pero que conste que no me gusta ser segundo plato de nadie—torció el gesto.

—Kelly y Billy celebran su cumpleaños. Si quieres puedes venir.

—¿Tienen todos nombres de serie de adolescentes?

—Son una serie de adolescentes.

—Creo que será mejor que no vaya. ¿Cuál es el plan del sábado?

—¿Te apetece ir al cine?

—¡¿Al cine?!— exclamó espantado.

—Sí, ¿qué pasa? No es un plan tan raro.

—En ti, sí.

—Quiero hacer lo que hacen las parejas normales.

Sonrió.

—¿Parejas? Vaya, suena muy serio.

Me pasé por bocazas.

—Pero me gusta—añadió— Está bien, escoge la película pero a la última sesión

Justin emitió un aullido desde el vehículo.

—Me tengo que ir. Ha sido un buen fin de semana—me tomó la cara entre las manos y me besó.

Como venía siendo de costumbre, volví a quedarme sin respiración.

—Ten cuidado—dijo— hay veces que adquieres una tonalidad azul.

Me ruboricé.

—Y otras roja—añadió.

—Debe de tratarse de una enfermedad tropical.

—Cuídate camaleón—se alejó hacia el coche y dedicando un último saludo a Justin, subí las escaleras del porche y abrí la puerta de la casa.

Octavo objetivo: conseguido.

Noveno **objetivo:** **Empaparme de la cultura californiana.**

LA semana voló a lo Concorde pero con una escala. El martes, los cerebritos estábamos apolillados en mi casa. El proyecto de convertir una cueva del desierto en un hotel de lujo sin disponer de agua ni luz, no era tan sencillo como debimos pensar en un primer momento y en vez de cinco estrellas, al nuestro le otorgarían como máximo la calificación de albergue rural.

Cuando aún discutíamos de donde sacar el agua que no fuera del espejismo de un oasis, Sandra me hizo un gesto con la mano para que me acercara con premura.

—¿Qué pasa?— pregunté asustada.

—Houston, tenemos un problema—señaló las hojas del guión de su padre—Falta el final.

—¿Y no te habías dado cuenta hasta ahora?

—Es que leo muy despacio.

—Quedé con Sean en que le echaría una ojeada pero no podemos presentar un guión inacabado.

—Estoy de acuerdo—asintió— Yo lo terminaré.

Mi cara debió ser un poema de los malos.

—Con tu ayuda—añadió— He leído tantas obras de mi padre que sé perfectamente como concluir ésta. Yo te pongo la historia y tú las palabras.

—No funcionará.

—¿Qué podemos perder?— me lanzó una mirada implorante pero decidida.

—Supongo que nada—cedí.

—Genial—exclamó visiblemente feliz— ¡Ah! Por cierto, ya que hacéis un hotel de lujo podéis permitiros importar el agua en botellas, eso sí, que sean Perrier.

Viéndola alejarse me di cuenta de lo estúpida que yo era en su comparación.

—Chicos—dije a mis compañeros rotando sobre los talones—Ya tenemos agua.

El cumpleaños de Kelly y Billy marcó la llegada

del viernes. El apartamento que Kelly, Alison y Helena compartían en Venice era precioso. Algo desordenado pero amplio y sumamente luminoso. Desde su terraza, el sol comenzaba a ocultarse tras el mar y las veintitantas personas que estábamos invitadas al evento, observábamos lo mismo como si no acaeciera igual desenlace día tras día.

—¿No te has traído a tu ligue?— Billy se situó a mi lado apoyándose en la barandilla.

—Me parece que no es muy amigo de las aglomeraciones—suspiré resignada—Es una fiesta de cumpleaños estupenda.

—Gracias—dijo dándome un beso en la mejilla —esto por el regalo.

Unos guantes de ski en pleno agosto me habían parecido una apuesta arriesgada pero siempre olvidaba que las Rocosas nos acechaban.

Dándole la espalda a la puesta de sol dirigí un vistazo a la gente. Mi mirada se encontró con la de Alison, al otro lado de la terraza. Reconocí aquella mirada. Era la de los celos.

—Billy, ¿algún progreso con respecto a Alison? — pregunté volviéndome hacia él y con una

proximidad inusual en mí.

Si al él le extrañó la cercanía no dio ninguna muestra.

—Nada. Aún peor, creo.

—¿Quieres que te ayude?— dije apoyando mi mano encima de la que él mantenía en la barandilla.

—¿Puedes hacerlo?— preguntó lanzando una ojeada a mi mano.

—Dame un abrazo.

—Me estás asustando—sonrió divertido— ¿A pesar de tener novio estás necesitada de cariño?

—Poco sé de las mujeres pero te aseguro que Alison está celosa.

—¿Sí?— abrió los ojos verdes como platos— ¿Eso es posible?

—Parece que sí. ¿Me vas a abrazar? No tengo todo el día.

Lo hizo pero de tal forma que solo le restó darme unos golpecitos en la espalda para que pareciera más un gesto de colegueo masculino.

Resoplando le cogí de la mano y tiré de él hacia en interior de la vivienda donde casi le obligué a

sentarse en el sofá.

—En cuanto me marche al baño, Alison vendrá y te preguntará a qué estás jugando, a lo que tú responderás que no puedes esperarla toda la vida, ella me insultará, tú me defenderás y acabareis saliendo esta semana.

Dejándole boquiabierto me fugué a lo que creí el cuarto de baño y resultó un armario y en el que debido a la vergüenza permanecí escondida mientras que esperaba que mi plan diera algo de resultado. Alison se acercó a Billy, un punto a mi favor, pero ni siguió mi guión, ni me insultó, simplemente le besó y él fue el último en abandonar la fiesta. Si es que lo hizo.

Esperé a la entrada del cine más de media hora. Apenas quedaba alguien por la calle y los que pasaban delante de mí me miraban como si en una cita a ciegas, el otro se hubiera asustado al verme y hubiera salido corriendo.

Una moto rugió y el estómago me botó. La Suzuki

derrapó delante de mis narices.

—Se me ha hecho tarde—se excusó una voz de androide dentro del casco.

—No me había dado cuenta—ironicé— Menos mal que no eran unas entradas de palco para el Bolshoi.

—Te acabo de librar del suplicio de ir al cine.

—Ya. Ahora tendré que darte las gracias.

—Por ejemplo—se quitó el casco— ¿Te apetece un paseo por la playa? Eso también entra en actividades cotidianas de una pareja normal.

—Está bien pero andando. Nada de ir motorizados.

—Te cogeré de la mano si quieres—me guiñó un ojo con malicia.

No pude evitar reírme.

—¿Y me escribirás poemas?

—Te dediqué una canción, ¿no es suficiente?

—¿Cuál? ¿Aquella en la que me llamabas bruja?

Bajó de un salto de la moto y tomándome de la mano con fuerza me arrastró hacia el paseo marítimo.

—Muy bien señorita rencorosa. Paseemos.

Hacía una noche digna de fotografía. La luna se reflejaba en el mar lanzando destellos albinos. Un velero solitario navegaba hacia el horizonte y las débiles olas desaparecían silenciosas en la arena.

Hablamos de muchas cosas sin sentido y nos reímos. Parecía una cita en toda regla. De pronto, él se detuvo. Su rostro se había vuelto serio.

—Quiero que sepas más cosas sobre mí.

—Y yo también—asentí.

—Pero muchas no son agradables.

—Sino las hubiera, lo bueno sería menos bueno.

—¿No has pensado en estudiar filosofía?—
inquirió sonriendo.

—Es una frase de mi madre. Tú crees que soy optimista pero ella sale en el diccionario junto a la definición de optimismo.

—Y, ¿también cree en el destino como tú?

—Ella dice que conoció a mi padre debido al destino pero él piensa que a la mala suerte. De todas formas, en el fondo no creo que pudiera vivir el uno sin el otro — Que diferente a mi familia. Al menos así puedo echar la culpa a alguien de mi desastrosa vida.

—¿Desastrosa?— pregunté sin dar crédito a sus palabras.

—Empecé a trabajar en cuanto llegué a Los Ángeles y junto al hockey gané popularidad y dinero demasiado rápido. Algo que encauzado por una familia normal no me hubiera llevado a lo peor.

—Bah. Mírate ahora, has resultado más bien corriente.

—Haces que todo parezca sencillo—murmuró con un inicio de sonrisa. Comenzó de nuevo a andar con un brazo apoyado en mis hombros—En resumidas cuentas, te da igual que haya habido drogas, alcohol y sexo en mi vida para escribir un libro.

Ahora fui yo la que se detuvo.

—Depende de cuanta cantidad de... lo último.

Me obligo a seguir caminando con una ligera sonrisa.

—Claro que si es igual de malo que las dos primeras cosas, me conformo—cedí.

El muelle de Manhattan Beach pasó sigiloso a nuestro lado. Su brazo desapareció de mis brazos

y rodeó mi cintura.

—Pensé que ya había sentido todo lo posible pero me equivocaba. Has puesto patas arriba mi ranking de emociones fuertes—musitó a mi oído.

—¿Estoy por encima de saltar en paracaídas?

—Y de lanzarme por un puente.

—¿Más que amanecer junto a un oso hambriento?

—Creo que podrías seguir enumerando cosas indefinidamente—dijo parándose en seco—Así que calla.

Iba a asentir pero ya le tenía adosado como una calcomanía. Su boca sobre la mía y sus manos alrededor de mi cuello. No sé como me percaté de que habíamos llegado a mi casa. Escruté las ventanas por si había rastro de mi casera. No daba la impresión pero tardaría poco en llegar.

Le separé ayudándome de las dos manos con lo cual nos quedamos enfrentados con la única barrera de mis brazos apoyados en su pecho.

—No vas a entrar—puntualicé tajante.

—Te juro que seré bueno.

—Prometí a Sandra que no dejaría pasar ningún

hombre a casa. No quiero quedarme sin alojamiento a estas alturas, compréndelo.

—Te buscaré otro...

—Me gusta esta casa—le interrumpí.

—Está bien—cedió y quitando mis manos sin ningún esfuerzo pegó su cuerpo al mío. Acercó su boca a mi oreja—Tarde o temprano vas a caer.

Le besé en la mejilla y me escabullí por debajo de su axila.

—Eso está por ver—subí al porche en dos zancadas—Buenas noches.

Le sonreí mientras cerraba la puerta tras de mí. Corrí escaleras arriba y me estrujé contra la ventana de mi dormitorio. Él seguía en el porche, apoyando un pie en la fachada. Levantó la cabeza hacia mí y me habló moviendo los labios.

—Te odio—creí entender. Cerré el estor con premeditación y le observé desde el anonimato. Entonces oí los pasos inconfundibles de los zapatos de tacón kilométrico de Sandra. Venían por el Strand.

—Mierda—dije en voz alta y levanté de nuevo la cortina. Sean estaba a punto de irse pero se

encontró de bruces con ella—Mierda.

Se produjo un silencio del que Sandra reaccionó súbitamente.

—¿Tú eres el Sean de Miriam?— preguntó ella a grito pelado.

—Sí y tú su Sandra, supongo—dijo Sean en un murmullo dándole la mano.

Parecía una imagen congelada del televisor. Ella con la mano de él entre las suyas sin soltarla y él inmóvil.

Otro silencio.

—¡Qué bribona!— soltó Sandra al fin y añadió con un tono más bajo, algo increíble para ella— Conozco a los de tu calaña. Ni se te ocurra tratar mal a mi amiga, te estaré vigilando.

Sonreí para mis adentros. Nunca me imaginé siendo defendida por Sandra pero todo era posible en el país de las oportunidades.

Ví a Sean asentir con la cabeza y marcharse bajo la atenta mirada de mi guardiana.

Aquella fue la primera noche que sentí una presencia a mi lado en la ventana y estaba igual de satisfecha que yo.

Me desperté con la luz del sol a las siete de la mañana debido a que se me había olvidado bajar el estor por la noche y los rayos se colaban a mansalva por la habitación.

Con el pensamiento de vagar todo el domingo pero sin poder dormirme ni un ápice más, salí del dormitorio con la idea de tumbarme en la arena antes de que el sol fulminara los restos de vida humana de la corteza terrestre.

Me tropecé con un DVD estratégicamente colocado detrás de la puerta. ¿Es que nunca iba a acabar la filmografía americana?

Lo deposité en la mesa del salón y con la toalla al hombro y el bikini, bajé a la playa. Había algún pirado corriendo que me miró como si la loca fuera yo.

Desplegué mi toalla y a mí misma encima de la arena y caí en un sueño agradable de reinos medievales con un Lancelot a mi lado con la cara de Sandra.

Me desperté acalorada. Eran las nueve. Me di un chapuzón en el mar y salí con el suficiente hambre para acabar con el paquete de cereales.

Mientras desayunaba, puse el DVD. Se titulaba: “Objetivo California” y basaba su argumento en un futuro grotesco de California invadido de tribus sangrientas con el único fin de sobrevivir entre el caos.

El protagonista estaba muy bueno incluso a esas horas de la mañana. Me recordaba a Sean pero con el pelo casi rapado y empuñando un lanzagranadas.

Detuve la imagen sobresaltada y rebobiné unos segundos, en el momento en que el protagonista se volvía hacia la pantalla con gesto serio. Avancé por el suelo hasta situarme clavada delante del televisor y retrocedí de nuevo la película congelando su rostro.

No. No se parecía... ¡era Sean!. El pulso me temblaba mientras trataba de domar el mando a distancia de mi mano para que no saliera propulsado y conseguí adelantar y rebobinar la película varias veces a duras penas, buscando su

cara en la pantalla. Al cabo de una hora y con el reproductor echando chispas por la ranura, no pude negar la evidencia. Era él.

Miré la carátula que saltó de mis manos exaltada. Protagonista: Sean Weller. Año: 2.005.

—Te dije que era actor—me susurró una voz desde mi derecha—No le creíste.

—Pero, ¿es famoso?— pregunté desplazando la vista de la pantalla a Sandra.

—Ya lo creo, cariño. Esa es una de las diez películas que yo tengo tuyas—se sentó a mi lado en el sofá.

Yo seguía sin coordinar.

—No entiendo nada. ¿Por qué no me lo ha dicho? Me siento como una imbécil.

—La verdad es que resulta increíble que no te hayas enterado en este tiempo. Es cierto que llevaba unos años en paradero desconocido y que pierde con las pintas de anoche pero... Esto solo te podía pasar a ti.

—Se ha estado riendo a mi costa. Todo el mundo lo sabía a mi alrededor y yo, flotando por las galaxias como un alíen atontado.

Ella me cogió de la mano y la acarició.

—Yo no quería mostrarte así quién es él pero de palabra, igual no me hubieras creído. Dale una oportunidad, debe estar acostumbrado a que la gente salga con él por lo que es y no por quién es.

Medité unos segundos las palabras de Sandra.

—Puede que tengas razón.

—¡Claro que la tengo! El pobre ha pasado lo suyo, sobre todo desde la muerte de su mujer...

—¿Qué?— exclamé anonadada.

—¿No lo sabías? Murió en un accidente de coche. Hará un par de años desde entonces no ha vuelto a aparecer ni en una película ni en ningún lado.

Me levanté azotada por la realidad. Aquello no podía estar ocurriendo.

—En parte me contó algo pero desde luego que no la verdad—dije con un cabreo galopante— ¿Sabes lo que te digo? Que a la mierda todo, Hollywood, las películas, sus actores... me voy a trabajar que es a lo que he venido.

—Cuando te cabreas pierdes el acento. Venga, no te pongas así— me murmuró ella despanzurrada

en el sofá.

—Me pongo como quiero y si me llama ese impresentable, le dices que se busque a otra estúpida a la que impresionar—subí las escaleras, me senté delante del ordenador decidida y me eché a llorar.

Okay, so you're Brad Pitt. That don't impress me much. So you got the looks but have you got the touch? Don't get me wrong, yeah I think you're alright. But that won't keep me warm in the middle of the night. That don't impress me much...[T]

Por la tarde, yo vociferaba de acuerdo con el mensaje de la canción y haciendo una nueva versión con: “bien, así que eres Sean Weller, eso no me impresiona ni un pimiento”, cuando me llamó.

Sandra se lanzó a por el teléfono pero se detuvo en seco al ver mi mirada de asesina reincidente y dio media vuelta. La segunda vez que sonó, ella lo

tapó con un par de cojines del sofá pero no volvió a tocar.

El lunes me llamó temprano, cuando acababa de aparcar el coche en el Campus. Cada timbre era un recordatorio de lo estúpida que me sentía y de la pantomima que habíamos llevado a cabo. Colgué el teléfono y ya no volvió a sonar. Ni ese día ni ningún otro.

Traté de mantener mi mente entretenida para no pensar demasiado ya que cuando lo hacía un segundo volvía a recuperar la sensación de idiotez suprema. Así que gracias a nuestro futuro fantástico hotel con hermosas vistas a la arena, a la arena y a la arena, un par de conferencias interesantes, otro par para olvidar, el guión inacabado y una hora de jogging californiano vespertino, tenía lo que buscaba, el cerebro ocupado en no desintegrarse de tanta información a la que no estaba acostumbrado.

Aunque Sandra parecía compadecerse algo de

mí, a los dos días me trató de colar otra película de Sean que yo arranqué del DVD con los dientes, a los tres, “Notting Hill” que iba de un librero enamorado de una estrella de cine y al cuarto día, ni aparecí por el salón.

En una de las conferencias en la que mis ojos amenazaban con desplomarse ipso facto, el Negativo que desconocía porqué alineación planetaria diabólica le había tocado a mi lado, se volvió hacia mí.

—¿Y el ángel del infierno?— inquirió con la despreocupación del que pregunta por el tiempo.

—Pues no lo sé.

—Entonces era de los que yo pensaba—dijo mordiendo la tapa de un bolígrafo con el que tomaba notas como un poseso.

—Igual te tengo que dar la razón. Tú le reconociste, ¿verdad?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Era Sean Weller.

—Y, ¿quién es ese?— preguntó volviendo la cabeza hacia el conferenciante. Déjalo, no me interesa.

—¿Sean Weller?— Martha metió su cabeza entre las nuestras desde la butaca de la fila de atrás— ¿Cómo alguien no puede saber quién es?

—¿Cómo alguien no puede saber quien es Gaudí?— replicó el Negativo.

—Ahora ya lo sé, listo—contestó Martha herida—Tuve un desliz de conocimiento que no me dejarás olvidar.

—Ya—murmuró él.

—¿Tienes un rollo con Sean Weller?— preguntó ella casi eufórica.

—Eso no es exacto—dije.

—Anda que no—volvió a susurrar el Negativo.

—Tú te callas—grité en castellano.

Se hizo un silencio en la sala de conferencias que me hizo sentir como a un hooligan en el Concierto de Año Nuevo vienés. Me hundí en el asiento hasta que el profesor reanudo su disertación.

—Está buenísimo—añadió Martha asomándose de nuevo.

El Negativo resopló.

—¿Y qué es lo que ha pasado?— siguió ella

preguntando.

—Nada—susurré en tono tranquilizador.

Martha se dio por vencida al cabo de un rato pero estaba segura de que volvería a la carga.

If everybody had an ocean, across the U.S.A. Then everybody'd be surfen'. Like California. You'd see 'em wearin' their baggies. Huarachi sandals, too. A bushy, bushy blonde hairdo. Surfen' U.S.A...[T]

Si quería cumplir mi duodécimo objetivo si es que no lo había hecho ya, tenía que lanzarme al menos el fin de semana a probarlo todo por más pavor que me diera. El surf pese a los ánimos de Michael fue un desastre. Después de pasar más tiempo bajo las olas que sobre la tabla, desistí. El windsurf estuvo a punto de sesgar la vida de varios bañistas inocentes y ahí me obligaron a desistir.

—Deportes acuáticos mejor que no comentó Michael al resto una vez aterricé en la arena con

los pulmones chapoteando—Probemos con los terrestres.

Si era terrestre estar suspendida boca abajo a 100 kilómetros por hora en la montaña rusa más rápida, larga y alta del mundo, me podía esperar cualquier cosa a continuación. Pero después de Tatsu, las demás atracciones del Parque Six Flags Magic Mountain fueron de niños. Acabamos afónicos de gritar y cuando el estómago se había asentado en su lugar, fuimos a cenar. Probé todo tipo de comida típica con mejor o peor resultado para mi aparato digestivo.

El domingo patiné por Venice con las chicas que aparte de los canales y el muelle, querían enseñarme principalmente la Muscle Beach, un gimnasio al aire libre o a sus usuarios.

—¡Ey, tía!— en un principio no me di por aludida pero al oírlo varias veces me giré hacia la procedencia de dicha voz. Me encontré con la cara afable de Bryan, el otro guitarrista de Trisha's.

—Hola—saludé y esperé su abrazo.

—¿Qué haces aquí?— preguntó tras espachurrarme entre sus brazos.

—Estoy dando una vuelta con unas amigas. ¿Y tú?

—El perro me está paseando—bajé la mirada al rottweiler enorme que se había sentado a su lado—Vivimos aquí cerca. ¿Qué tal va todo?

No me permitió responder.

—Aún no te he dado las gracias por lo que has hecho por Sean. Es otro desde que te conoce. El día que apareció por el local diciendo que quería reintegrarse, supe que se había producido un milagro. Como te habrá contado, o sino lo estoy haciendo yo, llevaba mucho tiempo fatal. Creímos que con la muerte de Andrea no levantaría cabeza y mírale ahora.

—Yo no he hecho nada—comenzaba a cansarme de repetírselo a todo el mundo.

—No seas modesta.

—¿Sabías que es actor?

Su rostro fue la perplejidad en su estado más puro.

—Le conozco desde hace quince años—dijo perdido—como para no saberlo. Pero...

—Yo no tenía ni idea.

—¿Cómo...?— se calló— No entiendo una palabra.

—¿Os dijo que no me contarais nada?

—Claro que no. Únicamente nos comentó que vendría a verle alguien especial. ¡Y tan especial!. ¿Has estado recluida en algún monasterio del Tibet?

Esboqué una sonrisa.

—Ahora ya no estamos juntos

—¿Por eso? ¡Venga ya!

—Me mintió— apunté tajante.

—Eso no es mentir además, ¿qué más da que sea actor o guitarrista del peor grupo de la historia? Dale una oportunidad, es un buen tío.

Empecé a sentirme incómoda.

—Lo sé, Bryan pero...— busqué con la mirada a mis desaparecidas y supuestas amigas—me tengo que ir.

Me dio otro abrazo rápido y tiró del perro perdiéndose entre la gente.

Después del fin de semana de excesos, el lunes me embutí el disfraz de corredora y salí al exterior. Hice un par de estiramientos ayudándome de la mesa del porche, más que nada por aparentar entrenamiento en la materia y me coloqué los auriculares del mp3 en los oídos. Hoy tocaba Shakira.

Al bajar los escalones casi sufro un colapso nervioso. Sean estaba allí. Apoyaba la espalda en la fachada de la casa con un aire completamente despreocupado. Parapetado tras sus gafas de sol, su rostro estaba girado hacia mí y al verme sonrió ampliamente.

Con toda la parsimonia de la que fui capaz, encendí el mp3 y evitándole, empecé mi trotar en dirección a El Segundo.

—Espera, Miriam—le oí decir con tranquilidad. No había en su voz ningún atisbo de nada. Si estaba arrepentido, enfadado o cualquier otro participio, habría que averiguarlo.

Me detuve y le miré.

—¿Qué es lo que quieres?— la pregunta sonó brusca incluso para la brusquedad que buscaba.

—Hablar contigo—murmuró él con aquella asquerosa y preciosa voz. Dio un paso hacia mí.

—No hace falta. Tengo las cosas muy claras.

Otro paso más.

—Pero yo no—medio metro menos de separación—Ahora ya sabes quien soy.

—Gracias únicamente a Sandra. Por cierto, le encanta Sean Weller.

—Debí haberte contado todo.

—Sí, debiste—me separé— Pero ya es tarde. Si no te importa voy a matar un par de calorías.

—Tus calorías están perfectamente donde están —sonrió. Se acercó del todo y me tomó del brazo.

Intenté zafarme pero la reacción quedó ridícula y preferí mantenerme estática.

—Yo pensaba que tarde o temprano, y seguramente temprano te acabarías dando cuenta que era un actor...

—¿Famoso? Sí, ahora ya estoy al día. Pues parece que te equivocabas. Me tenía que haber escamado con tanto plan nocturno: huir de las aglomeraciones, las perennes gafas de sol... pero antes de lo que eres me hubiera decantado por

vampiro. Así soy yo, tonta.

—No digas eso. Me haces sentir fatal.

—Bienvenido—exclamé con una mueca sarcástica que enturbió su rostro. Deslizó las gafas a su pelo y me observó con expresión contenida.—
No me mires así.

—¿Cómo?

—Pues con lástima. Estoy bien. Me ha costado asimilar todo pero bueno, las cosas suceden por una razón. Creo que ahora mi primera pregunta ante un posible ligue será: ¿cuántas veces te han nominado a un Oscar? Y espero que sea capaz de contestarme la verdad.

—Miriam—la mano entorno a mi brazo aflojó la presión y me zafé fácilmente—Puede que haya tratado de pasar por alto lo que no me gustaba de mi vida pero mis sentimientos hacia ti son reales.

—No me lo creo—evité mirarle a los ojos—
Siento lo de tu mujer... de verdad—dije en un murmullo y eché a correr a lo Carl Lewis dejándole quieto con la vista enterrada en el suelo.

Segura de que aquella sería la última vez que vería a Sean Weller, experimenté tantas sensaciones dispares que creí acabarían ingresándome en un manicomio de los que dan miedo. Me di cuenta de que en los kioscos si buscaba, encontraba algún reportaje sobre él, no en la primera página como debió suceder en algún momento pero extensos de todas formas. Me enteré de que había sido elegido como el actor más atractivo según la revista People dos años seguidos, hasta que Orlando Bloom le quitó el puesto. Una desfachatez.

Intentaba trabajar con la música del despertador mandándome mensajes crípticos que no llegaba a entender y acabé vociferando al pobre aparato.

—¿Qué es lo que me quieres decir?

Y me respondió:

Listen to your heart when he's calling for you. Listen to your heart, there's nothing else you can do. I don't know where you are going and I don't know why but listen to your heart before you tell him goodbye...[T]

Salimos del edificio Perloff en una absurda disputa sobre la relación entre las alturas de los edificios y los tamaños de los miembros viriles de sus respectivos arquitectos entre Hiroto, Laura, Yuga y Martha. El Negativo y yo íbamos por delante con la cabeza a punto de explotar por el griterío.

—Vaya—dijo él de repente deteniéndose—Tu ángel ha regresado del infierno.

Seguí su mirada y me topé con él. Allí estaba de nuevo Sean, recostado contra la Harley con su vista fija en nosotros. La disputa se detuvo a la misma vez que el latido del órgano principal de mi sistema circulatorio.

—No—gemí por lo bajo.

—No me lo puedo creer—exclamó Martha y me golpeó en la cabeza— ¿Queda mal si le pido un autógrafo?

Laura la agarró del cinturón del vaquero.

—Ni se te ocurra—silbó en tono amenazante.

Sean permanecía inmóvil ajeno a las miradas que se iban colocando sobre él, así que reticente avancé hasta encontrarme a su altura.

—Te está reconociendo todo el Campus—solté.

—Hola Miriam, también me alegro de verte.

—Vete, por favor.

—Creo que ya vale de tonterías infantiles, sube a la moto—ordenó.

—Espero que lo de “tonterías infantiles” vaya por ti y no, no pienso subir a ninguna moto contigo.

—Por favor—apremió apretando los dientes y volviendo la cabeza hacia todos los lados.

—Tengo mi coche en el aparcamiento.

—Pues entonces, sígueme.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Me obvió y arrancó la moto.

—Te estoy esperando.

Miré a mis compañeros algo avergonzada quienes no me habían perdido de vista ni un solo segundo.

—Nos apañaremos hoy sin ti—dijo Hiroto rápidamente.

—Vete de una vez pesada—chilló Martha

señalando el aparcamiento.

Hice un asentimiento con la cabeza y me acerqué al coche lo más rápido posible sin levantar sospechas de ansiedad.

Conforme el coche rodaba detrás de la moto no cesaban de llegarme imágenes a la memoria: la conversación con Bryan, su canción, su forma de tocarme, de... agité la cabeza compulsivamente. “Escucha a tu corazón antes de decirle adiós” seguía gritando Roxette. Lo que hubiera que perdonar ya lo había perdonado hacía tiempo pero al igual que él me había “olvidado” contar la magnitud de su profesión, desconocía que más podría fallarle a su memoria.

Espabilé al darme cuenta que el camino no me era del todo desconocido. Aquellas sinuosas curvas ya las había trazado el día que subimos al cartel de Hollywood y con mi hermana un tiempo después. Giró bruscamente en una diminuta calle a la derecha y al final de ésta, donde no alcanzaba a ver ninguna posible edificación, me encontré con un enorme portón metálico. Unos setos poblados cercaban la posible parcela haciéndola invisible.

La puerta se abrió hacia ambos lados y la franqueamos. Sean aparcó la moto un poco más a la derecha y le imité.

Al salir del coche me encontré con un edificio prismático de grandes ventanales ahumados y fachada de hormigón.

Me indicó que le siguiera y subiendo unas escaleras, entramos en la casa. Se accedía a un salón sumamente espacioso y diáfano. Parecería deshabitado sino fuera por un par de sofás de piel, una librería a rebosar y un televisor que debería medirse en pies y no en pulgadas. No vi fotos ni cuadros ni algún tipo de ornamentación.

Sin detenerse deslizó una puerta acristalada al fondo por la que pasamos al jardín. Una hamaca de madera era el único mueble visible en la parcela, ocupada en su mayoría por una piscina sinfín rodeada de cipreses.

Las vistas ascendían a las montañas de Santa Mónica a un lado y al otro al Pacífico.

Se sentó en la hamaca y me indicó que hiciera lo mismo. Desde allí, las dos alturas del edificio parecían cuatro.

—Bueno, esta es mi casa—dijo sin ningún rastro de orgullo en su voz—He sido muy desconsiderado al no habértela enseñado antes pero tú tampoco lo has hecho.

—Normas de mi casera—giré la cabeza para evitar mirarle—Es bonita.

—Eso quiere decir que no te gusta nada. Pues es de un arquitecto famoso.

—Me alegro por él.

Se rió.

—Ahora desearía hablar sin que me interrumpieras. Así que vas a escucharme y después te vas y punto final. ¿Entendido?

—Sí mi Coronel.

Su rostro se relajó y buscó el mío. Sus ojos me atravesaron en un segundo.

—Siento ser tan brusco pero me exaspera no poder conseguir lo que me apetece.

—Bienvenido al mundo real.

—¿Podrás estar callada en algún momento?—
alzó la voz.

—No hace falta que me digas nada. Te he buscado en Google y salen más de tres millones de

resultados.

Se frotó la frente con la mano.

—¿Me vas a dejar?— masculló.

Asentí mientras dirigía por primera vez mi mirada a la suya.

—Quieras o no creerlo—empezó— cada día busco un motivo para levantarme de la cama, para escribir una canción, para salir a la calle y desde hace dos meses, ese motivo eres tú.

Se me amontonaron las emociones y las palabras en la garganta.

—Hasta ahora—continuó— mi vida me resultaba imposible, a veces me ahogaba y quería gritar y otras soñaba con desaparecer. Deseaba olvidar y que me olvidaran, meterme en el mar y no salir, dormirme y jamás despertar. Tomé de todo para arrinconar los recuerdos pero florecían una y otra vez. Me cargaba de culpa, de odio, de ansiedad y no parecía tocar jamás fondo. Y llegaste tú, con tu forma optimista de ver el mundo, cerrando libros para olvidar y abriendo otros para arrancar de cero. Me ayudaste más en una tarde que un año de psicólogos aunque ese día olieras

algo peor—sus labios se curvaron en una sonrisa tímida—Te daba igual que era yo, si partía cabezas con el stich, si robaba motos o enterraba cadáveres—me tapó la boca con la mano a sabiendas que me adelantaría con algo—Te he gustado yo. Ni mi casa, ni mi cuenta bancaria y ni, menos aún, mis motos. Lo creas o no he encontrado un filón, una aguja en un pajar, ¿crees que te voy a dejar escapar así como así?

Separó la mano de mi boca despacio, con miedo. Fui incapaz de decir nada, mis labios estaban tan pegados que dudaba pudieran separarse alguna vez.

—Muy empalagoso, ¿verdad?— dijo él nervioso.

—No—me oí susurrar de repente—Ha sido precioso.

—Entones, tan empalagoso como pensaba.

—Pero efectivo.

—¿Cuánto?— arqueó las cejas con preocupación.

—¿De uno a cien?

Asintió.

—Doscientos—murmuré.

Se me acercó con la expresión relajada. Enredó sus dedos en mi pelo y atrajo mi cabeza hacia él. Esbozó una sonrisa y me besó.

—En muchas ocasiones, eres realmente odiosa—murmuró separándose un ápice de mis labios.

—Supongo que es parte de mi encanto—dije con la respiración entrecortada y el corazón bombeando a ritmo de bachata—Ese monólogo no pertenecerá a ninguna película, ¿verdad?

Fijó sus ojos oscuros con intensidad en los míos.

—No tengo tan buena memoria—me tomó de la mano y me llevó paseando hasta donde había aparcado mi coche—Ahora ya te puedes ir.

—Pero...

—Quedamos en que yo hablaría, tú me escucharías y te irías—me abrió la puerta del vehículo—Recapacita que quieres hacer.

—No tengo mucho que pensar pero seguiré tus indicaciones. ¿El viernes te pasas por mi casa a última hora?

—Claro—y me cerró la puerta.

Salí de la zona con la sensación de no saber si

me gustaba o le odiaba intensamente pero feliz. Realmente necesitaba hacer una tabla excell con los pros y contras de continuar una relación similar, necesitaba hablar con Sandra, con mi hermana y hasta con la gata. Y lo hice.

Recapacité lo inrecapacitable. Yo parecía la única mortal para la que gustarle a un pedazo de hombre fuera algo a pensar.

—Eres tonta—esa fue la frase más repetida de la semana—Está colado por ti, algo que no tengo ni idea a que se pueda deber, ¿qué haces dándole vueltas al coco?

Sandra estaba fuera de sí.

—Lo peor de todo—continuó— es que me estoy guardando este noticia solo para mí y voy a explotar.

—¿Y eso?

—Si digo algo, cualquiera puede chivarse a la prensa y no creo que quieras que eso suceda.

¡La prensa! ¿Dónde estaba yo metida?

—Gracias Sandra ni siquiera había pensado en ello.

—Cuando murió mi padre tuve que escuchar de todo sobre él, desde que se había suicidado, que se drogaba o que las series de adolescentes se debían a su pederastia. El pobre convivía con un tumor en el cerebro que se calló hasta sus últimos días. No pensó en que yo de haberlo sabido me hubiera portado de mejor manera. Odio lo que la prensa puede hacer con la vida de una persona.

—Pero te crees lo que publican sobre Sean.

—Lo de la secta satánica, no.

Me senté en el sofá y contemplé la televisión. El calor apretaba y varios incendios destrozaban California.

—Yo también estoy enamorada de él—dije a modo de súbita confidencia.

—Normal.

Sandra se acercó y me masajéó los hombros.

—Que desgraciada eres—susurró con una sonrisa y cerré los ojos.

—Eres tonta—esta vez era mi hermana la que gritaba al teléfono— ¡No puedes dejarle escapar! Cada segundo que pasa es una posibilidad de que una tía buenísima te lo quite.

—Me estás agobiando.

—Vale, vale—su tono se estabilizó— Quiero que el viernes te lances y le digas que le quieres con locura.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque es la verdad y porque con tu edad no hay que perder el tiempo.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie—rogué.

—¿Ni a papá y mamá?

Reflexioné.

—Tengo que esperar un poco. Me van a ahorcar.

—A distancia dudo que puedan. Venga tía, estás cumpliendo mi sueño. ¿Sabes las veces que he deseado besar a Sean Weller? Pero la pantalla es bastante más fría que sus labios, ¿no?

Suspiré.

—Gracias por ayudarme.

—Preferiría un intercambio de parejas pero no

lo veo posible. Un beso.

Ya no quedaba más que lanzarme al vacío sin red alguna.

Sin saber bien exactamente cómo, el guión iba tomando forma. Naranjito solo me permitía escribir en la página guardada como Manhattan Beach y nos gustó como título, así que se quedó con él.

Únicamente había dos personajes, la habitación de una casa y una bonita historia si es que conseguíamos finalizarla. Formábamos un galimatías en el que Sandra sabía lo que quería decir su padre pero yo no lo que quería decir ella así que nuestras disputas literarias estaban a la orden del día.

Lo que se podría describir como presencia que anidaba en mi dormitorio no me importunaba demasiado. De vez en cuando tenía la sensación de estar acompañada pero como quien lo está de un amigo, así que no le daba vueltas al asunto. Al fin

y al cabo, hasta que todo degenerara en un fenómeno Poltergeist no me preocuparía.

Me encontré en un viernes como el resto sino fuera por un pequeño matiz que lo tornó peculiar.

—Estoy muy contento con el trabajo de algunos de vosotros. Sinceramente de pocos de vosotros—soltó de repente el profesor Perry—Tengo un nuevo proyecto que necesita de ideas frescas. Así que he decidido que para los meses de Noviembre y Diciembre, explotaré a dos de vosotros en mi estudio de Nueva York. Dejaré la lista de posibles candidatos en el tablón, todos ellos tendrán que pasar un examen el próximo lunes.

Y se quedó más ancho que largo delante de un nutrido grupo de estudiantes anonadados. Ni que decir tiene que una hora después cuando finalizó la clase, corrimos en estampida hacia el pobre tablón de anuncios que tembló cual gelatina al ver lo que se le venía encima.

La lista resultó tan breve que apenas se intuía desde donde conseguí colocarme entre codazos. Cinco estudiantes de treinta.

—Increíble—el Negativo alzó la voz en un tono

irreal viniendo de él—Estás en la lista.

Erguí el cuello a lo mujer jirafa tailandesa y localicé mi nombre mal escrito en quinto lugar, bajo el de Mario.

Controlándome las ganas de abrazarle, me esforcé en no demostrar demasiada alegría delante de mis otros compañeros quienes no dieron muestras de ningún malestar y me felicitaron con mucha efusividad. Al Negativo con menos.

Había quedado con Sean sobre las siete en mi casa y mientras llegaba esa hora me doraba al sol cual lagartija. Apenas quedaba gente y se levantó una brisa fresca que avisaba del cercano crepúsculo.

—Vaya, ahora veo que tienes piernas—aquella voz me hizo botar en la toalla como una rana— ¡y hasta ombligo!

Me senté azorada y él lo hizo a mi lado. Se quitó la camiseta quedándose en un bañador gris. A mis ojos lujuriosos parecía uno de los modelos de

ropa interior de Calvin Klein sin ungüento aceitoso.

—No te esperaba tan temprano—dije apartando la mirada respetuosamente de su cuerpo.

—Tenía ganas de venir. Es la primera vez que no me acerco a ti preguntándome en que momento te suelto que soy actor conocido.

—Vi la de “Objetivo California”

—¿Y?

—Entretenida.

Resopló.

—Entiendo y ¿yo?

—Si te soy sincera, lo único bueno de la película.

Lanzó una carcajada mientras se recostaba en la arena.

—Aún tengo una pregunta—dije.

—Dispara pero... flojo.

—¿Qué pasó aquella noche en el Century Café?
¿Por qué te fuiste a toda velocidad?

—Me parece que hace siglos de aquello—tomó aire—Lincoln, el portero del Pepper Lake me llamó para avisarme que unos fotógrafos nos

habían seguido.

—¿Y te diste a la fuga para que no nos pillaran juntos?— pregunté asombrada.

—Era lo mejor para los dos.

Todo aquello me venía dos tallas grande.

—¿Alguna pregunta más?— añadió.

—Ya se me ocurrirán.

El ocaso amenazaba cuando abandonamos la playa. Engarzó su mano a la mía para ayudarme a subir al paseo y con la otra me colocó los pelos flotantes detrás de la oreja. Acercó su cara a mi cuello y me rozó con los labios. Cerré los ojos sintiendo una corriente eléctrica que no experimentaba desde que metí los dedos en un enchufe con cinco años.

Pero de pronto, la duda me asaltó como un forajido del lejano oeste. Yo no era Giselle Bündchen a pesar del color del pelo, ni Charlize Theron ni Angelina Jolie. No era escultural ni sexy ni arrolladora pero él, sí.

¿Qué demonios hacía conmigo? Me escurrí de entre sus brazos fuertes y encontré su mirada desde una distancia menos abrumadora.

—¿He hecho algo mal?— inquirió él.

¿Él mal?

—¿Qué haces conmigo?

—Intentar llevarte a la cama—apuntó sonriendo pícaramente.

—No pertenezco a Hollywood.

—Gracias a Dios—dijo cercándome de nuevo con sus brazos.

—Tu tipo es Charlize Theron.

—Pero yo no el de ella.

—¿Cómo lo sabes?— pregunté tensa.

—Me lo dejó claro en una habitación de hotel.

Me separé aún más abatida por la verdad. Él se rió.

—Tenías que verte la cara—continuó divertido

— ¡Es broma!

Alargué la expresión.

—No le veo la gracia.

Su rostro se tornó serio y sus ojos me escrutaron con detenimiento. Tomó mi mentón entre sus dedos y lo alzó hacia él, obligándome a mantener mis ojos frente a los suyos.

—No quiero a una modelo, ni a una actriz ni a

ninguna otra mujer. Te quiero a ti.

Me estudió buscando alguna reacción por mi parte pero yo saboreaba aquellas palabras despacio tratando de asimilarlas.

—¿Me has oído?— preguntó al parecer inquieto.

Asentí con la cabeza.

—Y, ¿te ha quedado claro?

—Como el agua—murmuré. Me sentí estúpidamente estúpida. Él me quería. La alegría inundó mis ojos de lágrimas pero no me importó.

—No vuelvas a dudar, por favor—recogió con el dedo una lágrima que marchaba en avanzadilla

—Creo a ciencia cierta que estás igual de enamorada de mí que al revés, así que concentrémonos en eso y en nada más.

—Así expuesto no tengo objeción alguna.

—Más te vale.

Apoyé la cabeza contra su pecho y me dejé abrazar. ¿Dónde estaba aquella seguridad en mi misma de la que siempre había hecho gala? ¿Y la decisión de la que me jactaba? Nunca me había visto envuelta en un mar de emociones tan exageradas, nunca me había sentido tan vulnerable

ni tan expuesta. Nunca me había enamorado así. Sí, enamorada hasta la médula de un ángel salvador—príncipe azul motero—actor atractivo según People—jugador de hockey sangriento—guitarrista de un grupo espantoso al que yo gustaba. Atención fans, atención Charlize, Angelina y demás actrices preciosas, era mío... al menos por el momento.

Sin darme cuenta su aliento cálido abrigaba mi cuello. Sus manos grandes desaparecían de mis hombros, descendiendo por la espalda. Al llegar donde ésta pierde su nombre y gana otro más feo, se detuvieron. Había estado conteniendo la respiración hasta entonces inconscientemente y meforcé a tomar aire. No era una buena idea caer muerta en aquellos momentos.

Sus manos dibujaron el contorno de mi cadera mientras yo hacía otro esfuerzo por respirar con su boca pegada a la mía. ¿Por qué la nariz era incapaz de realizar su función cuando se la necesitaba? En su lugar, se entretenía aspirando el aroma de Sean, algo mucho más interesante y de agradecer.

Sus dedos apretaron mi piel y atrajeron mi cadera hacia él. Cada centímetro de mí era un hervidero de sensaciones, cada roce se convertía en un escalofrío pero en el subsuelo el calor resultaba insoportable.

Tranquila.

Encontré mi cuerpo aprisionada entre el suyo y la pared. ¿Qué pared? Eché un vistazo. Era el muro de mi casa, seguía siendo de día aunque parecían haber pasado años desde que llegamos allí o segundos. Algunos ojos curiosos nos observaban desde el paseo marítimo con creciente interés. Que vergüenza de hormonados adolescentes sobones, pensarían.

—Sean—susurré— Vamos adentro.

—Creí que nunca lo dirías.

—Yo también pero tenemos espectadores.

Abrí la puerta con manos temblorosas con él pegado a mi espalda. Al entrar me rodeó la cintura y hundió la cara en mi cuello.

—Benditos vecinos—susurró.

Estábamos transgrediendo la norma principal de Villa Tranquilidad pero me daba igual tener que

dormir bajo un puente los meses siguientes.

Tomé su mano y le arrastré escaleras arriba.

—Esta es mi habitación—dije señalando mis dominios con orgullo.

—Preciosa—murmuró mirándome.

—Te da igual.

—Completamente—sus manos dejaron de andarse por las ramas y fueron directamente a los botones de mi blusa. Las mías desfilaron cumpliendo alguna orden ajena, a su camiseta y trataron torpemente de quitársela. Me temblaba el pulso, la respiración galopaba intensa y el corazón desbocado, le daba por perdido.

Me di cuenta que yo no era la única negada en lo que a desnudar se refiere, Sean no hacía demasiados progresos con los diminutos y mal intencionados botones de mi blusa.

Nuestros ojos se encontraron y no pudimos evitar reírnos.

—No estoy tan nervioso desde mi primer casting y fue un absoluto desastre—dijo tímidamente.

La revelación me extrañó en sobremanera. Que yo estuviera histérica en una situación así ante un

hombre como aquel rozaba la cordura pero en su caso...

—No esperes que yo sea lo que aparece en el cine.

—¡Dios mío! ¿No has traído el lanzallamas?

Nos reímos de nuevo y una parte de la tensión desapareció.

—No quiero decepcionarte—me susurró al oído haciendo que toda la piel del lado derecho de mi cuerpo se pusiera de gallina.

—Eso es imposible—conseguí arrancarle la camiseta de una vez y me quedé alelada de nuevo con la visión de aquel cuerpo perfecto. Entonces escuché un abominable rumor que se iba convirtiendo poco a poco en una futura pesadilla.

—Mierda—escupí.

Él me miró escéptico.

—¿Qué sucede?

—Los tacones de Sandra se acercan por el Strand.

—¿De cuánto tiempo disponemos?— se burló él con alivio y volviendo su mirada a mi incombustible blusa.

—De un par de minutos. Es muy rápida la condenada—le tendí la camiseta pero él me agarró las muñecas con una mano y con la otra me tapó la boca.

—No nos vamos a ningún sitio—sus ojos más negros que de costumbre tenían un matiz hambriento que me dejó sin fuerzas para intentar cualquier huida—Lo único que no tenemos que hacer es ruido.

Y efectivamente, aquella noche lo único que no hicimos fue ruido.

If you want my body and you think I'm sexy. Come on, sugar, let me know. If you really need me just reach out and touch me. Come on, honey, tell me so...[T]

—¿Cómo se hace callar a este maldito trasto?

Aquella voz me hizo botar en la cama con un susto de muerte en el cuerpo. Entre mis desvariantes sueños, el último de la noche podría haberse llevado el premio en el Festival de cine

fantástico de Sitges, al menos. Estaba enamorada de un asesino galáctico que me debía matar porque yo era una extraterrestre. Así que al oír su voz, supe que había llegado el final de mi alienígena existencia.

—Siempre que te despiertas a mi lado, lo haces con cara de pánico. Es para escamarse.

Vislumbré un rostro increíble en un fondo borroso. La luz del sol que entraba por la ventana de mi dormitorio me golpeaba los ojos como un mazo ardiente. Parpadeé.

Allí tenía a Sean Weller, tumbado a MI lado en MI cama con una expresión entre asustada y divertida. El pelo revuelto le caía sobre los ojos. Resbalé mi mirada por su pecho.

—¿No vas a asesinarme?— pregunté con una voz espantosa.

—A ti no, a tu despertador.

—¡Ah! No lo conseguirás. Ha sobrevivido a un maltrato continuado desde hace dos meses.

—Cantaba que te pregunte si crees que soy sexy.

Me ruboricé como una tonta y él sonrió al notar lo. Se apartó el pelo de los ojos

incorporándose a mi altura.

—Empecemos por buenos días... — me besó.

Respondí a su beso como si no hubiera desayunado, comido ni cenado en la última semana.

—¿Quieres asfixiarme antes de que pueda cometer asesinato?— inquirió con aparente falta de oxígeno.

Mi turbación le hizo reír.

—He oído a Sandra salir hace poco. ¿Podemos desayunar algo?

—Ah, claro—me levanté de un salto. Tan rápido como me volví a sentar para refugiarme entre las sábanas—Necesito algo con tela.

—¿Ahora te avergüenzas?— dijo lanzándome su camiseta.

Me la puse en un nanosegundo.

—No seas absurdo. ¿Vergüenza yo? ¿Vergüenza de este cuerpo?— le miré a él tan tranquilo repantigado en mi cama—Pues sí. Me muero de la vergüenza así que ve preparando unas tostadas mientras me doy una ducha.

—A la orden—se levantó.

—Y ponte los pantalones no quiero que Sandra...

—No creo que le importe—respondió con suficiencia.

—Tienes razón pero o te los pones o te mato.

Cerré la puerta del baño y me apoyé contra el lavabo con las piernas flaqueando. El estómago me temblaba como un flan de vainilla al recordar la noche anterior y las imágenes volaban por mi mente haciéndome sonreír. Mi imagen en el espejo era aterradora, en vez de cabello tenía la misma melena hinchada que el león de la Metro, amplios coloretos alpinos en las mejillas y dos cardenales en el cuello. Hice lo que pude para mejorar mi aspecto y contenta hasta la avaricia bajé a desayunar.

Si el desayuno me supo a gloria más lo hizo la aparición de mi compañera.

Sabiendo su reacción previsible, al verla entrar por la puerta sudorosa con un atuendo de correr que le cabría difícilmente a una Barbie, cerré los

ojos preparada para cualquier cosa comenzando por hacer las maletas.

—Vaya por Dios, tengo al mismísimo Sean Weller marcando musculitos en mi cocina—dijo Sandra rápidamente bajo mi mirada expectante—
¿A qué debo este honor?

—No siempre se tiene la oportunidad de desayunar con dos mujeres preciosas—soltó Sean tranquilo.

—Ah, ya—espetó ella con sequedad—Me voy a dar una ducha y luego continúas con los piropos.

—Sin problema.

Mi segunda equivocación fue creer que volvería del baño con un conjunto de lencería que me quitaría el hipo hasta a mí pero lo hizo bastante formal para ser ella, con una camiseta agujereada y unos vaqueros cortos.

Apuró un vaso de zumo en segundos sin dejar de pasar sus bonitos ojos azules de uno al otro y mordió una tostada con parsimonia. Me sentía como si acabara de presentar a mi padre a un novio heavy rebozado en piercings.

—¿Sabes lo que estás haciendo?— se dirigió

hacia él aunque la pregunta era para mí.

—Creo que es mayorcita—contestó Sean.

—No tanto como tú— sus miradas no se apartaban el uno del otro y me sentí invisible.

—Hace tiempo que ya no es delito acostarse con ella.

Quise interceder pero Sandra fue más rápida.

—Delito será lo que harás con ella en breve.

—No sabía que tuviera por compañera a una... adivinadora—señaló Sean con una de sus sonrisas apabullantes en el rostro.

—Decir bruja hubiera sido más acertado.

—Lo sé pero soy muy educado.

Se produjo un silencio tenso de los que preceden a un apuñalamiento o a un flechazo de Cupido. Mi sorbo de café sonó como un trueno en la silenciosa cocina.

—¿Le has contado toda tu vida?— inquirió ella rellenando el vaso de zumo de nuevo.

—¿Cuál? ¿La que tú conoces por las revistas o la de verdad?

—La que sea peor.

—Entonces sí.

—Lo sé todo—conseguí al fin meter baza—y no me importa, Sandra. Gracias por preocuparte por mí pero no lo necesito.

—Ya. Eso te lo crees tú. Te va a dejar tirada como un pañuelo usado cuando se le pase la tontería de “quiero ser una persona normal”. ¡Es famoso! Tiene a quien desee. ¿No lo entiendes? Te está utilizando momentáneamente, luego hará una película con Charlize Theron y adiós a Miriam.

¡Lo sabía!.

—Estoy enamorado de ella—murmuró él mirándome a los ojos.

—¿¿Qué?!— Sandra dejó a medio camino el vaso y se volvió hacia los dos.

—Que la quiero, sorda—me tomó la mano por encima de la mesa—Hazte a la idea.

—Júrame que no la harás daño—dijo Sandra en un tono autoritario.

—Antes me mataría.

—Estamos desvariando—intercedí yo con el corazón bombeando cual locomotora.

—Bien—masculló Sandra—Ahí queda dicho. Si dudas antes de suicidarte, yo te ayudaré sin

problemas.

—Gracias.

—No hay de que.

Ambos sonrieron ante mi alivio y proseguimos con un desayuno parcialmente normal.

El domingo por la tarde intenté estudiar en la medida de lo posible. Tener a Sean recordándome lo increíble que sería repetir lo de la noche anterior y a Naranjito rebelde hasta los circuitos ya que me denegaba el acceso a Internet, era una labor inhumana.

Ambos cedieron a la vez en su intento cuando los ojos de Sean se posaron en el guión que el ordenador hacía resaltar en la pantalla. Me empujó a un lado y ocupó mi sitio en la silla.

—Disculpa—intervine.

—Es un argumento interesante—comentó él enfrascado en la lectura—Debería enseñárselo a un par de personas.

—Aún no nos ha dado tiempo a terminarlo.

—Te doy una semana—levantó la vista a la misma vez que en la pantalla aparecía el logotipo de Google.

—¡Aleluya! ¡Ya tengo Internet!— me lancé a por el teclado—He de encontrar algo sobre este arquitecto que me de una pista de lo que le gusta.

—Si el tío quiere ideas frescas, no le interesará que le copien lo que lleva haciendo hasta ahora.

Me volví hacia él.

—Eres listo al fin y al cabo.

—A los guapos nos tienen infravalorados.

Con una sonrisa en el rostro echó abajo todos mis argumentos. Busqué su boca y la tarde se pasó volando.

Tuvo que darse que el peor examen de la historia académica fuera en el aula nº 7 del Perloff en Los Ángeles. Me encontré realizando más una prueba de acceso a la NASA en vez de a dos meses de explotación agradecida en un Nueva York bajo la nieve.

El Negativo y yo intercambiamos una mirada de comprensión cuando arrastrábamos tres horas de tortura a nuestras espaldas. El profesor se acercó en dos ocasiones a mi mesa y observó lo que fuera que yo intentaba hacer, con interés. Seguramente para reírse un rato con sus colegas.

Como él mismo explicó, tardaría bastante tiempo en dar a conocer los resultados así que lo abandoné de mi mente y transporté el pobre intelecto a nuestro desértico hotel y a los centenares de trabajos extras que nos iban imponiendo por el camino.

Sobrepasada hasta el techo, desconozco como terminamos el guión de “Manhattan Beach” pero me encontré llorando abrazada a Sandra de tristeza por el fatal desenlace o de alegría por conseguir escribir el ansiado *The End*.

Resultaba asombroso como Sandra había sacado un buen final de aquel galimatías.

—No ha sido difícil—sollozó— Traté de ponerme en la piel de mi padre y tracé su final. Es la vida de Edward Dylan.

Asentí y me sequé las lágrimas. Ahora estaba

segura que la antes llamada presencia de mi dormitorio no era otro que Edward guiando mis palabras a través del frenético Naranjito. Pese a que realmente no creía en que nada ni nadie habitara mi cuarto, comencé a cambiarme de ropa en el baño, por si las moscas o por si los fantasmas.

Noveno objetivo: conseguido.

Décimo objetivo: Que algún familiar se apiade de mí y me haga una visita.

APUNTO de tachar ese objetivo debido a que ya había tenido visita fraternal, septiembre llegó y con ello mi cumpleaños y como consecuencia, mis padres. Para entonces, sabían que salía con un chico y que estaba tremendamente feliz. Algo de incalculable valor para mi madre pero de elemento sospechoso para mi padre.

No me daba cuenta de lo que les echaba de menos hasta que nos encontramos en el aeropuerto. Les llevé hasta el hotel Shade a pocos minutos andando de mi casa para que pudieran deshacer el equipaje y quedamos en Villa Tranquilidad si no se extraviaban por el camino. Con toda la fe depositada en mi padre que nunca se perdía en ningún aparcamiento subterráneo por más que mi madre lo intentara, recogí la casa como si fuera una recepción para Obama y vestí a Sandra acorde

con la situación.

—Son tus padres—se quejó ella—no una vista para obtener la condicional.

Continué pasando el aspirador sin hacerla caso hasta que sonó el teléfono. Aún tenía la marcha de Darth Vader asignada a Sean.

—¿Qué tal va todo?— preguntó.

—Atacada de los nervios.

—Tranquilízate, son tus padres. Te quieren hagan lo que hagan o eso se supone.

—Ya—murmuré.

—No te preocupes. He reservado mesa para cenar esta noche.

—¡¿Qué?!

—Que he reservado...

—Ya lo he oído. ¿Vamos a cenar los cuatro?— exclamé a voz en grito.

—Estoy empezando a pensar que te avergüenzas de mí. Juro que no acudiré en pantalón de deporte ni en la Harley.

Suspiré.

—Pero es ir muy deprisa. Tenía la intención de allanar el camino para que no se forme un buen

pollo.

—¿Un pollo?— inquirió él riendo.

—Creo que he traducido literalmente. Quería decir un buen lío.

—Lo que hagáis con los animales de granja en vuestra familia no es asunto mío.

Pasé el dedo por encima de la mesa buscando algún rastro de polvo.

—¿Entiendes siempre lo que digo?— inquirí.

—Si te soy sincero, no.

Me quedé helada.

—¿Hablo tan mal?

—No. Tienes un inglés muy correcto quizás algo pijo. Lo único es que hay frases que me superan.

—¿Muchas?— pregunté sin querer escuchar la respuesta.

—Digamos que cinco de cada diez.

Mi cara debió de traspasar la línea telefónica.

—Me he pasado—corrigió rápidamente—Dos de cada cuatro.

—Que chistoso—espeté.

—No se me dan mal las matemáticas. Díselo a tu padre para ganar puntos en el escalafón. Por

cierto, a las nueve en el Little Door. Mesa a nombre de los señores Sanabria. Hasta luego—y colgó.

Con el estómago más nervioso aún esperé lo inevitable.

Al principio todo fue como la seda. Como cabía esperar les encantó la casa, mi dormitorio, la playa, la modosa Sandra y en general, Manhattan Beach. A pesar de estar cansados por el viaje y el cambio horario, no pusieron pegas a ir a cenar con Sean, por más que traté de disuadirles.

—Así veo que clase de individuo es—dijo mi padre al escucharlo.

—Tan solo con querer cenar con nosotros te demuestra que es un buen chico—reconoció mi madre.

—Ya, o eso nos quiere hacer pensar. Hay algo sospechoso en este asunto—insistió mi padre mordiéndose el labio inferior con saña. Después se rió y nosotras con él, sin saber muy bien de qué.

El restaurante resultó un sitio acogedor y pequeño con escasas mesas separadas por biombos. Llegamos los primeros y nos enseñaron nuestra mesa, la más alejada de todo el local. Allí nadie molestaría a Sean Weller.

Cuando llegó él casi me da una apoplejía. A los nervios que me devoraban se sumaba el aura de irrealidad que envolvía la situación. No me sentía presentando a un novio cualquiera a mi familia sino a un actor de cine, que para mis padres sería lo mismo que un convicto sanguinario.

Se saludaron cortésmente con un Sean afeitado y peinado. Si hubo alguna vez un escenario más parecido a la Torre de Babel, fue aquel restaurante. Mi padre se defendía con el inglés, mi madre no pero chapurreaba el francés, Sean se manejaba en los dos idiomas más algo de español que había aprendido por su cuenta con cierto acento mejicano y yo me convertí en una intérprete oficial sin título ninguno.

—Miriam nos ha contado que eres guitarrista en un grupo de música—comentó mi madre a través mío.

—Sí y supongo que les habrá dicho que somos horribles.

—Más o menos—carraspeó ella—Es que la chica nos ha salido demasiado sincera.

—Cuidado—intervine yo—o dejo de traducir lo que no me apetezca.

Me pellizcó la mejilla con una sonrisa.

—¿Y se gana dinero con eso?— continuó ella directa.

La lancé una mirada asesina.

—Sino traduces tú, lo hará tu padre que es capaz de decir cualquier barbaridad.

—Ponme a prueba porque tengo unas ganas...— corroboró él.

—Está bien—cedí— Sean, ¿ganas dinero tocando la guitarra? ¿Cuándo les soltamos lo otro? — dije tan rápido como fui capaz para intentar que no me entendieran.

Conseguí que no me comprendiera ni el mismo aludido.

—No se puede vivir de ello pero el bar que tengo junto a un socio da unos buenos beneficios.

—¡Ah! Un bar—exclamó mi madre aliviada mirando a mi padre por el rabillo del ojo. Pero él permanecía inmóvil, masticando con templanza lo que se llevaba a la boca.

—¿Cuántos años tienes, hijo?— soltó él al fin.

—¡Papá!

—¡Iñigo!

—Treinta y cuatro—respondió Sean pese a nuestras súplicas—Y ahora si me disculpan, voy a saludar al dueño que es un viejo amigo. Así podrán hablar con tranquilidad a mis espaldas un ratito—dijo sonriendo y se alejó.

Mi padre se volvió hacia nosotras encogiendo los hombros.

—Era una pregunta inocente—se excusó—Únicamente quería saber si se trataba de un viejo verde roba niñas y lo es.

—Dentro de un día nos llevaremos solo seis años. Tú sacas a mamá diez.

—Ya pero yo era una viejo verde roba niñas.

—¡Tranquilizaos!— saltó mi madre—Iñigo,

Miriam es mayor para saber lo que hace. Parece un buen chico.

—Parece—añadió él.

—Lo es—objeté yo.

—¿Vuelvo ahora o me doy otra vuelta?—preguntó Sean acercándose.

—Ya hemos terminado de ponerte verde—contestó mi padre.

—¿Y ha ido bien la cosa?— Sean se sentó en su silla.

—Claro pero tengo otra duda a la que llevo dándole vueltas desde que te vi aparecer—dijo mi padre con tranquilidad.

—Ay madre—apoyé la frente sobre las palmas de las manos.

Como si no se hubiera dado cuenta de nada, mi padre continuó.

—Creo que he visto ocho películas tuyas, ¿hay muchas más?

La sorpresa fue generalizada.

—¿Es actor?— preguntó mi madre vuelta hacia su marido.

—¿No te acuerdas de la que vimos el miércoles?

¿"La garra del mal"? ¿La del anticristo?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que me dormí— esbozó una sonrisa tímida—Lo siento, Sean.

—No pasa nada. Yo me hubiera echado un buen sueño de haberla visto entera—rió el aludido—Ah y sí, hay algunas películas más pero he perdido la cuenta.

Yo seguía sin aparecer en escena absorta en lo que iba aconteciendo.

—Hace mucho que no actúas, ¿no?— siguió mi padre a lo Oprah Winfrey.

—Vaya, parece que el odio por el cine no es un problema genético—comentó Sean dirigiéndome una mirada jocosa. Acto seguido se giró hacia mi padre—No he hecho una película desde que murió mi mujer, hará poco más de dos años.

El silencio se estableció en la mesa.

—Algo que han ganado los espectadores— continuó él con una media sonrisa—La verdad es que tampoco me han ofrecido demasiados guiones. He pasado de moda.

—Lo sentimos muchísimo—se adelantó mi

madre— ¿Llevabais mucho tiempo casados?

—Seis meses—ladeó su rostro hacia mí— Pero alguien me ha enseñado que hay que cerrar el pasado y empezar de cero.

Mis padres centraron su atención en mi persona por primera vez en toda la noche y no pude más que ruborizarme como una remolacha.

—¿Pedimos el postre?

Los temas escabrosos fueron sustituidos por anécdotas de rodajes y de actores, evidentemente la de nuestro accidentado encuentro en Hermosa Beach tuvo que sumarse al cupo. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo que Sean había disfrutado siendo actor y lo que le gustaría continuar aunque para ello, el público debería olvidar el elaborado pasado que Sean había ido tejiendo y solo lo conseguiría con una buena película en la pantalla.

—Y a propósito de todo esto—Sean me tendió un regalo— ¡Feliz cumpleaños!

—Pero, si es mañana—objeté.

—Según mi reloj, a estas horas intempestivas para los americanos de las doce y media de la noche ya es oficialmente tu cumpleaños.

—¡Es cierto!— mi madre se levantó a abrazarme —Felicidades, cariño. Te sientan bien los veintiocho.

Un poco azorada, tomé el regalo.

—¿Puedo abrirlo delante de mis padres?— sonreí guiñando un ojo a mi padre que torció el gesto.

—Éste sí, el otro te lo doy en casa—bromeó Sean haciendo que mi padre murmurara algo en alguna lengua bíblica.

Tras desenvolver el paquete, mis ojos se encontraron con un pequeño cuaderno de anillas con tapas blandas amarillas.

—¿Qué es...?— comencé a decir hasta que pasé la primera página. Y allí quedó todo claro. En letras mayúsculas en mitad de la hoja se leía: **MANHATTAN BEACH. Guión de Edward Dylan**— ¡Díos mío!

Zarandeeé los folios hacia delante y atrás sin

creer lo que tenía entre las manos. El guión de Sandra convertido en guión de verdad.

—Si Sandra da su consentimiento, van a empezar a buscar una actriz para el papel de Sarah ya que el de Elliot puede que sea usurpado por un íntimo amigo de las guionistas suplentes.

Pegué un bote olímpico y me abracé a él.

—¡Es fantástico!— grité en ya no sé que idioma.

—Juro que esta vez no me dormiré— soltó mi madre.

—No jures en vano—añadió mi padre.

Y nos reímos por el efecto del alcohol, por la tensión acumulada o porque no sabíamos que vendría a continuación.

Después de múltiples elogios mutuos y conseguir abandonar a mis padres en el hotel, fuimos a casa. Despertamos a las dos de la mañana a una Sandra al borde del cruel asesinato que quedó en tentativa acto seguido de mostrarle el guión.

En vez de ponerse a chillar como una loca,

escena que me había imaginado sin demasiada imaginación, se mantuvo silenciosa abrazada al cuaderno y emitiendo un leve ronroneo que me comenzó a dar mala espina pasados diez minutos.

—Es increíble—murmuró tranquilizándome. Alzó la cabeza hacia Sean con una expresión más entera que al principio— ¿Quién va a ser el director? ¿Spielberg? ¿Tarantino?

—La verdad es que no creo que lo conozca ni su madre... o solo ella—respondió Sean sentándose en el sofá como si ya fuera de su propiedad— Siendo sincero me ha costado bastante conseguir que alguien se leyera el guión y más aún que alguien creyera en él. Nicholas Adams es un director joven del mal llamado cine independiente al que le atrajo la historia desde el principio.

Sandra había abierto la boca desmesuradamente.

—¿Nicholas Adams? ¿Quién demonios conoce a Nicholas Adams?

—Por si fuera poco—continuó Sean sin hacerla caso— aún no he hallado un buen productor.

—Tom Cruise produce sus propias películas— soltó Sandra sin ningún rastro de su momento de

flaqueza.

—Te puedo asegurar que él tiene mucho más dinero que yo si es a eso a lo que te refieres. Hace bastante tiempo que solo tengo en propiedad mi casa y dos motos.

—Claro, ¿pretendes que me lo crea?

Dejé de pasar la mirada del uno al otro cansada de aquella final de Wimbledon.

—Conseguiremos algún productor—zanjá.

—Si tu querida casera me dejara terminar—añadió Sean—podría decir que tengo uno. Es Satanás y se llevará mi alma y la vuestra si es necesario pero accede a invertir algo de capital con sus condiciones.

—Y, ¿cuáles son?— pregunté yo—Si hay que prestarle a Sandra para que se divierta un poco, se hace.

—Muy graciosa—torció ella el gesto sacándome la lengua.

—Aún no me ha dicho nada pero no será suficiente motivo para que abandonemos el guión, ¿no? Creo que es lo que hemos soñado tu padre, vosotras y yo.

Asentimos y Sandra se dio por satisfecha momentáneamente.

—Voy a continuar durmiendo. No quiero ningún sonido extraño en la casa. Así que, cada uno a su casa niños—dijo con el rostro serio antes de desaparecer por la puerta de su dormitorio.

Me hice una pelota aplastada sobre el pecho de Sean.

—Aún no me puedo creer lo que está sucediendo—dije bostezando sin querer—pero, por favor, concédeme un deseo.

—¿Cuál?— preguntó él acariciándome el pelo.

—Por más que ella te lo ruegue, no accedas a trabajar con Charlize Theron.

—No te preocupes, no lo haré— fueron sus palabras pero yo ya estaba dormida.

Con Sean haciendo de guía improvisado para mis padres, se me hizo más fácil retomar el trabajo atrasado del máster. El sábado por la noche tuve mi fiesta de cumpleaños sorpresa si eso resultaba

posible con Sandra hinchando globos a escondidas en la cocina. Los Hilfiger y los cerebritos se conocieron en el convite pero no hicieron demasiadas migas. Sandra intentó lo intentable con el Negativo quien se libró de ella en un par de frases. Mis padres disfrutaron de lo lindo entre tanto joven guapo y Sean fue el centro del festejo sin quererlo. Las chicas le rondaban sin miramientos y Billy cercaba a Alison con ojos de pitbull loco dispuesto a lanzarse a la yugular del actor en caso necesario.

Durante la semana, el hotel Saharaui quedó inaugurado y el profesor volvió a levantar una ceja al verlo, augurando algo bueno.

Ya que estaban por la zona, según mi padre que no debía entender bien las distancias en millas, se hicieron un “corto trayecto” a Las Vegas y al Cañón del Colorado.

Y a la semana me encontré despidiéndome de ellos en el aeropuerto con tristeza.

Décimo objetivo: conseguido.

Undécimo objetivo: Salir de California.

DO you remember the 21st night of September? Love was changing the mind of pretenders. While chasing the clouds away...[T]

El tiempo empezó a empeorar a partir de aquel veintiuno de septiembre a pesar de lo que dijera la canción. Las nubes invadieron el cielo aunque la temperatura seguía siendo agradable.

Me rondaba la sensación de que algo iba a cambiar. Notaba que las cosas buenas llegaban a su término con el fin del verano y en algo me equivoqué. Solo en algo.

Al entrar en clase, vi que los compañeros se aglutinaban en torno al tablón de anuncios.

—¡Los elegidos!— pensé como si a los futuros becarios les esperara la gloria en Nueva York. Y con la derrota escrita en cada uno de mis pasos, me acerqué al tablón. Me hice hueco a rodillazos y oteé el escueto papel blanco que colgaba de una

chincheta.

En primer lugar, Mario Tornos. El Negativo tenía apellido y suerte. En segundo puesto..., releí dos veces, en segundo puesto... ¡"Myryam"! ¡Yo!

Me abracé al que tenía al lado que ni siquiera pertenecía a mi clase y azorada me lancé en búsqueda de algún rostro conocido. Cuando fui felicitada por mi grupo aún no me creía lo que me estaba sucediendo. ¡Yo era la "elegida"! ¡Como Bruce Willis! No, él era "El protegido", me corrigieron después.

Aún saltando me presenté en casa de Sean. Tardó en abrirme la puerta y cuando lo hizo, su rostro mostraba preocupación.

—¿Ha pasado algo?— pregunté dejando caer la alegría momentáneamente.

Esbozó una sonrisa.

—Nada, pasa—y me señaló el salón.

—No te lo vas a creer—solté sin esperar a sentarme— ¡Me han escogido como becaria! En segundo lugar detrás del Negativo claro está pero dentro del cupo al fin y al cabo.

—Me alegro mucho—dijo él abrazándome—Era

lo que querías.

Me desplomé por fin en el sofá y entonces me di cuenta que la televisión estaba encendida y una imagen congelada en la pantalla.

—Me casé un día como hoy hace tres años— señaló al televisor—Ese es el video de la boda, antes lo veía a cada hora. Sin embargo, hace tres meses que lo tengo olvidado. Creí que echarle un vistazo sería un tributo a esta fecha.

Así que la mujer guapa que tenía delante de mis ojos era la tal Andrea.

—Haces bien. Debería marcharme y dejarte solo. Este momento es vuestro.

—Ah, no—cogió el mando y apagó la televisión—Vamos a celebrar tu nuevo cargo. La mejor becaria desde Mónica Lewinsky.

Me reí y le acompañé a la cocina mientras se lanzaba a buscar algún tipo de alimento comestible de su nevera.

Entre bocado y bocado de fetuccini a la carbonara, empecé a darme cuenta del alcance de mi nueva situación. Me pasaría dos meses en el peor de los casos y alguno más si me raptaban, a

cuatro mil kilómetros de Sean. Aunque existiera el avión, ¿lo haría también una relación a larga y tan larga distancia? ¿Y si pudiera teletransportarme?

—Te voy a echar mucho de menos—intervino Sean sacándome de mis desvariados pensamientos.

—Podemos vernos los fines de semana.

—No te vas a la vuelta de la esquina, Miriam. Y además, tenía que darte una buena noticia hace dos horas y peor hace unos minutos.

Me quedé a la expectativa con las cejas levantadas.

—En un mes aproximadamente vamos a empezar el rodaje de “Manhattan Beach”— continuó.

—Pero eso es genial. Significa que todo va viento en popa.

—Significa que no tendré un minuto libre, incluidos fines de semana.

Bajé la mirada a los fetuccini.

—¿Cuánto puede durar un rodaje?— pregunté absorta en la pasta.

—No lo sé— aproximó su silla a la mía—pero no estoy diciendo que nuestra relación no pueda continuar.

Levanté los ojos encontrándome con los suyos.

—¿Seguro?

—Claro, como diría cualquier novio cursi, llevo esperándote mucho tiempo. Creo que seré capaz de verte a cuentagotas en los próximos meses. Lo único que me preocupa es que tú puedas hacer lo mismo.

—¡Por supuesto!— exclamé ofendida.

—Te vas a una ciudad lejana con un chaval que te come con los ojos. ¿No te alarmarías ante esa expectativa?

—¿El Negativo? ¡Estás loco! Él es incapaz de pensar en alguien que no sea él mismo.

Sonrió.

—Ya. Pero me da igual, soy mil veces mejor— sus dedos treparon por mi brazo.

—Dos mil veces—susurré mientras sentía su aliento cercano—Debería marcharme, hoy no es una buena fecha para ti.

—Es perfecta—se levantó y tiró de mi hacia donde yo suponía que estaría el dormitorio—Aún no conoces el resto de la casa.

—Pero...— la idea de invadir el territorio de la

mujer que significó tanto para él el día de su aniversario no era muy apetecible.

—Por favor, quédate esta noche—murmuró.

Y cualquiera le decía que no.

Aquella fue la primera noche que pasé en su casa. La primera y última.

*Denise, Denise, oh, with your eyes so blue.
Denise, Denise, I've got a crush on you. Denise,
Denise, I'm so in love with you... [T]*

Durante la semana, la misma canción me despertó todos los días. Estaba ya harta de la tal Denise y de Randy y sus Arco Iris. El sábado bajé a desayunar con la melodía incrustada en el cerebelo y me encontré a Sandra en la cocina. Al verme le dio una especie de movimiento espasmódico y escondió lo que tuviera hacía pocos segundos en la mano tras la espalda.

—¿Qué tienes ahí?— pregunté adormilada.

—¿Yo? Nada—fingió con cara de rubio querubín.

—Te he visto. Enséñamelo o tendré que arrancártelo de la mano.

—Vaya humor que tenemos hoy... Creo que será mejor que me vaya y esta tarde hablamos—se levantó de la banqueta con premura. Al pasar por mi lado, la agarré del brazo.

—Por favor...

—Tú lo has querido—y me tendió una revista—pero tómatelo con calma.

Observé la portada sin interés hasta que un titular llamó mi atención: “Sean Weller de nuevo enamorado”. Me lancé como una posesa a las páginas interiores, esperando encontrarme en alguna fotografía agarrada de la mano de Sean y pensando en todo lo que eso podría conllevar. Pero no era yo la que aparecía en ninguna de las diez fotos que ilustraban la noticia. Sean paseando con una chica, Sean abrazado a esta chica, ¡Sean besando a la maldita chica! El corazón se me paró de golpe y creí marearme. Leí el pobre párrafo que vagabundeaba entre las imágenes: “El actor Sean Weller que reapareció hace unas semanas en la vida pública acallando los rumores que le situaban

ya en el cementerio, parece que ha encontrado una motivación para seguir adelante. La afortunada es la también actriz Denise Daniels con la que a juzgar por las fotografías mantiene un intenso romance”.

—¡Denise!— la canción volvió a mi mente y me hizo temblar.

—Esas fotos no tienen porqué significar algo. Muchas veces son de años anteriores—trató Sandra de calmarme.

—No, no. Tu padre lleva alertándome toda la semana.

—¿Mi padre que tiene que ver en todo esto?— preguntó anonadada.

Me tapé la cara con las manos a punto de echarme a llorar.

—Denise—repetí mirando las fotografías—es muy guapa.

—Del montón. ¿Por qué no le pides explicaciones a Sean? Seguro que no hay que alarmarse tanto. Eso sí, como sea lo que pensamos, le mato tal y como acordamos en esta cocina no hace mucho.

Sandra tenía razón, hacía tan poco tiempo de todo. ¿Se había cansado tan pronto de mí?

Fui a mi cuarto a vestirme con determinación y la radio volvió a ponerse en marcha a todo volumen:

I know this girl named Denise. She makes me weak at the knees...[T]

Con el enfado como sentimiento principal, me marché a toda velocidad de la casa ante la mirada de sufrimiento de mi compañera.

Me di cuenta que hubiera sido más fácil gritarle por teléfono que presentarme en su casa con el pelo revuelto y vestida de cualquier forma. Si debía escoger entre aquella actriz y yo, la elección resultaba muy fácil. Pero, ¡no tenía que escoger nada! ¡Era mío!

Cuando llegué al portón de entrada y llamé al telefonillo, me percaté también de que podía no estar en la casa y peor aún, podía estar con ella.

La puerta se abrió sin que yo tuviera que abrir

mi boca, llena a rebosar de sapos y culebras. Me encontré con él en las escaleras y mi determinación se vino abajo.

—Vaya, que sorpresa—comentó sin ningún rastro de lo que decía en la voz.

—No es una visita de cortesía.

—Lo supongo. Has visto las fotos, ¿no?

Estaba tan tranquilo que mis ganas de cometer asesinato se dispararon. Lo debió leer en mi cara y esbozó una sonrisa.

—Anda, pasa que parece que va a llover.

Tortas es lo que va a llover aquí.

Entré sulfurada en el salón y me encaré con él.

—Entiendo que tendrás una explicación coherente a todo esto.

Se echó el pelo hacia atrás mientras andaba con lentitud hacia la cocina.

—Voy a hacerme un café. ¿Quieres otro?

—No. ¿No me vas a decir nada?

—Estoy dormido aún, déjame espabíllame.

Te espabilaría a golpes.

Le perseguí a la cocina y me situé entre él y la cafetera.

—¿Quién es Denise y qué significa para ti?

—¿No te parece que estás llevando las cosas a la tremenda?

¡A la tremenda!

—¿A la tremenda? Perdón, igual debería estar aplaudiendo con las orejas.

—Eso sería divertido—consiguió alcanzar la cafetera.

—Por favor—supliqué al borde del colapso nervioso.

—Denise es mi compañera de reparto. Es la Sarah de tu guión.

Me sentí idiota por un segundo hasta que me di cuenta de otro detalle.

—Y, ¿por qué demonios la estabas besando?

—Ensayábamos—contestó inofensivo tomando un sorbo de su recién conseguido café.

—En la historia no hay ningún beso—zanjé.

—No te has leído el guión que te regalé, ¿verdad? No es exactamente igual al de Edward. Hay algunos detalles que creyeron daría más interés al argumento—me tendió el cuaderno—
Página ciento cincuenta y uno.

Abrí el guión con las manos temblorosas y me leí la hoja con rapidez.

—Pensé que lo sabías—añadió.

—¡Claro que no! ¿Habría hecho el idiota de esta forma si tuviera conocimiento de ello?

—¿No te sientes celosa? Yo besando a una mujer hermosa que no eres tú.

—¿Has de ahondar en el tema? Ojos que no ven, corazón que no siente, dicen por mi país.

—Entiendo. Soy un actor, has de comprender lo que eso supone.

Salí de la cocina.

—No iré al estreno de la película.

Comenzó a reírse.

—¿Me harías eso?

—Vale, iré pero me taparé los ojos como en las películas de terror.

—Lo daré por válido—de pronto abandonó la risa y se quedó serio mirando a algún punto indeterminado de la ventana—Deberías meditar de verdad si todo esto te conviene.

Le miré perpleja.

—No te entiendo.

—No me hagas caso. Ahora, sino te importa me gustaría dormir un rato más, anoche estuve con los chicos en el bar y acabamos muy tarde.

—¿Puedo quedarme?

Negó con la cabeza.

—Prefiero estar solo. Siento que hayas tenido que venir. Una llamada habría bastado.

Asentí mientras me dirigía a la puerta. Me dio un beso rápido como despedida y cerró la puerta tras de mí.

—Tranquilo, conozco el camino—murmuré y me subí al coche. Que Denise fuera su compañera en la película resultaba coherente pero el sexto sentido femenino me alertaba que había algo más. Con los celos estrujándome las meninges, arranqué y salí de la casa con la máxima velocidad que me permitía aquel cascajo.

El tiempo volaba en mi contra y octubre entró en escena. La proximidad de noviembre me angustiaba como jamás pensé que sucedería. En

vez de estar alegre por trabajar con semejante arquitecto, la idea de no ver a Sean durante tan largo periodo de tiempo se me hacía increíblemente dura. Hasta que hallé la solución. No me iba a ir a Nueva York. Cuando pronuncié la frase en voz alta, la carga que nublaba mi cerebro desapareció. No quería irme, ansiaba quedarme. No me importaba el arquitecto, terminaría el máster y esperaría a lo que sucediera a continuación.

—No pienso irme de aquí— sentencié ante una asombrada Sandra mientras esperábamos en la cola de una discoteca junto al resto de los Hilfiger.

—¿Has entrado en razón! ¿Sabes lo difícil que es encontrar una inquilina para dos meses?

—¿Estabas buscando una compañera?

—Claro, tengo muchos gastos.

—Eres una exagerada—observé a los acaramelados Alison y Billy— ¿Van a estar achuchándose toda la vida?

—¿Y tu Sean? Últimamente te abandona mucho.

—El grupo y los ensayos le quitan mucho tiempo—escupí.

—Lo que tu digas—miró al portero—Uy, a este me lo camelo en dos minutos.

—¿Qué?!— exclamó Sean alzando la voz.

Tuve que ir a buscarle al Pepper Lake para poder hablar con él. La idea de no marcharme a Nueva York parecía no gustarle demasiado.

—No pienso irme a ningún lado—reiteré con todas mis ganas.

Me agarró del brazo con cierta fuerza y me sacó del almacén donde estaba el resto del grupo.

—No puedes hacer eso. Es una estupidez.

—¿Por qué? Quiero estar contigo aquí— dije zafándome de su mano.

—No estás pensando con la cabeza. Es una oportunidad increíble para ti.

Puse los brazos en jarra y le miré desde cierta distancia.

—¿Para quién es la oportunidad? Empiezo a creer que no solo hablas sobre mí. ¿Acaso quieres librarte de mi?

—Estás desvariando—contestó con una mueca de desagrado—Si no te importa entremos de nuevo y esta conversación nunca ha existido.

—¿Quién desvaría aquí? Lo siento pero quieras o no, no pienso marcharme—increpé.

—Me estás poniendo las cosas muy difíciles—gruñó cabreado por lo bajo.

Le observé con cuidado.

—¿Qué cosas?

—Dejémoslo, tengo trabajo.

Entró de nuevo en el almacén y no le seguí. En su lugar salí del local y caminé sin rumbo tratando de despejar mi mente.

En la Universidad me di cuenta que mantenía la cabeza ocupada en cosas que acontecían fuera de sus muros. Tuvo que ser muy obvio para que mis compañeros lo notaran.

—Se te está subiendo a la cabeza irte a Nueva York—masculló Martha—No participas en nada.

—Estoy hecha un lío. No sé si es buena idea

marcharme—murmuré.

La cara del Negativo fue de espanto pero no dijo nada.

—Hasta que te aclares, trata de ayudarnos algo—dijo Martha y volvió su mirada a la pantalla del ordenador.

Pedí disculpas e intenté por todos los medios de centrarme en lo que hacíamos.

Las fotografías de Denise con Sean comenzaron a hacerse asiduas en las revistas. Que si paseando en un descanso del rodaje, gracias a Dios se habían hecho eco de que rodaban una película, que si comiendo en restaurantes caros, que si acudiendo al Pepper Lake a ver tocar a su grupo... y todo tenía una explicación lógica para Sean. Los términos paranoica, celosa y pesada, se vertían una y otra vez en cada conversación que manteníamos hasta que comencé a creérmelo y traté de aparcar mis prejuicios a un lado y saborear el hecho de que le tenía junto a mí.

—Te entiendo perfectamente—me dijo mi madre en una de nuestras múltiples llamadas—yo me casé con el hombre más guapo del hospital. Imagínate, una simple enfermera que se lía con el médico bombón. Tuve que aguantar asaltos por todos los lados y más con tu padre que no era precisamente un santo. Pero lo importante es que me escogió a mí.

—Pero igual no se ha decantado por mí. Denise es una belleza.

—No te dejes avasallar.

Suspiré al colgar.

Here comes the rain again. Raining in my head like a tragedy. Tearing me apart like a new emotion...[T]

De nuevo empezó a llover con furia. A pesar de que en los últimos días Sean ni siquiera me devolvía las llamadas, cuando la marcha de Darth Vader sonó en el móvil pegué un bote en el sofá de casa. No me había apetecido acompañar a los

Hilfiger en sus desplazamientos nocturnos y en su lugar, devoraba la película de “La garra del mal” para acallar los rumores de mi mente. Así que cogí el teléfono a la expectativa.

—¿Estás en casa?— dijo nada más ponerme.

Asentí.

—Te veo en cinco minutos—y colgó.

Anduve hacia la puerta de entrada esperando escuchar en cualquier momento las ruedas derrapar de una Suzuki o de una Harley, ojeando las espesas gotas que resbalaban por los cristales de la ventana.

Sin embargo, sus nudillos aporrearon la puerta sin haber percibido el motor de ninguna moto. La abrí y me encontré a un Sean empapado.

—Llevo un rato paseando alrededor de la casa—se excusó.

Al entrar miró hacia todos los lados.

—¿Y Sandra?

—Pasándoselo bien—me acerqué a la televisión y la apagué— Muy buena tu película del anticristo. La estaba viendo ahora mismo.

Pareció buscar algo de ironía en mi voz.

—Lo digo en serio, mi padre tenía razón—
admití— Solo me resta el final.

Paseó en busca de algo.

—¿Y dices que Edward Dylan campa por aquí?
—preguntó al fin.

—No. Habita mi dormitorio. Parece no gustarle
caminar demasiado.

—Suenan un poco absurdo para un fantasma que
flota.

—Suenan absurdo flote o no.

Sonrió.

—¿Podemos subir?

—¿Quieres comprobarlo por ti mismo?—
empecé a subir las escaleras seguida a corta
distancia por él.

Se sentó en la cama y le imité. Deseé con todas
mis fuerzas que me abrazara. Necesitaba sentirle
pegado a mí.

—¿Sigues con tu idea de no ir a Nueva York?—
inquirió sin mirarme.

—Por supuesto—no se produjo en su rostro
ningún movimiento. El silencio se hizo tenso—
¿Cuándo empezáis a rodar?

—Ya hemos comenzado.

—Vaya. No tenía ni idea. ¿Por qué no me devuelves las llamadas?

Giró su cuerpo un ápice hacia mí.

—Estoy muy ocupado.

—Me lo creo. Sobre todo gastando el tiempo con Denise.

Resopló.

—No voy a volver a ese tema.

—¿Por qué? Todas las cosas que suceden en tu vida son importantes para mí, me hubiera gustado saber del inicio de la película, también de tus cenas y demás acontecimientos con Denise. ¿No ves que si no me lo cuentas pienso algo peor?

—Soy un actor. Esta es la parte pública, te guste o no. Y si todo va bien y vuelvo a recibir buenos guiones, cada dos por tres será lo mismo.

Respiré hondo y traté de comprender lo que pasaba por su mente en aquellos momentos. Me imaginé una compleja máquina dentro de su cabeza, llena de engranajes que elucubraban algún tipo de estrategia.

—Entiende que todo sea nuevo para mí—

supliqué.

—Ya. Cada día constituirá una nueva experiencia—tomó aire—La verdad es que después de lo poco que ha pasado y como te has comportado al respecto, no veo que este sea un buen sitio para ti. Si casi te da un soponcio por un simple beso, ¿cómo podrás aguantar una escena de cama mía con otra?

—Me subestimas.

—No—apuntó tajante—Te conozco y sé que tu inseguridad te hará estallar.

—¿Mi...? ¿Qué estás diciendo?

—Que en tu idea positiva de la vida no hay lugar para las complicaciones. Ves las cosas idealizadas, no sabes como es el mundo real. No tienes ni idea de lo duro que juega. ¿Qué es lo más difícil que te ha pasado? ¿Qué te abandonen dos tíos? ¡Venga ya!

—Eso es un golpe bajo.

Miró hacia otro lado y anduvo hacia la ventana. No le podía ver la cara y menos aún su expresión.

—No nos parecemos en nada—dijo al fin—tu mundo y el mío son diferentes.

—Es el mismo y se llama La Tierra.

—¿Lo ves? No puedes evitar restarle importancia a todo.

No me podía creer lo que estaba sucediendo.

—Sean, ¿qué es lo que quieres decirme?

—Que llegaste en mal momento.

Se me agarrotó el estómago. Él continuaba mirando por la ventana a algún lugar cercano al horizonte.

—¿Eso que significa?— conseguí articular.

—Necesito libertad. Aún no estoy preparado para una relación seria. O al menos, no contigo. Sandra tenía razón, he tenido lo que me apetecía y ya está.

Evité las ganas de echarme a llorar y tragué saliva. Las piernas me flaquearon al intentar dar un paso hacia él pero conseguí situarme enfrente. Nuestros ojos se encontraron.

—Dime que no me quieres—balbuceé.

Se removió en el sitio inquieto.

—Dime que todo lo que me has dicho es mentira. Que no hay nada entre los dos—seguí.

—Lo siento—murmuró dejando caer la mirada

al suelo.

Le levanté el mentón y volvimos a encontrarnos.

—Si es lo que quieres oír—sus ojos fríos se me clavaron—No. No te quiero.

Solo cuando noté mis mejillas húmedas, me di cuenta que yo estaba llorando.

—¿Seguro?

Esbozó una sonrisa sombría.

—Después de todo no soy tan mal actor. Nos hemos creído ambos el papel pero ya es hora de dejar las cosas claras. No estoy enamorado de ti ni te quiero.

Lo dijo mirándome a los ojos, con sus pupilas como puñales atravesándome.

—No quiero hacerte daño pero es la verdad.

Me rozó la mejilla con el dorso de la mano y se acercó a la puerta. Me observó una última vez y se marchó. Al rato escuché la moto al derrapar y salir a toda velocidad.

El mar rugía y el viento azotaba las contraventanas con furia pero yo no lo oía. Tenía un dolor tan fuerte en el pecho que me impedía hinchar los pulmones para respirar, por lo que

jadeaba.

No sé en que momento caí sentada en el suelo, ni tampoco cuando dejé de llorar, solo sé que no podía aguantar sus palabras hiriendo mis oídos ni su mirada vacía. Pensé y deseé que me moriría en cualquier instante porque la pena que se alojaba en mi interior seguía y seguía creciendo.

Se hizo de día sin que me diera cuenta. Sandra me habló desde el umbral de la puerta pero no entendí sus palabras y la vi entrar pese a sus reticencias. Sentí sus manos tocándome y su abrazo al escucharme murmurar algo que no llegó a mis oídos.

Sé que me tumbé en la cama con su ayuda y que se hizo de noche y de nuevo de día. El sol irrumpió en el dormitorio que habitaban las tinieblas y las echó a patadas. Cerré los ojos y decidí no volver a abrirlos jamás.

Don't leave me this way. I can't survive, I can't stay alive without your love...[T]

De la pena, pasé al odio. Ya no era víctima sino verdugo y le mataría con hacha o sin ella. Ese estado de ánimo me duró diez minutos. Volví a recaer en la autocompasión y el dolor me sepultó.

First I was afraid, I was petrified. Kept thinking I could never live without you by my side. But then I spent so many nights thinking how you did me wrong, and I grew strong and I learned how to get along...[T2]

Que fuera Gloria Gaynor o Edward Dylan quien me ayudó a dar el primer paso no me importó pero lo hice.

Tenía una vida, incompleta o no, pero debía seguir. Me puse en pie con determinación, si él había decidido poner punto y final a lo que fuera que había entre nosotros no podía ser yo menos. El dolor seguía siendo intenso pero manejable. No podía evitar caer en el victimismo con frecuencia. Sean me había dejado de la peor manera posible, lo más seguro es que nunca me hubiera querido,

me habría engañado con cualquiera como me advirtió Trisha y me había hecho vivir un sueño.

Agité la cabeza quitándome los malos pensamientos, me arreglé, desayuné y fui a la Universidad escuchando a Offspring a todo trapo y llenando mi mente de incontables ladrillos.

—¿Dónde has estado?— preguntó el Negativo a voz en grito nada más verme.

Extrañada busqué a Laura con la mirada por una explicación.

—Es el último día para dar la conformidad a la beca—expuso.

—Como ni siquiera cogías el teléfono, habíamos hecho apuestas y la más votada fue que habías sido asesinada por el número tres de la lista. Estábamos a punto de contárselo a la policía—intervino Hiroto con una gracia inusual.

—¡Dios! ¡Es cierto!— miré al Negativo buscando una respuesta.

—Nunca tendrás una oportunidad similar—dijo en un tono más pausado—Sé que aquí te retienen otras cosas pero piensa en tu futuro.

—Sean Weller no es una “cosa”— comentó

Martha con una sonrisa.

—¿Dónde hay que firmar?— pregunté convencida mirando a los ojos azules del Negativo.

Él sonrió y me hizo un gesto con las manos.

—Usted primero.

Y entramos en el edificio.

Sandra se portó como la mejor de las amigas. Me apoyó, me consoló, hizo la cena todos los días y muchos de ellos hasta era comestible.

—¿Por qué duele tanto, Sandra? ¿Por qué no puedo olvidarle de una vez?— pregunté con la cabeza apoyada sobre la encimera de la cocina.

Acarició mi pelo con delicadeza.

—Porque lo que has sentido ha sido muy fuerte.

—¿Cómo no me di cuenta de cómo era? Debí hacerte caso—musité.

—Ni yo misma me tomaría en serio.

—Pero le calaste.

—Suerte—me pasó un brazo por los hombros—

Ya no merece la pena hablar más de él. Se ha portado igual al anticristo de su película y por eso le dan su merecido.

—Creo que debería ver la película hasta el final para sentirme mejor—sonreí— Muy bien. Fuera tema Sean. Pero no se me ocurre otro...

—Yo tengo uno. No pienso alquilar la habitación a nadie más así que espero que vuelvas en enero con algún detallito de Tiffany's.

—Desde luego. ¿Algún deseo más?

Se rascó la barbilla pensativa.

—Te permito que te lées con el rubito, siempre y cuando me lo devuelvas más dócil.

Puse cara de asco.

—Eso no pienso cumplirlo.

—¿Vosotros dos solos en una ciudad hostil con diez grados bajo cero? ¡Venga ya! Caerías aunque fuera el mismo Hitler.

La saqué la lengua y subí a terminar la maleta.

Start spreading the news, I'm leaving today. I

want to be a part of it. New York, New York...[T]

Me encontré de nuevo en el Aeropuerto de Los Ángeles arrastrando una maleta. Los días habían pasado tan veloces como extraños. Los Hilfiger parecían realmente tristes y se me hizo un nudo en el estómago al despedirnos aunque sabía que me iba por dos escasos meses. ¿Qué sucedería cuando me marchara de nuevo a mi país?

Cargaba en el equipaje la poca ropa de invierno de la que disponía. A Los Ángeles no me había llevado obviamente el forro polar; dos únicos libros; mucha ilusión y algo de miedo.

Dejaba atrás el guión de Edward que yacía en la papelera de mi dormitorio sepultado por algunas fotos mutiladas tomadas en el Parque Secuoya, el despertador—oráculo que me había despedido con Frank Sinatra y a Naranjito. Lo único e indeseado que mantenía a mi lado era al Negativo y a su agobiante silencio. Y me esperaban aún cinco horas y media por delante de lo mismo. En un determinado momento, allá por encima de Colorado, habló y casi despliego el chaleco salvavidas del susto.

—Las únicas camas que he encontrado son en un albergue. Espero que no te importe compartir habitación.

Ay.

—¿Contigo?

—Ni en sueños. Me refiero a que son de cuatro personas cada una. Hemos tenido suerte porque generalmente son de ocho.

¿Suerte? Evidentemente ésta me había abandonado al escapar del suelo de California.

—Esperaba que encontraras algo en el Hotel Plaza.

Ni un atisbo de sonrisa. Encima no tenía sentido del humor. El silencio nos acompañó el resto del viaje.

Pisé el suelo de Nueva York un día gris. Las nubes oscuras amenazaban con estropear las vacaciones de cualquier turista desde el primer al último día pero esperaba que al menos conmigo hicieran una excepción... ¿En qué estaba

pensando? Esas eran las mismas palabras que cruzaron mi mente cuando llegué a Los Ángeles unos cinco meses atrás. Ahora todo era diferente.

Al salir de la terminal del aeropuerto JFK, me sorprendió un grato cielo azul y una temperatura mejor a la esperada. Aún se podría esperar a amputarme algún dedo.

Cogimos un autobús que nos dejaba en la Estación Central de Manhattan y de ahí deberíamos tomar el metro.

La llamada Gran Manzana nos avasalló desde el primer instante. El ruido, la gente, el tráfico me hizo sentir como una pueblerina que visitaba por primera vez la ciudad. Con cierta prisa de la que no era partícipe pero siguiendo al Negativo aunque se me fuera la vida en ello, profundizamos en el metro, luchamos por entrar y luego por salir y deambulando, llegamos al albergue Jazz on the Park entre las calles 36 Oeste y la 106. La palabra albergue me había hecho pensar más en uno de caridad que estudiantil y nosotros nos encontrábamos con suerte en el segundo caso. En la tercera planta estaba mi habitación que

compartiría con otra chica, las otras dos camas aún estaban desocupadas. Sin embargo, el Negativo dormiría junto a tres mozalbetes guineanos que le hacían parecer al ratón de Susanita en pálido. Me reí con ganas.

Con casi toda la tarde por delante, me lancé a visitar los alrededores. El albergue quedaba a escasos minutos de la zona norte del Central Park y lo bordeé por fuera algo intranquila por las películas que Sandra me había obligado a ver y en las que muchas se incluían asesinatos en el mismo parque. Andando llegué al Museo de Historia Natural y a edificios con mejor nivel de los que había por mi zona. Tomé un perrito caliente en un puesto callejero para empaparme de la cultura neoyorquina, aunque eso no fuera ninguno de mis objetivos y acordándome de ellos, en cuanto llegué a mi habitación, tomé la libreta y taché el siguiente. Al fin y al cabo, aunque mi idea consistía en hacer una excursión a Las Vegas o al Cañón del Colorado, ¿no se consideraba salir de California también a cruzar todos los Estados Unidos?

Undécimo objetivo: Conseguido.

Duodécimo objetivo: A estas alturas debería conocer a algún arquitecto importante.

EL estudio de arquitectura no podía situarse en otro sitio que no fuera la Quinta Avenida y la sorpresa fue mayor cuando encontramos que justo en la otra acera estaba enclavado el Empire State Building. El 347 de la Quinta avenida, tenía tropecientas plantas que quedaban minimizadas con el colosal vecino. Subimos en uno de los ocho ascensores hasta el piso octavo y accedimos a un hall amplio decorado en mármol en el que encima de la cabeza de la bonita recepcionista que teníamos enfrente se leía: SP Architecture. Muy original sabiendo que el arquitecto se llamaba Samuel Perry, desde luego que no se habían exprimido el cerebro.

La recepcionista tomó nuestros nombres y nos hizo esperar en unas butacas de extraño diseño en

la que me quedé encajada.

Cuando un hombre impecablemente trajeado se acercó a nosotros, no pude levantarme con la velocidad a la que lo hizo el Negativo y ambos se quedaron esperando a ver que era lo que me pasaba. Conseguí librarme de la silla dislocándome la cadera y avancé rápidamente a estrechar su mano. Empezaba con buen pie.

El hombre nos enseñó las dos plantas que ocupaba el estudio, las diferentes secciones que lo formaban hasta una sala de relajación con música e iluminación suaves y sillas anatómicas en las que juré no sentarme jamás.

Samuel Perry nos recibió en su despacho. Detrás de él, cada una de las cinco ventanas de la pared mostraban el Empire State.

—Nos da sombra pero es agradable contemplarlo—dijo el arquitecto interrumpiendo mis contemplaciones.

—Discúlpeme. Estoy acostumbrada a diseñar chalets de dos plantas, así que todo lo que supera las tres me impacta.

Para variar había hablado demasiado pero a

Perry no pareció importarle en absoluto y esbozó una leve sonrisa que resaltó en su rostro bronceado.

—Esa naturalidad es uno de los factores que me obligaron a escogerte. Tu examen fue bastante mediocre en comparación con el de tu compañero pero pensé que formaríais una buena pareja.

¿Mediocre? Obvio.

—Es una gran suerte para nosotros estar aquí—dijo el Negativo—y no se arrepentirá de su elección.

El arquitecto se giró hacia él.

—Hablas un perfecto inglés. ¿Cuánto llevas en nuestro país?

—Diez años.

¡Caray!

—Perfecto—posó su mirada sobre mí como si fuera a decir algo pero no lo hizo y el silencio planeó unos minutos—El señor Ford os llevará a vuestro nuevo puesto de trabajo y os explicará en que consiste el proyecto y en que parte habéis de ayudarnos.

Apretando los labios para no soltar alguna

tontería, salimos del despacho siguiendo al tal Ford.

Los primeros días fueron de acoplamiento a la nave nodriza. Conocimos a algunos compañeros, nos familiarizamos con los programas de ordenador que utilizaban y con el proyecto en sí que no era más que un complejo hotelero del tamaño de una pequeña ciudad con una vasta zona de aguas termales y campo de golf. El esbozo de maqueta que presidía la habitación resultaba sobrecogedora pese a estar inacabada.

Nuestro “gran” trabajo consistía en proponer ideas y absorber toda la información necesaria que pasara ante nuestros ojos.

—Este estudio queda a años luz del de mi padre —comentó en un momento de locura verbal el Negativo— y yo pensaba que el suyo era bueno.

—¿Tu padre es arquitecto?

—Sí, tiene su estudio con otros socios en Los Ángeles.

—Eso suena bien. No tienes que buscar empleo.

Me lanzó una mirada seria.

—No trabajaría con él en la vida.

—Nunca hay que decir de este agua...

—No hace falta que sigas—me interrumpió y dirigió la atención a los planos que tenía delante.

Y se acabó la extensa conversación.

Los días siguientes empezamos a trabajar en serio. El Negativo con el recinto de las aguas termales y yo con el campo de golf, de los que no tenía la menor idea ni había puesto pelota en alguno. Buscando en el ordenador los requisitos a cumplir para realizarlo, Samuel Perry tomó asiento en el borde de mi mesa.

—¿Cómo va todo?— preguntó interesado mientras oteaba con aparente naturalidad lo que se cocía en mi pantalla.

—Bien—tartamudeé.

—No tienes ni idea de cómo es un campo de golf, ¿me equivoco?— soltó con una leve sonrisa

en el rostro.

—Lo más aproximado que he pisado ha sido un mini—golf y de los malos.

Se rió con una sonora carcajada que hizo que las miradas de más de uno se volvieran hacia nosotros.

—Algo es algo—se levantó— El lunes tendrás que saber más de campos de golf que Jack Nicklaus.

Esto último no iba en broma. Con las manos temblorosas tecleé en el ordenador. ¿Quién demonios era Jack Nicklaus?

Cuando ya creía moverme por el green como Tiger Woods, llegó el fin de semana. Después de la cuarta llamada telefónica de Sandra que me echaba de menos, había roto con Matt y sus tortitas y se aburría en sobremanera, decidí darme una vuelta por Manhattan y para ser agradable, me presenté en la habitación del Negativo para exponerle mi propuesta.

—¿Te vienes a pasear por la ciudad?— pregunté

cuando me abrió la puerta.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Igual porque las piernas se atrofian cuando no se usan—me giré para marcharme pero me detuvo.

—¿Adónde vas?

—Al sur, al SoHo, a la Estatua de la Libertad... no sé, lo que me encuentre por el camino y como colofón turístico pienso visitar el Empire State.

—Trata de subir al atardecer y quédate hasta que anochezca, es una visión única—y me cerró la puerta en las narices.

Me pasé todo el sábado por el sur de Manhattan. Tomé un barco a la Estatua de la Libertad, contemplé la zona cero con el corazón sobrecogido, comí en China Town y por la tarde, cuando la temperatura y la iluminación empezaron a decaer, me encaminé hacia el Empire State. Aguanté la larga cola con los pies doloridos del exhaustivo paseo sabadeño pero mereció la pena. Las vistas desde la cima más alta de Nueva York no podían dejar indiferente. Abajo y pese a ser enormes, los rascacielos quedaban empequeñecidos. El color del atardecer se

convirtió en multitud de luces diminutas de las calles y de los coches que a esas horas emprendían la huida de la Gran Manzana. El cielo se tornó negro y la plaza de Times Square, blanca.

—¿Te mentí?— preguntó una voz conocida a mi derecha.

No me volví hacia el Negativo porque no quería perderme lo que quedaba de día en el horizonte.

—Es increíble. No tengo palabras para describirlo.

Se apoyó en la reja que evitaba los suicidios.

—Siempre que vengo a la ciudad, tengo que subir.

—Pues no es nada barato—me giré hacia la antena a mis espaldas imaginando a un King Kong encaramado.

—Faltan los aviones de juguete dando vueltas alrededor del mono—dijo leyendo mis pensamientos.

—Todo Nueva York es una película—sorteé una docena de turistas y me coloqué en otro ángulo desde el que se apreciaba el puente de Brooklyn iluminado. Al cabo de un rato busqué al Negativo

pero no le encontré. Un poco nerviosa por mi futura y solitaria caminata nocturna hacia el albergue, tomé el ascensor.

Llegué a la siguiente semana como si hubiera corrido la Maratón de la ciudad. No había desperdiciado el domingo en descansar y me había pateado toda la zona central de Manhattan, incluyendo Times Square, Broadway, Central Station, Wall Street y la Quinta Avenida. Durante esos días demostré mis conocimientos sobre los campos de golf, los baños termales y las ampollas de los pies.

Samuel Perry hasta me felicitó por mi recién adquirida cultura deportiva haciéndome sentir increíblemente satisfecha por un trabajo ejecutado gracias únicamente a Internet y a Bill Gates.

Al Negativo solo le faltaba lanzarse a mi yugular para demostrar lo fastidiado que se encontraba. Así que cuando se acercó supe que no era para darme unas palmaditas en la espalda.

—Ese Perry me da mala espina—susurró.

Esperaba que su comentario fuera contra mí con lo cual tuve que reiniciarme y buscar otra respuesta que no tenía preparada.

—¿Por qué no te ha felicitado?— esa era la respuesta número tres ante un ataque.

—No seas tonta. Si tuvieras un poco de perspectiva, entenderías lo que digo.

—No te entendería ni en un millón de años— respuesta número siete.

Se desentendió de mí con la mano dejándome tranquila.

Mi compañera de cuarto se marchó dejándome sola y contenta. Los días pasaban rápidos y se convirtieron en semanas. Perry me dedicaba bastante tiempo y me di cuenta de mi ignorancia con respecto a la arquitectura, a pesar de mis dos años de experiencia laboral. Empezó a hacer un frío sobrehumano, los pingüinos del ártico no deberían pasarlo mucho peor. Y cuando quedaba

poco de Noviembre, nevó. Muy bucólico. Muy bucólico el primer día, el segundo comencé a odiar aquel manto blanco y deslizante. Como era previsible si Manhattan había mutado a una gran pista de patinaje artístico y yo de deportista no tenía un ápice, tuve que acabar resbalando. Resbalando y cayendo a un charco de agua marrón. Allí nadie me tendió una mano ni nadie me ayudó a levantarme como en Hermosa Beach. Mojada hasta la médula continué andando hacia el estudio con la cabeza situada a cuatro mil kilómetros de distancia.

En todo el día no pude borrar el recuerdo de Sean de mi mente y cuando Sandra me llamó para aparentemente ver que tal estaba y mencionar en último término que no pasara por delante de un kiosco, me lancé a la calle a por el primero que encontré. Cogí la revista de cotilleos más próxima y la ojeé. En la página quinta había un nuevo artículo sobre Sean. Verle otra vez aunque fuera en papel me hizo botar el estómago y los huevos revueltos del desayuno amenazaron con salir a flote. Según el titular se confirmaba el romance

que mantenían Sean Weller y Denise Daniels quienes trabajaban juntos en el rodaje de la película “Manhattan Beach” del desaparecido guionista Edward Dylan, autor de “Crazy Teenagers”, entre otras series. Se mostraban diferentes fotografías del rodaje y otro par de ellas de Sean y Denise besándose en la calle. Y no era un ensayo.

Traté de alegrarme de que al fin se mencionara el nombre de Edward y evité derramar ni una de las lágrimas que me amenazaban. Como dijo Sean, se estaba cumpliendo lo que Edward, él y nosotras habíamos soñado. Y era verdad.

Si la noticia no me dejó indiferente menos lo hizo Samuel Perry cuando se acercó a mi mesa.

—El sábado hay una exposición en el MOMA de arquitectura. Vamos a reunirnos muchos de los arquitectos más famosos. ¿Quieres venir?

Mi cara de alelada debió de ser significativa porque lanzó una carcajada de las que dejan el

tímpano temblando.

—¿Igual tienes otros planes?— inquirió divertido.

—No. Claro que no—salté rápidamente— ¿A qué hora?

—A las ocho te espero allí.

—¿Y el Negativo?

—¿Quién?— alzó una ceja.

Tonta.

—Me preguntaba si Mario también acudirá.

—Ahora se lo iba a comentar—se detuvo antes de marcharse—Ponte guapa, no sabes a quien podrás conocer.

Cuando debió de enterarse de la noticia, el Negativo apareció a mi lado.

—¿Vas a ir?— me preguntó como si se necesitara respuesta.

—Pues claro. Estará Norman Foster y si me da la mano será como si lo hiciera Bono en persona.

—Entonces tendré que asistir yo también—dijo con cara de fastidio.

—Por mí no lo hagas.

—Claro que es por ti—exclamó enfadado y se

largó con paso rápido.

Para el sábado me tuve que comprar un vestido bonito y dentro de presupuesto, cosas que no solían ir de la mano. No tuve ocasión para hablar con el Negativo de nuevo para que me explicara su extraña actitud pero me daba igual y me presenté delante del Museo de Artes Modernas de Nueva York temblando por el frío y por la falta de ropa. Había periodistas y fotógrafos y mucha gente bien vestida por todas partes.

Entré en el hall del Museo y localicé rápidamente al Negativo por ser la única persona de la sala que no hablaba con nadie. Me vio y se acercó. Me echó una discreta ojeada y señaló con el dedo.

—Ahí tienes a tu arquitecto—dijo.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Únicamente te estoy advirtiéndote. No me gusta nada ese tipo.

—No te tiene que gustar, tienes que trabajar para

él. No es lo mismo—Samuel se dio cuenta de nuestra presencia y comenzó a acercarse.

—¿Seguro que no es lo mismo? Yo creo que él piensa lo contrario—soltó el Negativo de carrerilla antes de que llegara a nuestro lado.

—Vaya, aquí os tengo—exclamó alegre—¿Queréis conocer a algunas personas?

Y nos hizo un recorrido por la crema y nata de la arquitectura mundial.

Cuando caminábamos buscando un taxi, pasadas las dos de la madrugada, el Negativo seguía ensimismado en su silencio. Habíamos saludado a arquitectos importantes, incluso algunos se habían interesado por nuestro trabajo o nuestras aspiraciones. Cualquiera de nuestro mundo de escuadra y cartabón habría matado con el compás por una oportunidad así y el Negativo callado, sin ninguna animosidad en su rostro.

—No ha sido tan malo, ¿no?— pregunté al final cansada de escuchar mis propios pensamientos.

—Ha sido una buena experiencia.

—Gracias a Dios, tienes sentimientos.

—Aunque no lo parezca, sé valorar lo que nos ha sucedido esta noche—silbó a un taxi que pasó de largo.

Bordeábamos el Central Park en dirección norte, arrastrando mis zapatos por el suelo resbaladizo.

—¿Por qué le tienes tanta manía a Samuel?— dije con un castaño de los dientes.

—Me gusta como arquitecto. Es colosal. Pero te tiene en su punto de mira.

—¡Venga ya! Si está casado y tiene hijos. Uno trabaja en el departamento comercial.

Se encogió de hombros.

—Dejémoslo. No vamos a llegar a ningún sitio.

Por fin un taxi se detuvo y el interior caliente me confortó.

—Mañana te enseñaré un poco más de Manhattan—dijo ante mi sorpresa y ya no volvió a hablar en todo el trayecto.

—Te dije que no pasaras por delante de ningún kiosco—me regañó Sandra.

—Eso es como invitarme urgentemente a ir a uno.

—No estuve muy hábil—un silencio—Bueno, hay que pensar que todo esto nos está viniendo hasta bien. Aquí no se habla de otra cosa que de la nueva película y de mi padre. No sé como resultará al final pero por ahora es un éxito. Y sobre la pareja de tortolitos no te preocupes, los romances en Hollywood duran muy poco... perdona, hablo sin pensar.

Cuando terminé de conversar con Sandra, subí a la habitación del Negativo. En su puerta tropecé con dos de los guineanos.

—Ey, hola. Tu chico está dentro—dijo uno al lado del cual yo era un simple pigmeo.

El Negativo sacó la cabeza.

—¿Qué quieres?— preguntó directo en inglés.

—Dar un paseo, me lo prometiste.

—¿Es que no te cansas nunca?

—Si quieres yo te acompaño—soltó uno de los guineanos.

—No sería mala idea—admití.

—Está bien—cedió el Negativo saliendo de su habitación—para que no se diga que faltó a mi palabra.

—Eres muy considerado.

El guineano me tocó en el hombro.

—Si alguna vez te cansas del rubio, sabes donde estoy—me susurró.

Asentí con una sonrisa y salí en pos de mi guía.

El puerto marítimo de South Street no parecía haber evolucionado desde el siglo XIX y contrastaba con los rascacielos del distrito financiero que crecían a sus espaldas. Caminamos por entre los antiguos edificios comerciales hasta llegar al muelle número 17 donde se encontraban amarrados varios veleros.

Me apoyé en la barandilla continuando con la vista el trazado del puente de Brooklyn.

—No sé como decírtelo—comentó el Negativo haciendo que me volviera hacia él. Su tono

pausado resultaba intrigante—pero tu ángel del infierno aparece en una revista auscultando a otra.

—Ah. Ya lo sé— retomé mi mirada al puente.

—¿No te importa?

—Si te dijera que no, mentiría pero ya no es de mi incumbencia.

—Así que yo tenía razón sobre él—dijo alegre.

—Anótate un tanto.

Se apoyó a mi lado.

—Disculpa, no quería parecer un cretino.

—Eres un cretino.

Se ríó y me quedé petrificada.

—¿Sabes reír?

—A veces me da por ahí. El cuerpo humano es imprevisible.

Ahora me hizo sonreír a mí.

—Al final no vas a ser un mal tipo.

—¿Quieres desahogarte sobre él?

—No—sentencié.

—¿Y si te invito a una copa?

—Acepto la invitación pero no me sacarás una palabra.

—No es mi intención.

A las once de la noche y después de media copa no quedaba absolutamente nada que no le hubiera contado al Negativo.

La mañana del lunes no empezó bien. A parte de tener un dolor insoportable de cabeza y una vergüenza que me consumía por cada palabra dicha de más, se juntaba a la combinación, mucho trabajo.

Para fastidiar al Negativo, Perry no se me acercó en todo el día ni me hizo alguna señal de macho cabrío en celo.

—Te pones muy graciosa cuando bebes—me comentó él en un breve descanso para tomar un refresco.

—¿A ti quién te ha adiestrado para interrogar?
¿La KGB?

—Venga, llevabas un gran peso encima. Reconoce que no te ha venido nada mal hablarlo con alguien.

—Sí pero una cosa es hablar y otra distinta,

hacer una disertación pormenorizada—me escondí detrás de la puerta de la nevera—Y... ¿qué opinas del asunto?

—¿Preguntas mi opinión?— se señaló incrédulo.

—¿A ti qué te parece? No se me hace fácil.

—No creo que quieras saber lo que pienso—me palmeó el hombro—Dejémoslo así.

Con ganas de matarle como siempre, cerré la nevera y me dirigí a mi puesto de trabajo.

Aparte de un par de reuniones interesantes, la semana siguió su curso sin incidentes. El viernes hizo su aparición estelar Samuel Perry. La gente se ponía a trabajar como posesos cuando él entraba por la puerta y dirigían la vista a la mesa o al suelo. Yo me quedé observando tratando de encontrar en él algo de lo que me advertía el Negativo. Mi mirada se encontró con la del arquitecto de lleno, tarde para tratar de disimular con un ataque de estrabismo. Sonrió y se acercó.

—Señorita Sanabria, ¿no trabaja?

—Hasta hace un minuto.

—Pues te propondré un plan más interesante. ¿Quieres acompañarme a una gala benéfica en la Biblioteca?

—¿Y..?

—¿El Negativo?— me interrumpió— Claro, coméntaselo. A las ocho.

Me puse nerviosa.

—Todavía no sé si tengo planes, ¿puedo contestarte más tarde?

Asintió y se marchó a hablar con su hijo. Cuando se hubo alejado lo suficiente me tapé los ojos con las manos y me los froté con saña.

—¿Qué te dije?— la cabeza del Negativo asomó detrás de la mampara que separaba las dos mesas de trabajo.

—Estás exagerando. Solo trata de ser agradable con nosotros.

—¿Y por qué demonios me llama el Negativo?

Agaché la cabeza y huí hacia el baño. Él me persiguió.

—¿Es por tu culpa? ¿Tú has...?— casi gritaba detrás de mí.

—Es un apodo gracioso—musité acorazándome tras la puerta del baño.

—Puede pero no para decírselo al jefe.

—Se me escapó, lo siento—sonó inverosímil hasta para mis oídos.

—Muchas gracias—se marchó enfadado dando una patada a una papelera que ni se movió.

Cuando me miré en el espejo del baño por primera vez me sentí mal por el Negativo. Debía pedirle disculpas verídicas pero saldría de la conversación escaldada.

Siguiendo las indicaciones de Laura, encontré una tienda escondida de vestidos de alquiler que aunque pudiera sonar horroroso para los compradores de la Quinta Avenida, para las que teníamos dos fiestas seguidas mientras realizábamos una beca, era una salvación. Así que me planté en las escaleras de acceso a la Biblioteca Nacional abandonada a mi suerte por el Negativo, vestida como si acudiera a este tipo de

fiestas cada dos semanas.

—¿Has venido sola?— me preguntó Samuel Perry asustándome.

—Creo que sí.

Me revisó de arriba abajo.

—Él se lo pierde—dijo con soltura—Me parece que te gustaría conocer a Norman, vamos a hablar con él.

—¿Foster?! ¿Voy a conocer a Norman Foster?

—Por supuesto y también a tu compatriota, Santiago.

¡Calatrava! Debía dejar de abrir la boca con tanta ligereza y meforcé a apretar los labios como si estuviera acostumbrada a codearme con los astros de la arquitectura. Al fin y al cabo, me había paseado de la mano de una estrella de Hollywood.

Samuel no se separó en ningún momento de mi lado y alabó antes sus colegas mis virtudes. Algunas que desconocía por completo.

—Estoy pensando en incrementar mi plantilla—comentó despreocupado un momento antes Ellias Clark, arquitecto especializado en museos.

Entendí que la noticia iba para mí cuando me

guiñó un ojo.

—No te vas a arrepentir, muchacha—corroboró Ellias—Con este hombre vas a triunfar.

Por la cabeza me empezaron a surcar imágenes de mi yo futuro trabajando enfrente del Empire State y tratando con los grandes.

—¿Te acerco al hotel?— me preguntó Samuel despertándome.

Hotel, dice.

—No gracias, cogeré un taxi.

—Está bien pero antes me gustaría hablar contigo a propósito de lo que comenté hace un rato —me asió del brazo y me guió hacia una sala contigua, de reducidas dimensiones. La luz tenue subía hasta un techo alto con un magnífico fresco dibujado en él.

—Vaya, esto es precioso—dije con el sexto sentido mandando señales de alarma.

—Es mi rincón favorito de la Biblioteca—me indicó que me sentara en un banco tallado y él lo hizo a mi lado—Te parecerá extraño—comenzó a hablar con la vista fija en el mármol del suelo—pero creo que hay cierta conexión entre nosotros.

Realmente aportas unas ideas muy frescas y naturales. No es necesario que te diga que hay cientos de arquitectos en el mundo pero solo unos elegidos serán famosos. No son los mejores pero estuvieron en el lugar y momento adecuado, como se suele decir—tomó aire y se aproximó imperceptiblemente a mí en el banco—Esta es tu oportunidad. Ahora mismo estás en el lugar y el momento adecuado. Puedo hacerte pasar de la mediocridad al estrellato. Puede que con el tiempo tu nombre se conozca y que brille por si solo—no podía interrumpirle, a pesar de las señales de SOS, lo que decía me atraía. Estaba escuchando las palabras que siempre había soñado y que no saldrían de la boca de mi antiguo jefe—Miriam, puedo intentar lanzarte, puedo intentar que lo que he dicho no quede en la nada pero tienes que pensar en que puedes hacer tú por mí.

Me pitaron los oídos. Sin apenas haberme dado cuenta con el embelesamiento que me había producido su disertación, le tenía junto a mí. Su mano morena se había apoyado con delicadeza sobre la que yo mantenía sobre mis rodillas y

comenzó a deslizarse por mi brazo. Con un respingo me levanté.

—Estoy muy agradecida por tus palabras pero me tengo que ir.

—Eres una chica lista. Sabes lo que te conviene y sabes que no deberías cruzar esa puerta.

Una puerta que quedaba extremadamente lejos.

—Si fuera lista no estaría metida en esta situación. Buenas noches—y me deslicé hacia la salida sin parecer querer escapar. Un error. Él no tenía nada que fingir y con dos pasos rápidos se situó delante de la puerta. Me agarró del brazo sin ninguna suavidad y me empujó contra la pared.

—No quiero que te vayas a ninguna parte. Te he ofrecido lo que sueñas, ¿por qué no colaboras algo?

—Por favor, suéltame—dije con la voz más autoritaria que pude conseguir en una situación así.

Por toda respuesta, apretó sus labios a los míos con fuerza mientras sus manos dejaron de sujetar mis brazos y se deslizaron hacia la cadera. Traté de zafarme pero no podía. La sola idea de lo que iba a suceder me lleno de pánico y el miedo me

impulsó a pensar en medidas alternativas. Intenté gritar pero era imposible con su boca pegada a la mía. Una de sus mano, me agarró del cuello.

—Ni se te ocurra intentar nada. Puedes hacer que esto sea bueno para los dos o solo para uno, está en tus manos.

Unos pasos que se acercaban a la puerta, le pusieron en guardia y se separó. La puerta se abrió chirriando y entraron dos guardias de seguridad.

—Disculpe señor, hacemos una ronda—comentaron azorados viendo la situación.

—Yo, ya me iba—salté y me escabullí entre ellos sin ni siquiera mirar hacia atrás. Corrí como jamás lo había hecho, olvidando mi abrigo, el frío y las ampollas de los pies. Corrí hasta salir de la Biblioteca, hasta cercar el Central Park y hasta que encontré un taxi. Una vez dentro me encontré temblando y a punto de echarme a llorar.

Como una exhalación entré en el albergué, subí a la quinta planta y aporreé la puerta del Negativo. Al escuchar unos pasos, caí en la cuenta de lo estúpido que resultaría todo para él. Diría que era una tonta, que me estaba bien empleado y que

debería haberle hecho caso. Al fin y al cabo, ni siquiera éramos amigos.

A punto de volver sobre mis pasos, la puerta se abrió y un pelo revuelto rubio bajo el cual se intuían dos ojos claros, se asomó.

—¿Qué es lo que haces aquí?— preguntó con un tono preocupado en vez de enfadado.

—La verdad es que no lo sé— contesté en un murmullo. Las imágenes de Samuel pegado a mí me dieron ganas de vomitar.

—¿Estás borracha?— salió del dormitorio por completo y me contempló con ojos escépticos.

Negué con la cabeza.

—Me voy a mi habitación— resolví— Siento haberte despertado.

—Pasa, los guineanos han salido de juerga.

—Está bien— me colé en el dormitorio rápidamente y observé el desorden que acaparaba los escasos muebles.

—¿Qué es lo que ha pasado?— preguntó obligándome a sentarme en la cama. Sus ojos se quedaron fijos en los míos tratando de ver más allá de mis palabras.— ¿Qué es lo que te ha hecho?

—He hablado con Norman Foster y con Santiago Calatrava quien me manda saludos para tu padre, dice que le conoce desde hace mucho—dije desenvuelta a la vez que esbozaba una sonrisa sacada de algún lugar inventado.

—Sí, ya lo sé. Y...

—Y...— me vi incapaz de mencionar el nombre de Samuely me habló de contratarme indefinidamente...

—¿Perry?

—“Miriam, puedo intentar lanzarte, puedo intentar que lo que he dicho no quede en la nada pero tienes que pensar en que puedes hacer tú por mí...”— dije recordando y escondí mi cara detrás de la mano.

—Será cabrón—murmuró él— ¿Intentó algo?

—Claro. Tengo el cartel de estúpida gravado en la frente.

—Pero, ¿estás bien?... Físicamente, me refiero— me habló con la mano apoyada en mi brazo y su tacto cálido me alivió.

—Podría estar peor de no haber entrado unos guardias. ¡Soy una idiota! Pero no pensé que todo

fuera tan lejos.

—No voy a decir que ya te lo dije.

—Eres muy considerado—esboqué una sonrisa separando ligeramente mis manos de la cara—
¿Siempre aciertas?

—Generalmente en lo malo por eso me conocen con el apodo del Negativo.

—Quería pedirte perdón por eso pero nunca me has dado pie a conocerte mejor—volví a hundir la cabeza entre mis mano— ¡Dios mío! ¡Soy tonta!

—Y él un gilipollas pero ni se te pase por la cabeza la idea de abandonar.

—¿Cómo?

—Termina la beca y regresa a Los Ángeles con la cabeza bien alta, experiencia y un buen currículum.

Le miré.

—¿Y si vuelve a las andadas?

—Tendrá que intentar un trío con los dos porque no pienso dejarte sola un instante. Además, le denunciaremos.

Hinché los pulmones desolada.

—¿Te podría pedir un favor?

—Claro.

—¿Me abrazarías?

—¿Por cuánto?

Mi mirada debió de ser lo suficientemente suplicante para que cediera y se acercó. Sin esperar, le eché los brazos alrededor del cuello y hundí la cabeza en su hombro. Si ya era todo lo suficientemente humillante, no debía dejarle además verme llorar.

—No me mojes el pijama—me previno pero me estrechó con fuerza—Venga, tranquila. Lloro si quieres pero ese individuo no se lo merece. Mejor le vendría una patada en los huevos.

—La próxima vez—sollocé.

Me palmeó la espalda. Me di cuenta que no me importaba en absoluto estar abrazada al chico antes conocido como el Negativo, como diría Prince, ni mostrarme como una cría asustada, evidentemente tampoco me preocupaba dejarle el pijama empapado, no solo eso sino que aquel constituía uno de los momentos en los que mejor me sentía desde hacía meses.

Me separé y le miré. No esquivó mi mirada. Aún

mantenía sus brazos entorno a mi espalda. Por un segundo mi mente se liberó de elementos ajenos, de frustraciones y de miedos, con su iris azul queriendo expresar algo.

Se hizo un silencio nervioso que yo no deseaba romper y que tuvo que hacer él.

—Vamos a tomar algo—y soltándome fue al baño a vestirse.

Manhattan relucía como el gran árbol de Navidad del Rockefeller Center. Las luces de Times Square nos volvieron a cegar. La voz de Frank Sinatra cantando a la ciudad que nunca dormía acompañaba en el subconsciente. Me subí el cuello del abrigo prestado por el Neg... por Mario. Nos atizaban dos míseros grados centígrados con sensación térmica de menos cien.

Callejeábamos sin rumbo, evitando las calles despobladas que empezaban a crecer por momentos. Marcaban las tres y media de la madrugada cuando finalmente nos sentamos en un banco en Central Park enfrente del grandioso hotel Waldorf Astoria. Una limusina se detuvo delante y bajó una pareja elegantemente vestidos. Podrían

regresar perfectamente de la gala de la Biblioteca.
Me dio un escalofrío.

Mario me pasó un brazo por los hombros notándolo.

—¿Buscamos alguna cafetería abierta con café acuoso?— preguntó mirándome.

—Prefiero tomar el aire.

—Lo entendería si fuera verano. ¿Vamos al cine?

—No me gusta demasiado.

—Bueno, en algo coincidimos.

Se me hacía extraño escuchar tantas palabras seguidas de Mario.

—¿Por qué eres tan antipático?— pregunté arrepintiéndome al microsegundo.

Se quedó un poco descolocado.

—Lo siento...— intenté decir.

—No pasa nada. Tienes razón. Me he dado cuenta de que me he portado mal contigo.

—¿Por qué te caigo mal?

Esbozó una sonrisa.

—Eso no es verdad.

—Claro que sí pero con la gente del máster te comportabas parcialmente normal.

Se rió.

—¿Parcialmente?

—Sé que les conoces desde hace más tiempo y que yo he sido una intrusa en vuestro selecto grupo pero nunca creo haberme portado mal con nadie. ¿O sí lo he hecho? Si es así, no era mi intención.

Apoyó los codos en las rodillas juntando las manos debajo del mentón.

—Antes de que sigas elucubrando te contaré una historia que no te interesa lo más mínimo pero lo haré de todas formas. Mi padre siempre quiso viajar y desarrollar su carrera en Estados Unidos. Soñaba con tener su propio estudio de arquitectura en cualquier ciudad importante de este país. Pero conoció a mi madre y se quedó a vivir en España. Frustrando su sueño y culpando a mi madre de ello. Al principio se lo recriminó en silencio y más tarde a voz en grito. Tuvo que morir mi madre para que se liberara de sus “cruelles” ataduras y pudiera volar como un pajarillo hacia su ansiado destino. Si mi padre pudiera volver sobre sus pasos, jamás dejaría que nadie se interpusiera entre él y sus sueños.

Miré su perfil a contraluz. Me parecía imposible que tuviera al lado a la misma persona que poco tiempo atrás detestaba con ganas.

—Y supongo que tú piensas como él—murmuré.

—Debe ser genético.

—O muchos años de lavado de cerebro.

Se giró bruscamente hacia mí.

—Tengo muy claros mis objetivos. Y entre ellos y el presente no hay ninguna variable posible.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo...?— detuve mi pregunta y le miré. Esquivó mi mirada dirigiéndola al frente—Pero yo no...

Me quedé callada.

—Yo llevaba aquí diez años—susurró él como si hablara consigo mismo—y tuviste que llegar tú. Conozco a los del grupo desde el principio de la carrera y sé que trabajan bien pero tú eras una incógnita a eludir. Encima, cabezota hasta la saciedad, por más borde que yo me portara, más te crecías. Y en un momento indeterminado dejé de desear que te largaras a otro grupo... Pero, ¿cómo competir con un motero desaliñado?— me lanzó un vistazo rápido— ¿Sabes lo difícil que es tratar

de ignorarte?

Me mantuve callada. Un reloj marcó las cuatro en algún lugar alejado.

—Es hora de volver al albergue—dijo él levantándose.

Le imité y continuamos en silencio todo el camino.

Cuando me encontré en mi solitaria habitación, todas las emociones que había ido conteniendo se me volcaron encima y empecé a llorar con verdadera angustia. ¿Qué había hecho mal con Sean? ¿En qué me había equivocado con Perry?

Llamaron a la puerta y encontré a Mario apoyado en el marco.

—Era incapaz de dormir pensando que en estado de shock podrías cometer cualquier locura.

—Estaba dudando entre pisar descalza el baño común o comerme una chocolatina caducada—dije aún sollozando.

—Entonces he venido en buen momento—me estrechó contra él y aplasté la cara contra su pecho—Cuidado que este pijama está seco.

Levanté la mirada y encontré la suya, azul,

cristalina, sin ningún rastro de indiferencia, solo de preocupación oculta tras una leve sonrisa. Aparté los ojos de su boca, azorada y los desplazé de nuevo a su iris. Ahora fue él que deslizó su vista hacia la mía. Se acercó, sus manos se mantenían alrededor de mi espalda y me apretaron contra él. Sus labios se posaron sobre los míos unos segundos que parecieron minutos. Luego se separó.

—Lo siento, me lo has puesto en bandeja— susurró.

Me sentía descolocada por la situación.

—Has dicho que soy una variable a evitar.

—Ya es tarde para eso.

No podía apartar la vista de sus ojos. Estaba confundida. Mi mente oscilaba entre las imágenes de los buenos tiempos con Sean a la situación actual con Mario, tan próximo, tan posible, tan real.

—No sé que decir— musité nerviosa.

Él quitó las manos de mi espalda y con el dorso de una de ellas me acarició la mejilla. Una descarga dolorosa me hizo dar un paso hacia

atrás. Aquel era el último recuerdo de Sean, su roce en mi cara.

—Cuando te desenamores del señor Hollywood sabes donde estoy—sonrió y anduvo hacia la puerta pero se detuvo con el pomo en la mano—
¿Estarás bien?

Una voz interior no cesaba en insultarme. Abrázate a él y no le sueltes, so tonta. ¿Qué más necesitas? ¿Una Harley?

Agaché la cabeza y observé mis zapatos.

—Claro—acerté a decir.

—No esperaba menos de ti—y se marchó.

El lunes representaba para mí enfrentarme al dragón sin espada ni tirachinas. Encontrarme con Samuel Perry iba a ser una de las cosas más difíciles con las que me había topado. Al llegar al vestíbulo de los ascensores, Mario me asió fuerte de la mano que no me soltó hasta que llegamos a nuestros respectivos puestos de trabajo.

—Venga, ámate—me susurró desde la

mampara que separaba las mesas—Nada puede ser peor que el beso del otro día.

Pese a mi nerviosismo me encontré sonriendo.

Perry no hizo su aparición hasta el miércoles por la tarde. Para entonces el jefe del proyecto, Ford nos hizo una singular proposición. Quería prolongar nuestra estancia hasta febrero. Según él debía hablarlo con Samuel pero no creía que le pusiera muchos impedimentos porque estaba contento con nuestro trabajo. Pobre infeliz. Le iban a dar una patada en el trasero por semejante idea.

—Si todo sale como espero, recibiríais un pequeño sueldo y os abonaríamos lo que lleváis gastado en el hotel—dijo sonriente.

—Deberíamos haber ido al Plaza—murmuré hacia Mario.

—Eres una visionaria—se giró hacia Ford—Si Perry está de acuerdo, será un honor quedarnos un rato más por aquí.

Le miré perpleja. Yo contaba los días que me quedaban para marcharme de aquel infierno.

—Tranquila—me cuchicheó Mario una vez Ford hubo desaparecido—No nos van a prolongar ni las

gracias pero tenemos que quedar bien con todo el mundo. Nunca sabes con quien vas a topar en el futuro.

Y cuando la tranquilidad parecía haberse instaurado, Perry abrió la puerta de su despacho. Nevaba aquella tarde del miércoles y me encontraba absorta en los esponjosos copos de nieve. Vi el reflejo del arquitecto en el cristal y se me erizaron los pelos del cuello. Antes de que tuviera tiempo de mandar alguna orden al cerebro como cavar un hoyo y meter la cabeza en él, Mario se levantó y caminando con pasos rápidos se situó a su altura. Escuché un “¿Podemos hablar?” y de nuevo se cerró la puerta con ambos detrás.

El tiempo pasó lento y los copos de nieve se convirtieron en lluvia. Mario no salía del despacho y comenzaron a darme ganas de hacer una aparición heroica ante ellos pateando la puerta. Al final, pasada media hora según el reloj, Mario apareció en el mundo exterior sin rasguño alguno. Me guiñó un ojo y fue a llamar a Ford quien ocupó el puesto de Mario dentro del despacho.

—Cosas buenas y cosas malas, ¿qué quieres escuchar primero?— me preguntó él en cuanto estuvo a mi lado.

Respondí con el corazón encogido.

—Las buenas.

—Perry te dejará tranquila si tú haces lo mismo con él. Ni policía, aunque tu padre sea comisario, ni nada de nada.

—Mi padre es pediatra.

—Eso él no lo sabe. Segundo, se va a Europa un mes. Respirarás oxígeno ese tiempo y por último, el plan de Ford le parece bien y será este último quien mantenga el contacto directo con nosotros. Ni un saludo hasta febrero, ni una mala palabra hasta que se muera. Eso sí, nunca ha pasado nada. Todo ha sido un error que malinterpretasteis ambos.

Resoplé. Mario como negociador sería un fuera de serie.

—Cosas malas—casi rogué.

—Mmm, no sé si podrás soportar oírlo.

—Por favor—pedí con el alma en vilo.

Se apoyó en mi mesa y acercó su cara a la mía

con secretismo.

—Tendrás que aguantar al Negativo cerca por más tiempo del esperado.

—¿Solo eso?— exclamé gritando.

—¿Te parece poco?

Le abracé sin piedad pese a las miradas indiscretas de los compañeros. Repetí la palabra gracias durante todo el día, toda la semana y todo el mes hasta que me amenazó con cortarme la lengua y le hice caso.

Diciembre podría haberse hecho difícil sin algún familiar cercano en plenas fechas Navideñas pero no ocurrió así. Nueva York era una tarjeta de Navidad hecha realidad. Papás Noeles por doquier como Marilyn en Los Ángeles, adornos, luces, paquetes envueltos con mil lazos...

Con la webcam del estudio pude felicitar a mi familia antes de su cena de Nochebuena y a Sandra con tres horas de antelación.

Se escabulló el día veinticinco con un kilo de

más, un pequeño aguinaldo que nos gastamos en cenar y una bola de cristal con un Manhattan pequeño dentro sobre el que caían los espesos copos de nieve que no dejaban de sorprenderme.

—Gracias—dije por última vez en ese mes a Mario—Es precioso.

Le regalé un libro en español para que rememorara como se escribía en esta lengua y “La sombra del viento” se convirtió en la mejor novela que se había leído en tres días.

Nochevieja volvió a Times Square más loca que de costumbre si eso era posible. La plaza la abarrotaba gente multicultural, multirracial y multirra. Pese a que “esas fechas obligaban a sentirse feliz aunque no lo estuvieses” según el catedrático Mario, se vio sometido a acompañarme, más que nada para evitar posibles remordimientos por si me encontraban al día siguiente sin un riñón o devorada por los cocodrilos de las cloacas.

Cuando empezó la cuenta atrás con un paquete de pasas en la mano en vez de uvas y una botella de cava de procedencia desconocida o más bien

alienígena en el cuerpo, Mario me pasó un brazo por encima de los hombros y sonrió.

—Creo que es mi mejor Nochevieja—y se tragó de una sola vez doce pasas.

¡Feliz año nuevo! El griterío fue ensordecedor. La gente se abrazaba, reía, lanzaba serpentinas a nuestro alrededor aplastándonos contra el escaparate de una tienda de juguetes. Sin poder evitarlo y supuestamente ayudada por el alcohol, le besé. Le besé con ganas y él respondió de la misma forma. Tratamos de escapar de la muchedumbre pero era luchar a contracorriente. Desistimos después de varios codazos, empujones y blasfemias. Su mano acarició mi cara como ya había hecho en mi dormitorio pero esta vez no di un paso hacia atrás. Mi mente no se perdía entre las palmeras de Los Ángeles sino en unos ojos azules en Manhattan.

—¿Y el ángel de infierno?— preguntó a mi oído.

—No sé de quien me hablas—respondí con alegría.

Él esbozó una sonrisa amplia y agarrándome fuertemente de la mano me arrastró por la multitud

que ya iba abandonando la plaza, en dirección a Central Park. Como cabía esperar no pasaba ningún taxi disponible y nos obligamos a andar bordeando el parque hacia el albergue.

A nuestra izquierda íbamos dejando atrás muchos de los edificios históricos más representativos de Nueva York. El portal número 55 de Central Park West cobijaba más de un espectro desagradable para los “Cazafantasmas”; El edificio Dakota recordaba el asesinato en sus escaleras de John Lennon y El Dorado, con sus dos torres gemelas estilo Art decó. Después de más de una hora caminando sin descanso gracias al frío acuciante, entramos en la recepción del albergue. El gentío de Times Square parecía haberse trasladado a aquel lugar. Mario y yo nos miramos desesperanzados. Entre la música y los gritos no escuché lo que me decía así que me arrastró de la mano escaleras arriba hacia mi dormitorio. Con la puerta cerrada aún se escuchaba el alboroto como si estuviéramos sumergidos dentro.

Apoyé la espalda en la puerta y me dejé caer hasta que me quedé sentada en el suelo.

—Estoy agotada—dije.

Sonrió mientras trataba de levantarme tirando de mis manos.

—¡Cómo pesas!— gimió.

—Qué galante—farfullé y dejé de oponer resistencia quedándome a su altura.

De pronto, una imagen me traspasó impidiendo que tomara aire. Las casas pequeñas de Hermosa Beach se alineaban delante de la playa, llovía a cántaros pero no importaba porque él estaba conmigo cogiendo mis manos.

—¿Estás bien?— preguntó Mario preocupado agitándome levemente.

Volví a la realidad. Pasé la vista de la expresión interrogante de Mario a nuestras manos que se mantenían unidas.

—Entiendo—dijo él con un matiz de decepción en la voz y me soltó.

—No, no—rogué y le abracé— No te vayas.

Casi asfixiado buscó mi mirada.

—No pienso irme a ningún lado pero no puedo entender porqué sigue él en tu cabeza si se portó como un cerdo. ¿Es que te gusta que te traten mal?

Aquello me hizo daño y los ojos se me llenaron de lágrimas. Me alzó el mentón y su boca se acercó a la mía.

—Lo siento. Ese tío me cabrea—me observó con detenimiento. Sus ojos se escaparon de los míos y se deslizaron hacia mis labios.

—Prométeme que cuando tengas que volver a España no me pedirás que vuelva contigo—dijo tan cerca que con solo inspirar fuerte, me hubiera pegado a él—Porque si lo haces, te seguiré.

—No pienso cruzarme en tu camino.

—No me llames después de esta cita, ¿vale?—sonrió.

—Ni siquiera tengo tu teléfono además, ¿quién me dice que quiera que haya una nueva cita?

Nos besamos con ganas, con ansia. En un momento no hubo piel suficiente para cubrir con los labios por culpa de tanta ropa y tuvimos que quitárnosla.

Para Reyes e infringiendo todas las leyes, me

llegó embutido de contrabando. Di las gracias mil veces a mis padres y al pobre cerdo, mientras aspiraba el aroma. Eso nos dio fuerzas para pelearnos con el crudo invierno a bofetadas y para trabajar al ritmo frenético que se había impuesto en cuanto empezó el nuevo año.

Durante ese mes, casi vivimos para trabajar pero como nos pagaban no nos podíamos quejar. Era un máster remunerado.

Supongo que tanto Mario como yo sabíamos que lo que hubiera habido entre nosotros en Manhattan, cuando tomáramos el avión se quedaría allí, entre los edificios de la ciudad que nunca duerme. Y así fue.

Pisé el suelo de la soleada California un día gris. Las nubes oscuras amenazaban con estropear las vacaciones de cualquier turista desde el primer al último día pero esperaba que al menos conmigo hicieran una excepción... ¿otra vez las mismas palabras? El jet—lag o algún trastorno más grave

hacia mella en mí cada vez que tomaba un avión.

Una Sandra sentimental nos recogió en el aeropuerto. Se lanzó a mi cuello sin ningún pudor y me dio besos hasta desgastarme la cara. Luego se volvió hacia Mario.

—Ah, hola.

—Gracias por el transporte—dijo él agradable.

—¿Te han abducido los extraterrestres en la Gran Manzana?— soltó Sandra y me echó una ojeada rápida— ¿O ha sido nuestra amiga?

—Venga, mujer—la tomé del brazo y caminamos hacia el Chevrolet verde modelo Edad Media que esperaba mal aparcado—Aquí nada parece haber cambiado.

—Bueno aquí donde me ves—se señaló a sí misma—ahora soy una acaudalada heredera de todos los derechos de autor de mi padre. Incluida, claro está, “Manhattan Beach”.

Se tapó la boca en el momento de pronunciar la última palabra.

—Lo siento cariño—se excusó arrepentida—No quería remover la basura.

—No pasa nada—le guiñé un ojo a Mario y nos

sentamos en el coche.

A aquellas horas del mediodía el termómetro marcaba sesenta y seis grados Fahrenheit para los americanos y diecinueve para mí. Una maravilla de invierno sobre todo para los que veníamos del ártico.

A pesar de que Sandra quería lanzarle en marcha del vehículo, acercamos a Mario a la Avenida Montana que pertenecía a Santa Mónica. Se apeó delante de un chalet de dos plantas al igual que todos los que nos rodeaban.

—¿Vive aquí y os empotráis el grupo entero de cerebritos en mi casa?— saltó Sandra mirándome.

—De vivir aquí, créeme que no querrías pasar más tiempo del necesario—dijo él metiendo la cabeza por la ventana abierta—Tened buen día y Miriam, te veo el lunes en clase.

Bajo la persistente visión periférica de Sandra, le sonreí despidiéndome con la mano.

—Me tienes que contar muchas cosas—murmuró Sandra en cuanto pisó el acelerador.

—Ya lo creo y si quieres, empiezo ahora mismo.

Asintió con la cabeza repetidamente

asemejándose a los perros de juguete que van en el asiento trasero de un coche y respirando hondo, destripé los tres meses que había pasado en Nueva York.

Welcome to where time stands still. No one leaves and no one will. Moon is full, never seems to change...[T]

Mi despertador dándome una extraña bienvenida, Naranjito dormido sobre su mesa, la misma colcha, los estores dejando entrar la luz del sol. Realmente parecía que el tiempo se hubiera detenido en Los Ángeles.

Sandra había conseguido mantenerse callada durante mi descripción pormenorizada de la estancia en la Gran Manzana. Lo único para lo que intercaló un par de palabras soeces fue para insultar a Samuel Perry. El resto debió de parecerle mundano y cotidiano.

Ese sábado por la noche tuve fiesta sorpresa de bienvenida de los Hilfiger. Bueno, se trataba de

una sorpresa hasta que Sandra me dijo que era una sorpresa. Fue agradable verlos de nuevo, exactamente igual a como los dejé. Alison y Billy seguían juntos y entre Kelly y Michael no se había producido ningún tipo de acercamiento bilateral.

Cuando por fin pude cerrar los ojos en mi dormitorio, nadie se daba cuenta que yo tenía un desfase horario de tres horas más, me embargó el deseo de encontrarme de nuevo en el bullicio de Nueva York. Me daba la sensación de que ya no pertenecía a Manhattan Beach, ¿qué pasaría cuando pusiera un pie en Madrid? Faltaba un escaso mes y medio.

De repente me di cuenta de que no había tachado ni comenzado ningún objetivo desde hacía siglos. Ni siquiera me acordaba cual era el que debía cumplir. Saqué mi libreta. Estaba en el duodécimo, conocer a algún arquitecto importante. Podría decirse que sí. Había topado con unos cuantos y conocer... conocía a uno demasiado. Algo para olvidar. Con ganas de vomitar, lo taché.

Duodécimo objetivo: Conseguido.

Decimotercer objetivo: Aprobar el máster.

LA presencia que pululaba por mi habitación “que no era más que un trastorno del cerebro por la necesidad de compañía” según el a veces psicólogo Mario Tornos, no dio ninguna muestra de seguir por allí y o Mario tenía razón o Edward Dylan ya había cumplido su objetivo personal: “que la pesada que duerme en mi estudio encuentre mi guión, lo acabe y se convierta en película”.

Empezar las clases fue otro varapalo a la sensación de irrealidad. Por la beca, teníamos parte del máster aprobado. Para el resto aún quedaba mucho que trabajar.

Tomamos Villa Tranquilidad de nuevo como centro de operaciones, Sandra volvió a echar el grito al cielo y otra vez la convencí. Todo en su tónica habitual.

La temperatura por la noche bajaba a los siete grados y no hubiera estado de más un poco de

calefacción pero con el pijama gordo que me había comprado en Nueva York, la situación mejoró. A pesar de ello, la única diferencia entre la indumentaria de una Sandra veraniega y otra a pocos grados sobre cero, consistía en una bufanda.

Con unos escasos veintiocho días, febrero pasó volando y me encontré sumergida en la recta final. Teníamos quince días para convencer al profesor Li de que merecíamos no solo aprobar el máster sino que hacerlo con muy buena nota.

Mi madre me había encontrado un billete de vuelta bastante económico y una sensación muy extraña se adueñó de mí de tal forma que no pude seguir hablando con mi madre y colgué. Hubiera resultado un poco infantil gritar que no quería regresar con ellos, que quería quedarme en el Nuevo Mundo y seguir disfrutando del sueño americano.

El sueño se convirtió en pesadilla cuando Sandra me advirtió que no me asomara a la

ventana. Por una vez la hice caso y me mantuve alejada de ella con miedo.

—¿Qué es lo que pasa?— pregunté atemorizada
— ¿Un terremoto?

—Depende de para quien—dijo ella con la nariz pegada al cristal del ventanal—Están rodando en la calle. Es para nuestra película.

Con ganas de atravesar la ventana a lo superheroína y situarme en el paseo, me senté aferrándome a un cojín.

—En el guión no había ninguna escena fuera de la habitación—gemí.

—Cambiaron algunas cosas.

—¿Está ahí fuera... él?— inquirí con una voz temblorosa que no reconocí como mía.

—No. Solo ella—se volvió hacia mí— Venga, nos vamos de compras.

Me agarró del brazo levantándome del sillón.

—Tengo que trabajar—me quejé.

—No creo que tu ordenador te eche en falta por un par de horas—me miró desde la puerta—Por más rara que seas conoces Rodeo Drive, ¿no?

Asentí repetidamente.

—Pues yo invito a la primera ronda—salió a la calle y la seguí como un perrito faldero.

Con un par de trapitos comprados en Rodeo Drive por los que mi hermana mataría sin dudarlo y con la autoestima a pesar de ello por los suelos, no me podía concentrar demasiado bien. La Ceremonia de los Oscars había colapsado la ciudad y con tanto movimiento de estrellas terrenales, resultaba imposible olvidar el celuloide.

—¿Algún problema?— me preguntó Mario desde el otro lado de la mesa del salón de nuestra casa.

Llevábamos bastante tiempo desarrollando un proyecto y en un segundo que me evadí, mi mente fue a parar donde no debía.

—Lo siento—me excusé.

—No importa pero ahora necesitamos las neuronas de todos trabajando al unísono—dijo él con ceño fruncido.

El cambio en el antiguo Negativo no había pillado por sorpresa al resto del grupo. Como Laura me comentó, Mario era prácticamente normal hasta que yo aparecí.

—Siempre ha sido un poco reservado pero es un buen tío. Martha estuvo saliendo con él el segundo año de carrera. Duraron un mes escaso, lo que ella tardó en pedirle que vivieran juntos. ¿Te puedes creer que metedura de pata? Claro que Martha siempre ha sido muy exagerada—Laura había sonreído al recordarlo— ¿Qué pasó entre vosotros en la ciudad?

—Creo que aclaramos nuestros puntos de vista.

—Y no me piensas contar más... ¿no?

—Correcto—afirmé con rotundidad.

—Cuando aprobemos el máster y nos den la mejor puntuación que se haya obtenido desde el último partido de los Lakers, invitaré a unas copas y según me han comentado, bajo los efectos del alcohol eres un libro abierto.

Perfecto. El Negativo se la iba a ganar.

Los últimos exámenes escritos fueron duros, los orales imposibles y al menos los proyectos los

entregamos en su fecha correcta. Cruzamos los dedos, tocamos madera y algún otro rito japonés que nos enseñó Hiroto por si acaso. Y a esperar.

Justo cuando acababa de comprar el billete de vuelta por Internet, sonó mi móvil.

—Miriam, soy el Negativo—era la primera vez que escuchaba su voz por teléfono.

—En Nueva York dijiste que no me llamarías para una segunda cita.

—¿Quién ha dicho que quiero otra cita, creída?

—Bromeaba.

—Ya. Bueno, iba a decirte que tienes una entrevista de trabajo—anunció monocorde.

—¿Yo?

—No, yo. ¿Por qué crees que te llamo a ti?

—¡Dios! Eres aún más borde por teléfono—silencio al otro lado de la línea—Vale, se me ha pasado la tontería. ¿Dónde es la entrevista? Y, ¿por qué yo?

—Porque tienes buenas referencias.

—¿Qué referencias?

—Mías. ¿No es suficiente?

El estudio de arquitectura para el que iba a realizar la entrevista se encontraba en Wilshire Boulevard en pleno centro de Los Ángeles. Un edificio alto negro remarcado en blanco visible desde toda la ciudad.

Me sorprendió encontrarme a Mario en la recepción de la planta treinta.

—¿Vienes a darme ánimos?

—La verdad es que no. Vengo a saludar a mi padre.

—¿Tu padre trabaja aquí...?— empecé a comprender— ¿Le has obligado a hacerme una entrevista?

Rió.

—¿Obligarle? Ni aunque estuviera mi vida en juego. En serio, quiere a alguien del máster con un buen curriculum y creo que eres la más indicada.

—Objetivamente.

—Objetivamente.

Una mujer joven me indicó que la siguiera y entré en el despacho de Mario Tornos padre.

Que fuera la enchufada del hijo no significaba que el puesto volara hacia mí, me hizo saber el padre. Algo obvio cuando me encontré a la salida a al menos cinco estudiantes de mi mismo máster. Nos saludamos con recelo y salí del edificio.

La sola idea de quedarme a trabajar en Los Ángeles se escapaba de mis objetivos. Era simplemente un sueño.

—¿Cuando ganes dinero te podré cobrar alquiler?— preguntó Sandra caritativa.

—Entonces, igual me voy—bromeé— Sandra, eres rica.

Asintió alegre.

—Aún no me hago la idea de no tener que preocuparme en exceso de lo que gasto. Había pensado en dejar mi trabajo en la tienda pero se me da muy bien y podría caer en el aburrimiento

severo. Eso sí, he pasado de dependienta tipo C a tipo D.

Alcé las cejas. Puso la misma cara que cuando le pregunté si Orlando Bloom era algún amigo suyo.

—Dependienta tipo A—se obligó a contestar—Curra mucho, se come los marrones. Generalmente es fea y está en sección de zapatería. Tipo B: normalita, en la zona de ropa común. No intimida a las compradoras. Tipo C: tía buena. En lencería. Los maridos compran por doquier. Y tipo D: yo. La dueña.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes, me he comprado la tienda. Perdón, boutique Alexandra Dylan. O sea yo. ¿A qué suena bien?

La abracé.

—Me pregunto que es lo que tiene que fallar ahora—dijo de repente—Todo nos va demasiado bien.

—Es nuestro momento, Sandra. Disfrutémoslo.

Aquel sábado, vomitamos con tantas vueltas en la montaña rusa de la playa de Santa Mónica, viendo caer el sol desde todas las inclinaciones

posibles.

El lunes por la tarde, último día del máster, me encontré agarrada a un refresco en un bar cercano al Campus. Pues sí, el curso había llegado a su fin, habíamos aprobado y con un buen resultado. La celebración duró toda la noche. Estábamos pletóricos, como si hubiéramos descifrado el genoma humano nosotros mismos.

Nos despedimos en la puerta del local hasta el acto de entrega de diplomas del viernes. Mario me acompañó al coche.

—Lo hemos conseguido—murmuró con orgullo en la voz—Somos un poco mejores que la mayoría de arquitectos que hay por ahí.

—Bueno, no lo había mirado desde esa perspectiva.

—Deberías hacerlo, ahora tienes una oportunidad de trabajar en un buen estudio debido a esto.

Asentí con la cabeza mientras buscaba las llaves

en mi bolso. Él detuvo mi frenesí rastreador asiéndome del brazo.

—Puede que no tengas que regresar a España— susurró.

No podía creerlo.

—Le has dicho a tu padre que me contrate, ¿no es eso?— dije zafándome de su mano—Así ya no soy un impedimento para ti y tu “futuro”.

—No es cierto—se defendió— Él quería un arquitecto y te aseguro que no te contrataría sino vales, aunque yo se lo pidiera de rodillas.

—¿Harías eso? ¿Te arrastrarías por el fango?

Resopló.

—Es un decir.

—Pero quieres que me quede.

Suspiró con fuerza.

—No me importaría—cedió.

Encontré la llave y la introduje en la cerradura.

—¿Te llevo?— le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Daré un paseo, hace una buena noche.

Le vi alejarse en cuanto arranqué el coche. Me tenía muy descolocada. Lo de Nueva York parecía

un hecho aislado, algo que no volvería a ocurrir. Dos naufragos en una isla desierta durante tres meses.

Esa noche taché mi siguiente propósito. El que había sido el más importante y causa de mi viaje. Aprobar el máster.

Decimotercer objetivo: Conseguido.

Decimocuarto objetivo: ¿Sería mucho pedir un trabajo duradero?

DON'T you know that dreams come true. Don't you know that dreams come true. Only for a minute. You can make your dreams come true...

[T]

Con el billete de avión en la mano, tarareaba el estribillo de Westlife. Todos mis sueños se habían hecho realidad en los últimos nueve meses. Había cumplido mis objetivos uno por uno y ahora me quedaba regresar al punto de partida y comenzar de nuevo.

—¿Me queda algún deseo?— giré la cabeza hacia el despertador— ¿Puedo pedir uno más o se ha cerrado el cupo?

El sueño de trabajar allí se había hecho más fuerte a medida que pasaban los meses. Ahora lo tenía al alcance de la uña del meñique.

El teléfono sonó y el billete salió despedido

hacia el techo.

—¿Sí?— respondí rápidamente.

—El Positivo al habla.

—Hola Mario—dije aceleradamente. Sin darme cuenta había cruzado los dedos.

—Has pasado la primera criba. Tienes una nueva entrevista mañana.

Mordí el móvil para no gritar de alegría.

—¿Estás bien?— preguntó él debido a mi silencio.

—Perfectamente—conseguí decir con el teléfono chupado—No tendrás nada que ver, ¿verdad?

Gruñó.

—Mañana a las cinco—puntualizó y acto seguido colgó.

Los sueños se hicieron realidad y dejaron de ser sueños. El viernes acudí a la entrega de diplomas del máster sabiendo ya que en un mes formaría parte de “Social Architecture”. Y comencé a creer que me encontraba despierta y no soñando

criogenizada.

Abracé a un sorprendido profesor Li cuando me entregó el diploma y eché unas lágrimas. Ya nada podía ser mejor y aquella idea me dio miedo.

No desaproveché el billete de avión y en unas doce horas, aterricé en el Aeropuerto de Barajas sin haber sufrido a ningún vecino de asiento molesto ni perder ninguna maleta.

Pisé el suelo de la soleada España un día gris. Las nubes oscuras amenazaban con estropear las vacaciones de cualquier turista desde el primer al último día pero esperaba que al menos conmigo hicieran una excepción... ¡Tenía realmente un problema con los aterrizajes! Madrid me saludó con el cielo despejado en un frío marzo. Como en Los Ángeles a mi regreso nada parecía haber cambiado, únicamente todos los sentimientos que agolpaban mi cuerpo.

Pese a que con toda certeza me convertiría en el centro de atención gracias a mi fracaso de relación

Hollywoodiense, mi familia me sorprendió gratamente. Parecía haberse establecido algún pacto por el que no debía tocarse ningún tema relacionado y los esquivaban descaradamente. Pero siempre hay alguien al que los tratados de paz, le duran un rato. Y le tocó a mi abuela.

—Yo estuve enamorada perdidamente de Cary Grant—comentó como si tal cosa sin levantar la vista de la revista que leía—Me hubiera fugado con él si me lo hubiera pedido.

El silencio tomó asiento en el salón.

—Abuela, Cary Grant era gay—dije.

Ella me miró encogiéndose de hombros.

—Nadie es perfecto—sonrió retomando su atención a la revista.

—¿Alguien quiere un café?— preguntó mi madre levantándose súbitamente del sofá.

—Los actores pueden parecer seres de otro planeta—se oyó de nuevo la voz de mi abuela.

—¿Un té?— fue la reacción de mi madre.

—Esa es la imagen que tienen que dar. Es su trabajo—los ojos pícaros de mi abuela se posaron en los míos—Pero son humanos.

—¿Una tila?— murmuró mi madre.

—Con sus aciertos y errores—mi abuela apoyó su mano delgada en mi rodilla—Tú has sido su acierto y ahora, su error.

La miré con cariño.

—Gracias abuela.

Cuando salíamos por la puerta hacia la calle. Me tomó del brazo.

—¿Seguro que Cary Grant era gay?

—Puede que bisexual—contesté.

—Algo así como los caracoles, ¿no?

Esboqué una sonrisa y dándole un beso, seguí a mi familia.

Y la tregua duró el resto de la semana. Durante aquellos días volví a convertirme en la chica normal que soñaba hacer un master de nombre extenso y cuya imaginación terminaba allí.

A la vuelta tuve que hacer una escala no prevista en Düsseldorf. Mi nuevo sobrino se había decidido a nacer pese a que la nieve cubría la entrada del hospital. Un valiente.

Me encontré con un angelito pelón que esbozó una sonrisa al verme. Los ojos se me

humedecieron. Mi sobrina me había vomitado en cuanto la cogí en brazos y mi sobrino me había arrojado el chupete con la fuerza de un lanzador de discos olímpico, así que aquella mueca fue preciosa.

—Pablo—le dije a mi hermano en el pasillo—Este es de los buenos. Protégelo del lado oscuro de la fuerza.

—Ya te digo. Se llama Oskar.

—Como Shindler—sonreí y fui a abrazar de nuevo a la pequeña criatura.

Al aterrizar en Los Ángeles con un lío horario monumental y obligándome a no soltar la parrafada que me provocaban los aeropuertos, tuve la sensación de encontrarme de vacaciones. Aún no me hacía la idea de llegar para quedarme sino que me veía como una turista más de los que a mi alrededor desplegaban mapas.

Tomé un taxi hacia casa. El sol me cegaba a través del cristal de la ventana pero no podía

precisar si era por la mañana o por la tarde como tampoco sabía distinguir si el último bocado del avión era el desayuno, comida o cena y es que los espaguetis a la carbonara sabían igual a cualquier hora.

Cruzamos por la Avenida Sepúlveda. El Pancho's Bar apareció a mi derecha y busqué involuntariamente con la mirada en su interior algún rastro de Sean. A la izquierda se intuía el Yamaha Sports Center y creí escuchar los gritos de los jugadores de hockey. Agité la cabeza mareándome.

Sean. Habían pasado casi diez meses desde que pusiera mi mundo del revés y casi seis desde que lo colocara en el sitio donde siempre debió estar.

Sin darme cuenta, mis ojos se encontraron con la fachada blanca de Villa Tranquilidad y el optimismo se abrió un hueco en mí.

Los meses arrancaban las hojas del calendario con resolución. Trabajar en Social Architecture

resultó duro y envolvente desde el principio pero gratificante. Con Mario Tornos padre traté en un par de ocasiones pero mi jefe directo era una mujer de las que tenían que demostrar que valían más que sus congéneres masculinos e intentaba inyectarme esa idea en el hipotálamo con una aguja de caballo.

En cuanto a relaciones sociales, los sábados mordía las pistas de baile o los locales interesantes con ansia por la cercanía acuciante del lunes. Los Hilfiger, máquinas insaciables de marcha, eran mis mejores colaboradores.

Alison y Billy seguían pegados como lapas; Helena se había fugado con un nuevo novio a Las Vegas, “ya volverá escarmentada según Sandra”; Pedro que había colocado uno de sus diseños sobre el cuerpo huesudo de una modelo, trabajaba a marchas forzadas debido al interés que había suscitado por ello; Michael y Kelly eran como las dos caras de una misma moneda, juntos pero sin verse; y Mario, había encontrado trabajo en una constructora conocida y apenas le veía.

El sol matador de junio me aplastó con una buena noticia. Contrato indefinido, subida de sueldo y como consecuencia, subida de moral.

Mario me hizo una visita para festejarlo aunque esa palabra no existiera en su vocabulario. Más bien y en palabras menos literarias, vino a hablar de ello.

—No hubiera apostado ni un centavo por ti y has superado todas las expectativas.

—¿Qué culpa tengo yo de ser la caña?— reí abiertamente—Espero que tu padre no me lleve a un lateral de alguna biblioteca e intente meterme mano.

Pese a que trataba de no hacerlo, Mario esbozó una sonrisa.

—Tengo experiencia en manejar a ese tipo asqueroso de arquitectos. Mi padre es un arrogante pero pondría la mano en el fuego por él—su mano se deslizó hacia mi antebrazo—Parece que te vas a quedar algún tiempo más por este país.

—Y eso implica que ya no soy un obstáculo en tu

camino, ¿no?— dije alejándome.

Se removió en el sofá molesto.

—Yo no fui el único en dejar aparcado lo que sucedió en Nueva York.

—Pensé que era lo mejor para ti.

—Pensaste mal—espetó.

A punto de responder algo sulfurada, la puerta de la calle se abrió y entró Sandra. Llevaba en sus manos unas cuantas cartas del buzón y apenas levantó la cabeza de ellas para saludarnos.

—¿De nuevo por aquí?— fue su único comentario.

Mario no contestó. Le observé de soslayo. Se había quedado inmóvil con la vista fija en mi compañera. Ella levantó la mirada encontrándose con la de él.

—Me estás dando miedo—farfulló Sandra.

—¡Estás vestida!— exclamó él con auténtico asombro.

Ambas le observamos alucinadas.

—¿Se te ha estropeado la visión de Rayos X, Superman?— soltó ella con sarcasmo pero no obtuvo ninguna reacción por parte del aludido.

Me volví hacia Sandra. Efectivamente desde que era propietaria de una boutique, solía llevar traje a trabajar. Para algunos ojos desacostumbrados podía tratarse de un gran cambio.

—Perdona, — se excusó Mario—estás muy guapa.

Un piropo del antiguo Negativo. Increíble.

—Eres muy raro—dijo ella con cara de asco y se encerró en su cuarto.

—Nunca me has dicho que yo esté guapa—solté picajosa tratando que desviara su atención de la puerta del dormitorio de Sandra.

—Porque es obvio.

—Ya. Ahora estoy segura que desconozco completamente a la raza masculina. Ingenua de mí pensé que preferíais a una rubia preciosa en bikini que en un Gucci de dos piezas que cubre todo menos la cabeza.

Dibujó una sonrisa amplia en el rostro.

—Realmente eres muy raro—sentencié y me levanté a preparar la cena.

A los pocos días de aquella situación extravagante, fue mi cumpleaños californiano. Hacía exactamente un año que pisé la soleada California en un día gris.

Adelantándome a que me preparan una fiesta sorpresa sin sorpresa, organicé una en nuestra casa con cierto aire español del que les encantaba, con farolillos, abanicos, peinetas para ellas y monteras para ellos.

—Esto es una horterada—comentó Mario nada más entrar por la puerta.

—Tú te callas—le siseé colocándole un gorro en la cabeza— ¿No ves lo bien que se lo están pasando?

Por algún extraño motivo, la tortilla de patatas tenía forma de tortilla, la sangría no parecía un brebaje diabólico y el jamón no andaba solo.

Había recopilado en la casa una fauna diversa analizada y estudiada durante trescientos sesenta y cinco días y tuve que reconocer de inmediato que no podía haber tenido mayor suerte.

Salí al porche para ver el atardecer. El sol se

escondía entre unas nubes esponjosas antes de hacerlo detrás del mar, pintándolas de un tono violeta.

—Nunca se cansa uno de mirarlo—dijo Michael apoyándose en la barandilla de madera. Ésta crujió bajo su peso y él se separó rápidamente. Hacía tiempo que Michael ya no me hablaba vocalizando exageradamente como a una extraterrestre con sordera congénita.

—Ya lo creo. Es la mejor puesta de sol del mundo—volví la cabeza hacia el interior de la casa a través del ventanal del salón. Como me esperaba me encontré con la mirada de Kelly. La sonreí haciendo que ella dirigiera su atención a otra parte azorada—Michael, tengo una duda.

Se giró hacia mi esbozando una de sus sonrisas televisivas. No había tamizado mis ideas antes de hablar y en vez de hacerlo en la siguiente frase, me lancé al vacío.

—¿Por qué no te gusta Kelly?— solté sin anestesia, descolocando sus facciones armoniosas.

—¿Kelly?— se extrañó.

—Es guapa, buena, dulce...

—Ya, ya lo sé. Nos conocemos desde el primer curso y hemos sido elegidos juntos como pareja del año, reyes de fiestas y demás festejos juveniles en múltiples ocasiones. ¿Cómo no me voy a dar cuenta de lo que me dices?

Me estaba metiendo donde no me importaba. Eché una ojeada a Kelly... ¡Claro que me importaba!

—¿Y cómo es que no salís juntos?— directa como el rayo.

Resopló.

—Sería lo mejor que me pudiera pasar pero no es posible.

—¿Por qué no? A ella creo que le gustas... algo —suavicé— Sería genial.

Apoyó los codos sobre la barandilla frotándose la cara con las manos.

—No es tan fácil.

—Sí que lo es.

Me miró con expresión seria, haciendo que me arrepintiera de involucrarme en situaciones así.

—Ahora mismo, ¿quién dirías que es el actor que más te atrae? ¿Cuál te llevarías a la cama sin

pensarlo?— preguntó confundíendome. Eché de mi cabeza la imagen de Sean a patadas.

—Desde que vi Matrix, a Keanu Reeves sin lugar a dudas. ¿Y tú?

—También a Keanu Reeves.

Tardé un rato en asimilar las palabras.

—Entiendo entonces que a Charlize Theron no, ¿verdad?— dije.

—Ni por asomo.

—Ni a Angelina Jolie.

—Prefiero a Brad Pitt—sonrió de soslayo.

—¿Por qué no se lo has dicho a nadie?— indagué.

Él se encogió de hombros.

—No me siento orgulloso.

—Eso es una estupidez. Son tus amigos. ¿Y Kelly? Lleva años detrás de ti.

—Nunca he querido darle motivos para que se pensara que podía haber algo entre los dos— contestó.

—Pues vas a tener que gritárselo porque no se ha dado por aludida.

—En cuanto digiera que se lo he contado ya a

alguien, hablaré con ella—dijo y me abrazó—
Eres una buena amiga.

Sentí su beso en mi cabeza y se alejó hacia el paseo marítimo. En esa situación Kelly lo tenía bastante más peliagudo que Billy con Alison. Y tanto.

Tres días después y sin pensarlo, me encontré en Hermosa Beach corriendo o al menos intentando que pareciera que corría. Me detuve achicharrada por el calor. Me había situado sobre las baldosas donde una vez un perro tamaño diplodocus había depositado su cena más o menos digerida. Y de eso hacía un año exacto. Darme cuenta no fue algo muy agradable. En un segundo pasaron por mi cabeza cientos de imágenes que no conseguía borrar ni a puñetazos.

Me senté en el murete del paseo y respiré hondo. ¿Por qué seguía doliendo? Había hecho un gran esfuerzo en olvidar, había evitado los kioscos como si fueran antros del mal, no veía la tele, ya

nadie cercano a mí mencionaba su nombre... ¿por qué seguía ahí?

Empecé a correr rápido, lo más veloz que mis piernas me permitían y al menos en ese tiempo y a punto del coma deportivo, le quité de mi mente.

Meforcé a meditar en lo que sí tenía en mi mano y por méritos propios. Un trabajo aparentemente duradero.

Decimocuarto objetivo: Conseguido.

Decimoquinto objetivo: Ya de pedir, pues unas buenas vacaciones.

LOS sinuosos y profundos surcos que había excavado en el suelo el río Colorado no podían dejar indiferente.

Respiré hondo para recuperarme de la caminata por el Cañón con los resoplidos incesantes de mi hermana a mi lado.

El atardecer volvía la arena rojiza bajo nuestros doloridos pies.

—¿No podíamos haber hecho una excursión en autobús como todo el mundo?— se quejó Sofia apoyando las manos en las rodillas.

El sol se escondió y la temperatura descendió unos cuantos grados. Me froté los antebrazos mientras buscaba nuestro coche de alquiler con la mirada.

—Sé dónde está— dije antes de que Sofia abriera la boca para protestar.

Encontré el pequeño Kia Rio cuando estaba a punto de darme por vencida y pedir ayuda a los cuatro vientos.

Faltaban dos días para agotar mi semana de vacaciones con mi hermana y ya no podía más. El deseo de no ser una turista más y descubrir el Valle de la Muerte o el Cañón del Colorado como los primeros colonizadores, es decir a pata, nos estaba saliendo caro.

El hotel Caesars Palace de Las Vegas, nos curó las piernas en su spa pero nos destruyó el bolsillo. No estaba acostumbrada a perder 100 dólares en un Casino en una noche y menos aún, gracias a la mala suerte en los dados de mi hermana.

—Una vez más—gritaba poseída cuando traté de disuadirla físicamente.

Hacía dos rondas del absurdo juego que disuadirla verbalmente no funcionaba.

—Es cuestión de muñeca—seguía mascullando.

—Tengo 100 dólares menos en mi cuenta corriente—bramé contenida sujetándole las manos en una improvisada llave de judo.

—¿Y qué? Ese lleva perdidos 10.000—señaló a

un tipo calvo agarrado a dos pelirrojas despampanantes, al que poco parecía importarle semejante suma de dinero.

Conseguí aplacar a la ludópata que ocupaba el cuerpo de mi hermana, tras diez dólares menos en las máquinas tragaperras. Y con el diabólico ruido del dinero a nuestras espaldas abandonamos el Casino.

What if we went to Italy. A suitcase of books and one bag a piece for the summer. I don't speak a word of Italian...[T]

Escuchaba la voz suave de la cantante junto a una guitarra lejana y me resultaba imposible abrir los ojos. Estaba agotada después del viaje y casi me alegraba de que Sofía se hubiera marchado ya para España y me dejara respirar despacio.

De nuevo en mi humilde cuarto anduve hacia la ventana y contemplé los brillantes rayos del sol catapultándose contra la arena.

Estaba siendo un agosto terriblemente cálido. Un

incendio estuvo a punto de masacrar las montañas de Santa Mónica y tragarse a algún que otro famoso por el camino. El humo era aún visible desde cualquier punto de Los Ángeles. A ello había que sumarle que el suelo había vibrado en un par de ocasiones que a mí me parecieron terremotos de dos mil grados en la escala de Richter y Sandra ni los notó.

Se había finalizado mi semana de vacaciones y tenía que volver al trabajo. Me vestí y salí como un tren bala japonés en dirección a la ciudad.

Someday. Someday. I shall fly. I want to close my eyes. In the Italian Rain...[T2]

Llevaba una semana despertándome con canciones que hablaban de Italia y aquello comenzaba a escamarme. La última vez que me ocurrió aquello fue con una tal Denise y resultó no solo existir sino matarme a mí en el camino.

—¿Quieres que me marche a Italia?— pregunté al despertador sintiéndome tan absurda como de

costumbre—Canta más claro que no te entiendo.

Me tumbé en la cama con la vista fija en el techo.

No one came, no one saw. On the night that Venice burned...[T3]

De un bote me planté al lado de la radio y la apagué.

—¡Te he dicho que no te entiendo!— grité y en dos zancadas me situé junto a la ventana. Era el momento de darse un chapuzón en el Pacífico.

Y de pronto, como hacía tiempo solía ser costumbre, el despertador se puso en marcha sola y esta vez le entendí... ¡como para no hacerlo!

Venecia, Venecia. Lo tengo preparado, tengo las maletas. Vamos juntos hasta Italia quiero comprarme un jersey a rayas...[T]

¡Increíble! La primera canción en español que soltaba el aparato y era de los Hombres G. Tarareando la letra y con la toalla al hombro bajé las escaleras.

Sandra se sobresaltó al verme aparecer. Ocultó algo tras de sí.

—¿Otra revista?— pregunté sin ganas.

Toda la prensa que llegaba a nuestro salón pasaba una cuidadosa censura y era frecuente no poder terminar de leer un artículo porque faltaba algún trozo de la hoja.

—No precisamente—contestó ella provocando que en vez de dirigirme a la puerta lo hiciera hacia ella.

—Por favor Sandra, dime qué es—supliqué.

Se removió en el sitio inquieta.

—¿Me acompañarías de viaje en tres semanas?
—dijo con voz lastimera.

—Claro, aún me queda una semana de vacaciones. ¿Adónde?

Titubeó.

—A Venecia. Venecia capital de Italia, no Venice de Los Ángeles.

Pobres romanos.

—¿No hay algún sitio más cercano?

Me tendió un sobre. Eran dos billetes en primera clase para Venecia.

—¡Vaya! ¡Gracias!— exclamé sorprendida.

—Sigue mirando—me instó ella sin ninguna alegría en la voz.

En el sobre también había dos invitaciones. Para Alexandra Dylan y acompañante. La ojeé por el rabillo del ojo, ella seguía con su atención puesta en mis manos.

—Me invitan al Festival de Cine de Venecia— me explicó— “Manhattan Beach” se estrenará allí. No concursa pero se podrá ver.

—Oh—fue mi único sonido.

—Irán todos los de la película. Todos.

—Oh.

—¿Me acompañarás de todas formas?

Masticando sus palabras y tratando de asimilarlas, observé su rostro contenido de emoción.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Por supuesto.

—Hay más de uno que mataría por ir a Venecia junto a ti.

—Pues que se paguen sus billetes—esbozó una tímida sonrisa—Dime que vendrás. Jamás he salido de Estados Unidos y para mí Venecia suena como un sueño.

Asentí con la cabeza y ella se lanzó a mis brazos

apretujándome.

—No te arrepentirás—dijo dándome un beso sonoro en la mejilla.

No había pasado ni un segundo y comenzaba a hacerlo.

Y allí estaba yo, en Venecia, en la ciudad de los enamorados abrazada a una rubia impresionante que no paraba de llorar gracias a la ingesta de alcohol durante el vuelo. Un viaje romántico en toda regla.

Miré por la ventana al Gran Canal como si fuera la primera vez que lo hacía. En mis limitados recuerdos del viaje de fin de curso del colegio no había reseña alguna a una imagen tan increíble. El albergue a las afueras de Venecia había mutado a una suite en el magnífico hotel Il Palazzo Bauer al lado de la plaza de San Marcos y mojado por el cinematográfico canal.

—Es realmente precioso—sollozó Sandra con unos lagrimones enormes rodando por sus mejillas

—Soy tan feliz de estar aquí. Fue el sueño de mi padre y ahora lo cumplo yo.

Asentí.

—Deberías dormir un poco y acostumbrarte al cambio horario.

—Ni hablar—se soltó de mí y bamboleó hacia la inmensa cama—Quiero hacer tantas cosas. Lo primero: navegar en góndola.

—Podrías caerte por la borda.

—Y tú por esa ventana—se intentó poner los zapatos de tacón sin resultado—Eres mi acompañante. Tienes que permitirme ciertos caprichos.

—Está bien pero cuando te encuentres mejor.

—Estoy perfectamente—se levantó rápido, dio un traspie y volvió a caer en la cama. Se echó hacia atrás—Quizás tengo algo de sueño—cerró los ojos y en el aleteo de un colibrí la escuché roncar.

Salí al balcón con la brisa revoloteando mi cabello. La humedad era acusada y por el cielo volaba alguna nube aislada.

Enfrente de mí se encontraban el Gran Canal y el

Canal de la Giudecca en torno al edificio de la Aduana. A mi derecha la cúpula de la iglesia de Santa Maria la Salute destacaba sobre cualquier otra edificación y a la izquierda, la isla de San Giorgio Maggiore con la elevada y algo torcida torre de su monasterio.

Eché una ojeada a un plano y señalé los lugares a visitar con Sandra y sus zapatos de tacón. No me lo ponía fácil. Tampoco disponíamos de demasiado tiempo libre. Aquella tarde, si Sandra se despertaba antes de que anocheciera y algún rato en los dos días siguientes. Me senté en un sillón y descansé los pies descalzos en la barandilla de la terraza. Con el aire suave en el rostro y un gran cansancio acumulado, me quedé dormida.

Como sorpresa, Sandra suplantó sus preciosos zapatos por unas mundanas sandalias de piel. Con ropa fresca, un helado piccolo y el mapa, asaltamos Venecia por varios flancos. No solo

paseamos buscando tiendas de alta costura como creí sucedería sino que como cualquier turista involucrado nos perdimos por las diminutas calles empedradas, cruzamos mil pequeños puentes con sus correspondientes canales y visitamos decenas de sitios, iglesias y museos que ni yo conocía.

La Plaza de San Marcos iluminada fue nuestro colofón de vuelta al hotel, arrastrando los pies, las sandalias y otro helado piccolo.

En el desayuno Sandra no cesaba de hablar excitada de lo que habíamos visto, yo me concentraba en no pensar. Fijé mi mirada en las góndolas amarradas en el embarcadero que rozábamos con los dedos. A ras del Gran Canal, con un capuchino ardiendo y bollería en cantidades industriales, era fácil dejar de imaginar y abandonarse a las sensaciones.

Sandra tenía que estar en la isla de Lido a última hora de la mañana para una presentación oficial de la película, una de las últimas en proyectarse y las dos, a eso de las seis de la tarde para la cena de gala. Mi propuesta de acudir en el vaporetto, fue acogida con cara de asco.

—¿Crees que voy a ir en un autobús acuático pudiendo volar en una lancha como la de los ricos?

—Te vas a mojar lo mismo pero por más dinero —estiré los vestidos sobre la cama. Me dejaron de nuevo sin palabras. ¿Qué iba yo a hacer metida dentro de uno?

Sandra acarició el suyo con cariño. Llegaba recién salido del horno de Armani, un precioso ejemplar rosa malva con escote palabra de honor que parecía creado para ella.

Pedro me había proporcionado un par de vestidos de los que utilizaba para sus desfiles, me los ajustó a mis medidas diferentes a sus modelos y consiguió algo increíble, que Sandra enmudeciera al verme.

—¡Peter!— gritó de repente— ¡Haces milagros!

Yo no vestiría un Armani pero mi Pedro Chapman no sería menos. Solo un poco.

—Si te preguntan quien es el diseñador, dices mi nombre a voz en grito—me explicó Pedro retocando mi cintura.

—Siempre y cuando no lo hagan con cara de

asco—comentó Sandra y se fue a probar por tercera vez en el mismo día y por quinta en la semana, su vestido.

Cuando el mismo productor de la película se presentó en el hotel para recoger a Sandra en una de las lanchas que tanto ansiaba ella y me quedé sola, aproveché para dar una vuelta por la plaza de San Marcos de día persiguiendo a alguna paloma despistada y visitar la Basílica y el Palacio Ducal.

A eso de la una, Sandra regresó al hotel y fuimos a comer comedidamente algo de pizza para entrar después de nuevo en los vestidos sin necesidad, o al menos poca, de un calzador.

No me comentó nada de lo acontecido en la isla pero se la veía ilusionada así que tuve que interesarme.

—¿Qué tal fue?

Dudó un segundo pero las palabras le volaron de la boca. Que si le habían hecho una entrevista, le habían tomado unas fotos, que los críticos habían

aplaudido al final de la película y que aunque ella había estado a punto de dormirse, le parecía una obra de arte... todo era un sueño en vigilia.

—Esta noche, él va a estar allí— dijo en tono sombrío.

A pesar de que era algo obvio, me sentí como si hubieran vertido sobre mí una jarra de agua helada con multitud de pequeños cubitos puntiagudos. Desde que había pisado suelo italiano me había jurado y perjurado no pensar en él. No merecía la pena.

—Lo sé— dije en tal murmullo que apenas me oí.

—Y tienes, más bien, debes estar preciosa.

—¿Para qué?— pregunté desanimada.

—Para que si te ve, le duela haberte perdido o para que otra estrella de cine se rinda a tus pies o lo más importante, para que no desentones a mi lado.

—Intentaré parecer guapa únicamente por lo tercero.

Ella dio una palmada con una sonrisa brillante en los labios.

—Pues manos a la obra que tengo mucho trabajo.

—¿Siempre eres tan agradable?

Me obvió y se puso a desvestirme a toda prisa.

Con el pelo algo alborotado después de cruzar la Laguna Veneta hacia Lido a la velocidad de la luz sino más rápido, puse mis pies en tierra firme. Lo primero que me encontré destacando por encima de cientos de personas bien vestidas, periodistas, fotógrafos y fans, fue el singular edificio de estilo morisco del hotel Westin Excelsior.

Según me había documentado, las grandes estrellas dormitaban en sus habitaciones y así no tenían que menearse mucho para llegar al comedor de la cena de gala del Festival. Una pena.

Aparentemente la isla de Lido tenía el encanto de una bonita ciudad playera pero nada comparable a la vetusta Venecia.

Mi vista topó con una larga alfombra roja. Me sentí incluida en una película de tres dimensiones. Nadie podría creerse donde me encontraba en esos

momentos y menos aún yo misma.

Teníamos que acceder al Palazzo del Cinema pero no por la alfombra, tan reservada a los famosos como las baldosas amarillas a Dorothy en Oz. Nos quedamos en un rincón entre unos guardias de seguridad que no nos podían llamar la atención por ser parte de los invitados, para inspeccionar quienes iban pisando la pelusa roja. Tuve la inmensa suerte de ir como acompañante de un crítico de cine en toda regla. No solo me soplaban los nombres de los que pasaban desfilando delante nuestros ojos sino sus últimas películas, parejas y líos amorosos.

—¡Qué guapa va Keira Knightley con ese Versace! La pena son los zapatos—me miró.

—“Piratas del Caribe”— contesté con desidia.

Aplaudió.

—Buena chica. A ver... ¡Madre mía! ¡Ashton Kutcher está impresionante!

La verdad es que era guapo aquel individuo. Noté los ojos azules de Sandra pegados a mi sien.

—Está bien... “El teniente O’Neil”.

Lanzó una risotada.

—Bueno, te has quedado cerca. Creo que es mejor que nos metamos dentro antes de que aparezca...

Y apareció.

El estómago se me redujo a una ciruela y el corazón dejó de bombear. Por un momento pensé que se me doblarían las piernas y caería al suelo porque me temblaban exageradamente.

Verle de nuevo fue una sensación espantosa. Sean estaba tan perfecto, tan radiante sobre la alfombra roja como un actor de Hollywood.

Exacto.

Llevaba un traje de etiqueta negro, el pelo corto y un inicio de sonrisa que no se le apeaba del rostro. Saludó con la mano a la gente que se apiñaba junto a la alfombra y saltaron cientos de flashes.

Una mano apretó la mía.

—Vámonos dentro—me susurró al oído Sandra—No hace falta que veas esto.

—¡Ni que fuera una autopsia!— la contesté con una sonrisa reconfortante que brotó de algún lado.

No podía evitar mirarle desde la barrera, como

el resto de los mortales. Paralizada por mil sentimientos y cientos de imágenes.

Cuando reaccioné y empecé a seguir a Sandra, Denise apareció también. Mi estómago mutó a ciruela pasa de un salto.

Si alguna vez escuché que era una chica del montón, no debí haber oído bien. Llevaba el pelo negro recogido en un moño que dejaba ver unos pendientes largos que costarían un riñón y medio hígado. El vestido de seda roja le hacía un cuerpo escultural y allí de pie de la mano de él, lucía como una joya.

—Basta de martirizarse—me instó Sandra y tiró de mí hacia el edificio.

Sentada entre gente que desconocía pero de agradable conversación conforme sumaban a sus estómagos vino blanco, agnolotti con salsa de cangrejo, gambas del lago a la polenta y por supuesto carpaccio entre otros, no me podía imaginar que bajo el mismo alto techo conviviera

con personas como Sean Connery, Brad Pitt con Angelina, George Clooney, ¿cómo no podía haber visto ninguna película de semejante varón?, Charlize Theron o Kim Basinger.

En un momento en que Sandra me levantó de mi asiento con la fuerza de Sansón para que la acompañara al baño, pude observar la multitud de cabezas de todos los colores que abarrotaban el inmenso comedor. Para Sandra todos eran famosos, para mí únicamente mi casera y Harrison Ford gracias a la saga de “Indiana Jones” que mi hermano me obligaba a ver todos los sábados por la tarde.

—Esto es increíble—farfullaba Sandra mientras se lavaba las manos a conciencia.

Increíble era no encontrarme con Denise en el baño.

—¿Nos vamos a quedar al baile?— pregunté deseosa de alejarme de Lido y sus pintorescos habitantes.

—Pues claro, últimamente no te apeas de ninguna discoteca. ¿Por qué ese reparo?— se debió contestar mentalmente a sí misma porque

añadió— Una hora y nos marchamos, ¿vale?

La música animaba a lanzarse a la pista de baile pero me aferré con los escuálidos tacones al suelo como piolets al hielo. Observé a la gente oculta tras el vaso de Coca—Cola y a mi Sandra bailando con uno de nuestros compañeros de mesa. Un hombre de edad con rango superior pero muy buena pinta.

Eché un vistazo a la derecha. George Clooney conversaba con una mujer impresionante de rasgos latinos y otro con apariencia de estudiante de la UCLA y del cual debería saberme su nombre, intercambiaba risas con Brad Pitt. Mi hermana no se lo creería ni aunque les hiciera una foto tridimensional.

Giré a la izquierda, cada vez más pegada a la barra. No reconocía a nadie aunque cualquiera lo haría en mi lugar. Cuando volvía la vista al cuarteto de guapos de mi derecha, el rostro de Sean Weller asomó entre un par de hombres. Me eché hacia atrás del susto y apunto estuve de tirar la mesa larga que hacía las veces de barra y al camarero de sonrisa perpetua.

El ruido no fue demasiado escandaloso pero sí suficiente para que algunas cabezas se volvieran a mirarme, entre ellas la de él. Su cara fue un poema gótico. Por primera vez en casi un año, nuestros ojos se encontraban. Los cerré y eludiendo la mesa y al camarero, huí literalmente hacia algún lugar. Sorteé posibles famosos saliendo de la sala. Me topé con los ascensores. De una cosa estaba segura, por allí no había venido.

—Miriam—aquella voz me taladró el tímpano, rebotó contra el martillo y se alojó junto al estribo.

Me giré despacio hacia su procedencia. Sean estaba allí delante, parado. Era difícil de saber cual de nosotros dos estaba más extrañado con la situación.

—¿Qué demonios haces aquí?— me espetó.

Desde luego que no era la primera frase que esperaba escuchar. No pude reaccionar.

—¿No deberías estar en España?— avanzó un paso.

—¿Y a ti que te importa?— salté dando una zancada en dirección contraria.

Me agarró del brazo. Un escalofrío me recorrió

poniéndome la piel de gallina criolla.

—Tenemos que hablar—dijo en un tono más comedido y pulsó el botón de ascensor.

Quería increparle tantas cosas que fui incapaz de gritar ninguna. Subimos en el ascensor aún presa de su mano. Una vez dentro, me soltó.

Le eché una ojeada. Él observaba las puertas con la mirada fija y cuando el timbre de anuncio de la planta sonó, volvió a asirme del magullado brazo y tiró de mí hacia el pasillo.

—¡Vale ya!— grité soltándome de su mano con determinación.

Me miró inexpresivo.

—Lo siento. ¿Te importaría acompañarme?— dijo suave.

—¿Qué tiene de malo este pasillo?

Por toda respuesta me volvió a sujetar del brazo y me arrastró hacia una habitación. Abrió la puerta y entramos. Cruzamos la estancia por debajo de un arco lobulado que le terminaba de dar el aire árabe buscado y salimos a una terraza. El mar oscuro del golfo de Venecia ocupó toda la vista. Dejé la admiración para otro momento y me giré

hacia Sean.

—Te lo repetiré otra vez: ¿Qué haces aquí?— preguntó con voz dura.

—Haré lo mismo: ¿A ti qué te importa?— aflojó su presión en torno a mi maltrecha extremidad y me zafé del todo.

Se sentó de mala gana en una tumbona y se frotó las sienes con las manos.

—No deberías haber venido—susurró— ¿Querías encontrarme?

—Ni loca.

Alzó su mirada hacia mí. Fui incapaz de entender lo que se ocultaba tras ella.

—Prometí a Sandra acompañarla—expliqué con reticencia—Ni más ni menos.

—Siéntate, por favor—pidió golpeando la tumbona.

Le hice caso. Nos observábamos en silencio.

—Creí que con suerte habrías vuelto a tu país y... Intenté levantarme pero me detuvo.

—Déjame continuar. Y con mala, estarías con el rubito viviendo el sueño americano. ¿Cuál es el caso?

Sonreí. Conforme él hablaba las ganas de abofetearle, lanzarle terraza abajo o atravesarle con el tacón se hacían más fuertes.

—No es de tu incumbencia—dominé mi tono con bilis.

—Entonces Nueva York os unió...

—Repito que no te importa y ahora, me voy—hablé sin levantarme involuntariamente de la hamaca.

—¿No te ibas?— esbozó una sonrisa pícara que acabó por colapsarme de ira.

—Me estoy conteniendo para no gritarte lo que llevo acumulado, así que no me lo hagas más difícil.

Su rostro se tornó grave.

—Preferiría que me lo escupieras todo.

—Ni te va a gustar ni me viene bien.

—Por favor—exigió.

Estaba tan segura de lo que iba a decir y cómo que cuando llegó aquel momento ni siquiera me tembló la voz. Lo llevaba dentro desde hacía once meses.

—Me arrepiento de cada día que pasamos juntos

—solté.

—Realmente no me va a gustar.

Asentí. Le tenía tan cerca que sentía su respiración, intuía el latido de su corazón, notaba sus ojos oscuros sobre mí interrogantes y noté turbación.

De pronto se me hizo difícil. Trague saliva y sin quererlo, sin pensarlo, acerqué mi cara a la suya y le besé. Me arrepentí al instante y me separé azorada, pero él tomó mi cabeza entre sus manos y no me dejó ir.

Nos besamos con hambre, con deseo contenido. Nos acariciamos dificultados por la ropa, buscando la piel del otro. Sentí su boca en el cuello, en los hombros, en la cara y después todo se confunde, como en un sueño. Lo hicimos como si fuera el último día del mundo, con desesperación y ansia, como si lo hubiéramos reprimido desde hacía siglos. Luchamos contra su camisa, contra los pantalones. Tenía el cuerpo tan fuerte como recordaba, su olor, su voz eran las mismas. Nunca me imaginé que sucediera así, la idea romántica que en algún momento de

vulnerabilidad se me pasó por la cabeza con él pidiéndome perdón desde un caballo blanco, distaba años luz de la pelea que manteníamos en aquellos momentos. Le mordí, le besé, caímos al suelo girando varias veces y pensé que en cualquier momento nos despeñábamos terraza abajo, pero no me importó. No me importaba nada.

Y después de la tormenta, llegó la calma. Sentí el viento y vi alguna estrella parpadear en la lejanía. Y le vi a él, junto a mí en un sueño que amenazaba con acabarse en cualquier instante. Y finalizó.

En menos de un segundo, me consideré la mujer más estúpida del planeta. Había trasgredido al menos doce normas del decálogo de la mente sana y a partir de ahí, directa al manicomio con un colador en la cabeza.

Me levanté mareada mientras trataba de poner el vestido en su sitio, lo más digna que la situación podía.

—He sido una imbécil—musité con los ojos perdidos en la mancha negra del mar y con el cuerpo actuando por libre, me vi enfilando hacia la

puerta.

—Espera—le oí a lo lejos. O eso deseé escuchar.

Cuando conseguí bajar a la planta correcta, me topé de bruces con Sandra.

—¿Dónde has estado? Estaba preocupada.

Busqué en el mármol del suelo alguna explicación lógica.

—Me he encontrado con él—acerté a decir.

—¿Y?

—Soy tonta.

—Dime algo que no sepa—añadió sonriendo pero la expresión le duró muy poco, lo que tardó en escanearme de arriba abajo.

—¡Dios mío! ¿Has...? ¿Habéis...? ¡He creado un monstruo!

—No es para tanto—susurré.

—¿Te das cuenta? Le ha puesto los cuernos a Denise—se abanicó con una mano—Lo que darían las revistas por una exclusiva así.

—No me hagas sentir peor aún.

Su rostro se tranquilizó y las mejillas le adquirieron un tono menos granate.

—¿Nos vamos?— preguntó tomándome de la mano.

—Por favor.

Apenas hablamos en el trayecto al hotel. Cuando nos metimos en la amplia cama matrimonial, Sandra me abrazó y así apretujada me quedé dormida.

Aunque hubiera vendido mi alma al mejor postor, si es que había alguno interesado, por no asistir a la entrega de premios, me encontré obligada a hacerlo pese a que mi amiga no me forzó en absoluto.

—No tienes que acompañarme—dijo con la mirada fija en el espejo mientras se retocaba por tercera vez el maquillaje—Nuestra película ni siquiera compite.

—Hemos cruzado un cuarto de mundo para estar aquí así que no pienso echarme ahora para atrás.

—Muy bravo de tu parte pero yo tendré que estar sentada junto al reparto de la película, bombón

Weller incluido—se puso los pendientes y contempló el conjunto. El vestido de Ralph Lauren en color rojo le quedaba simplemente perfecto.

—Me colocaré al final de la sala—dije examinando mi Pedro Chapman verde oliva jienense. Debía reconocer que la mona vestida de seda en contra del refranero popular, podía parecer menos primate.

—Muy bien pero si te vuelves a topar con él, refrena a tus hormonas. Ya me encargaré yo de intercambiar unas cuantas palabras malsonantes con el aludido que aún no he tenido ocasión y me muero de ganas.

—Seré la mujer invisible.

—Lo dudo. Vas preciosa—me guiñó un ojo y continuó a lo suyo. El primer piropo de Sandra hacia mi persona estuvo a punto de hacerme saltar un par de lágrimas.

Absorta en probar mi invisibilidad, apenas me percaté de lo sucedido en el Palazzo del Cinema y

dada mi ignorancia con respecto a los integrantes del Séptimo Arte, los ganadores del León de Oro, de Plata y la Copa Volpi al mejor actor y actriz me eran completos desconocidos.

Divisé a Sandra a larga distancia gracias al rojo fuego de su vestido, junto a la hermosa Denise y al supuesto director. Al finalizar el acto, empezamos a abandonar la sala. Me escabullí entre la gente para desaparecer la primera pero no resultaba fácil. Saludos por un lado, felicitaciones por otro. Me apoyé en una columna cansada de luchar contracorriente y seguí con la mirada la figura de Sandra que conversaba con rostro aparentemente grave con el productor. Se fueron acercando. Lo que fuera que hablaran parecía muy interesante. Me empezó a intrigar.

Al bajar la guardia, pasó lo probable. Sean se interpuso en mi visión. Su mano iba agarrada a la de Denise y mi sangre comenzó a hervir por momentos.

Será cerdo.

—¡Ah! Ella es Miriam—me llegó la voz de Sandra desde demasiado cerca. Aterrillé del

mundo de la enajenación mental transitoria y me encontré con la cara angelical de mi compañera— La película no hubiera sido posible sino le gustara tanto la limpieza.

Gracias.

Observé al productor que me dirigía una mirada seria. A su lado el director Nicholas Adams, que más parecía un crío de colegio, me sonreía afectuosamente.

—Es todo un honor—me tendió una mano pálida y huesuda y apretó la mía con fuerza—Me ha comentado Alexandra que crees que Edward Dylan te ha estado mandando mensajes desde el más allá.

Mil gracias.

—Los únicos mensajes que recibo son de mi jefa y no siempre buenos—respondí con premura ante los ojos jocosos de Sandra—Encantada de conocerte también.

—¡Ah!— dijo Nicholas—Como ya sabrás, estos son nuestros actores—posó su mano sobre el hombro desnudo de Denise. Ella se dio la vuelta rápidamente y Sean la imitó— Denise Daniels y

Sean Weller.

Desvié la mirada hacia la de ella tratando de evitar a Sean pero fue peor la aspirina que la fiebre.

Denise era muy bonita, de rasgos delicados y facciones pequeñas. Resultaba más fácil imaginársela hacía dos siglos que en el presente. Realmente había sido la mejor elección para el papel.

Me sonrió.

—Sandra me ha hablado mucho de ti—dijo con una voz armoniosa.

—Entonces tiemblo—la contesté forzando mi cabeza a no volverse hacia Sean.

Ella se rió.

—Claro que no...

—Debemos irnos—la interrumpió Sean en un susurro—Nos esperan fuera.

El productor asintió y se alejaron arrastrados por la marea humana.

—Ha sido un placer—escuché gritar a Denise antes de desaparecer completamente de mi campo de visión.

—¿A qué es asquerosamente perfecta?— me murmuró Sandra en el oído.

—¿Cómo demonios se odia a alguien así?— espeté.

—Con fuerza de voluntad, cariño—esbozó una sonrisa—La crítica de nuestra película ha sido abrumadora. Ahora van a ir a festejarlo. ¿Te ves con ganas?

Tragué saliva.

—Quédate tú. Prefiero ir al hotel y darme un último paseo nocturno por la ciudad.

Dudó.

—¿Estarás bien?— inquirió con sus ojos azules suplicantes.

—Seguro que mejor que en una fiesta con esos dos tortolitos acaramelados.

—Tengo pendiente un empujón al suicidio a tu amigo. Puede que encuentre esta noche la mejor oportunidad.

—Sé benévola. ¿Quién no se puede enamorar de Denise Daniels?

Ella suspiró.

—Te veo luego.

Me lanzó un beso con la mano mientras se desviaba de mi camino.

Cuando llegué al hotel, cambié mi Pedro Chapman por unos vaqueros de marca desconocida y caminé por las callejuelas hasta el Puente Rialto. Desde su anciana cima con las góndolas del Gran Canal deslizándose debajo, Venecia parecía el decorado de una película de gran presupuesto.

Me despedí mentalmente de la ciudad de los canales y emprendí mi huida cerebral caminando a destajo el resto de la noche.

Después de cuarenta minutos en una góndola por estrechos canales ocultos al ojo peatonal y miles de horas vía Londres en avión, di por zanjadas mis vacaciones.

Sentada por fin en mi cama y con una resacosa Sandra durmiendo a pierna suelta en su dormitorio, taché el siguiente objetivo.

Decimoquinto objetivo: Conseguido.

Decimosexto objetivo: Solo resta, si es que no lo he hecho aún, asistir a un partido de Los Ángeles Lakers.

WHAT if I let you win? What if I make it right? What if I give it up? What if I want to try? What if you take a chance? What if I learn to love? What if, what if we start again...[T]

Quitarse de la cabeza lo sucedido en Venecia resultaba más difícil que no encontrar en Los Ángeles un solo atasco. Mis pensamientos se dividían entre no remontarse al pasado y la bonita canción que me había despertado por la mañana y que era incapaz de no tararear.

Me encontré a Mario en el trabajo y al verme, su expresión no fue de bienvenida.

—Hola, ¿qué haces por aquí?— pregunté encendiendo mi ordenador.

—Me he tenido que enterar por terceros de que te habías tomado unas vacaciones en Venecia.

—Sí, bien merecidas.

—No lo dudo pero es curioso que a la misma vez se celebrara no sé que festival de cine y más interesante aún que Mister Hollywood participara en el evento.

Me desplomé en la silla que al tener ruedas, se desplazó contra la pared con brusquedad y carente de reflejos aplasté la cara en la pintura. Un buen golpe para empezar bien el día.

—No sé si recuerdas que el padre de Sandra escribió el guión de esa película—dije tranquila como si no me acabara de comer un tabique.

—Su padre, no el tuyo.

—¿Estás celoso?— inquirí con una sonrisa en los labios.

Se mordió el labio y arrugó el entrecejo conteniéndose.

—Allá tú— giró la cabeza hacia la puerta del despacho de su padre—Tengo que tratar ciertos negocios con el jefe. ¿Qué te parece si me paso esta tarde por tu casa y me invitáis a cenar?

Asentí con la cabeza y su semblante se relajó un poco.

“¿Qué si empezamos de nuevo?”. Oí al estribillo de la canción repetir. No me cabía duda. La melodía iba por el Negativo.

Después de un baño tardío en el Pacífico, entré en casa. Sandra estaba leyendo un libro tumbada a lo largo en el sofá. ¿Un libro?

—¿Qué estás haciendo?— exclamé presa del pánico.

Me miró con incredulidad.

—Leo.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga?

Se enderezó y bostezó.

—Muy graciosa—cerró el libro con fuerza. “Los pilares de la tierra” de Ken Follet.

—Podías haber empezado con algo más breve.

—Tú si que eres breve.

Reí.

—¡Ah, Sandra! Pensé que te había perdido—fui

a la nevera a coger un refresco—Mario viene a cenar.

—Me muero de ganas—dijo monocorde.

—Es un buen chico—di un sorbo a la lata—Creo que el despertador me está mandando mensajes sobre él. Quiere que le de una oportunidad.

Sandra se levantó de un salto.

—¡No puedes hacer eso!— protestó súbitamente.

—Y, ¿por qué no?

—Porque sigues enamorada de Sean Weller.

Aquello me trastocó.

—Si fuera así que no es cierto, ¿qué más da?

Se situó a mi lado y me agarró de los hombros.

—Estuve hablando con él en la fiesta—susurró— Empecé gritándole pero después le escuché— me soltó y se sentó de golpe en el taburete— Quería despedazarle con mis propias y bonitas manos pero no lo hice. ¿Entiendes por qué?

—Estoy absolutamente perdida.

Resopló levantándose los pelos dorados que le caían por la frente.

—Voy a explotar—gimió.

Llamaron a la puerta. Acudí a abrir asustada por

Sandra. Leer unas páginas le había producido algún tipo de desequilibrio químico. Mario entró con una caja de pizza enorme.

Nos observó con detenimiento a las dos pero no dijo nada.

—Tengo mucha hambre—dije respirando el aroma de la pizza— ¿Cenamos?

Con Sandra fuera de combate por algún debate interno, Mario y yo tuvimos que acabar con la cena solos. Acto seguido me senté en el sofá con la tripa a rebosar.

—¿Está bien tu amiga?— preguntó colocándose a mi lado.

—Un poco más rara que de costumbre. Imagínate que le ha dado por leer.

Él la miró durante un buen rato.

—Es guapa—sentenció.

—Aleluya. No eres ciego.

—Las chicas de California siempre me han parecido estúpidas y superficiales. Nunca me fijo en ellas.

—Pues conozco unas cuantas que son mejores que tú y yo—contesté molesta. Le seguí la mirada

que permanecía pétrea en Sandra. La situación comenzó a incomodarme.— ¡Qué tarde es! Y mañana tengo que madrugar.

—Entiendo—se levantó— Buenas noches chicas.

Sandra respondió con un sonido gutural y le acompañé a la puerta.

—Mario—le detuve cuando estaba a punto de salir del jardín.

La canción matinal comenzó a sonar de nuevo en mi cabeza. ¿Qué si empezamos de nuevo? ¿Quería empezar de nuevo con Mario?

—¿Te gusta Sandra?— me lancé improvisando.

—La verdad es que me gustas tú— dijo a regañadientes y desanduvo el camino hasta colocarse dos escalones por debajo.

La imagen de Sean besándome en la terraza del hotel aterrizó en mi mente con fuerza así como la de Denise agarrada de su mano.

—Pero...— él continuaba hablando.

—¿Pero?

—No me malinterpretes. Sandra es un espécimen interesante, últimamente me da por pensar en ella.

Llevada por un arrebató, le abracé.

—Díselo aunque no con esas palabras.

—Ni loco—separó mis brazos de su cuello—
Ella no me conviene.

—Eres un chulo. Mañana mismo Sandra encontrará uno mejor que tú, que los hay a millones y te pasarás el resto de la vida pensando en porqué la dejaste escapar.

—¡Venga ya!— exclamó— Has visto demasiadas películas. No me voy a arrepentir por algo así. Buenas noches.

Y se marchó dejándome aún un rato con la brisa fresca de la noche.

Cuando ya estaba triturando las imágenes de Venecia, tuvieron que estropearlo. Una conversación entre dos compañeros tomando un café fue el detonante.

—Esta noche voy al cine a ver “Manhattan Beach”— dijo uno—Me la ha recomendado mi hermana.

Maldita hermana.

—Ni ellos mismos se creen el éxito de la película—tuvo que añadir el otro—Imagínate que la estrenaron en unas pocas salas y han tenido que añadir otras cuantas. ¿Cómo se llamaba la actriz esa que está tan buena?

—Denise Daniels—añadí yo con enfado. Y ambos me miraron sorprendidos.

Así que llegué a casa fastidiada por el éxito de la película y fastidiada también por no alegrarme por ello.

—Miriam—nada más entrar Sandra me agarró del brazo dándome un susto de muerte—No puedo más.

—¿Qué te pasa?— pregunté alarmada.

—Tenemos que hablar de Sean.

—Tema tabú.

Tiró de mí hacia el porche y me obligó a sentarme en la desvencijada silla que crujió bajo mi peso.

—Me da igual—murmuró entre dientes. En la mano llevaba una revista.

—¿Me vas a enseñar alguna otra foto?

—No. Te voy a contar una historia.

—“Cenicienta”.

Bufó.

—Cállate ya—se sentó a mi lado y sus ojos buscaron los míos con seriedad—Soy una maldita egoísta.

Me frené en la idea de añadir algo.

—Yo quería que el sueño de mi padre se cumpliera pero no me di cuenta que me estaba mintiendo, que realmente era mi sueño lo que quería llevar a cabo. Tenía la sensación de que por fin algo que yo hacía era importante. Que valía para algo más que para despertar deseos lujuriosos en el vecindario, aunque me encante—sonrió— Desde que volvimos de Venecia me he mantenido callada por puro egoísmo.

—No sé por donde vas.

—Ni yo tampoco—agitó la cabeza—La neurona se me ha vuelto loca. ¡Ah! Como ya te dije, hablé con Sean. Creo que ha pasado un infierno.

Me dieron ganas de echarme a reír.

—Ya, ya sé que suena raro pero empezaré con la historia: Cuenta la leyenda que un productor

excéntrico exigió una serie de condiciones para realizar una película que nadie creía con un guión que nadie valoraba. Y esos requisitos recayeron sobre los guapos protagonistas. Una película funcionará si existe química entre los actores y aún más si solo hay dos personajes. Primera obligación: nada de novias. Segunda obligación: confraternizar con la actriz...

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Qué forma es esa de disculpar a Sean?

—Miriam, parece irreal pero no lo es. Sean no estaba en el mejor de sus momentos y quería que nuestro proyecto saliera adelante. Si hubiera tenido que travestirse, lo hubiera hecho. Y por otro lado, era y es tan estúpido como para pensar que tu futuro es más importante que él. No quería impedirte ir a Nueva York y avanzar en el sueño que te trajo hasta aquí.

—Este tío es tonto.

—Pues sí pero igual de inseguro como tú con respecto a vuestra relación. Sois almas gemelas, cada cual piensa que no es suficiente para el otro. Hacéis que las cosas parezcan difíciles.

Apoyé los codos en la mesa y me froté la cara incrédula a lo que salía por la boca de Sandra.

—Es imposible—sentencié levantándome. Anduve por el porche haciendo crujir los tablones de madera del suelo.— Prefería que me hubiera liado con Mario.

—Creía que eso era lo mejor para ti.

—Tengo que escuchárselo a él.

—Un poco difícil. Está en Japón con la promoción de la película.

¿Qué si empezamos de nuevo? La frase adquiriría un nuevo sentido. No, no. Era imposible.

—Te agradezco que quieras animarme por haberme acostado con un tipo indeseable de nuevo pero no puedo creerte. Lo siento.

Sandra por toda respuesta me tendió la revista.

—Página 10—dijo.

La abrí y pasé las hojas con desidia. Lo primero que saltaba a la vista era una foto. El dichoso Sean guapo a rabiarse en lo que llamaban un *photocall* en Berlín con el cartel de la película detrás.

Levanté la mirada hacia Sandra que me hizo un gesto para que leyera. El artículo rezaba:

“En una entrevista con el atractivo actor en promoción de su película “Manhattan Beach” que está obteniendo un éxito inesperado, hacía unas declaraciones imprevistas. Sobre todo, dado el secretismo que siempre ha rodeado su vida privada y lo poco dispuesto que está a hablar de ella. A la pregunta sobre su relación con la también actriz y protagonista de la misma película Denise Daniels, contestaba: — Hay que estar loco para no enamorarse de alguien así.”

Alcé los ojos con cierto aire asesino a mi compañera.

—¿Haces el favor de terminar el artículo?— gimió.

Le di otra oportunidad. No estaba yo dispuesta a sufrir en exceso.

“y añadía—pero supongo que nunca me ha funcionado bien la cabeza. Por desgracia o por suerte, no puedo quitarme a otra persona de la mente y al menos para mí, es imposible continuar una relación de esa forma.”

—¿Entendemos entonces que da por finalizado su romance son Denise?— preguntaba el

periodista de la televisión alemana.

—*Dies ist komplett fertig.*

Que parece significar que está completamente terminado”.

No quería pero me quedé absolutamente petrificada y dejé caer la revista. Al minuto, recobrando la compostura, los engranajes del cerebro volvieron a funcionar.

—¿Cómo sabes que se refiere a mí? Puede tratarse de la Diosa Trisha o de cualquier otra que haya rescatado en su vida.

—Pues claro que no puedo estar segura al cien por cien pero, ¿quién lo está?

Dejé escapar un sonido entre animal y diabólico mientras me tiraba de los pelos.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? ¡No puedo más!— me escabullí escaleras abajo hacia el paseo—Me voy al mar.

—No llevas bikini.

—Pienso ahogarme.— grité al borde de la arena.

—A buenas horas—vociferó ella también—
Entra en casa que no nado lo suficientemente bien para rescatarte.

Paré en seco bufando y emprendí el regreso.

—Generalmente se suelen enamorar de mí cuando me rescatan—farfullé.

—Gracias pero estoy muy contenta con mi condición sexual.

Entramos. Mi mente era un saco lleno de polillas desquiciadas.

—Necesito dormir—gemí— De repente me siento dentro de una pesadilla sin fin. Freud podría escribir un libro sobre mí.

—No creo que nadie pagara ni un dólar. ¿Quieres que duerma contigo?

—¿Con tu padre rondando?

Silbó.

—Que tengas buenas noches. Continuaré leyendo.

Me despedí con la mano y para aplacar mi fuero interno, me di una ducha fresquita de al menos sesenta grados. Salí arrugada como una pasa y lo suficientemente baja de tensión como para desmayarme al caer en la cama.

And you'll never understand, how much I've missed you. Girl I need you . Wanna live you. Wanna breathe you . So let's start again...[T]

¿Quién podría concentrarse en algo con un despertador instándome a empezar de nuevo cada día? Intentando evitar cualquier tipo de pensamiento que no fuera arquitectónico, el mes de septiembre fue desapareciendo.

Con el móvil en la mano tuve que hacer grandes esfuerzos por no llamar a Sean, al menos para escuchar su voz y como una auténtica psicópata, colgar acto seguido. ¿Era real todo lo que Sandra me había contado?

Un viernes en el que tuvimos que trabajar hasta tarde para finalizar un proyecto, regresé a casa arrastrando los pies y con los párpados rozando la acera. Supuse que Sandra se habría marchado de juerga y fui a la cocina a calentar un vaso de leche para ir a la cama.

El ruido de una puerta al cerrarse de golpe y por poco caigo redonda. Estiré la cabeza desde la nevera con el cartón de leche agarrado en forma de

arma defensiva y oteé lo que alcanzaba a ver del salón.

Unos pasos descalzos, demasiado fuertes para los pies de geisha de mi compañera y me escondí detrás de un taburete.

—¡Me has dado un susto de muerte!— exclamó una voz conocida.

Abrí los ojos que mantenía apretados y desde mi escondite absurdo a ras de suelo, divisé la cara de Mario.

—¿Qué haces aquí?— pregunté sorprendida mientras adquiría una postura más digna.

—¿Estabas espiando?

—¿A quién? ¿Por qué...?— me callé al comprender— ¿Qué es lo que has hecho?

Miró al suelo.

—Vine a buscarte y me encontré con Sandra. Realmente es una chica sorprendente.

—Lo suficiente como para entretenerte hasta las tres de la mañana.

Alzó la cabeza con las mejillas a la brasa.

—¡Miriam!— gritó mi compañera al hacer su aparición.

—Bueno, ya estamos todos—dije yo—
¿Jugabais al Trivial?

—Lo siento, Miriam—se disculpó Mario—No quería que esto pasara.

—¿Cómo que no?—vociferó Sandra girándose hacia él a la velocidad del rayo.

—Tranquilos, chicos—intercedí para evitar el derramamiento de sangre innecesario—No pasa nada. La verdad es que es lo mejor que podía suceder. Mis dos mejores amigos juntos. Me alegro.

—Nadie dice que esto se vaya a repetir—comentó Sandra con la mirada aún fija en Mario.

—Bueno, mientras lo meditáis me voy a la cama, he tenido un día demasiado duro—y me escapé entre ellos hacia las escaleras.

Mario me persiguió.

—No sé lo que me ha pasado—susurró.

—Por una vez has improvisado. No la fastidies.

Subí los escalones que parecían haberse duplicado. En vez de sentirme algo resentida, estaba feliz. Las cosas comenzaban a situarse en sus respectivos lugares.

I've found a reason for me, to change who I used to be. A reason to start over new. And the reason is you...[T]

Repetitivo hasta la saciedad. Si había cientos de canciones dedicadas al lunes, más parecía haber sobre “empezar de nuevo” pero esta letra en particular no me dejaba indiferente. Agité la cabeza como un perro mojado para espantar la melodía y con mi nuevo atuendo para correr, regalo de los Hilfiger por mi veintinueve cumpleaños, me lancé al paseo marítimo.

Me despedí con la mano de la bonita pareja de rubios que ocupaba ahora la casa y con la voz de Katie Perry despotricando contra un muchacho en el mp3, empecé mi trotar hacia Hermosa Beach. Un día hacia El Segundo y el siguiente hacia el sur. Gracias a eso conseguía mantener el peso en posición agradable.

Al llegar al muelle, el cielo se empezó a colapsar de nubes. Frené en seco. Ya había

aprendido después de un par de caladuras que tocaba emprender el regreso. Rastreado el perímetro en busca de elementos indeseados en el suelo y demasiado ocupada en esa misión, choqué contra un árbol.

—Mierda—mascullé entre dientes.

—Deberías mirar por donde vas.

Me sobresaltó la voz del supuesto árbol. Levanté la vista incrédula. La respiración se me detuvo y el pulso me tembló.

No había embestido a ninguna especie arbórea sino a Sean, Sean Weller.

—Te he seguido desde Manhattan Beach—dijo viendo que yo no reaccionaba—Corres muy rápido.

Estaba paralizada. No sabía si me encontraba incrustada en alguno de mis sueños paranoicos o estaba sucediendo de verdad.

—Tengo tantas cosas que explicarte—continuó él. Su voz tenía un cariz suplicante que me hizo temblar aún más—Por favor, antes de que trates de darte a la huida, escúchame. Solo un segundo. Luego puedes hacer lo que quieras con la

información. Quemarla, aplastarla o...

Respiré hondo y haciendo un esfuerzo monumental dirigí mi mirada a sus ojos.

—Te has comportado como un imbécil—
murmuré con el estómago agitado en coctelera.

En sus labios apareció el inicio de una sonrisa nerviosa.

—Lo sé.

—Un auténtico imbécil.

Asintió con la cabeza.

—No tienes ni idea de lo que he pasado—las lágrimas me empezaron a brotar como locas—No tienes ni idea.

Hizo ademán de acercarse pero dudando mantuvo la distancia.

—Y, ¿qué pasó aquella noche? ¿Hubo alguna mentira en todo lo que me dijiste para dejarme?—
le increpé con los ojos inundados y un dedo acusador apuntándole.

—No hubo ni una sola verdad—dijo cabizbajo incapaz de continuar mi mirada—Fue la mejor actuación de mi vida.

—¿Cómo voy a creerte?— me percaté de que

había comenzado a llover pero no me moví del sitio— ¿Tengo que pensar que preferías verme con Mario que contigo, qué era mejor un futuro sin ti que unos días más juntos, qué todo se puede olvidar en un segundo? Eres tonto de remate.

—Como ya te dije una vez, soy un mal bicho con una mala vida. Nos llevamos siete largos años, nunca he estudiado una carrera, me gradué del instituto gracias al hockey y tengo unas ex—novias bastante desagradables. ¿Buscabas eso para ti?

No pude evitar sonreír al recordarlo.

—Me parece que sí pero ahora todo es diferente. Ya no apareces en mis sueños como un ángel salvador sino en mis pesadillas como un Terminator.

—No pretendía poder cambiar tus sentimientos de un día para otro. Solo te pido una oportunidad. ¿Podemos empezar de nuevo?

Y ahí estaba el estribillo.

Me había costado darme cuenta pero lo cierto es que el feo despertador rosa fucsia no cantaba por nadie más que por Sean. Nunca lo había hecho.

Se acercó. Sus pasos fueron lentos hasta situarse

a mi lado.

—Esto se hace así, ¿te acuerdas de cuándo nos conocimos? Puedo tratar de hacerlo mejor desde el principio—tomó mi mano con la suya—Hola, me llamo Sean Weller.

Tomé aire y le seguí la corriente.

—Miriam Sanabria.

—¿No nos conocemos?— preguntó alzando las cejas sarcásticamente.

—Lo dudo pero tengo una cara corriente, igual te recuerdo a alguien. El padre de un amigo mío me dijo que me parecía a su tía Encarna—contesté recordando cada una de las palabras de aquella tarde.

—No sé cómo será Encarna pero debe darse un aire a Giselle Bündchen—la mano que había aferrado la mía se deslizó a mi cara y me acarició la mejilla.

—¿Y a qué te dedicas a parte de rescatar a mujeres torpes?— susurré.

—Soy actor.

—Y, ¿qué tal se te da?

—Mejor que a tu amiga Sandra, desde luego—

sonrió, para entonces el pelo mojado le caía sobre la frente—Me regalaron un buen papel y ahora no cesan de llegar unos cuantos más—subió la vista al cielo—Deberíamos evitar caer en cuarentena. ¿Te acerco al 692 de Ocean drive, Manhattan Beach? He aparcado la moto cerca.

—Creo que me arriesgaré a caminar.

—Juro que me adelantaran los caracoles.

Sacudí la cabeza.

—Necesito algo de tiempo—miré hacia arriba—y un paraguas. Pero hay una camarera aquí al lado que me lo prestará sin problemas.

Él asintió.

—Estaré cerca.

—Encantada de haberte conocido, Sean Weller.

—Lo mismo digo—susurró y le dejé allí de pie mirando como yo me alejaba.

Here comes the rain again, falling from the stars, drenched in my pain again becoming who we are. As my memory rests but never forgets

what I lost, wake me up when September ends...

[T]

Septiembre acabó como decía la canción pero sin lluvia. Lo único bueno de estar esclavizada por mi jefa era que no me quedaba tiempo para pensar. Ni siquiera tiempo para descansar.

La última semana de septiembre había sido terriblemente agotadora pero parecía que octubre nos daría un pequeño respiro. Como en la ciudad era imposible aparcar, había desistido al final y me había decantado por el transporte público.

Y el nuevo mes empezó más relajado. Llegué a casa con ganas aún de ir a correr, algo que había abandonado en los días anteriores, y entré en el jardín sonriendo.

—Hola.

Otro susto más y el corazón cesaría en su actividad para siempre. Elevé la vista hacia Sean que apoyado en las escaleras de entrada me miraba con una sonrisa intimidante en la cara.

Un mes nos separaba del último encuentro en Hermosa Beach.

—Me estaba cansando de esperar—dijo.

Suspiré. No sabía si realmente quería hablar con él. ¿Estaba ya preparada? Avancé un escalón dubitativa.

—¿Te doy miedo?— preguntó algo divertido.

Asentí y su rostro se tornó preocupado.

—Por favor—suplicó descendiendo a mi altura—dime qué quieres que haga.

Bajé la cabeza para evitar respirarle.

—No hay nada que puedas hacer.

Se hizo el silencio.

—Pero—intervine después de unos segundos pesados—necesito saber algo y necesito que sea únicamente la verdad. ¿Por qué? ¿Por qué hiciste todo mal?

—Porque pensaba que era lo mejor—contestó rápidamente.

—Pero te equivocaste.

—No ha sido fácil para mí— apuntó él.

—Al menos sabías la verdad. Yo no podía escoger más que odiarte—bajé la vista intentando que las lágrimas no hicieran su temida aparición—y hasta eso lo hice mal.

Él desvió la mirada hacia algún punto

indefinido.

—Ojalá jamás hubieras encontrado aquel guión debajo de la cama—habló absorto—Pero en algún momento ya no hubo marcha atrás. Os dije que el productor haría que respetáramos sus condiciones y egoístamente, a pesar de ellas, acepté un papel perfecto. No podía contarte nada hasta que la película se estrenara. Teníamos por delante unos cuantos meses haciéndotelo pasar mal con Denise. Te veía sufrir más cada día. Aquello no era para ti. Ni yo lo soy. Necesitas a alguien normal, no a un actor traumatizado con una vida nada recomendable. Me di cuenta el día que subimos al cartel de Hollywood pero tuve que fastidiarla y enamorarme de ti. Y cuando parecía que ya había hecho lo correcto dejándote, tuviste que aparecer en Venecia.

Tomé aire al recordarlo y él esbozó una sonrisa.

—Hice un esfuerzo sobrehumano—continuó—para no lanzarme a por ti en aquel ascensor del hotel.

—Yo lo tuve que hacer para no matarte—respiré hondamente. No quería escuchar su respuesta pero

tuve que hacer la pregunta— ¿Qué hubo entre Denise y tú realmente?

—Nada.

Algo se alegró en mi interior y me enfadé por ello.

—Y tengo que creerte—farfullé.

—Obligatoriamente.

—Pero sí pasó algo en Nueva York—añadí.

Silencio.

—Lo suponía—dijo— Ahora, me gustaría abrir un nuevo libro. Seré repetitivo otra vez, ¿podemos empezar de nuevo?

—¿Empezar de nuevo?— hinché los pulmones— ¿Cómo voy a comenzar algo que nunca ha acabado?

Sonrió con aparente alivio.

—¿Seguirás odiándome mucho tiempo más? Lo digo porque me muero de ganas de besarte y no quiero ganármela por ello. Mi cara ahora vale mucho dinero.

—No era precisamente tu cabeza lo que hubiera mutilado durante este tiempo pero ahora solo necesito...— me paré a pensar un momento.

Necesitaba tiempo, necesitaba olvidar—solo necesito...

Y desoyendo por vigésima vez las órdenes coherentes que gritaba mi cerebro, le tendí los brazos al cuello y le besé.

Oh once in your life you find someone who will turn your world around. Bring you up when you're feelin' down. Ya nothin' could change what you mean to me. Oh there's lots that I could say but just hold me now...[T]

Los Lakers iniciaron la pretemporada un mes después en el L.A. Forum de Inglewood contra los Golden State que salieron bastante mal parados. Pau Gasol anotó veinte puntos y seis rebotes y eso que andaba un poco tocado.

A pesar de estar sentados algo alejados de la pista, los jugadores seguían pareciendo gigantes alargados en pos de una pelota asustada.

Yo masticaba un escurridizo perrito caliente con exceso de tomate con el brazo de Sean por encima

de los hombros.

Sean.

Había resultado difícil triturar parte de la memoria y agarrar con fuerza un lápiz imaginario e iniciar otro tomo de mi vida. Pero lo estaba consiguiendo. Lo estábamos consiguiendo.

Apoyé la cabeza en su hombro con la tranquilidad que permitían cientos de voces gritando lo mismo a la vez.

Un hombre de la fila trasera llamó nuestra atención.

—Discúlpenme—se dirigió hacia Sean. Era un señor mayor—Mi mujer me ha obligado a preguntarle si usted es...

—No. No lo soy—le cortó Sean con una sonrisa.

—Si ya lo decía yo—terció el hombre cortado—Perdone las molestias—se giró a su mujer— ¿Lo ves? No es Keanu Reeves.

No pude evitar reírme.

—Ojalá. Ya me gustaría—susurré a Sean que por toda respuesta me aplastó lo que quedaba de perrito en la nariz.

Decimosexto objetivo: Conseguido.

Sin objetivos

ME da miedo mi último objetivo. Ya no tengo guía ni camino. No poseo indicadores ni GPS que me marquen un buen trayecto.

He cumplido lo propuesto y lo soñado. Es hora de improvisar.

Por un momento he llegado a pensar en empezar una nueva libreta, al fin y al cabo hay nuevos objetivos a tener en cuenta: En unos días las nominaciones a los Globos de Oro se harán públicas y todas las apuestas recaen sobre “Manhattan Beach”, Sean Weller y el guión de Edward Dylan. Nuestro guión. Y aún quedan los Oscars.

Los Hilfiger y los cerebritos me reclaman como casamentera a jornada completa y voy a tener mucho trabajo.

Sandra y el Neg... perdón, Mario conviven en diferentes sintonías, ¿por cuánto tiempo? Es un caso a estudiar en laboratorio.

Sé que no existen los fantasmas ni las presencias

etéreas no autorizadas en dormitorios ajenos. Me lo ha cantado el despertador.

Sean está rodando en París, en la ciudad del amor junto a... ¡Charlize Theron! Estoy segura de que no me lo voy a quitar de encima ni con espátula pero, ¿por qué Charlize? ¿Por qué?

Me preguntan en numerosas ocasiones cuál es el argumento de esa película de bajo presupuesto de la que todo el mundo habla. Pero no pienso decir ni una sola palabra. La respuesta está en los cines.

PROXIMAMENTE

MANHATTAN BEACH:

EL AÑO PERFECTO

Prólogo

Tecleé la clave sin problemas esta vez, por fin me había aprendido los dieciséis dígitos, y entré.

Me encontré frente a la casa de Sean. Un intento fallido y costoso de arquitectura moderna.

Dieciséis dígitos diferentes y me colé en el espacioso salón. A pesar del calor reinante en Los Ángeles, aquella casa no dejaba de ser fría. Las paredes desnudas blancas y los escasos muebles de diseño ergonómico no ayudaban a paliar la atmósfera helada. Estaba claro que necesitaba una mano femenina con buen gusto. ¿Conocía a alguien así? Sonreí para mis adentros y echando una última ojeada a la solitaria mesa del salón y sus aburridos amigos muebles, salí al jardín.

Me entretuve con la panorámica de la ciudad que se obtenía desde el borde de la inmensa piscina. Los altos edificios del centro sobresalían de entre la neblina de contaminación y las pequeñas casas y mansiones de los distritos periféricos.

Tomé prestadas varias buganvillas fucsias y

alguna otra bonita flor de nombre desconocido y entré de nuevo en la casa por la puerta de la cocina. De entre sus pulcros y brillantes estantes busqué algún tipo de jarrón. Me tuve que conformar con una jarra de cristal macizo que al llenarla de agua casi me descuajeringa el hombro del peso. Metí las flores y cargando con el improvisado jarrón con la ayuda de las dos manos, los bíceps y los dientes, lo transporté hasta la mesa del salón que rogaba no cediera bajo su peso.

No quedaba nada mal. Mi primer toque femenino había surtido efecto y la estancia ya no era tan demacradamente blanca.

Menos aquel sobre azul chillón.

Me quedé transpuesta un segundo. Algo no encajaba. Hacía un rato breve, escaso, demasiado escaso aquel sobre no estaba encima de aquella mesa. ¿Podría jurarlo? Podría pero, ¿qué más daba?

Detuve mis pensamientos a una orden. Eso no estaba allí hacía un cuarto de hora. ¿La mujer de la limpieza había entrado sin darme yo cuenta?

Respiré hondo. Sí, esa era la explicación.

Tomé el sobre entre mis manos y me peleé mentalmente contra la curiosidad. Solo una ojeada. Parecía una invitación de boda... y lo era.

Leí el texto extrañada:

Andrea y Sean

¡Por fin nos casamos!

Quince años después de nuestro primer beso,

*nos gustaría que nos acompañarais al
acontecimiento del año:*

Nuestra Boda.

Mastiqué las palabras trabajosamente. ¡Qué cursilada!

—Quince años después de nuestro primer beso
—dije empalagada—Puaj.

Dejé caer la tarjeta encima de la mesa mientras me regañaba inconscientemente. Andrea estaba muerta y por mas rabia que me diera, había sido la mujer de Sean. La había querido, deseado, besado... dejé de imaginar y posé los ojos sobre la invitación. Había caído del revés y las palabras en tinta roja que se leían en su cara posterior nada tenían que ver con lo anterior.

Fuiste el culpable, ¿recuerdas?

Eres un asesino.

Me quedé de nuevo petrificada. Era una letra historiada totalmente opuesta a la escritura descuidada de Sean. Aquello no lo había escrito él.

—¿Carmen?— grité con un hilillo de voz.

Deseaba que la señora de la limpieza me contestara acto seguido pero el eco de mi llamada

no obtuvo respuesta y quedó resonando un rato por la estancia.

Alcé la vista hacia la cristalera que daba al jardín consciente de un movimiento a mi espalda. El cristal me devolvió una tenue imagen de mi persona. ¿En qué película al niño protagonista le pasaban cosas así? “En ocasiones veo muertos”.

Por si acaso Andrea me estaba jugando una mala pasada me dieron ganas de pedir perdón a voz en grito y en ese momento de paranoia habitual mío, le vi.

Fue un reflejo borroso en el cristal justo detrás de mí. Una respiración agitada, casi animal. Un olor fuerte. Una voz seca y el ruido de un movimiento cuando corta el aire. Después dolor.

Dolor punzante y oscuridad.

[T] *Ya llega el sol, ya llega el sol y yo digo que eso está bien... (The Beatles—Here comes the sun)*

[T] *Es solo otro lunes maniático. Desearía que fuera Domingo. Porque ese es mi día de*

diversión. Mi día de “No—tengo—que correr”. Es solo otro lunes maniático...(Bangles—Manic Monday) [T] Ahora que llueve más que nunca, sé que nos tendremos el uno al otro, puedes ponerte debajo de mi paraguas, puedes ponerte debajo de mi paraguas...(Rihanna—Umbrella) [T] Dime por qué no me gustan los lunes. Dime por qué no me gustan los lunes. Quiero disparar todo el día...(The Boomtown Rats—I don't like Mondays) [T] Luna nueva en lunes y una danza del fuego durante la noche. Estuve el frío día con un solitario satélite... (Duran Duran—New moon on Monday) [T] El lunes, estoy esperando. Martes, me estoy marchitando y el miércoles no puedo dormir. Entonces el teléfono suena, te escucho y la oscuridad es una visión clara. Porque has venido a rescatarme... (Ashlee Simpson—Pieces of me) [T] Un mensaje en la profundidad de un extraño sueño eterno. Que está esperando ahí, que está esperando ahí por ti. Como un tesoro escondido...(Steve Winwood—Hidden Treasure) [1] Aldera: capital del planeta Alderaan del universo de la Guerra de las Galaxias.

[T] *Quiero a la familia, me llevan donde quiero estar. A través de bueno y lo malo, ayudarán. Déjame presentarte a mi familia... (The Stranglers—Let me introduce you to the family)* [T] *Bien, así que eres Brad Pitt. Eso no me impresiona mucho. Tienes la apariencia pero ¿tienes el toque? No me entiendas mal, sí pienso que estás bien pero eso no me mantendrá caliente en mitad de la noche. Eso no me impresiona mucho... (Shania Twain—That don't impress me much)*

[T] *Si todos tuvieran un océano a través de los Estados Unidos, entonces todos podrían surfear. Como en California. Los ves llevando sus baggies, también sandalias Huarachi. Un espeso espeso peinado rubio. Surfear en los Estados Unidos... (The Beach Boys—Surfin' U.S.A.)*

[T] *Escucha a tu corazón cuando te está llamando. Escucha a tu corazón, no hay otra cosa que puedas hacer. No sé dónde vas y no sé porqué pero escucha a tu corazón antes de decirle adiós... (Roxette—Listen to your heart)*

[T] *Si tú deseas mi cuerpo y piensas que soy sexy. Vamos cariño, házmelo saber. Si realmente me*

necesitas simplemente extiéndete y tócame. Vamos cariño, dímelo... (Rod Stewart—Do you think I'm sexy?) [T] ¿Recuerdas la noche del veintiuno de septiembre? El amor estaba cambiando la mente de los pretendientes mientras alejábamos las nubes... (Earth, Wind and Fire—September) [T] Denise, Denise, oh, con tus ojos tan azules. Denise, Denise, me gustas. Denise, Denise, estoy tan enamorado de ti... (Randy and The Rainbows—Denise) [T] Conozco a esa chica llamada Denise. Me hace temblar las rodillas... (Fountains of Wayne—Denise) [T] Aquí viene la lluvia otra vez. Lloviendo sobre mi cabeza como una tragedia. Rompiéndome como una nueva emoción... (Eurythmics—Here comes the rain again) [T] No me dejes de esta manera. No puedo sobrevivir. No puedo mantenerme viva sin tu amor...(The Communards—Don't leave me this way) [T2] Al principio estaba asustada, estaba petrificada. Pensando que no podría vivir sin ti a mi lado pero entonces gasté muchas noches pensando como me hiciste daño y me hice fuerte y aprendí

como seguir adelante...(Gloria Gaynor—I will survive) [T] Comenzar a difundir la noticia, me voy hoy. Quiero ser parte de ella. Nueva York, Nueva York... (Frank Sinatra—New York, New York) [T] Bienvenido a donde el tiempo se ha detenido. Nadie se va y nadie lo hará. Hay luna llena, nunca parece cambiar...(Metallica—Welcome home) [T] No sabes que los sueños se hacen realidad. No sabes que los sueños se hacen realidad. Solo por un minuto. Puedes hacer que tus sueños se hagan realidad... (Westlife—Dreams come true) [T] Qué si nos vamos a Italia. Una maleta con libros y una bolsa para el verano. No hablo ni una palabra de italiano... (Mary Chapin Carpenter—What if we went to Italy) [T2] Algún día. Algún día. Podré volar. Quiero cerrar mis ojos en la lluvia italiana... (Stephen Bishop—Italian Rain) [T3] Nadie fue, nadie vio en la noche en la que Venecia se incendió... (Mullmuzzler—Venice Burning) [T] Venice, Venice. I have it prepared, I have my luggage. Let's go together to Italy, I want to buy a striped sweater...(Hombres G—Venecia) [T] ¿Qué si te

dejo ganar? ¿Qué si lo hago bien? ¿Qué si me doy por vencido? ¿Qué si quiero intentarlo? ¿Qué si me das una oportunidad? ¿Qué si aprendo a amar? ¿Qué si empezamos de nuevo?... (Red—Start Again) [T] Y tú nunca entenderás, cuánto te he echado de menos. Nena, te necesito. Quiero vivirte. Quiero respirarte. Entonces, empecemos de nuevo... (Blazin Squad—Let's start again) [T] He encontrado una razón para cambiar como solía ser. Una razón para empezar de nuevo. Y la razón eres tú... (Hoobastank—The reason) [T] Aquí viene la lluvia otra vez, cayendo desde las estrellas, empapando mi dolor de nuevo convirtiéndonos en quienes somos. Mientras mi memoria descansa pero nunca olvida lo que perdí, despiértame cuando septiembre finalice... (Green Day—Wake me up when September ends) [T] Oh, una vez en tu vida encuentras a alguien quien vuelve tu mundo del revés. Te anima cuando te sientes hundido. Nadie podría cambiar lo que significas para mí. Oh, hay muchas cosas que podría decir pero solo abrázame... (Bryan Adams—Heaven)